

Selecta

*Raquel
Mingo*

*Cállate y
bésame, tonto*

Cállate y bésame, tonto
El club de los seductores 2

Raquel Mingo

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Para los amigos que he hecho a lo largo de mi pequeña andadura, porque las risas, la ayuda, el cariño y el apoyo que he encontrado a cada paso significan para mí casi tanto como la escritura en sí. Conocerlos es el mejor regalo que me llevo de esta experiencia.

Para Mayte y Sara porque, aunque no se han leído ninguno de mis libros, siempre han estado ahí.

Para Gloria, Dioni y Mónica, por leérselos todos.

Para mi pequeño y selecto club de fans, tan maravilloso e inagotable en su confianza y ánimos. Sin vosotras creo que hubiera tirado la toalla cientos de veces. Nunca me cansaré de daros las gracias por estar ahí.

Para ti, que me regañaste sin conocerme, y al poco te llamaba amigo, a base de discusiones tontas, de risas compartidas, de concesiones mutuas, también de momentos de silencio.

Me alegro de que sigas ahí, vaquero, a pesar de los muchos defectos que dices que tengo.

Para mi compañero de fatigas, mi admirador número uno y el que más ganas tiene de que ponga fin a esta historia.

Por ti lo que sea, hijo.

Prólogo

—**V**amos, Richard, vuelve a besarme. —La grave risa masculina se escuchó con claridad en el desierto jardín.

—Cielo, si pruebo tus labios otra vez, te aseguro que desearé disfrutar del resto de tus deliciosos encantos, y esto dejará de ser un inocente paseo a la luz de la luna. —Alexandria Sant Montiué miró de frente al atractivo vizconde que la acompañaba, consciente de la sutil advertencia encerrada en sus palabras, de la chispa acerada de sus burlones ojos grises, de su reputación de mujeriego sin escrúpulos, incluso del apartado trozo de rosaleda, oscuro y bastante alejado de la mansión, en el que se encontraban. Dejó asomar una sonrisa blanda, que hablaba de una timidez y una suavidad que no formaban parte de su carácter.

—Solo uno —insistió en tono meloso, sabiendo de sobra que él estaba seguro de poder seducirla únicamente con su boca para conseguir lo que deseaba. Y aquella sonrisa presumida, mientras avanzaba despacio hacia ella, corroboró sus suposiciones.

—Si le roza siquiera los volantes del vestido le partiré uno a uno los dedos de las manos. —Ambos se giraron de forma abrupta hacia la voz, sabiéndose pillados *in fraganti*. Cuando la joven descubrió a quién pertenecía, entrecerró los ojos y apretó los puños a los costados, manteniendo la compostura a duras penas.

—Stembland, no es lo que parece. —Intentó justificarse el otro, a sabiendas

de a lo que podía abocar una situación como aquella, incluso aunque el testigo accidental fuera un reconocido calavera con peor reputación que la suya.

—¿Ah, no? Porque a mi entender esto tiene un ligero tufillo a desfloración clandestina, Strass. Y créame que sé de lo que hablo. —Ninguno de los dos hombres, que se miraban con recelo y antagonismo, hizo el menor caso del jadeo indignado de la muchacha al escuchar aquel resumen de la situación tan poco caballeroso. La tensión casi podía cortarse entre ambos, sin embargo no cedieron un milímetro sus posiciones, retándose en silencio ante el desconcierto de la dama. La mirada verde esmeralda del recién llegado se posó en ella, dura y acusadora—. ¿No cree que debería volver al salón, *lady* Alexandria? A estas alturas ya habrán reparado en su prolongada ausencia, y las socorridas excusas de una incipiente jaqueca o un descosido en la falda pronto le resultarán inservibles. —Si las socarronas palabras del conde no la estuvieran haciendo hervir de indignación, la risilla entre dientes del que fuera su acompañante terminó de enervarla.

—Yo me preocuparé de mi reputación, gracias.

—Ya veo cómo —rebatió, alzando las cejas.

—Solo estábamos paseando.

—¿A mediados de noviembre? —preguntó irónico—. ¿A cuántos invitados más ve por aquí, querida?

—Mal que le pese, yo no soy una de sus queridas. —Darian miró de reojo a Strass, que no perdía detalle del enfrentamiento, hasta que recayó en su escrutinio.

—Aunque esta escaramuza es con diferencia mucho más interesante que cualquier cosa que esté ocurriendo ahí dentro, será mejor que me deje ver. Nuestras dos ausencias juntas darían que hablar, y no queremos eso.

—Estoy seguro de que no se escuchará ni el más leve susurro que relacione a *lady* Alexandria con su ilustre apellido, Strass. —Aquella voz profunda y grave contenía una amenaza muy clara para quien supiera leer entre líneas,

algo a lo que su interlocutor estaba muy acostumbrado. Este asintió, y con una reverencia se despidió de la dama presente.

—¡Richard! —Al girarse la vio tendiéndole su chaqueta, que instantes antes llevaba puesta para protegerse del frío nocturno. Dudó antes de aceptarla, ya que su fino y elegante vestido suponía una débil barrera para la baja temperatura de ese momento, pero como era obvio que no podía presentarse en medio de la fiesta en chaleco y camisa, terminó por acceder y marcharse con una mirada de disculpa.

Alexia se obligó a no frotarse los brazos con fuerza, presa de la tiritera. Quería salir corriendo de allí, pero sabía que debía dejar pasar al menos unos minutos entre la entrada del vizconde y su propio regreso al salón, así que le dio la espalda a ese desgraciado y fingió que no se encontraba a cinco metros escasos de él.

—¿Perder tu reputación una vez no fue suficiente? —Le escuchó preguntarle al oído cuando le colocó su propia chaqueta sobre los hombros y se pegó a su cuerpo demasiado, desde luego mucho más de lo que le habría gustado—. ¿De verdad eres tan inconsciente que no puedes ver a lo que te exponías adentrándote en el jardín con un hombre? Y no cualquier hombre, maldita sea, con Strass la ruina social sería la menor de tus preocupaciones. —La joven se giró despacio hasta quedar frente a él; su semblante, la imagen de la serenidad y la compostura.

—¿Y quién te ha dicho a ti que este encuentro no estaba planificado? —Pudo ver la confusión, la sorpresa y el estupor en las profundidades de sus ojos verdes. Después llegaron la aceptación y la rabia.

—En ese caso no tendrías por qué haberte arriesgado tanto. Lo que él quería de ti podrías habérselo dado contra una pared de la mansión. —Alexia dio un involuntario paso atrás, un tanto conmocionada. Podía mostrarse terca, deslenguada y atrevida, incluso algo salvaje a veces, pero era toda una dama, aunque ese malnacido se empeñase en tratarla como a una moza de taberna. Le dedicó una deslumbrante sonrisa, de esas que dejaban jadeando a hombres

hechos y derechos, solteros, casados e incluso a los que se declaraban profundamente enamorados.

—Y sin embargo eso habría sido mucho menos emocionante. —Se obligó a mantenerse firme cuando él avanzó cual ariete hacia ella, como un poderoso macho del que se hubiera puesto en entredicho su hombría.

—Si querías emoción y un buen revolcón, solo tenías que haberme buscado. Sabes que estoy muy dispuesto a satisfacerte. —Sus poderosos brazos, que no era la primer vez que la atrapaban con aquella fuerza y pasión, se cerraron a su alrededor en cuestión de segundos, arrastrándola contra aquel cuerpo duro como el granito que tan bien recordaba, mientras sus gruesos labios tomaban posesión de los suyos, de nuevo sin pedir permiso, en un beso brusco y dominante. Se tragó el gemido que le subió por la garganta, así como las ganas de subir las manos hasta su cuello y acariciar ese espeso pelo castaño, mientras sus piernas comenzaban a temblar, sin que el frío tuviera nada que ver. Sintió su lengua hurgando en su interior, sin ser consciente de haberle dado acceso, aunque ya sabía por experiencia que ese hombre podría hacer con ella lo que quisiera, si no se andaba con cuidado. Fue ese pensamiento el que trajo los recuerdos, y estos la fuerza necesaria para resistirse.

—¡Joder! —El grito masculino repleto de dolor fue muy satisfactorio, casi tanto como ver la mancha carmesí en el impoluto pañuelo blanco cuando lo retiró de su boca—. Casi me arrancas la lengua, maldita zo... —Alexia esperó, con los ojos brillantes de diversión, a que formara el insulto, pero él se limitó a mirarla con fijeza y una cólera apenas reprimida.

—Da gracias a que he decidido permitir que algún día tengas descendencia. —Al principio la contempló con sorpresa, sin saber qué decir, para unos segundos después echarse a reír a mandíbula batiente. Cuando pudo parar, se sujetaba el estómago con las manos y la observaba con incredulidad.

—Digas lo que digas, no podrás convencerme de que no te estaba gustando —aseveró en tono más serio e íntimo. Los ojos de la joven lo fulminaron,

entre furiosos y asqueados.

—Si fueras el último hombre sobre la faz de la tierra te escupiría al pasar.

—Darian se cruzó de brazos y, sin poder ocultar del todo una incipiente sonrisa, alzó una ceja en actitud arrogante.

—Me juego cien libras a que no sabes hacerlo. —Lo miró con odio, a la par que deseaba con toda su alma poder demostrarle en ese mismo instante de manera muy gráfica que se equivocaba.

—Aprenderé. —Prometió, corriendo en dirección a los cientos de luces que señalaban la casa, seguida de cerca por la carcajada de Darian Cronwell, conde de Stembland, el mismo hombre que meses atrás la había secuestrado en un país extranjero con fines interesados y oscuros.

Rian la observó marchar con una curiosa mezcla de emociones.

Por un lado se sentía excitado, divertido, revitalizado, vivo como pocas veces en su mísera existencia. Aquella damita rebelde y contestona siempre lo dejaba en ese estado, alternando las ganas de besarla hasta desmayarla de placer y el ansia por estrangularla hasta que ese precioso y exuberante pecho se quedara sin aire.

Pero había otra parte de él que se reprochaba su falta de contención cada vez que estaba con ella. Desconocía de qué se trataba, no obstante era incapaz de mostrarse todo lo firme y frío que acostumbraba, y se encontraba con los nervios a flor de piel, ahogándose de rabia cuando la veía abandonar las fiestas por una de las puertas laterales, como esa noche, con la obvia intención de reunirse con algún ardiente admirador; o si era tan tonta como para no reconocerlo, de caer en las afiladas fauces de un despiadado lobo como Strass.

Era por eso que siempre abría la boca y actuaba sin tacto, cuando sabía por experiencia que no era sensato provocar a esa señorita en particular.

«Estupendo, Rian. La has fastidiado pero bien», se regañó ofuscado cuando

repasó toda su actuación de minutos atrás, bastante seguro de no haber ayudado mucho a mejorar la opinión que *milady* tenía de él, sobre todo después de su nefasta actuación en España.

España...

Capítulo 1

Tres meses y medio antes...

Aquella risa cantarina, profunda, sincera y tan sexi que le hizo perder el paso, lo impelió a buscar a su dueña, y cuando la encontró se quedó literalmente sin respiración. La despampanante rubia sentada en una mesa rodeada de hombres, jugando al póquer como uno más, lo descolocó, sobre todo cuando la vio recoger un fino cigarro del cenicero de su derecha y acercárselo a los carnosos y rosados labios, para aspirar con fuerza mientras estudiaba con atención sus cartas.

Nada parecía moverse a su alrededor, ni siquiera las diminutas partículas de polvo, incluso la música al otro lado de aquella habitación daba la impresión de haberse detenido.

—¿El mayor mujeriego de Inglaterra, y ahora también de España, ha terminado cayendo bajo el influjo de una bella mujer? —Rian no despegó los ojos de la preciosa estampa que tenía ante sí, ignorando la pulla de Marcus.

—Una muy bella —admitió sin problemas.

—Cierto. Y problemática. —Entonces sí lo miró, con el claro deseo de que ampliara su explicación, pero el muy idiota se limitó a observarlo con aire divertido.

—¿Qué hace metida en una partida de póquer? Por Dios, y fumando. Parece un marimacho. —No fue capaz de ocultar la censura en su tono, como tampoco que no le gustaba lo que veía.

—Qué puedo decir. La muchacha tiene gustos extraños. —La oscura ceja del conde se alzó sorprendida ante sus palabras, volviendo a prestar atención a la, en apariencia, angelical joven.

—¿Y las propietarias le permiten montar este circo?

—Bueno, supongo que vivir aquí ayuda. —La morena cabeza giró despacio hacia su amigo, hasta que la mirada esmeralda chocó con la otra.

—¿Es una de las Sant Montieue? —preguntó incrédulo.

—¿Has oído hablar de ellas?

—¿Y quién no? La florida historia de su belleza, gracia e inconmensurable dote está en boca de todos.

—Ciento cincuenta mil libras, ¿no? Amigo, eso tentaría a Satanás a contraer matrimonio.

—Supongo que sí. —Aceptó sin mucho entusiasmo.

—Ya sabemos que tú le tienes alergia a la palabra misma. Y que no necesitas el dinero. Pero otros serían capaces de asesinar a su madre por la mitad de esa cantidad.

—Y por mucho menos, Marcus. —Rio entre dientes mientras sus ojos se perdían de nuevo en los encantos de aquella belleza—. Pero sigo sin entender qué pretende esa inconsciente. Se está arriesgando a causar un buen alboroto. Tan solo necesita que una de las encopetadas que revientan el salón asome su linda cabecita por aquí, y el escándalo estará servido.

—No llegará la sangre al río, no te preocupes. La dama ha entrado para comprobar si todo era del gusto de los presentes, y lord Rivalía no ha podido evitar caer rendido ante sus preciosos ojos agrandados de emoción apenas contenida frente a las mesas de juego y las llamativas barajas de cartas. Creo que el pobre tonto ni siquiera ha sido consciente de haberse levantado y haberle ofrecido su asiento al ángel rubio que le miraba con adoración desde su propia silla, prometiéndole quedarse solo un par de manos, ante las sonrisas condescendientes y burlonas del resto. En este momento, sin embargo, no se ríen, porque la señorita les ha *sacado* una bonita cantidad a

cada uno. La puñetera es una jugadora de primera —admitió su amigo muy divertido.

—No tiene gracia, Mac. Si la encuentran aquí... —El gesto del otro detuvo su diatriba.

—Garán se está encargando de eso. —Siguió su mirada y comprobó que el barón estaba de guardia junto a la puerta, atento ante cualquiera que quisiera entrar. Sintió una incipiente rabia comenzando a creer en su interior ante tanto despliegue de estupidez por los caprichos de una cría sin sentido común.

En ese momento la mujer levantó la vista, y los ojos miel claro más bonitos que hubiera visto nunca chocaron con los suyos, provocándole un aluvión de sensaciones en los tres segundos que ella se dignó prestarle atención. Después se inclinó sobre su compañero de mesa, regalándole una inmejorable vista de su delantera, que por supuesto este no perdió oportunidad en disfrutar, y le dedicó unas palabras que le hicieron soltar una estentórea carcajada. Darian se tensó sin razón aparente, el cuerpo rígido ante el femenino interés del que era objeto aquel afortunado bastardo. Maldiciendo para sus adentros salió de la sala, sin comprender sus tempestuosas emociones del todo impropias en él, pero muy seguro de que necesitaba un *brandy*, doble a ser posible.

Deambuló por el salón saludando a unos y a otros, pero no se detuvo en ningún grupo. Aunque conocía a muchos de los invitados, dado que llevaba en el país cerca de cuatro meses, y ser amigo de Marcus Lerington, marqués de Trasslen, le había abierto las puertas de todas las casas de bien, no se sentía de humor para charlas intrascendentales, y menos aún para defenderse de las agresivas mamás que intentarían *ofrecerle* a sus primorosas hijitas ante la más leve señal de aliento por su parte.

En ese instante, tan solo unos ojos ámbar retenían su atención, algo que lo desconcertaba y estimulaba a partes iguales. ¿Qué tenía esa mujer que no podía quitársela de la cabeza después de un mísero vistazo? Aparte de ciento

cincuenta mil irresistibles detalles, por supuesto. Y un rostro precioso, unos labios grandes y gruesos —suplicando ser devorados—, una mirada penetrante y retadora —tan diferente a las de las tímidas ratoncitas de campo recién salidas del colegio que llenaban la sala esa noche—, un cuerpo delicioso y exuberante... Sacudió la cabeza, intentando salir de la ensoñación erótica en la que se había sumido sin proponérselo, enfadado al notar el principio de una indeseada erección bajo la chaqueta de gala.

Buscó las puertas dobles que daban al jardín y se digirió hacia ellas con paso firme, sin permitir que su dura mirada se cruzara con nadie, para poder llegar a su destino cuanto antes. Cuando giró el picaporte y se encontró al otro lado, respirando el pesado pero sin duda más fresco y limpio aire del exterior, cerró los ojos un instante, relajándose.

Bajó el largo tramo de escaleras hasta el cuidado césped, y se sacó del bolsillo interior la pitillera de plata. Tampoco se esforzó por sociabilizar allí, y pasó por delante de las parejas que paseaban ociosas, disfrutando de la apacible noche de agosto. Lo único que quería era soledad y un buen cigarro, por lo que se adentró en la oscuridad, alejándose de la mansión y de todo lo que tuviera que ver con ella, incluido el motivo por el que había ido allí.

Pero no resultó tan fácil. Aquella risa argentina voló entre los árboles como una caricia, enroscándose en su nuca y poniéndole los vellos de punta, consiguiendo que sus pasos cambiaran de rumbo, siguiendo su estela.

Un par de minutos más tarde, atraído por las voces bajas e íntimas, llegó a un antiguo cenador de piedra cubierto de enredaderas, ocupado por dos personas. Por supuesto una de ellas era *ella*. Y el tipo que se arrastraba ante la joven, con una rodilla clavada en el suelo, era el mismo al que le dispensara sus favores en la provisional sala de juegos.

—Vamos, Ina Dagoa, levántese. Me siento halagada por su proposición, pero lamento tener que repetirle que no puedo aceptarla. —Darian alzó una ceja al escuchar aquello, con muchas ganas de enterarse del resto.

—¿Pero por qué? Le he expresado mis sentimientos, puesto a su

disposición mi insigne apellido, que por otro lado —y sin pretender ser pretencioso—, le recuerdo que viene de la mano de un ducado. En cambio usted... bueno, querida, ya ha pasado por varias temporadas, y no se puede obviar esa historia que circula... —Le falló la voz a mitad de la frase, quizá a causa de la mirada glacial e intolerante que mostraba su acompañante. Carraspeó para quitar importancia a sus palabras, aunque era obvio que para él la tenía—. ¿Qué razón de peso puede argumentar para rechazarme? —preguntó en un tono que denotaba su absoluta incompreensión.

—Ciento cincuenta mil —susurró ella en voz tan baja que su acompañante no la escuchó. Pero él sí, puesto que tenía un oído muy fino, y además era un experto leyendo los labios, pasatiempo al que se había aficionado de pequeño cuando, tras una grave infección en el oído, se pasó semanas sin oír apenas nada. Si bien le sorprendió su respuesta, le alegró sobremanera que le diera calabazas a ese pomposo desgraciado—. Milord —lo intentó la joven una vez más—, aunque estuviera interesada en encontrar marido, que no es el caso, mi cuñado tendría que dar su aprobación, ya que es el familiar masculino más cercano que tengo, y ahora mismo se encuentra atendiendo sus propiedades en Inglaterra.

—Podríamos...

—No. No podríamos —aseguró con firmeza, perdida ya la paciencia—. No deseo casarme, no sé si esa circunstancia cambiará en un futuro lejano, y nunca le tendré en cuenta, puesto que no somos compatibles en ningún aspecto relevante. —Aquel pobre tonto se la quedó mirando perplejo, poco acostumbrado a que lo trataran de un modo tan contundente, y como le habían cerrado cualquier vía para seguir insistiendo, solo le quedó despedirse y salir de escena con el rabo entre las piernas. Durante unos minutos, Rian se limitó a observarla, perdido en la imagen de serenidad y perfección, incluso de fragilidad, que le ofrecía al mundo, consciente de que solo era una fachada, y se empapó de su impactante belleza hasta que esta se le hizo casi dolorosa.

—¿Alguna vez le han dicho que es más mortífera con su lengua que una maza en pleno cráneo? —Alexia se giró con rapidez hacia el intruso, sintiendo un vuelco en el corazón cuando reconoció al extraño de los preciosos ojos verdes que se había entretenido desnudándola mentalmente un rato antes.

—¿Disculpe? —inquirió con su mejor tono de superioridad, a punto de desgarrarse un tendón del cuello al alzarlo con arrogancia.

—Lo ha dejado hecho puré —explicó, señalando hacia el claro por el que había desaparecido su rechazado pretendiente. Ella abrió mucho los ojos.

—¿Ha estado espiándonos?

—Yo no diría eso.

—¿Ah, no? ¿Y cómo lo llamaría entonces?

—Disfrutar de una buena opereta. —La mirada femenina se achicó, y en su amplia experiencia él supo interpretar muy bien lo que aquello quería decir. La mujer se levantó despacio y lo encaró.

—No sé quién es ni cuál de mis conocidos lo ha invitado, pero será mejor que se marche. —Fue su turno de mostrarse sorprendido.

—¿Me está echando? —Una preciosa sonrisa se dibujó en aquella generosa boca, haciendo que su mirada se quedara hipnotizada en ella.

—Así que es lo bastante inteligente como para captar eso. —Los ojos masculinos subieron raudos hasta los suyos.

—¿También me está insultando? —Ella encogió los hombros con ligereza, en un gesto lleno de una sensualidad innata.

—Bueno, no parece muy lógico faltarle al respeto a la anfitriona de la fiesta, cuando ni siquiera han sido presentados, ¿no cree?

Rian la estudió un instante, sin dar muestra alguna de sus pensamientos, antes de acercarse los escasos metros que los separaban. Sonrió para sí cuando el pequeño jadeo le llenó la boca, plantada con fuerza sobre la de la descarada muchacha. Se entregó a fondo en aquel beso. Porque llevaba un buen rato deseándolo, y porque en cuestión de segundos se quedó

enganchado en él. Había besado a muchas mujeres, demasiadas dirían algunos, pero esa era, sin duda, exquisita, y sus labios llenos una delicia que no por inexpertos lo estaban excitando menos. Al contrario, por primera vez en mucho tiempo, la inocencia le sabía a ambrosía. Se separó de ella con renuencia, demasiado seguro de que, si no lo hacía, la tumbaría sobre el césped y se solazaría entre sus níveos muslos sin considerar las consecuencias. Aunque pensándolo bien, esas consecuencias le vinieran de perlas...

Los ojos color miel se abrieron despacio y parpadearon sorprendidos, como si saliera de un trance. Estaban llenos de asombro, de incertidumbre, de un incipiente deseo. Por él. Estuvo a punto de volver a apoderarse de su jugosa boca y mandarlo todo al demonio, pero aquella maldita candidez, y sobre todo la confianza con que lo miraba, lo paralizaron. No debería fiarse de él. De él menos que nadie.

—Darian Cronwell, conde de Stembland, a su servicio, *milady*. —No hubo reverencia, tampoco beso galante en la mano, tan solo una sonrisa sesgada que hablaba de cuánto se estaba divirtiendo. Por eso no le extrañó el empujón, ni las palabras cortantes, cuando llegaron.

—No lo quiero en mi casa cuando regrese, milord. —Se giró hacia la mansión, recogiendo las faldas de su vestido en un gesto impetuoso y excitante, en opinión de su acompañante. Se detuvo un momento, mirándolo por encima del hombro—. Si vuelve a tocarme, lo convertiré en un eunuco. —Y tras esa sorprendente declaración, se marchó como una exhalación, con el porte de una reina.

Cuatro días después, Rian observaba con una mezcla de desconcierto, entusiasmo y anticipación a la belleza rubia bajando de un carruaje junto a sus dos hermanas. Desconocía que también las hubieran invitado a pasar el fin de semana a la residencia que el conde de Vasconcello tenía en el campo,

pero no podía negar que, saber que estaría bajo el mismo techo que ella durante tres días, le revolucionaba la sangre. Por no decir otra parte de su cuerpo que ya se había erguido para intentar otear también por la ventana a su nueva presa. Sacudió la cabeza en un gesto de autocensura, la verdad era que lo suyo no tenía remedio. Moriría siendo un mujeriego, no importaba la edad con que lo hiciera. «Y a mucha honra», le dijo su conciencia. Esa a la que no debería escuchar.

La vio entrar en la casa y se apoyó en la jamba, pensativo. Una Sant Montieue... Intentó hacer memoria sobre lo que había escuchado de ellas, que tuvo que admitir que no era mucho. Tan solo retazos, como que habían llegado un par de semanas atrás con el bueno de Darius —al que no pudo ver porque había estado en Madrid hasta pocos días antes, y cuando regresó este ya había partido de nuevo hacia Inglaterra—, que las tres eran jóvenes y hermosas, y que estaban seduciendo a la sociedad española, que se peleaba entre sí por su presencia en todo evento que se preciara. Y lo de las ridículas dotes, por supuesto. Ese detalle corría de boca en boca como la pólvora.

Y en realidad era el que más le interesaba.

—¿Has visto a ese caballero que no te quita el ojo de encima? —Alexia echó un vistazo con disimulo hacia donde su hermana le señalaba y se quedó inmóvil en medio del salón, mirando con fijeza al impresionante espécimen de macho de más de metro noventa, cuerpo de estatua griega y cara de ángel caído. Sus ojos verdes, brillantes como gemas, estaban clavados en ella y la retaban a desenlazar sus miradas, mientras una sonrisa que debiera estar prohibida se dibujaba en sus perfectos labios. Sintió el leve tirón en el brazo, instándola a andar—. Bueno, ya veo que sí lo has visto. ¿Quién es?

—Un indeseable. —Los ojos azules de Lusía —cobalto según su marido—, se dirigieron hacia ella, inquisitivos—. No tiene modales, es rudo, grosero y un patán insufrible. No me cae bien.

—No me digas... —Ironizó—. Pero es guapísimo.

—Algo bueno tenía que tener —admitió con la franqueza que la caracterizaba—. ¿Qué demonios hace aquí? —se quejó.

—Es de suponer que lo mismo que nosotras.

—¿Todo el fin de semana con él? De repente se me antoja muy largo.

—Pues disimula, viene hacia nosotras. —Apenas le dio tiempo a registrar sus palabras cuando lo tuvo delante.

—*Lady* Alexandria, buenas noches. Qué coincidencia encontrarnos aquí, ¿no le parece?

—Sí, mucha. —Aceptó, soltando su mano en cuanto le fue posible. Los ojos del hombre se deslizaron por la menuda figura de Lusía, lo cual, sin saber por qué, la molestó sobremanera—. Le presento a mi hermana, *lady* Rólagh. —Al escuchar aquello la expresión del conde cambió por completo.

—¿Rólagh? ¿Tiene algo que ver con el marqués?

—Es mi marido —confirmó la joven. Él abrió la boca, atónito. Después de unos instantes, en que se limitó a mirarla con una intensidad que rayaba en la mala educación, pareció recomponerse.

—Entiendo. —Aceptó con una deslumbrante sonrisa—. ¿Me haría el honor de bailar conmigo?

—¿Yo? —preguntó Lusía, desconcertada. Darian se limitó a alzar una ceja.

—¿Hay algún problema? —Ella miró de soslayo a la preciosa rubia, que se mantenía en apariencia indiferente, aunque si los ojos fueran puñales...—. Hay ciertas partes de mi anatomía que creo que están más seguras con usted que con cierta valquiria cruel y sedienta de sangre —comentó a modo de explicación, la cual obtuvo dos respuestas inmediatas: un jadeo asombrado de una y una mirada asesina de otra.

Alexia regresaba del aseo de señoras cuando unos fuertes brazos la cogieron por detrás, y en un único movimiento la volvieron y la empujaron contra la

pared, dejándola pegada a un cuerpo duro como el granito. Levantó la mirada y se encontró con unos ojos verdes que refulgían de lujuria y necesidad.

—Tengo que besarte.

Aquella simple frase, susurrada con voz ronca, arrancó un gemido desde lo más profundo de sus entrañas. Intentó recordarse que estaba enfadada con él, que en realidad no podía ni verle, pero nada de todo eso tenía importancia cuando su boca estaba a escasos centímetros de la suya. Cuando el tremendo y duro bulto de su masculinidad se apretaba contra su vientre en claro testimonio de su ansia por ella.

Debió ver su rendición en su mirada, porque obvió la pequeña distancia que los separaba y por fin, por fin, sus labios se encontraron, llenando ese vacío que había aparecido de manera misteriosa la noche que se conocieron. Su lengua resiguió la comisura de sus labios, incitándola a separarlos, y cuando lo hizo se abrió paso a golpe de pasión y desenfreno, como si un beso no fuera suficiente para calmar la sed que lo atormentaba, como si quisiera aprenderse cada recoveco, cada pliegue, cada oscuro secreto que guardaba.

Alexia se aferró a las solapas de su chaqueta, intentando insuflar aire a sus pulmones mientras sentía crecer en todo su cuerpo un anhelo desconocido hasta entonces, que la impulsó a llevar las manos hasta el cuello masculino y pasar los dedos entre su lustroso cabello. Darian gruñó y se pegó más a ella, aplastándola contra la pared. Entonces sintió sus manos sobre sus pechos desnudos, y el sobresalto fue tan grande que se quedó sin respiración. «Por Dios santo, ¿dónde estaba su vestido?». Pero aunque le hubieran permitido indignarse no tuvo tiempo, ya que esa boca mágica estuvo allí al instante, calmando ese dolor sordo que apenas había sido consciente de sentir, lamiendo sus contraídos pezones como pequeños guijarros, obligándola a jadear de placer ante las nuevas y maravillosas sensaciones que estaba sintiendo.

La carcajada masculina al otro lado del pasillo fue como un mazazo en la cabeza. Notó la repentina rigidez en cada músculo del conde, que se paralizó

en el acto. Sus ojos se encontraron, y aunque pudo vislumbrar el deseo desnudo en los iris verdes, también supo que estaba alerta y preparado para actuar de ser necesario. Intentó escapar por debajo de su brazo, horrorizada de que pudieran encontrarla en aquella situación, pero él la agarró por las caderas, inmovilizándola.

—Shhh... —susurró en su oído—. Se dirigen a la biblioteca. No nos descubrirán si no nos dejamos llevar por el pánico. —La joven no tenía claro que no fuera a ocurrir precisamente eso. Acababa de dejar atrás un tremendo escándalo, y no podía protagonizar otro nada más llegar a España. Aquello acabaría con sus hermanas, destrozaría a Lusi. Se dio cuenta de que las manos que la sostenían se habían relajado, y alzó los ojos hacia ese rostro tan apuesto que quitaba el aliento—. Ya se han marchado —se limitó a explicarle.

—Gracias a Dios. —Gimió de alivio. Un silencio espeso y antinatural inundó el pasillo, y de nuevo buscó su mirada, que advirtió estaba en algún punto de su anatomía. Cuando comprendió que observaba absorto sus senos aún desnudos, soltó un grito indignado y comenzó a subirse el corpiño a tirones.

—Podríamos seguir donde lo habíamos dejado —declaró el muy patán. Se lo quedó mirando con la boca abierta, por primera vez en mucho tiempo, sin palabras con las que azotarle—. Por supuesto en un lugar mucho más cómodo e... íntimo —aclaró como si tal cosa. Alexia terminó de adecentarse, o lo intentó, dadas las circunstancias, y se irguió cuan larga era. Por desgracia eso la dejaba a más de veinte centímetros por debajo de él.

—Si quiere volver a presumir de hombría, yo que usted me apartaría. O lo siguiente que me diga, lo hará con una voz muuuucho más aflautada, y retorciéndose en el suelo. —Darian no pudo evitar parpadear ante la evidente amenaza de un rodillazo en las pelotas, sobre todo cuando su mente se empeñó en representar de forma gráfica la escena. Despacio, sin hacer movimientos bruscos, se deslizó hacia la derecha, dejándole a aquella

descerebrada espacio suficiente para que se escabullera de su férreo marcaje.

No fue hasta que se quedó solo en aquel oscuro pasillo que le dio por pensar que había desaprovechado una oportunidad de oro para ver realizados sus ansiados planes. Y se estaba quedando sin tiempo.

—Un disparo excelente, Stembland —alabó su anfitrión cuando pasó por su lado en su enorme castrado marrón. Rian se limitó a asentir, mientras esperaban a que el mozo recogiera la pieza, en ese caso un buen ejemplar de faisán que rondaba los dos kilos—. Pero de sobras es conocido que donde pone el ojo pone la bala, ¿verdad? —Le embromó con una sonrisa sardónica, con la única intención de pasar el tiempo. El resto del grupo, que entendió a la perfección el doble sentido de la pulla, mostró su conformidad con unas buenas carcajadas, e incluso Marcus intentaba aguantar la risa con estoicismo.

—Se hace lo que se puede —admitió con modestia, sin sentirse ofendido por ser el blanco de las burlas de sus amigos.

—Oh, vamos, todos sabemos que si se le mete entre ceja y ceja no quedará una dama virgen de aquí a que termine el fin de semana —se quejó en tono lastimero el vizconde de Casa Torcas, a la vez que varias cabezas secundaban su palabras con un movimiento afirmativo, ya olvidadas las chanzas—. Y yo tengo previsto casarme la próxima temporada, así que no estaría de más que nos señalase en cuál de las damas presentes está interesado, para que el resto pongamos nuestras miras muy lejos de su coto privado de caza. —Rian echó un vistazo de soslayo a Mac, mientras con el ceño fruncido sopesaba las palabras del caballero. La declaración no había sido suave ni benévola, desde luego, pero no por eso era menos cierta. Era un tipo afortunado en el amor, con una gran aceptación entre las féminas, y decir que sería capaz de conquistar con facilidad a la mayoría de las señoritas, señoras, y demás invitadas al evento campestre no era exagerar sus habilidades. Podría negar

que estuviera buscando esposa, no obstante su sola presencia en aquella reunión, además de haberse convertido en un asiduo a las fiestas nocturnas de las que antes rehuía como a la peste, hablaba alto y claro de sus intenciones, mucho más que si hubiera publicado un anuncio en el Times.

—No hay nadie en particular, así que pueden hacer sus elecciones con total libertad. —Todos los presentes se le quedaron mirando con cara circunspecta, como si no terminaran de creerse que no hubiera elegido a su víctima, al menos en lo que refería a su cama durante los próximos dos días, pero al cabo de un rato la tensión reinante pareció disolverse como por ensalmo.

—Pues yo me decanto por la señorita Ximena. Es dulce como la mermelada, bonita como una camelia e inocente como un corderito recién destetado. El mayor problema es doña Agripina, su madre, a la que habrá que aguantar hasta que Dios así lo disponga. —Un coro de risas entre dientes acompañó a la disertación del vizconde, pues todos habían sufrido en algún momento a la mencionada señora, a pesar de que esta llevaba un día escaso en la mansión.

—Bueno, amigo, sin pretender desmerecer tu elección, diría, sin asomo de dudas, que la protagonista indiscutible de este pedazo de terruño —el caballero que hablaba hizo un gesto de disculpa hacia el anfitrión, quien asintió para restar importancia al comentario— es *lady* Alexandria Sant Montie. —Darian se obligó a mantenerse impasible, incluso cuando sintió la mirada fija de Marcus sobre él.

—Señores, esas son palabras mayores. Esa dama es inalcanzable para mí. —Admitió Casa Torcas con resignación.

—Y para muchos, amigo —terció otro—. Además, la muy pécora es capaz de arrancarte la piel a tiras sin despeinarse, con solo un par de frases lapidarias y manteniendo en todo momento esa sonrisa beatífica. La mayoría de las veces no sé si deseo besarla o empujarla delante de un carruaje en marcha. —Las risas no se hicieron esperar, dejando claro que más de uno de los presentes había sido blanco de las palabras hirientes de la joven.

—Cásate con ella, hazte con las ciento cincuenta mil libras, beneficiatela todas las noches durante un par de meses y después la arrojas al Miño. — Hubo varios murmullos de aceptación ante la propuesta, aunque todos sabían que se trataba de una broma sin malicia.

—Esa dote es tentadora, la verdad, pero con franqueza, ni los estupendos revolcones que tiene la moza ni la disparatada fortuna con la que su cuñado intenta tapar el escándalo que esa familia ha dejado en Inglaterra me convencen para elegirla. Este año habrá una buena hornada de señoritas casaderas, quizá no tan apetitosas como *lady* Alexandria, sin embargo os aseguro que mucho menos problemáticas y, por supuesto, con sus reputaciones intactas, dos factores que tengo muy en cuenta a la hora de elegir esposa, y que la mencionada dama no cumple. Esa mujer está acabada, al igual que el resto de las Sant Montieue. Y ni todo el dinero del mundo podrá arreglar eso. —Rian giró la cabeza en su dirección como si lo hubieran golpeado con un yunque, atónito. El espeso silencio que se hizo tras esa sorprendente afirmación solo demostró que el resto pensaba como el lord. Miró a Marcus, y la desazón y la pena que encontró en sus ojos le confirmó que él era el único que no estaba enterado de aquella parte de la historia.

—¿Se puede saber qué demonios hace ahí? —El chillido de espanto fue el prelude de un brinco de sobresalto ante las inesperadas y furiosas palabras. De no haber sido por las fuertes manos que la sujetaron por las pantorrillas, se habría caído de la gruesa rama del árbol donde estaba sentada. Alexia cerró los ojos un segundo cuando comprendió que no corría peligro de estamparse contra el duro suelo. Fue entonces cuando su cerebro se centró en las sensaciones, como la de las manos masculinas rodeando sus piernas cubiertas tan solo por unas delgadas medias, por debajo del vestido. Así que gritó de nuevo, esa vez de indignación, y las balanceó con fuerza, tratando de zafarse de su agarre.

—Debe soltarme. —La ceja del hombre se alzó con insolencia ante la orden.

—¿Debo?

—Ahora mismo —aseguró. Para demostrarle quién controlaba la situación, por si quedaba algún resquicio de duda, Rian recorrió de arriba abajo con la punta de los dedos, muy despacio, aquellas torneadas pantorrillas. El movimiento fue suave y delicado, destinado exclusivamente a someter, cuando lo que en realidad deseaba era apartar la fina falda y subir por los muslos hasta un destino calculado. Aquella descarada se había deshecho de las enaguas en algún momento entre la velada musical posterior a la cena y ese momento.

—¿Por qué siempre la encuentro en este tipo de situaciones? —Alexia frunció el ceño, desconcertada.

—¿Subida a un árbol?

—O sentada a una mesa de juego y rodeada de hombres. O fumando. En circunstancias absurdas, que hacen peligrar su buen nombre. —La joven se le quedó mirando sin expresión alguna. Cuando después de la penosa demostración de la hija de la anfitriona de cómo se podía aporrear las teclas de un caro y cuidado piano de cola sin perder la compostura durante toda una maldita hora, y de la aún más desastrosa actuación a voz en grito de una condesa francesa, que había hecho temblar los cristales de la lámpara de araña del techo, al fin habían dado por concluida la noche, sus hermanas y ella estaban demasiado despejadas para irse a dormir. Mara había sugerido que llevaran a la práctica la idea que se le había ocurrido nada más llegar y ver ese enorme roble frente a la ventana de su dormitorio, y ni cortas ni perezosas se habían deshecho del excedente de ropa que conllevaba su vestuario y se habían encaramado a las ramas más bajas, riendo como crías. Al fin y al cabo habían hecho esa misma chiquillada infinidad de veces siendo niñas y, bueno, con todo lo que les había ocurrido en los últimos meses, la necesidad de olvidarse por un rato de todo les pareció un alivio

merecido y muy necesitado. En ese momento, frente al hombre arrogante y altanero que la mantenía cautiva con su mirada esmeralda y su cuerpo caliente y prohibido, le pareció la peor ocurrencia que había llevado a cabo en mucho tiempo, máxime cuando era la única que seguía sobre el maldito árbol, ya que el resto de las Sant Montieue hacía rato que se habían retirado.

—No se preocupe por mi buen nombre, milord.

—Sí, tengo entendido que eso no ya no es necesario. —La cabeza femenina giró de golpe hacia él, los ojos agrandados por la sorpresa.

—¿Quiere decir que acaba de enterarse de mi desafortunada situación? —preguntó, desbordando sarcasmo, sobre todo porque había escuchado la dureza en sus anteriores palabras.

—He estado en la capital un tiempo. —Le aclaró.

—Entiendo.

—¿Qué es lo que entiende, ángel?

—El porqué se ha pasado el día haciéndole ojitos a *lady* Constanza. —Alexia se maldijo en silencio por admitir haberse dado cuenta de su repentina atención hacia la muchacha, cuando a ella la había ignorado por completo, después de su continuo interés de los últimos días, pero ese apelativo cariñoso que había intercalado como si nada la había sorprendido lo suficiente como para hacerla dar aquel traspiés. Una suave carcajada rompió la quietud de la noche.

—¿Está celosa, *lady* Alexandria? —La sonrisa femenina en todo su esplendor le estrujó el bajo vientre.

—Para eso tendría que importarme. —Pasados unos segundos en los que él no dejó de observarla, sus ojos se volvieron duros e inexpresivos.

—Debiera haberme puesto sobre aviso —se limitó a decir, perdido el buen humor.

—¿En serio? ¿Y por qué tendría que haber hecho eso?

—Porque sabe tan bien como yo que entre nosotros se está fraguando algo. Que esto siempre fue más que un inocuo flirteo. Que lo que sentimos cuando

nos tocamos no son chispas, es pura electricidad. —Sus manos subieron con presteza por sus corvas y, como si quisiera reafirmar su alegato, originaron un escalofrío en la joven que subió hasta una zona innombrable. Ella alzó las manos y sujetó las suyas, deteniéndole en el caso de que intentara seguir ascendiendo, mientras sus ojos agrandados de asombro no se desviaban de su rostro ni siquiera para parpadear.

—Está intentado decirme...

—Que deseo casarme con usted. —Terminó en su lugar, lo que provocó que inspirara con fuerza. Tardó al menos dos minutos en volver a hablar, mientras le observaba con tal intensidad que parecía querer leer su alma.

—¿Por qué?

—Porque quiero llevarte a la cama, claro —admitió sin tapujos, descartado el anterior trato formal para pasar a un tono mucho más íntimo y sugerente. Alexia se estremeció, y el calor pegajoso del verano no tuvo nada que ver con su reacción. Tan solo aquel hombre demasiado seguro de sí mismo, guapo a rabiar y con ese aire de peligro inminente que proyectaban los calaveras recalcitrantes.

—Una razón de peso para encadenarnos de por vida el uno al otro. —Una sonrisa sesgada apareció en los hermosos labios del conde.

—¿Así es como lo ves? —preguntó con evidente mofa.

—¿Hay otro modo? —Contraatacó con rapidez.

—Bien, hay quien diría que una muchacha de tu edad vería el matrimonio como la culminación de sus sueños. Ya sabes, un hogar propio, un título aparejado al nombre, respeto y ascenso en la escala social, los ansiados niños tirando de tus faldas... —A pesar de las hirientes palabras no se ofendió, porque representaban la realidad de su mundo. Además, a través de sus anteriores encuentros había aprendido a conocerlo un poco, al menos lo suficiente para saber reconocer esa ironía demoledora como parte de su arrolladora personalidad.

—Milord, ¿acaso intenta decirme que empiezo a hacerme mayor y que

debería ver su proposición como un regalo caído del cielo? —La cara de sorpresa del hombre no podía ser fingida, y aquello ayudó a aliviar los raspones de su lastimado orgullo.

—Pero si eres una niña —rebatí al punto, lo que provocó un enorme ceño en el rostro femenino.

—Claro que no.

—Bien, una cría con la mente de una malvada de cuento y el cuerpo de una cortesana cara y complaciente. —La mano se alzó en el acto, directa a su rostro. La interceptó de inmediato, mientras se perdía en aquellos ojos ámbar, tan furiosos que creyó que lo fulminarían en el sitio. Se mantuvieron la mirada durante un buen rato, apenas sin parpadear, la respiración de ella jadeante mientras hacía presión para intentar soltarse de su agarre, la de él enardecida por las ganas que tenía de besarla hasta dejarla desmayada.

—¿Por qué siempre tiene que insultarme? —Darian parpadeó, confundido, para soltar su muñeca un segundo después.

—No son insultos, Dría, es mi manera de ser, eso es todo —arguyó en un tono bajo y quedo, como si le costara hacer aquella confesión. No obstante la joven apenas le prestó atención.

—¿Cómo me ha llamado? —preguntó en un susurro, a la que él contestó sin dudar.

—Eres Dría para mí.

—Se está tomando demasiadas libertades, Stembland.

—Sí, es uno de mis muchos defectos —admitió sin pizca de remordimiento—. ¿Y bien? ¿Cuál es tu respuesta, *lady Alexandria*? ¿Me harás el honor de convertirte en mi esposa? —El silencio —a menudo un manto espeso y tangible como la misma niebla—, se extendió entre ellos mientras se miraban con intensidad desde sus respectivas posiciones. Gracias a la de ella, sobre la gruesa rama del tronco de aquel viejo roble, sus ojos quedaban a la misma altura, por lo que cada uno observaba al otro intentando adivinar lo que estaría pensando. Entonces, Alexia saltó hacia adelante, y Rian estiró los

brazos hacia ella antes de pensar en darle la orden a su cerebro para que lo hiciera. La cogió sin esfuerzo, aunque dejó escapar el aire con una fuerte exhalación cuando notó que apoyaba los pies en el suelo, segura y a salvo. Al momento la mujer dio un par de pasos atrás, alejándose.

—No.

Capítulo 2

En el presente...

Javo siguió con la mirada a la joven de sinuosas curvas que caminaba por el jardín sin rumbo fijo, al parecer absorta en algo de suma importancia. Aquello ya era de por sí inquietante, puesto que la mujer no tenía paciencia para hacer algo tan mundano y trivial como pasear, no sin un motivo al menos.

Por supuesto él intuía uno alto, rubio y cuya mirada verde brillaba con codicia cada vez que ella aparecía en un salón, por muy atiborrado de apetecibles féminas que estuviera ya. Y aquel inquietante pálpito suponía un problema de los gordos, porque el tipo en cuestión le caía francamente mal.

Sus ojos marrón oscuro se perdieron entre las negras nubes que llevaban toda la mañana amenazando tormenta antes de desplazarse de nuevo hacia la figura solitaria, mientras sopesaba si salir al frío exterior y coger al toro por los cuernos o subir a su dormitorio, donde sabía que encontraría a cierta dama echando la siesta, muy dispuesta a ser despertada con unos cuantos besos, para disfrutar de una espléndida sesión de sexo desenfrenado. Levantó la vista al techo, como si así pudiera visualizarla, ligera de ropa y calentita bajo las mantas, y un suspiro derrotado afloró de sus labios.

—Lena —musitó con ansia, al mismo tiempo que salía a la Terraza del Sultán, un nombre ridículo puesto por su hermana Dina en recuerdo a una tarde en que lo encontró tumbado sobre un montón de cojines leyendo un

libro, y a la muy puñetera le hizo gracia la semejanza. Según se acercaba a la muchacha terminó de convencerse de que algo la preocupaba. Alexandria siempre parecía un volcán a punto de entrar en erupción, pero en ese momento casi podía advertir los gases que precedían a las fuertes explosiones, y esperaba ver de un instante a otro la lava achicharrando el verde césped—. Un par de guantes nuevos por tus pensamientos. —Ofreció mientras le colocaba el abrigo sobre los hombros, seguro de que estaría helada. Aunque llevaba un grueso vestido de terciopelo granate, no era suficiente para la desapacible tarde de mediados de noviembre. La joven se arrebujo bien en la prenda, agradecida de que hubiera tenido la deferencia de traérselo, ya que ella había estado tan distraída que se lo había dejado al salir. Solo entonces cayó en la cuenta de lo que había dicho, y agrandó los ojos, perpleja.

—¿Cómo sabes que me encapriché de esos guantes? —Javerston se sacudió una imaginaria pelusa del hombro antes de contestar.

—Es mi obligación estar al tanto de todo lo que incumbe a mi familia. Además —admitió con un brillo burlón en los ojos—, vuestro Club de los Seductores me mantiene bien informado.

—Una panda de chismosas. Eso es lo que sois —lo regañó, esforzándose por parecer severa, aún cuando adoraba a todos y cada uno de los miembros del afamado Club. Al menos de los que conocía—. Hablaré con Darius, no lo dudes. —Apretó los dientes cuando escuchó su suave risa, para no seguirle y desmontar su pose de dama ofendida.

—¿Vas a ser muy dura con él?

—No. Pero le haré sudar la gota gorda antes de dejar de estrangularlo con la corbata. —Javo soltó una carcajada, encantado solo con imaginar la escena.

—Ahora dime, ¿dónde te metiste anoche? —Como esperaba, toda pretensión de júbilo desapareció ante su pregunta.

—¿Anoche?

—Durante la fiesta —aclaró de forma innecesaria, siguiéndole el juego.

—De aquí para allá...

—Los hombres como Strass no son una buena compañía para alguien como tú. —La interrumpió, porque no estaba dispuesto a que le mintiera.

—Es amigo tuyo desde hace años. —Le echó en cara, aunque aquello confirmara que en efecto había estado con él.

—Por eso te lo digo. Porque lo conozco y sé con exactitud lo que busca de ti. —Ella perdió la mirada en el horizonte, cada vez más oscuro y amenazador.

—¿También mi dinero?

—No, tiene de sobra. Richard desea a la mujer núbil y apasionada que vislumbra en ti. —La muchacha se ruborizó hasta la raíz del cabello, y Javo se sintió divertido y enternecido por su reacción, tan atípica en ella.

—¿Con o sin anillo de por medio?

—Mucho me temo que sin, preciosa.

—Vaya. —Fue todo lo que se le ocurrió, a pesar de que no era el primer hombre que la avisaba de las intenciones deshonestas del vizconde.

—Claro que cambiarle por Stembland no es ir a mejor, precisamente. —Alexia giró la cabeza muy despacio en su dirección y le fulminó con la mirada.

—¿Para qué diantres me preguntas si ya tienes todas las respuestas?

—Porque me gustaría que me lo contaras tú. —Un pesado suspiro le dijo al marqués que aún podía seguir tirando de esa cuerda.

—No *propicié* una cita con ese idiota, apareció sin más cuando estaba con Richard.

—¿Y decidiste que era mejor probar tus armas de mujer con él que con el bueno de Strass? —Los ojos femeninos se achicaron avisando de peligro inminente. Quizá el humor de su cuñadita era peor de lo imaginaba, después de todo—. Él regresó al salón, *vosotros* no. —Se limitó a señalar, como si el resto fuera una conclusión lógica.

—No tengo nada que decir —puntualizó, sin importarle que sacara sus

propias conclusiones sobre lo que había ocurrido —o no—, en aquel jardín. Se midieron durante un largo momento para después perder la vista en el horizonte, cada uno sumido en sus pensamientos.

—Si lo quieres puedes tenerlo. —No fingió no haberlo entendido, no obstante le hubiera gustado hacerlo, porque aquella aceptación por parte de Javerston significaba dar por sentadas demasiadas cosas a las que no deseaba enfrentarse.

—¿Como un semental robusto y fecundo?

—Algo así —afirmó aún sin mirarla. Alexia sabía cuánto le estaba costando aquella parte de la conversación, ya que la animosidad entre los dos hombres venía de su época de estudiantes, así que se apiadó de él.

—No estoy interesada en el conde. —Los felinos ojos del marqués se volvieron hacia ella.

—¿Por qué será que no te creo?

—Porque sigues siendo un hombre de negocios implacable y desconfiado.

—No, no es eso. —Javo se metió las manos en los bolsillos del abrigo en un gesto desenfadado, sin embargo no la engañó. Había dicho en serio que lo consideraba despiadado, y si se trataba del bienestar de su familia, entonces no se detenía ante nada—. Creo que estás tan interesada en ese patán, como él en ti, y aunque en este caso detestaría tener razón, eso eliminaría tus inconvenientes para casarte. Los de ambos, a decir verdad. —La carcajada femenina estaba teñida de burla y desprecio.

—Vamos, Javerston, sabes tan bien como yo que lo único que le fascina a Stembland de mí es esa condenada dote. —No tenía sentido negarlo, así que se mantuvo en silencio, sin embargo deseó poder ofrecerle otra respuesta. Escuchó un resoplido apagado y la miró de soslayo—. Quizá debí haber nacido varón. —Soltó, arrugando la nariz en un gesto entre cómico e infantil. El marqués se perdió en aquel hermoso rostro de rasgos clásicos y perfectos, bajó durante un par de segundos a los carnosos labios entreabiertos y parpadeando buscó su mirada, donde quedó subyugado de inmediato por sus

preciosos ojos de color miel claro.

—Definitivamente eres demasiado guapa para ser un hombre. —La piropeó con una de sus sonrisas traviesas, aquellas que una vez habían hecho necesarias las sales para más de una dama. Alexia le rio la broma, no obstante lo hizo más por no preocuparle que por ganas—. Darian es un imbécil, y te aseguro que no estoy dejando que mis sentimientos personales afloren en esta cuestión. Pero te mereces mucho más que un cazafortunas que ya ha demostrado con creces que tú no le importas más que para llenar sus vacías arcas y para satisfacer su lujuria. No me entiendas mal, estoy a favor de los matrimonios concertados, donde las dos partes deciden unirse por unos motivos u objetivos comunes, pero un secuestro, e incluso una proposición basada en el engaño, no cuenta con mi aprobación. Y bueno, yo tengo que soportar la cruz de que mis cuñadas desean casarse por amor, así que... toda otra cuestión queda descartada, claro. —Aunque había intentado darle un tinte de exasperación a la última parte de su explicación, no revestía fuerza alguna, puesto que era de sobra conocido que el marqués de Rólagh bebía los vientos por su esposa, y que no había nada que no estuviera dispuesto a hacer por verla feliz, así que el que las dos jóvenes a su cargo quisieran lo mismo para ellas no iba a suponerle un problema.

—Me alegra tanto de que lo tengas tan claro, Javo. Porque detestaría declararle la guerra abierta al marido de mi querida hermana, sobre todo ahora que está en estado de buena esperanza, y además de vivir inclinada sobre esa dichosa jofaina tiene los sentimientos a flor de piel. —El aludido la estudió con los ojos entrecerrados, dudando si llamarla arpía o echarse a reír ante su descaró. Al final hizo lo segundo, porque la adoraba tal y como era, belicosa y luchadora.

—Eres una mujer indomable.

—Tienes razón, creo que no he nacido en el siglo correcto. —Javerston soltó una sonora carcajada mientras señalaba con el dedo más allá de la propiedad.

—Allí fuera hay un hombre que sabrá valorar todas tus cualidades —
aseguró confiado. Alexia miró hacia las verjas que daban a la calle.

—Sí, pero ¿lo encontraré?

—¿Adónde vas? —Se pegó tal susto que perdió pie en la ventana por la que intentaba salir y se enredó con el vestido. No terminó de morros contra el suelo porque él la sujetó con fuerza por las axilas y la estabilizó con un fluido movimiento que la dejó un tanto mareada.

—La madre que te tr... —balbuceó con la respiración trabajosa y el corazón golpeando con fuerza contra sus costillas—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Iba camino de mi club cuando vi cómo la ventana se abría, y cierto revuelo sin sentido que me pareció sospechoso, aunque en ningún momento imaginé que este significara que te estabas escabullendo de casa como una vulgar ladronzuela. —Por nada del mundo Rian iba a admitir que venía de la fiesta de los Arton, donde había coincidido con la familia al completo de la joven, y que tras unas cuantas preguntas muy discretas había conseguido averiguar que se encontraba en casa, algo indispuesta. Tampoco iba a contarle que llevaba más de media hora rondando la propiedad, a la que había accedido de manera poco legal, tan solo para asegurarse de que estaba bien. Ahí el único que estaba para que lo encerraran era él. Alexia pasó por su lado sin dignarse a contestarle y se dirigió con pasos rápidos hacia la puerta trasera, con el obvio propósito de marcharse—. ¿Qué crees que estás haciendo?

—Buscar un coche de alquiler.

—¿A estas horas? ¿Tanto te aburres que te mueres por presentarte en casa de los Arton aún estando enferma?

—Sí... bueno... Ya estoy bastante recuperada. Y en el mejor de los casos no es asunto tuyo. —La mano en su muñeca la obligó a detenerse y mirarlo.

—Yo te llevaré. —Ofreció, señalando el resplandeciente carruaje negro con

su escudo en el lateral.

—No, yo...

—Entra, Dría. —Abrió la boca para mandarle al infierno, pero en ese momento otro coche apareció por la esquina en su dirección. Aunque iba tapada con la capucha, no era conveniente que la encontraran en la calle a esas horas y acompañada de un hombre, así que con toda la furia que pudo imprimir a sus movimientos, se subió al vehículo, seguida de cerca por el conde. Una vez dentro se sentó en el centro del cómodo asiento de cuero beige, para evitar que él pudiera hacerlo a su lado, y supo que se había dado cuenta de su estratagema, puesto que la sonrisa sesgada que mostraban sus labios hablaba por sí misma—. ¿Adónde vamos?

—De verdad, no... —El pesado suspiro, que contenía exasperación y reproche a partes iguales, sumado a la impenetrable mirada esmeralda, le dijeron que por mucho que insistiera no iba a dejarla sola en mitad de la noche. En respuesta a su tozudez se cruzó de brazos, con una expresión beatífica en el rostro. Rian frunció los labios y golpeó el techo, a la espera de que se abriera la trampilla.

—Mantente en movimiento, ya te avisaré cuando tenga un destino. —Le ordenó a su cochero. No se inmutó por la cara de circunstancias de su acompañante, sino que se arrellanó en su asiento, como si dispusiera de una cantidad de tiempo infinita.

—Esto es ridículo.

—Coincido contigo en eso. Si me das una dirección... —Dejó la frase en el aire, mientras la miraba con cierta burla, y sintió que una fuerza superior la impelía a golpearle de lleno en la cara con el pequeño bolso de mano, solo para borrarle ese gesto de superioridad.

—No voy al baile —admitió con los dientes apretados. Su actitud cambió por completo. Se incorporó de golpe y la miró con intensidad.

—¿Ah, no? —Se inclinó hacia delante, acortando la distancia que los separaba mientras sus ojos escudriñaban los suyos, como si pudiera encontrar

lo que buscaba sin necesidad de que ella se lo entregara libremente— ¿Con quién vas a encontrarte, Alexandria?

—No es de tu incumbencia, milord. Límitate a dejarme bajar y sigue camino hacia tu... club. —La insinuación de que, tal vez, se dirigía hacia algún otro sitio, quizá un burdel, o los amorosos brazos de una querida, no le pasó desapercibida.

—No vas a conseguir desviarme del tema. Quiero saber a quién vas a ver a estas horas de la noche.

—Está bien, tengo una cita. Y no puedo presentarme contigo. ¿Contento?

—Has quedado con un hombre. —Las palabras de Rian no fueron una pregunta, pero se encontró afirmando con la cabeza, hipnotizada por las fieras emociones que vislumbró en su mirada, tan intensas y arrolladoras que por un instante se asustó—. ¿Quién? —La joven tragó con fuerza, consciente del lío en el que se estaba metiendo, pero incapaz de echarse atrás a esas alturas del juego.

—Maldita sea, Stembland, no tienes ningún derecho sobre mí, y si quiero reunirme con un amante te tienes que aguantar. —Alexia imaginó que si hubieran extraído todo el aire del coche la sensación de asfixia que sentiría no sería mayor a la que notaba en ese momento, clavada al sitio por la mirada asesina de su acompañante. Un segundo después se abalanzaba sobre ella, su cuerpo duro y pesado que la aplastaba contra el asiento y la dejaba sin aliento.

—Dime que no es cierto. Joder, admite que solo lo has dicho para ponerme furioso. —«Hazlo, hazlo, hazlo...», le repetía una y otra vez su instinto de conservación. Pero, por desgracia, también habitaba en ella una voz suicida, descontrolada, temeraria, la que no respetaba los límites, la del inconformismo, esa que nunca había creído que ella fuera menos por haber nacido mujer, una que se convertía en un grito rabioso y le impedía comportarse como la dama conservadora y gentil que se esperaba de ella. Y era esa parte la que estaba ganando aquella batalla silenciosa en su interior,

animada por los deliciosos escalofríos que le causaba su cálido aliento sobre sus labios, la presión del sólido torso sobre sus suaves pechos, la inquietante pero deliciosa sensación de la dureza que se apoyaba contra su vientre... Todo aquello era nuevo, apabullante, pero tan agradable y excitante que por unos mágicos momentos se olvidó de quién era el hombre que tenía encima.

—Apártate —ordenó con voz entrecortada por el esfuerzo de intentar moverlo, lo cual demostró ser un esfuerzo inútil.

—Desdícete —exigió a cambio, pasando sus expertos labios por su cuello, en un revoloteo de besos húmedos y electrizantes que la obligaron a soltar un largo gemido. Aquel truhán siguió torturándola, ofreciendo perla tras perla de sabiduría de su dilatada carrera de conquistador, utilizando esa boca maravillosa para despertar a la mujer que habitaba en su interior. Lamió su oreja con parsimonia, lo que provocó una miríada de pequeños escalofríos que se multiplicaron por cien cuando cogió el lóbulo entre los dientes y tiró con cuidado, provocándola, y haciendo que se aferrara a sus antebrazos con fuerza—. ¿Lo ves? No podrías reaccionar como lo haces si estuvieras enredada con otro. —Las palabras susurradas fueron como un disparo a bocajarro en el abdomen. Se quedó inmóvil y sintió una frialdad desconocida hasta entonces acercándose con rapidez a su corazón, como una capa de escarcha recubriéndoselo.

—Qué poco conoces a las mujeres —se obligó a decir con una enorme sonrisa—, si piensas que porque mi piel responde a tu tacto no soy capaz de darle a nadie más lo mismo que a ti. —La cara de estupefacción de Rian ante su contundente afirmación dio paso con rapidez a una furia ciega muy capaz de arrasarlo todo. Y ella era una insensata por alimentar ese fuego descontrolado cuando estaba claro que iba a quedar atrapada entre las llamas, pero no era capaz de detenerse. Siempre se revolvía cuando la atacaban, como una leona herida, incapaz de abandonar la partida incluso con las peores cartas de la baraja. Y en ese momento no podía tener peor mano.

—¿Con quién coño ibas a reunirte, joder?

—¡Con alguien mucho más hombre que tú! —La boca masculina bajó segundos antes de que los ojos verdes relampaguearan llenos de rencor y rabia. No fue suave, ni cuidadoso. Ni siquiera fue un beso. Fue un castigo, un reclamo, un modo de borrar sus palabras. Y a pesar de todo le gustó. Se maldijo por ello, por disfrutar con algo destinado a someterla, pero aquello no evitó que terminara rodeando su cuello para acercarlo más a ella, ni que gimoteara cuando encajó sus caderas con un movimiento circular. Las manos del hombre parecían estar en todas partes, en su pelo, enredadas a los largos mechones que una vez estuvieron peinados en un elegante recogido, en sus pómulos, delineando su rostro mientras devoraba su boca con una pasión arrolladora, como si no tuviera suficiente de ella, en los costados de su cuerpo, dibujando el contorno de sus senos que clamaban por su atención, a tenor de lo tensos y pesados que los sentía. Aquellas sensaciones la asustaron y sirvieron para recordarle que no debiera estar sintiéndolas. Se echó hacia atrás lo suficiente como para romper el beso y encontrarse con sus ojos, dos brillantes rendijas de lujuria y pecado cuyos efectos se clavaron entre sus piernas y provocaron un hilo de humedad que la avergonzó a la vez que la excitó—. Debemos parar ahora.

—¿Te estás reservando para tu amante secreto? —Era imposible no detectar la burla en el tono seco de la pregunta, la cual acicateó sus ganas de seguir con la mentira, aunque fuera probable que terminara saliéndole caro.

—Me estás haciendo llegar tarde. —La maldición mascullada en voz baja y tensa le hizo gracia, aunque se guardó de demostrarlo.

—Será mejor que te hagas a la idea de que tu cita clandestina de esta noche se ha anulado. El tipo se llevará un disgusto, estoy seguro, pero nada que no pueda solventarse en un buen burdel. La carta allí es... variada y de excelente calidad. —El grito indignado no le pilló por sorpresa, pero la mano de afiladas uñas que se lanzó hacia su rostro como una pequeña garra sí, por lo que su propio aullido de dolor, cuando esta le arrancó la piel, llenó el pequeño habitáculo. Salvó el ojo por milímetros, gracias a sus rápidos

reflejos al apartarse. Se apresuró a cogerle las manos, elevándolas por encima de sus cabezas—. Maldita zorra. Como me hayas marcado de por vida te voy a hacer lamentarlo. —Los ojos masculinos se vieron irremediamente atraídos por el movimiento de sus pechos a causa de su respiración trabajosa, y tardó unos segundos de más en volver a prestarle atención—. Eres una gatita salvaje, ¿verdad? Comprobemos cuánto. —Y sin más la besó de nuevo, duro, exigente y muy furioso. Alexia se revolvió como una posesa, presa de la ira y la congoja, y su lucha pareció acicatear el hambre del conde, que se volvió más apasionado, más deseoso de derribar sus barreras y rendirla a lo que estaban sintiendo. Un suspiro tembloroso escapó de sus labios junto con el poco aire que le quedaba mientras iba siendo subyugada por el deseo y el placer, emociones tan intensas que apenas notó el tirón en el corpiño, ni escuchó el extraño sonido al que en aquel momento no pudo ponerle nombre, segundos antes de sufrir la impresión de sentir la boca abierta sobre su desnudo seno derecho. En aquella ocasión, el gemido que escapó de su garganta cuando su lengua lamió el endurecido pezón fue de puro goce. Nunca en su vida había experimentado algo parecido, ni siquiera la habían preparado para algo como aquello, aunque la cara de bobalicona con la que su hermana Lusía salía de su dormitorio muchos días le había hecho intuir que allí dentro se cocía algo realmente grande, pero imaginarlo y sentirlo eran dos cosas muy, muy diferentes. El soplo de aire fresco sobre la carne húmeda la obligó a combar la espalda, tras otro jadeo involuntario, y ni siquiera la risa entre dientes de su torturador consiguió sacarla de sus casillas—. Eres tan hermosa que me cortas el aliento. —Lo escuchó decir, aunque su voz era apenas un graznido, prueba inequívoca de que estaba tan afectado como ella, lo cual la hizo sentirse bien. Muy bien, a decir verdad. Ese era una clase de poder que nunca había saboreado, y aunque peligroso, lo encontró adictivo. Sabía que debía detenerlo, incluso confesarle que toda aquella tontería del amante no había sido más que una burda defensa ante sus despiadados desprecios, aunque aquella vergüenza la atormentara durante mucho tiempo.

Abrió la boca para recordarle que debían dejarlo ahí, pero en ese momento sintió algo grande y duro entre sus muslos abiertos, y un segundo después se clavaba con fuerza en sus entrañas. El agudo grito de dolor que salió de su contraída garganta se mezcló con el de él—. ¡Qué demonios...! —Darian salió del estrecho canal que lo tenía preso en cuanto notó la barrea del himen hecha trizas sin ningún miramiento ni cuidado, con la cara de espanto más grande que se le había quedado jamás.

—Quítate de encima.

—Dría, yo no...

—¡Que te apartes! —aulló con la voz rota, a un paso muy pequeño de la histeria. Rian no lo dudó, se levantó de encima de ella como si quemara, dejándose caer en el asiento de enfrente, aún con el miembro fuera de los pantalones. La joven se lo quedó mirando, como hipnotizada. Seguía excitado, por lo que pudo apreciarlo en todo su esplendor: grande, grueso, y largo, recubierto con su sangre virginal. Su sola visión la asqueó, y retiró la mirada con una mueca. Su acompañante ocultó otra, entendiendo a la perfección lo que estaba pensando, y sin molestarse en limpiarse recompuso su apariencia, en tanto la observaba hacer otro tanto. Se maldijo con furia al percatarse de sus manos temblorosas, y más cuando vio cómo se mordía el labio inferior, como si hiciera un titánico esfuerzo por no echarse a llorar. La situación no era para menos, incluso él tenía unas ganas tremendas de ocultar la cabeza entre los brazos y sollozar de angustia.

—Me has mentido —dijo en cambio. Ella levantó la mirada, que había tenido perdida en alguna parte de la tapicería, y lo fulminó con sus tristes y acuosos ojos ámbar.

—¿Y eso te daba derecho a robarme la virginidad? —Aquella frase lo cortó como un cuchillo a la mantequilla, rebanando su corazón hasta que este cayó al suelo del compartimento, entre ambos, y la culpabilidad sacó afuera su enfado, porque eso era mucho más fácil que asimilar sus propias acciones, tan feas a solo un par de metros frente a él, con el cabello revuelto, la cara

desencajada por la conmoción, aquella mirada inundada, el vestido roto a la altura del pecho y la quemazón que sabía sentiría tras su burda invasión. Y pese a todo, tras esa imagen de desvalimiento y fragilidad extrema que podía vislumbrarse en ella, Rian se jugaría sus amadas cuerdas a que a pesar de necesitarlo con desesperación no dejaría escapar ni una sola lágrima.

—¡No sabía que eras virgen! ¡Maldita seas, has intentado convencerme por todos los medios de que estabas acostándote con otro hombre, el mismo con el que pensabas reunirte esta noche! —Toda bravuconería pareció desaparecer de la muchacha, que mostraba signos evidentes de agotamiento.

—Nunca he dicho nada semejante. Tan solo comenté que si esa fuera mi intención estaba en mi derecho, y que tú no podías hacer nada por impedirlo. —El cerebro de Rian trabajaba a toda velocidad, repasando su conversación anterior, hasta que llegó a las palabras concretas. Y sí, aquella estúpida niña lo había tergiversado todo para hacerle creer lo que no era; pero, la verdad fuera dicha, él había estado muy predispuesto a escuchar lo que quería, porque lo que en realidad deseaba era poder hundirse en ella con la conciencia tranquila. La miró, muy consciente del dolor que mostraban sus ojos atormentados.

—Podemos solucionarlo —aseguró con convicción. Ella ya estaba negando antes de que el eco de sus palabras se hubiera apagado—. Ahora más que nunca tenemos que celebrar esa boda. —La mujer se echó hacia adelante en el estrecho habitáculo, su rostro a escasos centímetros del del hombre.

—Óyeme bien. Si alguna vez hubo una posibilidad de que ocurriera, acaba de morir. *Jamás* me casaré contigo.

Capítulo 3

Javerston salió de su estudio y cerró la puerta con suavidad, sin querer despertar a nadie. Hacía rato que todos los habitantes de la casa se habían retirado a sus respectivas habitaciones, y solo él se hallaba levantado, enfrascado en el tedioso estudio de un nuevo negocio al que llevaba un tiempo dándole vueltas. Pero ya era hora de subir a descansar. Estaba molido.

Levantó la cabeza y se quedó estupefacto, porque su cerebro tardó apenas dos segundos en evaluar la melena que caía suelta y enmarañada en lugar del artístico recogido que la joven a su lado solía usar, los labios hinchados y rojos, el vestido desgarrado visible a través de la capa abierta... Pero lo más impactante eran sus ojos, húmedos, cautelosos, inquietos. Asustados. Aquella pequeña guerrera que siempre tenía una palabra caústica, una sonrisa socarrona, incluso un cuchillo a mano, estaba parada frente a él a punto de derrumbarse. Y eso le bastó para saber con total exactitud lo que le había ocurrido a su cuñada.

Se acercó muy despacio y, cuando estuvo a su lado y su preciosa mirada color miel chocó con la suya, inspiró hondo.

—Lo primero de todo, dime que estás bien. —Alexia asintió apenas, con la barbilla temblorosa, y él apretó los dientes hasta que pensó que se los pulverizaría—. Vamos dentro —pidió con voz suave y, pensando que se desmayaría de un momento a otro, la cogió por la cintura y la ayudó a llegar hasta uno de los sillones orientados frente al aún crepitante fuego. Ella se

frotó los brazos, porque de repente se dio cuenta de que estaba helada, aunque dada la temperatura que hacía en la habitación, y que aún llevaba puesta la capa, supo que aquel frío le venía de dentro. Notó a Javo a su lado y se sintió mucho mejor cuando se sentó en el suelo, a sus pies, con el mismo porte que si lo hiciera en un trono. Un asomo de sonrisa se insinuó en sus labios al observarle, parecía un niño a punto de ponerse a jugar en la alfombra. Le tendió un vaso mediado de un líquido ambarino y abrió los ojos como platos al reparar en lo que era.

—Se supone que en esta casa no hay una gota de alcohol.

—Y no la hay —aseveró muy serio, sin apartar la mirada, a la vez que le daba un buen sorbo a su propia bebida. Ese hombre debía ser un jugador de cartas excelente, pensó, además de un formidable hombre de negocios—. No me mires así. Uno no puede sobrevivir sin echar un trago de vez en cuando, sobre todo estando casado con tu hermana. Y vosotras dos tampoco es que me lo pongáis muy fácil, la verdad. Por no hablar de que los chicos no vendrían nunca a verme si no pudiera ofrecerles algo consistente, así que me limito a mantener el *caldo* escondido. —Alexia probó el *whisky* y dejó caer la cabeza en el respaldo, agotada. Lo entendía, Ailena y él se querían muchísimo, pero eso no evitaba que sus fuertes personalidades chocaran de tanto en tanto, y la casa entera sufría las consecuencias de aquellas confrontaciones. En las más feroces, su hermana hasta se había negado a dormir en el dormitorio principal, para enfado y frustración de su esposo, y hasta que el matrimonio no hacía las paces, el resto contenía el aliento en espera de que la armonía se restableciera en Rólagh House. Pero sin importar la circunstancia, toda bebida con un mínimo de graduación estaba prohibida en cualquiera de las propiedades familiares, porque apenas unas semanas atrás, Lena se había enfrentado, con gran valentía, a una adicción al alcohol hasta entonces desconocida por todos, puesto que se las había apañado para ocultársela durante meses—. Ahora que estás más calmada, cuéntame quién te ha atacado. —Abrió los ojos para mirarlo con aire inquisitivo—. Has

dejado de temblar —contestó a su pregunta silenciosa—, y es obvio que has sido objeto de una agresión —terminó en un tono duro y letal.

—No ha sido exactamente así —musitó.

—Alexandria...

—Todo se ha descontrolado. Él solo se empeñó en llevarme para que no alquilara un coche...

—¿Llévate adónde? —La cortó, ceñudo. La joven se apretó la frente en respuesta a los intensos pinchazos que anunciaban el comienzo de una fuerte jaqueca.

—¿Eso importa?

—Estoy convencido de que sí. Pero en deferencia a tu estado lo dejaremos pasar por ahora. Continúa.

—No hay nada que contar. Quiero subir a mi habitación. —La carcajada, oscura y burlona, le puso los vellos de punta.

—Eres tonta si piensas que puedes torearne como a uno de tus babosos pretendientes del tres al cuarto y escabullirte de esta, cariño. No vas a moverte de aquí hasta que cantes el nombre del cabrón que se ha atrevido a ponerte un dedo encima, y será mejor que lo hagas pronto, porque encuentro que en este caso mi legendaria paciencia se disuelve como el azúcar en el café caliente. —Los ojos oscuros del marqués, un momentos antes marrones, y entonces negros debido a la fuerza de sus emociones, que no se molestaba en lo más mínimo en ocultarle, la asustaron. Javo era todo lo que una mujer querría tener a su lado: seguro, fuerte, atento, fiel, protector, comprensivo, y por lo poco que había conseguido sacarle a su hermana, un amante experto y generoso. Pero como enemigo era mejor no cruzarse en su camino, porque no había límite que no estuviera dispuesto a cruzar. Era despiadado, cruel y vengativo, incluso después de haberse despojado de toda la amargura y la rabia contenida que lo habían carcomido tras la muerte de su primera esposa. Lena, o Lusía como la llamaban sus hermanas, lo había sanado, y él se dedicaba en cuerpo y alma a proteger a su nueva familia contra cualquiera

que osara dañarles. Las lágrimas se agolparon una tras otra, y las dejó caer con un suspiro entrecortado.

—De verdad, Javo, no me encuentro bien. Deja que suba a acostarme. Mañana hablaremos, lo prometo, cuando esté más descansada y sosegada. Ahora mismo no puedo...

—Estoy bastante seguro de no haberte dado nunca muestra alguna de ser estúpido, Alexia —dijo, mientras se quitaba las femeninas manos de los hombros y se las cogía con suavidad—. ¿Por qué le estás dando tantas vueltas a todo esto? ¿A quién intentas proteger? —Los ojos del hombre se abrieron con asombro y cierto horror, en una especie de comprensión.

—A nadie. —Se apresuró a responder, retirando de un manotazo las molestas gotas que ya no servían a propósito alguno.

—Es Stembland. —En su voz se mezclaban el estupor y la rabia, pero no había duda en aquella afirmación.

—Javo...

—¡Dímelo! —exigió, a pesar de saberlo. Asintió.

—No es lo que crees...

—¿No? Entonces sigue, por favor. Explícame cómo una dama de buena cuna que por razones que no entraremos a detallar en este momento, se encontraba en compañía de un reconocido calavera en su carruaje, ha terminado con el recogido deshecho, la boca comida a besos y el vestido roto. Tendrás que ser muy imaginativa, querida, sobre todo para lo del desgarrón, porque confieso que he practicado sexo en coches las suficientes veces como para reconocer los síntomas de un buen revolcón. —El jadeo ahogado no lo afectó tanto como la repentina palidez del perfecto rostro de alabastro y su consiguiente expresión herida. Sabía que estaba siendo un hijo de puta, pero no podía quitarse de la cabeza la imagen de su cuñada siendo atacada por segunda vez por el miserable del conde. Además, de todas las mujeres que conocía, Alexia era la única con verdaderas probabilidades de pasarle por encima y salirse con la suya, así que su única opción estaba en

desestabilizarla lo suficiente como para que terminara soltando lo que quería. Si era movida por la aprensión, la furia o la pena, en ese instante le daba igual —. Bien —dijo, levándose del suelo—. Si no quieres contármelo se lo preguntaré al otro implicado. Aunque te aseguro que con él no seré tan civilizado como lo estoy siendo contigo. —Se giró cuando sintió la pequeña mano en su antebrazo.

—Basta —musitó—. Ha sido culpa mía —confesó para que lo que dejara ahí.

—¿Ha llegado hasta el final, Alexia? —La terrible pregunta flotó entre ellos mientras se miraban. Daba igual que por una vez hubiera tirado de sutileza, la implicación a su pérdida de virginidad resonaba en la cabeza de la muchacha como una docena de trompetas anunciando un nuevo escándalo, que esa vez la llevaría a la ruina definitiva. Su silencio no complació al marqués, como era de esperar—. No ganas nada callando. Es posible que en unos meses sea obvio, de todos modos. —Su contestación la obligó a coger aire de forma brusca, porque la opción de un embarazo no se le había ocurrido. ¿Era posible cuando todo había terminado tan rápido?

—No hay vuelta atrás —confirmó, ya que en efecto era una tontería no admitir algo que podía estallarle en la cara muy pronto. Javerston soltó una furiosa maldición antes de cogerla por los hombros.

—¿Te forzó? —¿Qué decirle? ¿Que no había querido subirse a ese vehículo? ¿Que había rechazado sus besos antes de que él la convenciera con su destreza? ¿Que había pensado en pedirle que se detuviera, pero que estaba tan subyugada por el placer que no llegó a hacerlo a tiempo? ¿Que en ningún momento imaginó que aquello tendría como desenlace lo que había ocurrido hasta que lo sintió en su interior, rompiéndola por dentro? Javo debió leer cada una de sus dudas, porque su rostro se convirtió en una máscara de rabia y crueldad, una que creyó que no volvería a ver—. Joder —gruñó, antes de soltarla y dirigirse a su mesa, donde se puso a trastear en uno de los cajones.

—Javerston, no ha sido del modo que piensas...

—¿Cuántas veces vas a repetirlo? ¿Quizá hasta que tú misma te lo creas? —gritó mientras se enderezaba. Alexia miró con fijeza la pistola que sostenía en la mano, consciente de lo que pretendía hacer con ella. Cerró los ojos un instante y rezó por encontrar la forma de llegar hasta él a través de la cólera, la angustia y la sed de justicia.

—Te digo la verdad. —Corrió hasta él y se aferró con todas sus fuerzas a sus brazos—. Yo le provoqué.

—¿Cómo, Alexia? ¿Le suplicaste que te poseyera? —Interpretó correctamente su cara de espanto ante la sugerencia—. ¿Consentiste al menos de algún puto modo lo que él te estaba haciendo?

—Supongo que no me quejé con la suficiente energía como para que pensara que de verdad iba en serio. —La fiera mirada de su cuñado se achicó aún más, y pensó que en lugar de arreglarlo estaba estropeándolo todo—. Vamos, sabes cómo son los hombres como Stembland. Tú eres igual. Os basta un beso y una caricia y una mujer se derrite entre vuestros brazos. —Él alzó las cejas y se frotó el puente de la nariz.

—¿Y bien? ¿Te derretiste, Alexia? —Lo miró, sin saber qué contestarle, puesto que todo había ocurrido demasiado rápido, y aunque había disfrutado de cuanto había ocurrido en aquel coche, nunca imaginó que llegarían hasta el final. Los segundos pasaron mientras se estudiaban en silencio. Al fin, Javo suspiró.

—Puedes intentar mentirme. Justificarle cuanto quieras. Pero tus ojos te delatan. Nadie que haya entregado su virtud por propia voluntad puede sentir una pena tan infinita. —Comenzó a alejarse, dispuesto a ir en busca de su agresor; sin embargo, ella se aferró a su camisa en un último intento por evitar una catástrofe segura.

—¡Javo, te lo suplico, detén esta locura!

—¿Qué ocurre? —Ambos se giraron hacia la figura que acababa de entrar, envuelta en una diáfana nube de seda color chocolate.

—¡Lusi, ayúdame! —pidió con ojos implorantes, sin atreverse a soltarlo. Él

se inclinó para besarla en la frente.

—Es lo que estoy haciendo, pequeña cabezota —murmuró Javerston contra su piel, mientras aflojaba con esfuerzo sus manos, aún prendidas a su ropa. La llevó cogida por las muñecas a donde estaba su hermana y la empujó con suavidad contra ella. Lena entendió lo que quería, aunque no supiera lo que estaba ocurriendo, y la sujetó por la cintura para mantenerla a su lado—. No permitáis que salga de esta casa bajo ningún concepto —ordenó mientras se dirigía a la puerta, donde se despidió con un gesto seco de la tercera hermana Sant Montieue.

Darian se giró en cuanto se abrió la puerta, consciente de que su visita estaría como mínimo furiosa y clamando por su sangre. Por supuesto hacía rato que lo esperaba, el mismo que llevaba él encharcándose el estómago de buen *brandy*, en un intento estúpido e inútil por olvidar lo que había ocurrido una escasa hora antes.

—¡Hijo de la gran puta, voy a matarte! —Sintió el impacto del cuerpo del marqués como si se tratara de un enorme tronco golpeándole de lleno, a la vez que le incrustaba un puño en el mentón y otro en las costillas. Podría haber intentado esquivarle, y era muy posible que lo hubiera conseguido. Al fin y al cabo se habían entrenado juntos durante su época en Oxford, y después habían seguido coincidiendo en el local de Jackson, cuando aquella fingida amistad se disolvió de manera definitiva. Sin embargo no lo hizo. Se quedó quieto, en espera de un ataque que estuvo seguro de que llegaría desde el momento en que sintió esa delgada membrana de piel rasgándose durante su poco acertada actuación con Alexia. Y continuó inmóvil y pasivo mientras los golpes se sucedían, uno tras otro, sobre su cuerpo, a cada cual más bestia, más inculpatario. Después de un rato notó que Rólagh se había detenido, y con un esfuerzo sobrehumano entreabrió los ojos. Bien, cabría decir que lo intentó, porque uno lo tenía del todo cerrado y el otro apenas podía abrirlo lo

suficiente para distinguir su silueta. El marqués respiraba en medio de grandes jadeos, sin duda agotado tras el reconfortante ejercicio. Aún así tuvo el suficiente ánimo de escupirle a la cara antes de levantarse de encima de él. Rian se limpió con la manga de la chaqueta, entre un gesto de dolor al tocarse el labio partido y una mueca de repulsión por la cantidad de sangre que la tela había absorbido de lo que supuso era un derrame de la nariz. Tenía que agradecer que tamaña paliza no se la hubiera partido, pero bueno, la noche era joven, y el maldito tipo seguía allí, mirándole con ojos asesinos desde su metro noventa de altura. Se obligó a incorporarse, más por orgullo que por necesidad. Tuvo que apretar los dientes y sujetarse el costado derecho, donde estaba seguro de tener unas cuantas costillas rotas, y aún así no pudo evitar dejar escapar un gemido agónico al quedar sentado en el suelo, como un muñeco roto. El dolor era bienvenido, no obstante, porque ayudaba en cierto modo a mitigar la culpa que le carcomía como ácido en las entrañas, una culpa que le gritaba palabras muy feas que se afanaba por desoír. Pero el puñetero *brandy* no parecía dispuesto a colaborar, joder—. Has violado a mi cuñada. —Aquella frase hizo más daño que cualquiera de los golpes recibidos. Alzó la mirada, para encontrarse los duros y fieros ojos de su némesis, sin preocuparse por el arma que portaba en su mano, sin el más leve temblor. Ellos nunca se habían llevado bien, a pesar de los continuos esfuerzos de Darius porque hubiera un acercamiento entre ambos, siempre con la estúpida esperanza de que los tres llegaran a ser grandes amigos, que se prestarían los gemelos, y se pasarían las mujeres. De hecho, se detestaban desde hacía tanto tiempo que nada ni nadie conseguiría salvar esa profunda ojeriza que se tenían. Y menos después de aquella noche. A pesar de todo no le creía un asesino a sangre fría, incluso aunque él mismo hubiera confesado que se había deshecho de su suegro en extrañas circunstancias. Sintió un escalofrío recorriéndole la espalda ante aquel recuerdo.

—Mea culpa —admitió con voz queda. Su interlocutor dio un paso al frente, como si aún tuviera ganas de partirle la cara, aunque Rian supuso que

no quedaba mucho por destrozar, en vista de que después de ese no dio más, y se quedó donde estaba.

—Te advertí lo que te haría si te acercabas a ella. Pero, por lo que le has hecho, acabaré contigo.

—No vas a matarme, Rólagh —aseguró. Escupió sobre el suelo de brillante madera, la mirada perdida en la pequeña mancha roja que formó a sus pies.

—Lo estoy pensando, no te creas. Me pican tanto los dedos que puede que te vuele los sesos sin darme cuenta. —El conde sabía que hablaba en serio. Aquellos años de camaradería forzosa habían dejado su impronta, y ambos se conocían bastante bien, aunque hubieran pasado años desde entonces. El instinto protector de Rólagh estaba tan arraigado en él como su ilustre apellido, y además había recibido el número suficiente de advertencias por su parte sobre lo que pasaría si no dejaba en paz a la dama. Por desgracia, aquella llama le atraía demasiado, incluso cuando estaba seguro de que terminaría quemándose hasta las pestañas.

—Refréscame la memoria, entonces. Sobre eso tan desagradable y espantoso que vas a hacerme después de amenazarme con todo lo que se te ocurra.

—Siempre he odiado eso de ti. Lo arrogantemente soberbio que caminas por la vida, como si el mundo entero te perteneciera. Incluso ahora, que no tienes donde caerte muerto, actúas como si todos debieran besar el suelo por donde pisas.

—No es para tanto, hombre —lo contradijo en tono bonachón. Se esforzó por levantarse, ya que le molestaba estar tirado en el suelo como un perro apaleado —lo cual en esos momentos era— frente a ese malnacido. Tuvo que aferrarse con todas sus fuerzas a la mesa, y aún así necesitó de tres intentos, y todo lo que le quedaba de energía, para conseguir erguirse y llegar tambaleante a su sillón, donde se desplomó sin gracia, exhausto y jadeante—. Tú solo tienes que lamer mis botas y jurarme lealtad eterna, como en esas estúpidas y absurdas historias de héroes épicos que tanto te gustaba leer. —

Escondió una sonrisa ante su expresión, también porque si la mostraba volvería a sangrarle el labio, y esperó impaciente la respuesta del otro. Cuanto antes supiera su sentencia mejor que mejor. Admitió para sí que para enfrentarse a Javerston Lucian de Alaisder había que tener un buen par de cojones. O estar muy desesperado. Y aunque él cumplía con ambos requisitos, la verdad era que en sus actuales circunstancias no tenía muy claro por qué le pinchaba sin piedad. La mirada furibunda de su interlocutor había dado paso a una calma glacial mientras lo observaba desde el otro lado de la estancia. Se acercó despacio, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo, y no estuviera a punto de amanecer, y se dejó caer con estudiada parsimonia en la silla frente a él.

—Me va a encantar comprobar si esa expresión chulesca se mantiene cuando pierdas Bland Horse. —En el silencio que siguió a la amenaza, Rian escuchó con claridad los desacompasados latidos de su alocado corazón, así como la frenética voz que le martilleaba el cerebro. «¡No! ¡Nooo! ¡Las caballerizas no, por Dios!»». Dejó escapar una amarga carcajada, la cual, debido a sus maltrechas costillas, le produjo un ataque de tos. Un buen rato después, algo más seguro de que no se ahogaría y de que podría pasar las lágrimas que anegaban sus ojos por los efectos del reciente ataque, se enfrentó de nuevo a él.

—O empiezas a perder facultades o te falta imaginación —lo retó, pero la insufrible sonrisa del marqués le dijo que no lo había engañado.

—Esos caballos son lo que más te importa en este mundo. Diría que más incluso que tu querida hermanita. —Darian se incorporó, su rostro desprovisto de su habitual máscara de burlona indiferencia.

—Aléjate de Solett.

—¿Igual que tú te has apartado de Alexandria? Te lo advertí, Stembland. —Este se levantó con un gruñido, sin preocuparse por dónde terminaba la silla que había mandado trastabillando hacia atrás.

—Esos movimientos no favorecen a tus costillas rotas —comentó Javo sin

un ápice de preocupación en su tono. Al ver que se dirigía hacia él, alzó la pistola y le apuntó al pecho—. Estate quietecito, amigo.

—Yo no soy tu amigo —aclaró sin detenerse. Se escuchó amartillar el arma.

—En cambio vas a ser un bonito adorno sobre la alfombra. —Se paró a un metro escaso, consumido por la rabia y la desesperación. Y lo hizo solo porque pudo apreciar la determinación y el coraje en las profundidades negras de aquella mirada letal. Porque en ese instante, por pequeño y singular que fuera, a ese hombre no le importaba si vivía o moría. Y Rian tenía que vivir para cuidar de Solett.

—Mi hermana no tiene nada que ver en esto.

—Tampoco deberías haber involucrado a mi cuñada. Si tenías problemas financieros deberías haberte puesto a trabajar o haber vendido tu ilustre apellido al mejor postor, a ser posible a uno de esos americanos hambrientos de cualquier título. Con un poco de suerte, en uno de tus viajes al Nuevo Mundo el barco habría naufragado y tú habrías terminado devorado por un par de voraces tiburones. —A pesar de lo furioso que estaba Rian no pudo evitar dibujar un amago de sonrisa en sus maltratados labios.

—Sabes que en ese barco, al que ya has hundido hasta el fondo del océano, habrían viajado muchas personas aparte de mí. —Su interlocutor le sostuvo la mirada, firme y limpia, sin parpadear, mientras asentía.

—Pobres. —A Rian no le quedaba duda alguna de que Javerston lo odiaba, y debía reconocer que después de lo que le había hecho a Alexia se lo tenía más que merecido. No obstante, también pudo apreciar que el ánimo de su invitado estaba más calmado tras la larga conversación. Con un pesado suspiro el marqués se levantó y, de una certera patada, mandó su silla hasta donde estaba el maltrecho conde, para a continuación colocar la que quedaba libre de frente y sentarse con evidente hastío. Era obvio que estaba empezando a impacientarse, y a decir verdad él mismo precisaba meterse en la cama y quedarse allí por tiempo indefinido—. Siéntate. Los dos sabemos

que estás a punto de desplomarte. —Se sintió humillado e impotente, pero era inútil y estúpido lamentarse por algo que había propiciado él mismo al no defenderse de su ataque, para dejar que se convirtiera en una paliza en toda regla por la que en ese momento estaba pagando las consecuencias—. Vas a casarte con ella. —Se tiró a medias sobre el cómodo asiento, con el inquietante pensamiento de que aquel nuevo tapizado le había costado mucho más de lo que podía permitirse, mezclándose con la taxativa orden de aquel insufrible tipo que no parecía tener intención de marcharse de su casa. Aunque como norma general, Darian se negaría simplemente por principios, puesto que hacía años que nadie le decía lo que podía o no hacer, debía meditar bien aquello. Tener a Rólagh de su parte, por llamarlo de alguna forma, ya que estaba seguro de que preferiría que lo linchasen antes de que entrara a formar parte de su familia, era una baza con la que no había contado. Y seguía necesitando esa absurda y extravagante fortuna que el muy estúpido había ondeado al viento como una bandera roja frente a un toro furioso.

—Ese asunto podría resultar complicado.

—No tanto, no creas. O hay boda, o te descerrajo un tiro. Personalmente prefiero con mucho la segunda opción, así que alégrame el día y niégate. Pero por favor, apresúrate, me gustaría dormir un poco antes de que mi esposa se despierte. No voy a desperdiciar el mejor momento del día por estar aquí discutiendo contigo. —Rian no podía saber que Javo estaba pensando en cuánto adoraba perderse en los ojos cobalto de Lena mientras se hundía hasta el fondo en ella, a la luz anaranjada del amanecer, y sin embargo era justo en eso en lo que estaba cavilando al captar su expresión arrobada.

—El caso es que ya se lo he pedido, y ha vuelto a rechazarme. —No pudo negar que dejar con la boca abierta a aquel hombre siempre le había divertido, y aquella ocasión no fue diferente.

—¿La has forzado y luego le has propuesto matrimonio? —El conde casi se quedó sin muelas, pero se sintió orgulloso de su poder de contención.

—No ha sido del todo así —masculló.

—Humm. ¿Así que intentaste que te aceptara de nuevo y, como te dio calabazas, la deshonraste con el fin de asegurarte un puesto en primera fila en el altar? —Esa vez el gruñido fue tanto una protesta como una advertencia, aunque Javo no le hizo ningún caso.

—Préstame esa pistola, ¿quieres?

—¿La verdad duele, Stembland? —Este se pasó las manos por la cara con gesto cansado.

—Da lo mismo. Se lo pedí y dijo no. Fin de la historia.

—¿Y qué esperabas que hiciera? —le espetó furioso—. Sabe que te casas con ella por su dinero, y para terminar de joderlo, le has robado la virginidad —de manera bastante ruin, por cierto—, para asegurarte su consentimiento...

—¡Eso no es lo que ha ocurrido!

—Pues cuéntame lo que sí ha pasado.

Rian inspiró con fuerza, rechazando las nauseas y la creciente sensación de mareo. La vista a veces se le emborronaba y perdía la conciencia por un segundo o dos. Necesitaba un médico, o al menos tumbarse y dormir unas pocas horas. Para nada seguir con esa estúpida conversación, sentado en esa mierda de silla, mientras se dejaba vapulear por ese cabronazo ególatra y manipulador.

Pero de lo que estaba completamente seguro era de que por nada del mundo iba a confesarle que habían sido los negros y asfixiantes celos los que le habían hecho perder el control en el carruaje, hasta el punto de no darse cuenta de todas las señales que en otras circunstancias le habrían hecho ver con claridad que Alexia lo estaba engañando. Ella se había mostrado tan inocente y sorprendida por cuanto estaba sintiendo, y a la vez había revelado una sensualidad y un entusiasmo ante la pasión de ambos que le había encantado.

Con su vasta experiencia tendría que haber comprendido que era primeriza, sin embargo había estado furioso porque no podía quitarse de la cabeza que

tenía un amante, que otro hombre había disfrutado de lo que pretendía negarle, que otras manos, otros labios, ya habían recorrido ese hermoso cuerpo. Ese pensamiento lo había torturado, había quemado sus venas como ácido y lo había empujado a poseerla como un animal en su coche. No diría que era la primera mujer a la que seducía en aquel mismo asiento, porque sin ir más lejos la semana anterior había comprobado la buena suspensión que tenía ese trasto, y lo fresquito que era el cuero al contacto con su trasero, pero incluso él, reconocido mujeriego a lo largo y ancho de la vasta Inglaterra, tenía el buen gusto de buscar un sitio cómodo y bastante más privado, para desvirgar a una doncella. No era que fuera haciéndolo todos los días, sus experiencias con vírgenes se basaban sobre todo en mozas de taberna y actrices en ciernes, dado que uno ya sabía cómo terminaba aquello con una damisela de buena cuna.

Pero con Alexia todo se había descontrolado desde el principio, y ese deseo tan puro y sincero que sintió entre sus brazos lo había encandilado precisamente por eso, porque no contenía artificio alguno. Porque ella deseaba al hombre, aún sabiéndole un perdedor, un muerto de hambre, un golfo sin escrúpulos.

—Lo único que tienes que saber es que, si consigues que me acepte, mantendré mi oferta. —La carcajada fue grotesca. Fea.

—Por supuesto que la mantendrás. Los últimos acontecimientos, planeados o no, te han salido a pedir de boca. Pero déjame decirte algo. Si la boda llega a llevarse a cabo, vas a lamentar haber puesto tus ojos sobre mi familia. — Una tensión diferente a la que llevaba sintiendo desde que el marqués apareciera por la puerta se apoderó de todo el cuerpo de Rian, como anticipo de lo que estaba por venir.

—¿Otra amenaza, Rólagh?

—Considéralo una promesa. Voy a conseguir que Alexia acepte este matrimonio, pero tu parte del pastel será la justa para que la casa no se derrumbe y puedas pagar al personal. —El mareo amenazó con tragárselo, y

los bordes de su visión se emborronaron y dejaron solo la cara satisfecha de su enemigo como único punto de anclaje. Solo que esa vez no podía achacárselo a la paliza.

—¿Qué estás diciendo?

—Justo lo que oyes. Alexandria controlará su propio dinero, y ella decidirá en todo momento cuánto se gasta, dónde se invierte y cómo se hace. Por supuesto, tú recibirás una asignación mensual para tus gastos, cuya cuantía decidirá tu amante esposa.

—Estás loco —jadeó—. ¿Crees que voy a cargar con esa arpía el resto de mi vida para que ella me mantenga y disponga de nuestro futuro a su antojo? Prefiero empezar de cero y buscarme otra heredera, de ese modo tendré acceso a toda su dote.

—Es otra opción, claro. Pero eso te llevaría una cantidad de tiempo considerable, que tú y yo sabemos que no tienes. —Eché un vistazo a la sala, sin mirarla en realidad—. Esta habitación es muy bonita, ¿pero cuántas has saqueado ya, vendiendo hasta el último objeto de valor que has encontrado? Y se trata de la casa de tu hermana, no quiero ni imaginarme el estado de Bland Park. Así que te conviene una boda rápida, *vertiginosa*, diría yo. Además —comentó como al descuido mientras se quitaba una pelusa de la pernera del pantalón. Cuando levantó la cabeza y sus ojos se encontraron, toda pretensión de ligereza había desaparecido, pues estos le miraban con una intensidad sobrecogedora—, Alexia es la única que te hace vibrar, ¿no es así? —Rian evitó por los pelos dar un respingo en el asiento, aunque sintió como si le hubieran clavado con saña un alfiler en la carne desnuda—. Ninguna otra te hace sentir tan vivo como esa pequeña guerrera —siguió hostigando el muy bastardo, sin darle tregua—, y aunque en un principio tu primera y única motivación para ponerte los grilletes del matrimonio fue un monedero bien lleno, tus prioridades han cambiado.

—Mi gente y mis caballerizas están por encima de todo —le aseguró en tono firme, la mirada helada.

—Bueno, en ese caso no te importará perderla —afirmó, captando la luz furiosa que desprendieron sus ojos verdes en cuanto mencionó esa posibilidad—. Porque te aseguro que deshonrada e incluso embarazada, se la van a rifar. —Algo frío, duro, y muy desagradable se apretó como un nudo corredizo alrededor de las entrañas de Rian cuando lo escuchó hablar de un posible hijo. No entraba en sus planes inmediatos ser padre, no se casaba por eso, pero de repente pensar en una criatura creciendo en el vientre de Alexia le cortó la respiración. E imaginarla siendo criada por otro hombre le rompió el corazón. La risilla socarrona del cabrón sentado a su lado le hizo apretar los puños contra los muslos, lo que convirtió el leve regocijo en una gran carcajada—. Admítelo. Aceptarás cualquier cosa que te proponga por tenerla. Y puedes sentirte afortunado, no solo te quedas con ella, también salvarás todo lo que te importa, incluido tu insigne apellido.

—¿Y Bland Horse? —No pudo evitar preguntar.

—Eso, *amigo mío*, dependerá de la generosidad de tu mujer. Aunque de momento yo no contaría con que vaya a ser muy caritativa. Cosas de mujeres, ya sabes, no llevan muy bien que se aprovechen de ellas en el asiento de un carruaje... —Javo se levantó de un salto, listo para regresar a los amorosos brazos de su esposa, una vez concluida su misión allí. No le dedicó ni una mirada de más al hombre que dejaba tirado en la silla, ni siquiera le preocupó cómo iba a llegar a su dormitorio, dos plantas más arriba. Agarró el pomo de la puerta, con los impresionantes ojos de Lena, de aquel azul imposible, llenando cada espacio de su mente.

—Rólagh —El marqués parpadeó y se giró hacia el impertinente que le había arrancado del increíble sueño con su tigresa—. ¿Sabes en realidad una de las cosas que más satisfacción va a darme todo esto?

—No tengo ni idea.

—Que podré llamarte cuñadito.

Cuando Alexandria entró en la sala de desayuno enseguida supo que aquello era una encerrona, ya que la pareja sentada a la mesa parecía tener predilección por alargar las mañanas en la cama, así que el hecho de que estuvieran a esa hora tan intempestiva levantados solo podía significar que la estaban esperando.

Se dirigió con celeridad al mueble del fondo, decidida a hacerse con un bollo de canela y a salir de allí corriendo si hacía falta. Después de pasarse toda la noche sin dormir, de repente ya no le parecía prioritario enterarse de los sucesos en casa del conde. Por supuesto era capaz de mantener tamaña bravuconada porque los periódicos matinales habrían anunciado cualquier muerte inesperada y violenta con gran pompa y boato en la portada, y podía admitir ante sí misma al menos que había revisado todos y cada uno antes de pasar por allí. La noticia que buscaba no figuraba, a Dios gracias, aunque eso no significaba que ese desgraciado no estuviera desangrándose en su cama, medio moribundo, y que de un momento a otro las autoridades no llamaran a la puerta para llevarse a Javerston.

—Buenos días —murmuró entre dientes, sin dirigir una sola mirada hacia donde estaban sentados. El opresivo silencio que contestó a su saludo le provocó un pinchazo de ansiedad en el vientre. Cogió el dulce con cuidado, lo envolvió en una servilleta y se dio la vuelta, buscando la puerta con cierta ansiedad—. Quiero ir a cabalgar y se me está haciendo tarde, desayunaré en condiciones cuando regrese. —Se excusó de manera algo atropellada mientras se dirigía a la salida.

—Siéntate. —La orden, seca y tajante como pocas veces la había escuchado de boca de su hermana, la paralizó en medio de la habitación. Lusía estaba inusitadamente seria, al contrario que su marido, que parecía incluso divertido. Se dirigió a una de las sillas, más por el desconcierto que porque estuviera acostumbrada a obedecer. Los marqueses se miraron y, como siempre, parecieron entenderse sin necesidad de palabras. Su hermana asintió y le sonrió antes de girarse hacia ella, sin embargo se quedó callada.

—¿No tienes ni una pizca de curiosidad por saber qué ocurrió? —Claro que la tenía. De hecho ni siquiera había intentado acostarse, porque sabía que sería inútil. No podía dejar de preguntarse una y otra vez si Javo sería capaz de utilizar aquella pistola, de matar a Darian a sangre fría, movido por la furia, por su afán de protección. Confiaba en él como en ningún otro hombre y lo apreciaba de veras, pero nunca hasta ese momento el recuerdo de su propio padre, *muerto en extrañas circunstancias*, con la única compañía de Javerston, le había pesado tanto—. Parece que tenemos un problema, cuñadita. —La joven lo miró y tuvo claro por primera vez desde que entrara en aquella estancia de qué iba el juego. Javerston dirigiría aquella batalla, y aunque contaba con el apoyo de su hermana, estaba allí como mera observadora. Pero aquellos dos no la conocían bien si pensaban que iba a achantarse con un ejército tan pobre.

—¿Sí? Contádmelo, por favor, quizá pueda ayudaros. Siempre y cuando no sea de índole... romántica. Ahí os aconsejo que le preguntéis al doctor Lewis. Seguro que puede recetarte algún tónico reconstituyente, Javo, y en unos días estarás como nuevo. —Los ojos masculinos parecían dos pozos negros, señal de que faltaba muy poco para que su famoso temperamento hiciera acto de presencia. La cara de guasa de Lusi no ayudaba mucho a que mantuviera la compostura, por lo que se le terminó escapando una inoportuna risita.

—Me alegra mucho que estés de tan buen humor, sobre todo teniendo en cuenta el estado en que llegaste anoche y la gravedad de la situación.

—Creo que según la creencia popular debería elegir entre encerrarme en un convento, morir de hambre y sed o ponerme a trabajar en un burdel. De lujo, eso sí. Pero me perdonareis si prefiero seguir con mi vida, como si ese desagradable episodio no hubiera sucedido nunca.

—O podrías decantarte por la cuarta posibilidad —Alexandria se tensionó en cuanto la última palabra rodó sobre el blanco mantel, como un dado en una mesa de juego, segura de cuáles serían sus siguientes palabras. Alzó una de sus rubias cejas en actitud altanera—. Casarte con él.

—Tú aún quieres eso menos que yo. —Detestó la voz inestable con la que lo dijo, pero no había contado con que él, de entre todos, la presionara para tomar aquella decisión.

—Nunca has hecho una apuesta tan segura —admitió con evidente pesar—. Sin embargo, esto se nos ha ido de las manos. No solo has perdido tu virginidad, Alexia, lo que de por sí ya es bastante malo de cara a un posible matrimonio, el cual supongo que no tengo que recordarte que era tu objetivo a corto plazo. Ahora mismo podrías estar embarazada. —Lejos de amedrentarse, la mujer soltó un pequeño bufido de desdén.

—No cruzaré un río que aún no tengo delante.

—Maldita sea, Alexia, deja de comportarte como una cría malcriada y egoísta.

—¿Disculpa? —inquirió. Los primeros signos de un incipiente enfado brillaban en las profundidades de sus pupilas.

—Esto nos afecta a todos, ¿no lo ves? Nos enfrentamos a la posibilidad de un nuevo escándalo. Pudimos sobreponernos al primero, pero te aseguro que no ocurrirá lo mismo si este *incidente* sale a la luz. Lena lo pasará mal, aunque gracias a su posición como marquesa se librará de la mayor parte. Sin embargo para ti será la ruina definitiva. Ni toda mi influencia, ni la ayuda del Club de los Seductores al completo, incluidas sus prominentes familias, te salvarán del ostracismo eterno de la sociedad. ¿Y has pensado en Mara? Se le cerrarán todas las puertas y nunca conseguirá casarse. Tendrá que conformarse con vivir en el campo o ingresar en ese convento que tan alegremente has mencionado antes. ¿Eso es lo que quieres para ella? —El nudo que la joven tenía en la garganta le impidió hablar durante un momento, consciente de que todo lo que había asegurado era cierto. Y lo más importante, de que se lo decía pensando en el bienestar de la familia. Aún así no pudo evitar decirse que la empujaban hacia los brazos de un hombre frío y calculador, con el que no quería pasar el resto de sus días, y cuando se sentía acorralada arremetía contra lo que tenía más cerca.

—¿Y qué me dices de ti? ¿En qué te afectará mi *incidente*?

—¡Alexia! —Javo alzó una mano para detener la queja de su esposa, sin apartar la mirada de ella.

—Como hombre no me perjudicará en la misma medida que a vosotras. Puede que me retiren uno o dos saludos, lo que quizá hasta agradezca, pero no mucho más. En cuanto a los negocios, es posible que alguno se resienta, aunque no cuento con ello. Todo el mundo sabe que hacer tratos conmigo resulta muy lucrativo, y el dinero es demasiado goloso como para cerrar los bolsillos por una reputación destruida.

—Tienes un corazón de oro. —Le recriminó, pese a que en su voz no había burla ni enfado algunos.

—Mataría por mi familia —aseguró él con una sencillez pasmosa, y fue eso, y el brillo acerado de sus ojos, lo que le puso los pelos de punta. Porque en ese instante en que sus miradas permanecieron enganchadas, Alexia supo que esa mañana los periódicos no anunciaban la misma sorprendente y fatídica noticia solo por el increíble poder de contención de aquel hombre. Bajó la vista a la pequeña mano que se posó en la manga de la chaqueta masculina, atrayendo la atención de ambos.

—No llegaremos a eso. ¿Verdad, Alex? —Que usara aquel apodo infantil, en desuso tantos años atrás, la enfadó de veras. Su hermana era mucho más lista que eso. Y ella también.

—No me casaré con Stembland. —Rechazó con vehemencia, antes de levantarse de un salto y salir de la estancia como un huracán.

Capítulo 4

Alexandria recorría el largo pasillo sumida en sus pensamientos, sin demasiadas ganas de unirse al grupo que había abandonado unos minutos antes para ir al aseo de señoras. Después de una semana de encierro autoimpuesto, la salida de aquella tarde a la sala de exposiciones le había parecido lo bastante irresistible como para aceptar ir, y su hermana pequeña Mara la conocía demasiado bien como para haber hecho la propuesta en el momento justo, cuando las paredes de la enorme mansión familiar estaban a punto de caérsele encima.

La continua inactividad y el tedio eran sus peores enemigos y, aunque en un principio no tuvo ganas de salir y encontrarse con Stembland, no tardó en comprender que si bien Javo le había permitido vivir, no lo había dejado en condiciones de ir de pícnic o de lucirse en un baile. La detallada descripción de Lusi de la paliza que le había dado contribuyó bastante a abrirle los ojos, y aunque supuso que dada la naturaleza sensible y caritativa que se le presuponía a su sexo debiera sentir al menos cierta lástima por el magullado conde, lo cierto era que disfrutaba con perversa satisfacción al imaginarle con uno o dos moratones decorando su bello cuerpo. Y esa cierta comezón que picaba su conciencia cuando recordaba que él no se había defendido del enfurecido marqués la molestaba más de lo que estaba dispuesta a admitir. Con un suspiro a medio camino entre la frustración y el enfado consigo misma, se dispuso a volver a la sala atestada de curiosos, entendidos de arte y

gente de bien que no había encontrado nada mejor que hacer para paliar el aburrimiento.

Una puerta a su derecha, en la que no había reparado hasta entonces, se abrió de repente, y una mano grande la aferró por la muñeca y tiró con fuerza de ella, arrastrándola al interior de la habitación, antes de volver a cerrar. Cuando su cerebro pudo registrar la idea de gritar pidiendo ayuda, ya estaba libre y, sin embargo, presa de la mirada esmeralda del hombre frente a ella, a escasos dos metros.

—¿Qué crees que estás haciendo? —le espetó furiosa, el pecho subiendo y bajando a causa de la indignación. Como buen crápula que era, aquellos ojos no perdieron detalle del espectáculo y tardaron un rato en subir hasta su rostro.

—Llevo una semana intentando cruzarme contigo.

—¿Y en lugar de ello has ido chocándote con todas las paredes que has encontrado? —preguntó con sarcasmo, mientras se esforzaba por no demostrar la impresión que su rostro, a pesar del tiempo transcurrido, le estaba provocando. Tenía ambos ojos hinchados y coloreados en diferentes tonalidades de verdes y morados, también lucía un hematoma bastante grande en el pómulo izquierdo, costras en los labios y la nariz algo hinchada, como si tuviera una herida interna. No quería ni imaginarse el estado en que le habría dejado Javo siete días atrás—. Nunca pensé que pudieras estar más guapo, pero mira, has conseguido superarte. —Rian soltó una suave carcajada que le hizo sujetarse el costado, por lo que dedujo que había más daños aparte de los visibles. Cosa curiosa, no le devolvió la pulla, sino que se mantuvo en silencio, observándola con gravedad.

—Lo siento, Dría. —Se le quedó mirando sin pestañear, sin poderse creer que aquel déspota y pretencioso no se atragantara al pronunciar aquellas dos palabras. Pero era lo que había detrás de ellas lo que la incomodó y aceleró su corazón, por lo que se dio la vuelta y agarró el picaporte. La mano que se posó con suavidad sobre la madera, a la altura de su rostro, le revolvió el

estómago, porque significaba problemas.

—Déjame salir. —Sintió su duro cuerpo, caliente y tentador, pegado al suyo por detrás, y sin poderlo evitar se envaró.

—No voy a hacerte daño —le susurró al oído.

—Es lo único que sabes hacer —lo dijo en tono duro, y sin embargo se podía percibir el filo de dolor que se esforzaba por ocultarle. Darian cerró los ojos mientras permanecía a su lado, y respiró profundo para oler el inconfundible aroma a jazmín y nardo impregnado en su pelo, tan exótico, tan... ella. Sabía que sería capaz de reconocerlo en cualquier parte, y que siempre lo relacionaría con la mujer rebelde, apasionada, radiante y libre que lo mantenía cautivo desde el mismo día que la conoció. Se separó de ella con cada reserva de control que pudo reunir, ofreciéndole el espacio que sabía que precisaba.

—Estoy seguro de que tienes razón, pero eso no cambia nuestra situación. Lo que ocurrió aquella noche estuvo mal, y lo lamento. Sé que es un pobre sustituto de tu virginidad, y lo único que puedo hacer para remediarlo es...

—Si vas a proponerme matrimonio de nuevo ahorra saliva, Darian. Mi respuesta no ha cambiado. —Lejos de ofenderse, el conde se cruzó de brazos en actitud relajada.

—¿Te ha venido la menstruación, entonces? —Las mejillas le ardieron, aunque mantuvo firme su mirada.

—No es el momento —admitió entre dientes—, pero aún en el caso de que tu semilla hubiese arraigado... —Perdió el hilo de la conversación ante su insolente ceja alzada, como si se estuviese riendo de las palabras que había escogido, lo cual era lo más probable.

—¿Por qué no nos dejamos de charadas y dices que sí? —preguntó en tono cansado.

—Porque no voy a casarme contigo. —Rian ladeó la cabeza para estudiarla con atención.

—No te veo de solterona, ¿sabes? Eres demasiado bella para marchitarte sin

haber conocido la sensación de sentir a un hombre dentro ti, atiborrándote de placer.

—Sin embargo, yo sí te veo en la más absoluta miseria, perdida hasta la camisa, destrozado por tus iguales, que cruzarán la calle con tal de no tener que reconocer tu presencia. El gran conde de Stembland, de un plumazo el hazmerreir de la alta sociedad. —Lo azuzó, sabiendo que despertar a la bestia no era juicioso; sin embargo, nunca se comportaba con sensatez tratándose de ese hombre—. Y te recuerdo que ya sé lo que es sentirse llena de un hombre, tú te encargaste de enseñármelo. Pero la verdad, milord, la experiencia fue frustrante, dolorosa y humillante a partes iguales. No tengo ninguna gana de volver a repetirlo, así que la idea del matrimonio ha perdido un aliciente más para mí, y de nuevo te lo tengo que agradecer a ti. —La postura indolente de aquel león agazapado desapareció mientras se acercaba a ella con lentitud, deteniéndose a un paso escaso del dobladillo de su falda.

—Aquello fue un error garrafal por mi parte, lo reconozco. Pero tendrás que admitir que me llevaste al límite haciéndome creer que tenías un amante. Por cierto, ¿adónde ibas en realidad aquella noche?

—Iba en busca de un hombre —confesó con temeridad, la barbilla alzada para encontrarse con esos ojos que brillaban presa de emociones tan fuertes que la dejaron sin aliento. Aunque la alternativa, contarle que había escuchado a Demian y a Nashford comentar que pensaban asistir a una fiesta privada donde las mujeres se paseaban desnudas por los salones, a la espera de ser reclamadas por los hombres presentes, en lo que les escuchó catalogar como la orgía por excelencia de aquel año, y que había decidido parar un coche de alquiler y seguirles, con la intención de intentar colarse en la casa para curiosear lo que ocurría entre esas cuatro paredes, no le pareció muy sensata.

—Pues lo encontraste, y ahora tienes que atenerte a las consecuencias, ángel. Porque no me conformaré con haberte catado. Te quiero entera. —Alexia intentó retroceder, pero él la cogió por los brazos y se lo impidió,

manteniéndola pegada a su cuerpo—. Pero nunca más será como la última vez. Te lo prometo. —Sus ojos verdes refulgieron con determinación y anhelo. Y cuando bajó la cabeza para capturar sus labios, ella no se opuso, porque deseaba aquel beso tanto como él, aunque supiera que era una mala idea.

Suspiró dentro de su boca, seducida por la lengua que se abría paso a lametones, extasiada por la marea de sensaciones que la tenían a la deriva, suspendida en un oasis de placer. Apenas fue consciente de que era izada por las caderas y llevada en volandas por media sala, su instinto solo reconocía ese calor abrasador del cuerpo masculino que se apretaba al suyo con fervor, mientras ella se aferraba con todo lo que tenía a él, incluida la certeza de que se resistía a Darian precisamente porque intuía que no volvería a conocer a nadie como él. Aquella seguridad nacía de un reconocimiento que surgía desde lo más profundo de su ser, como si por fin hubiera encontrado aquello que precisaba para ser feliz, la última pieza del puzle, la única que encajaría por muchas que combinara. Un vividor, un mujeriego, un farsante, un egoísta, un mentiroso... Podía aceptar que las dos primeras facetas del hombre formaran parte de su pasado, pero le sería imposible convivir con el resto.

Rian notó su retirada, quizá porque había dejado de acariciarle la espalda y los hombros, privándole del exquisito placer de su tacto, tal vez porque sintió su mente muy lejos de los besos y los roces apasionados, pero el caso era que la estaba perdiendo poco a poco, y eso no le gustó. La inclinó sobre el respaldo del sillón en el que la tenía sentada, lo que provocó que estuviera a punto de caerse hacia atrás, no obstante consiguió su propósito, que no era otro que sus brazos se agarraran con fuerza a su cuello y sus piernas se cerraran alrededor de su cintura, fijando la mirada en sus ojos. La caliente mano masculina se deslizó con facilidad por su muslo desnudo, con el pulgar rastrillando la cara interna con parsimonia, mientras las ascuas ardientes de las esmeraldas más bonitas que ella hubiera visto la mantenían inmóvil como

un conejito viendo venir la flecha que acabaría con su existencia.

—¿Te has cansado de besarme? —Se escuchó preguntarle con horror, incapaz de creer que hubiera dicho aquello, pero impaciente por volver a probarle. La mortífera sonrisa que obtuvo como premio a su atrevimiento la embargó de una calidez líquida que se extendió hacia partes innombrables de su anatomía.

—Nadie que haya saboreado tus labios tendrá suficiente de ti jamás — admitió con voz espesa y ronca—. Estoy convencido de que será así con el resto de tu néctar, pequeña.

Alexia frunció el ceño, sin entender a qué se refería, pero Rian se abalanzó sobre ella, volviendo a reclamar esa boca de la que hablara, sin darle tiempo a pensar, mientras su mano se internaba entre sus rizos con tanta suavidad y pericia que apenas se tensó. Sacó sus pechos del corpiño y se los rozó con las puntas de los dedos, con lo que logró que los pezones se le pusieran duros de necesidad, y que un angustioso gemido se formara en su garganta y rompiera en sus labios, donde fue absorbido por la implacable boca de Darian, que parecía quererlo todo de ella.

De repente la puerta se abrió y, aunque él actuó con rapidez y se alzó sobre ella para cubrirla, la imagen de *lady* Alexandria Sant Montieu semidesnuda, recostada en el sillón como ofrenda para el conde de Stembland, estaba del todo nítida en las retinas de la media docena de personas que se arremolinaban en el vano, en su afán por no perderse detalle de la que seguro sería la noticia de la temporada. Y el marqués de Rólagh y su flamante esposa estaban entre ellos. De hecho fue este el que se apresuró a echar a todos de allí, mientras su joven cuñada se adecentaba, protegida todavía por el inmenso cuerpo del conde.

Ninguno habló durante un buen rato, hasta que la atmósfera se cargó tanto que la mayor de las hermanas pensó que si no abrían una ventana se asfixiaría.

—¿Estás bien? —Se agarró con más fuerza la falda del vestido,

inconsciente de que eso era precisamente lo que había estado viendo Lena durante los últimos minutos. La palidez de su rostro desencajado, el dolor sordo pintado a mano en cada uno de sus hermosos rasgos, la desoladora certeza de saber cómo acabaría el día, la fiereza en sus ojos ámbar, como si no pudiera soportar aceptarlo, no así sin más. La conocía tan bien... y entendía cada una de sus dudas como si estuviera exponiéndoselas en voz alta. En cualquier otra situación, incluso después de lo ocurrido una semana atrás, y que sin lugar a dudas significaba un profundo cambio en su vida, la habría apoyado en su negativa de aceptar a Stembland, pero aquel nuevo revés lo cambiaba todo. Si Alexia pretendía suicidarse socialmente tendría que enfrentarse a ella, y tampoco consentiría que se llevara por delante al resto de la familia. Habían luchado muy duro para volver al redil, y nadie iba a caer en desgracia de nuevo.

—Sí, claro —afirmó, a pesar de que temblaba. Javerston y su esposa intercambiaron una mirada preocupada.

—Estoy un tanto... desconcertado —comentó el marqués. Su cuñada hizo una mueca.

—Ya imagino.

—Lo que no entiendo, Alexandria, es que si no estás interesada en él, como no paras de afirmar, por qué te pasas la vida saltando a sus brazos. —La joven se obligó a mantener la calma, una tranquilidad que se le escapa por momentos, justo desde que esa maldita puerta se abriera y el mundo se le cayera encima.

—Esto ha sido un error. —Tan solo Javo fue consciente de que el conde, hasta el momento mudo e inmóvil como una estatua de mármol, cerraba con fuerza los puños y apretaba la mandíbula hasta casi fracturársela. Escondió una sonrisa satisfecha, encantado cuando los planes salían a pedir de boca.

—Uno que debemos solucionar antes de que sea insalvable. —Su voz sonó dura, terminante, casi cruel. Aún así quiso gritar no. «No lo haré, no me uniré de por vida a este hombre que me secuestró para obligarme a un matrimonio

solo por dinero, no me casaré con él porque me arrebató la virginidad en su carruaje para asegurarse un sí, ni lo haré porque me han pillado *in fraganti* entre sus brazos, de donde, como dice Javo, parece que no puedo alejarme». Si se calló no fue por miedo, ni por contención, ni siquiera por aceptación. Fue por la triste expresión de los siempre serios ojos grises de Mara, que la observaba desde la puerta, cuyo gesto de desamparo se había prometido no volver a ver nunca más. No importaba cuánto hubiese pataleado, en el fondo supuso que siempre había sabido que terminaría claudicando por el bien de su familia, solo que no lo había comprendido hasta entonces. En ese momento, mientras se perdía en la confusa mirada de su hermana pequeña, no sintió rabia, ni impotencia, aunque sabía que ambas llegarían más tarde, tan solo una terrible pena.

—Lo haré.

La boda se celebró en la más absoluta intimidad, aunque si hubiera sido por Alexia tan solo habrían participado los novios y el cura. Pero hasta ella era consciente de que no habría podido impedir la asistencia de los pocos invitados presentes: sus hermanas, Elora —que más que una dama de compañía se había convertido en una buena amiga para las Sant Montie—, y el Club de los Seductores al completo, puesto que ninguno de sus integrantes habría permitido quedarse fuera de aquel circo.

Había que reconocer que Darius Domenech, vizconde Crassdanl; Demian Lacrosse, duque de Sambbler y Nashford Lucas Martin, marqués de Tresmaine, componentes todos del afamado Club, junto con Javerston, conformaban un bonito escenario para su desafortunado enlace. Eso mismo debía de pensar Dainara, la joven hermana de Javo, que los miraba embobada desde su asiento. Apenas había probado bocado del succulento banquete nupcial, como si creyese que bastaría despegar un segundo la mirada de ellos para que desapareciesen como el humo.

—¿Es simple curiosidad o te interesa alguno? —le preguntó a la muchacha con su habitual franqueza. Por suerte, esta tenía un carácter parecido a su hermano y no se inmutó.

—Me casaría con los tres. Ahora mismo. Para ser sincera al tuyo lo he descartado por lealtad, pero mejor no te digo la de suspiros que levanta entre mis amigas, ¿no?

—Preferiría que me lo ahorraras —afirmó con sequedad. No le costó reconocer la emoción desnuda y cruda que la recorrió de la cabeza a los pies cuando pensó en otras mujeres, por mucho que tuvieran quince años, soñando con su entonces esposo. Detectó de soslayo la enorme sonrisa de la chica y alzó la mirada justo a tiempo para ver a Darius detenerse a su lado.

—Alex, aún no has bailado conmigo.

—Aún no he bailado con nadie. —Tuvo que recordarle. Había hecho el baile de apertura con su marido, por supuesto, pero después había declinado el resto de invitaciones, ya que todos sabían que aquella charada no era una celebración, de ahí su cara de funeral. Él ladeó la cabeza, como si sopesara la cuestión.

—¿Se supone que eso ha de importarme? —preguntó mientras cogía su mano y tiraba de ella para que se levantase. Aún a su pesar, dejó que la arrastrara a la pista. Aquellos hombres no pertenecían al Club porque sí, Lusía les había puesto ese apodo al poco de conocerlos debido a que los cuatro desplegaban sus encantos con una eficacia pasmosa. Apenas les costaba esfuerzo alguno dejar embobado a lo más granado de la sociedad, poseían un don natural para atraer a hombres y mujeres por igual, bastaba una mirada de ojos caídos, una sonrisa perezosa, un gesto vago, para que cualquiera en su radar de acción corriera a su lado como abejas a la miel. Y lo más sorprendente de todo era que la mayoría de las veces lo conseguían sin darse cuenta. Porque cuando echaban mano de todo su arsenal con un fin en mente, aquellos hombres eran en extremo peligrosos—. ¿Cómo te lo estás tomando? —Lo miró, segura de encontrar la consabida burla en su expresión.

Dar era irreverente y dolorosamente directo, y aunque como amigo no tenía precio, sus «mordiscos» causaban verdadero daño. En ese momento, sin embargo, su profunda y penetrante mirada, de un precioso color marrón similar al de las castañas, estaba seria y preocupada.

—Bastante bien, diría yo. —Una pequeña sonrisa tironeó de los labios masculinos.

—Al menos no le has asesinado mientras repetía los votos de amarte y protegerte. —Coincidió.

—Estuve comedida ahí, ¿verdad?

—Javo te quitó el cuchillo. —No fue una pregunta. El suspiro femenino solo confirmó lo que ambos ya sabían. Todos la conocían demasiado bien, pero su cuñado la leía como uno de los mapas extendidos sobre su escritorio y que tanto llamaban la atención a la joven. Y el indignante recuerdo del marqués entrando en su dormitorio minutos antes de la ceremonia para exigirle que le entregara el arma que siempre llevaba atada al muslo como medida de precaución no mejoró un humor bastante machacado a lo largo de aquel aciago día.

—No lo necesito para deshacerme de ese cretino.

—Reconozco que no ha entrado con buen pie en la familia, pero ahora es tu marido, y nos guste o no, me temo que tendremos que darle una oportunidad, pequeña. —Alexia sabía que no hablaba guiado por la antigua amistad que tenía con Stembland, ya que aunque esta había sobrevivido al secuestro fallido de meses atrás, al final se había visto seriamente afectada tras el episodio del carruaje y la posterior escena en la sala de exposiciones. Se ruborizó un tanto cuando pensó que los amigos de Javerston estaban al tanto de todos sus deslices con su indeseado esposo, pero cuando los conoció, meses atrás, no había tardado en comprender que intentar que aquellos cuatro hombres mantuvieran secretos entre ellos era tan imposible como que lo hicieran las propias Sant Montieue. Dar, Nash, Dem, Javo y Rodrian, el famoso conde de Valmian del que tanto había oído hablar a través de los

otros cuatro y al que aún no conocía porque llevaba un tiempo residiendo en su propiedad de Escocia, se querían como si por sus venas corriera la misma sangre. *Hermanos de vida*, les gustaba autodenominarse, y la confianza y la lealtad que se profesaban eran envidiables.

—Tienes demasiada fe en mi tolerancia, Crassdanl. Puede que un papel diga que ahora ese hombre es mi marido, pero te aseguro que jamás será mi dueño. —Una oscura ceja se alzó con cierta sorpresa.

—¿He dicho yo eso? —La joven imitó su gesto, solo que el suyo contenía exasperación y sarcasmo.

—Eres un excelente ejemplar de tu especie.

—¿Y esa sería...?

—La de los machos pretenciosos y dominantes que piensan que las mujeres han venido al mundo para servirlos, incluso fuera de la cama. —La carcajada masculina no se hizo esperar, lo que despertó la atención del resto de los presentes, que los miraron con curiosidad.

—Vaya, gracias. —Aceptó, a pesar de que ambos sabían que el comentario no tenía nada de elogioso. Después de aquello, Alexia se mantuvo callada, y su acompañante se limitó a esperar y a dirigirla por la pista de baile mientras una nueva pieza sustituía a la anterior sin que ella se percatara de nada. Su mirada se encontró primero con Javerston en muda comprensión, y después de un par de gráciles giros los cínicos ojos verdes del que fuera uno de sus mejores amigos, en ese instante imperturbables y hasta algo aburridos, se clavaron en él, midiéndole e incluso retándole, como si le estuviera viendo por primera vez en la vida.

—¿Qué voy a hacer ahora, Dar? —La pregunta lo sobresaltó, no por la franqueza que contenía, ya que se enorgullecía de haber conseguido forjar un fuerte y estrecho lazo con las tres hermanas, sino por la vulnerabilidad que dejaba entrever. Se enfrentó a su expresión preocupada y taciturna con otra determinada e irónica. Por fortuna, la princesa arisca y guerrera también seguía en aquellas profundidades color miel.

—Tienes una nueva vida ante ti. Aprovéchala, disfrútala, hazla tuya. Tal vez no fuera esto lo que soñabas para tu futuro, lo que habías planeado con tus hermanas, pero es la realidad que tienes. Y si lo miras por el lado optimista, has pescado a un conde con buena planta, reputación de mujeriego y por el que las mamás casaderas matarían para que sus hijitas pudieran apropiarse de su antiguo y prestigioso apellido.

—¿Cuándo vas a empezar a enumerarme las virtudes del hombre, Dar? — Este se rio fuerte, encantado como siempre de la forma de ser de aquella dama. Era tan diferente de las mujeres con las que acostumbraba a tratar. Tan peleona, tan directa, tan intensa, tan auténtica. Tan... refrescante. Su mirada se desplazó por voluntad propia al fondo del salón, donde un hombre alto y solitario miraba por el alto ventanal hacia el gris atardecer, como si la lúgubre vista de finales de noviembre pudiera reportarle algún aliciente en aquel desgraciado día. Quizá hubiera quien pensara que en ese apartado lugar se mantenía aislado de los pocos asistentes que ocupaban la sala, dando la apariencia de sentirse por encima de ellos, en un claro rechazo a la pantomima que tanto él como su flamante esposa habían prometido frente al cura pocas horas atrás. Aunque sería justo admitir que salvo para recibir un buen montón de amenazas de muerte de todos y cada uno de los invitados masculinos —bueno, todos menos uno—, en caso de hacerle cualquier tipo de daño a la mayor de las Sant Montie —y aquello incluía desde fruncirle el ceño hasta pegarle, e incluso exigirle sus derechos conyugales cuando a él le apeteciera—, nadie se le había acercado. Y teniendo en cuenta que no le había pedido a ninguno de sus conocidos que participara en aquella tragicomedia, se encontraba bastante solo en aquel inmenso salón—. ¿Por qué no vas a charlar con él? —El vizconde parpadeó confuso ante las suaves palabras, incluso un tanto sorprendido de verse aún en medio de la pista de baile, cogido de la joven rubia que lo observaba con cierta burla soterrada en sus bellos ojos.

—Muy graciosa —contestó algo enfadado, ya que de momento no había

conseguido superar los sentimientos de traición y pena cada vez que pensaba en Rian. Aquella herida supuraba demasiada porquería para poder cerrarla.

—Podrías convencerle de que su sola visión me revuelve el estómago, y que lo mejor que puede hacer es marcharse. —La mirada fija de sus ojos castaños no hizo que se sintiera incómoda, aunque la nueva presencia que sintió a su espalda, sí.

—¿Me permites unos minutos en compañía de mi querida cuñada, Dar? — Ese tono suave y tranquilo no logró engañarla, al contrario, le puso la piel de gallina. Al igual que la sonrisa sesgada de su compañero de baile, que se detuvo despacio y se despidió con una exagerada reverencia llena de gracia.

—Por supuesto. Mientras tanto voy a dar un sorbo de vinagre. Si me disculpáis. —La mujer no pudo evitar una sonrisa ante la cara de estupefacción del marqués, que la estrechó entre sus brazos para adaptarse a la lenta melodía que comenzaba en ese momento.

—¿Qué ha querido decir con eso del vinagre?

—Oh, creo que se refería a que tus bebidas son de muy mala calidad. Algo así como que prefería beberse el contenido de la bacinilla antes que tomarse otro coñac. —La cabeza de Javerston giró con rapidez en busca de su amigo, pero ella fingió tropezarse para que no advirtiera que este se dirigía hacia su maridito, aunque fuera lo que menos le apeteciera en aquel momento, de ahí su comentario anterior sobre el condimento culinario—. Disculpa, me he pisado el bajo del vestido. —Los dos permanecieron en silencio, dejándose llevar por la suave música, sin ganas de afrontar un momento que ambos sabían que llegaría desde que comenzara el día.

—Tienes que irte con él —terminó diciendo en voz baja mientras la apretaba contra sí. Ella no contestó, como si al no hablar de ello pudiera hacerlo desaparecer. Sabía que estaba comportándose como una cobarde, pero nunca se había separado de sus hermanas, y vivir con un extraño al que no le importaba nada su bienestar no era el súmmum de sus sueños.

—Esta noche no. —Javo la observó unos instantes antes de asentir.

—Esta siempre será tu casa, cariño. Mañana comenzarás una nueva aventura, la más grande e importante en la que te has embarcado. Tan solo recuerda que en cada aspecto de la vida es de extrema importancia el papel que a cada uno se le ha atribuido. Y en esta partida, tú tienes todo el poder.

Por supuesto la ceremonia se había realizado sin percances, una vez que la díscola novia había aceptado su proposición, gracias a los tejemanejes del siempre eficiente Rólagh, que al parecer ya era todo un experto en conseguir licencias especiales en tiempo récord.

Rian desvió la vista del desolador paisaje otoñal para centrarla en su vaso de *brandy*, sopesando si terminárselo de un trago e ir a por otro, aunque atravesar la sala no le atraía demasiado, si no era para marcharse de allí, e incluso esa idea le provocaba sudores fríos, pues no tenía muy claro si lo haría solo o no, pero además tendría que enfrentarse al guardián de las bebidas, que cuidaba con un celo rayano en la paranoia toda botella que contuviera alcohol, como si pensara que los cuatro invitados a la *fiesta* fueran a marcharse con una bajo el brazo.

Ciertamente él lo haría, porque solo mediante una buena cogorza sería capaz de olvidar por un rato ese horrible episodio. Desde luego no esperaba una boda entre suspiros y lágrimas, aquel no era un enlace por amor, a Dios gracias, pero la glacial mirada de Alexandria al empezar la ceremonia, ataviada con un sencillo vestido de mañana que para nada pegaba con el momento, había marcado la pauta del día, y lo que comenzó siendo un acto tenso y mecánico se convirtió con el correr de las horas en algo tedioso, superfluo, distante. Y no le cabía duda de que esa sería la tónica de su matrimonio.

—Felicidades. —Reconocería aquel tono suave y relajado en cualquier parte. Se dio la vuelta con cautela y estudió sorprendido al hombre sonriente que le tendía la mano en gesto amistoso. Se la estrechó por inercia, debido a

los muchos años de amistad que habían compartido. Un segundo después estaba siendo estrechado por Darius, que le palmeaba la espalda. Cerró los ojos y suspiró, disfrutando del abrazo como un crío—. Dime, amigo, ¿cómo has podido joder, en el más amplio sentido de la palabra, a la mujer más maravillosa del universo, solo para conseguir tus propósitos? —Las palabras susurradas en su oído lo cortaron como en su día lo hiciera un afilado estilete en el muslo, y dejaron el mismo dolor lacerante, junto a una sensación de horror y estupefacción. Se separó, despacio, y comprobó que la expresión del vizconde había pasado de cordial al más puro rencor en cuestión de un parpadeo. Esbozó una sonrisa irónica.

—Vamos, Dar, la dama se recuperará. No es como si estuviera enamorada de mí. Es su tercera temporada, así que no estaba esperando a su príncipe azul, y si no me falla la memoria, con este ya son dos los escándalos que protagoniza. Aunque te concedo que el primero no fue culpa suya, admitirás que la dejó fuera de los círculos sociales y que fue solo gracias a Rólagh y a los aquí presentes que consiguió volver al redil. Lo que quiero decir es que no estoy muy seguro de que de todos modos no hubiera tenido que comprarse un marido. —A pesar de todo el veneno que había escupido, los ojos marrones brillaban de diversión.

—No te reconozco —admitió el otro con aspecto asqueado—. Pero te equivocas, había duques y marqueses besando el dobladillo de sus vestidos, y tú le has robado la posibilidad de decidir. De elegir el amor.

—No irás a decirme que crees en esa estupidez.

—Lo que importa es lo que ella crea. Ya he visto lo que hace un hombre desesperado por hacerse con un buen fajo de billetes. Pero Javerston no permitirá que te acerques a ese dinero mientras vivas, es el hombre más implacable que he conocido nunca. Y sé bien cómo es Alexia. —La sonrisa de Darius se hizo más amplia al observar cómo el otro hombre apretaba los puños ante su comentario—. Ella te hará pagar que la hayas obligado a una vida sin amor y lo hará de la forma más cruel que hay. —Se quedó unos

segundos en silencio, con el único fin de crear más efecto—. Con su indiferencia. Podrás verla, oírla, olerla, incluso casi saborearla, pero no te dejará ponerle un dedo a ese apetecible cuerpo suyo. Y los dos sabemos que después de haberla probado, necesitas seguir teniéndola, ¿verdad, *hermano*? —preguntó sin dejar de mirarlo, a la vez que estiraba la mano por delante de él. Un momento después aparecía su esposa cogida de sus dedos con una suave sonrisa en sus labios, como si hubiera disfrutado de aquella conversación por demás privada. Los vio marcharse, el brazo de Dar enganchado a la cintura de avispa de su mujer, y las risas de ambos rayando sus nervios crispados. Se terminó el *brandy* y salió de allí antes de hacer alguna locura.

Capítulo 5

Alexandria miraba con fijeza la fachada de la mansión. Había perdido la cuenta de las veces que se había encontrado a sí misma ensimismada en tal tarea, sin percatarse de ello, ni de cuánto tiempo llevaría haciéndolo, mientras las horas pasaban, igual que sus atribulados pensamientos por su caótica mente.

Apenas había hecho nada de provecho en la semana que llevaba allí, salvo quizá evitar a su marido. Y la carta que escribió a Javerston en cuanto se encerró en su cuarto la primera noche. Estaba tan deprimida y asustada que no pudo reprimirse y había garabateado unas precipitadas líneas pidiéndole consejo, ya que ella se sentía perdida frente a todo lo que estaba encontrándose tan de sopetón.

Suspiró, de nuevo observando la casa. Aún podía apreciarse que en algún momento había sido majestuosa y elegante, digna residencia de once generaciones de condes arrogantes y pretenciosos. No obstante, en ese momento solo era una mera sombra de aquel entonces. El viento, la lluvia, el inclemente sol y la falta de mantenimiento habían dejado su firma esparcida a lo largo de la piedra ocre y en ciertas partes renegrida a causa del humo de las numerosas chimeneas. «Amarillo champán», pensó, intentando vislumbrar a través de los años de dejadez el color original.

Paseó la mirada por lo que se suponía eran los vastos jardines, pero que ni con la desbordante imaginación de Mara podrían llamarse más que maleza y

arbustos secos. El paisaje era adusto y salvaje, sin parterres ni colores que lo suavizaran. Con una mueca se resignó a no esperar centros de flores esparcidos por las salas todas las mañanas, como en Rolaréigh, incluso en Rólagh House.

Contuvo un estremecimiento al recordar el interior, que con mucho era lo peor de la propiedad. Goteras en la planta superior, humedades y un frío que calaba los huesos, el papel de las paredes mohoso, la madera noble de los suelos podrida... Incluso había estado a punto de caerse por la escalera principal cuando al agarrarse a una sección del pasamanos, que estaba suelto, había perdido el equilibrio. Fue una suerte que Darian se encontrara unos pasos tras ella y pudiera agarrarla a tiempo, porque la caída habría sido terrible. Ese día había dejado de vagabundear por aquel destartado caserío y se había limitado a permanecer en el sólido banco de hierro bajo el gran roble, que era de lo poco que parecía que no iba a derrumbarse con un soplo de aire, redactando una lista tras otra, mientras se preguntaba si llegaría a ponerlas en práctica. En cuanto al mobiliario, apenas quedaban unas docenas de muebles en toda la casa, y su estado no era demasiado bueno. Suponía que no podía culpar al personal, que la miraba entre abatido y temeroso. Desconocía si el conde les había hablado de lo insólito de su matrimonio, pero no había que ser muy listo para darse cuenta de que casi no se hablaban y de que dormían en habitaciones separadas. Aquella gente hacía lo que podía, pero sin la entrada de dinero en efectivo nadie era capaz de hacer milagros.

Sus ojos se perdieron en el horizonte, en dirección a Bland Horse. Sabía que Darian había comprado los terrenos hacía años y que había levantado los edificios y puesto en marcha todo el proceso de la cría de purasangres con el sudor de su frente. Javo le había contado que el que no formara parte de la propiedad principal, sino que fuera un activo personal de Stembland, era lo único que la había salvado de las avariciosas manos del antiguo conde, que había dilapidado la fortuna familiar en juegos de azar, burdeles caros, drogas

y alcohol.

La niña mimada de su marido se encontraba a unos cinco kilómetros de allí, sin embargo no había hecho el menor intento por conocer el lugar. Quizá porque su esposo pasaba los días y casi las noches en aquel sitio. Pero la verdad era que detestaba esas caballerizas. Estaba convencida de que se había convertido en la presa de Darian Cronwell por ese montón de animales y no por el título, las propiedades, ni mucho menos por las personas que dependían del ilustre conde. Así que si en su mano estaba —o mejor dicho en su bolsillo— que estas se desmoronasen hasta los cimientos, iba a hacer su mejor esfuerzo por conseguirlo.

—Aunque imaginé algo realmente desolador, nunca pensé que fuera tan malo. —La joven se levantó de un salto a la vez que se giraba hacia la visita. Dejó caer las hojas al suelo, sin importarle que el viento se las arrebatara para jugar con ellas, y se lanzó a los fuertes brazos del recién llegado con un grito de júbilo, quien la recibió sin esfuerzo, a pesar de su vehemencia.

—¡Javo! —La abrazó fuerte, porque supo por instinto cuánto lo necesitaba en ese momento.

—¿Me has echado de menos, pequeña? ¡Y yo pensando que te alegrarías cuando al fin te deshicieras de mi mal humor y de mi carácter controlador y obsesivo! —Sonrió mientras le echaba en cara las propias palabras de la muchacha, que siempre salían a relucir en las muchas disputas que habían tenido a lo largo de los meses de convivencia.

—Eres insufrible, ¿te lo he dicho alguna vez?

—Unas pocas, sí.

—¿Qué haces aquí? ¿Has venido solo?

—Bueno, por tu carta me pareció que precisabas algo de ayuda. —Alexia bajó los ojos, aunque se vio obligada a mirarlo cuando él cogió su barbilla con dos dedos—. No está mal necesitar a los demás de vez en cuando, ¿sabes?

—Esto me queda grande —admitió con un hilo de voz.

—Para eso estamos aquí.

—¿Estamos? —preguntó, demasiado esperanzada para su propio gusto. Él se limitó a asentir mientras una blanda sonrisa prendía en sus gruesos y sensuales labios.

—Lena, Mara y Elora están acomodándose en sus habitaciones —informó con una mueca, no obstante evitó hacer comentarios sobre las dependencias, cosa que ella agradeció—. Y el Club al completo está a su disposición, señora —ofreció con una elegante reverencia señalando hacia la entrada de la casa, donde tres hombres la saludaban con diversión. La joven soltó una carcajada espontánea, la primera en muchísimos días, se agarró a su mano y salió corriendo, con lo que lo obligó a salir tras ella, perdida toda pretensión de compostura.

Darian desmontó sin poder creerse lo que veía.

No solo esa pandilla de cretinos que se hacían llamar el Club de los Seductores se paseaba por su propiedad como si les perteneciera, sino que su mujercita merodeaba a su alrededor como una gacela en celo, hermosa, dulce y elegante, riendo y coqueteando con esos libertinos sin escrúpulos en una muda invitación que seguro más de uno estaba dispuesto a aceptar.

Ni siquiera se percató del montón de carromatos aparcados frente a la entrada, cargados hasta los topes de diferentes materiales de construcción, ni de la cantidad de peones ajenos a la finca que trabajaban sin descanso en diferentes tareas, como la reparación del tejado, la ardua labor de limpiar la fachada, o despejar el jardín de la maleza y los matorrales muertos. Sus ojos seguían fijos en la vibrante mujer que reía ante las bromas insolentes de aquellos cretinos. Debía reconocer que había echado de menos aquella risa fresca y sensual, incluso su carácter endemoniado. Desde que llegaron solo había recibido indiferencia y desdén, eso cuando conseguía coincidir con ella, lo cual había supuesto todo un reto para su inteligencia, ya que Alexia se

esforzaba al máximo por evitarle. Claro que encontrarse de golpe con la cruda realidad de la pobreza de su recién adquirido marido debió ser todo un impacto para alguien criada entre algodones.

—Disculpe, señor. —Se giró para darse de bruces con un fornido hombre cargado con una pila de tableros de madera. Se apartó con rapidez con el ceño fruncido y echó un vistazo a su alrededor.

—¿Qué coño...?

—Stembland, al fin nos honras con tu distinguida presencia. —Darian apretó los dientes ante la voz aterciopelada a su espalda. Antes de girarse inspiró una gran bocanada de aire, la cual soltó despacio, como si aquel gesto le proporcionara una ración extra de paciencia. Cuando sus ojos chocaron con los fríos de un azul muy intenso, del rubio que lo miraba con actitud abiertamente hostil, comprendió que el ejercicio de contención no le había servido de nada. Detestaba a aquel bastardo arrogante e insufrible, y que la mano de su esposa estuviera apoyada en su brazo con tanta familiaridad cuando las apuestas en los libros de Broock's y White's no hacían sino aumentar a su favor sobre cierta apuesta en relación a que era capaz de seducir a cualquier fémica en menos de tres minutos —contados por reloj—, no ayudaba en nada a que su opinión sobre el duque de Sambbler mejorara.

—¿Me esperabas impaciente, excelencia?

—En absoluto, Alex ha sido muy solícita, y el tiempo se me ha pasado volando —contestó Demian mientras acariciaba la mano femenina con pereza y le dedicaba una sonrisa lenta y provocativa. Rian dio un paso al frente antes de comprender lo que estaba haciendo—. Apenas me he dado cuenta de que no has estado aquí los últimos cuatro días.

—Hablando de eso —mencionó, sin poder apartar la vista de los largos dedos que resbalaban por la muñeca de su mujer—. ¿Qué estáis haciendo aquí? ¿Y qué... narices significa todo esto? —preguntó con mucha más educación de la que pretendía en un principio, cuando vio salir a la marquesa por la puerta y dirigirse a él con paso medurado. Cuando la tuvo a su lado

inclinó la cabeza para observarla, esperando encontrar la misma altivez y frialdad que en el resto de sus *invitados* forzosos, pero solo vio cierto recelo en sus bellos ojos azules.

—Cuñado. —Aquel saludo tan atípico e inesperado lo dejó boquiabierto. La risa entre dientes de su marido ni siquiera lo molestó.

—Señora. —Fue lo único que atinó a decir. Ella giró cuan reina ignorando a un súbdito intrascendental y se agarró del brazo del duque. Con la misma fluidez retomó su camino, con lo que lo obligó a soltar a su hermana.

—¿Entonces, qué tienes pensado hacer con los jardines, Dem? —Atónito, Rian los siguió con la mirada hasta que desaparecieron por uno de los laterales de la casa, pues aquel encumbrado par del reino iba explicándole a la dama todos los planes que tenía previsto llevar a cabo en *sus* terrenos, y lo hacía con tal profusión de explicaciones y detalles que cualquiera diría que en otra vida hubiera sido jardinero. Cuando salió del aturdimiento inicial, se fijó en que todos le observaban bastante divertidos.

—Bien, muchachos, habrá que subirse a ese tejado. Las lluvias estarán aquí muy pronto, y si no lo arreglamos a tiempo necesitaremos una barca para ir de una estancia a otra. —Su sonrisa socarrona no se hizo esperar tras la sorprendente declaración del marqués. Se cruzó de brazos y esperó.

—¿Pensáis subiros ahí? ¿Y poneros a trabajar codo con codo con los obreros? ¿Vais a mancharos esos bonitos y elegantes trajes que antes de que acabe el día no servirán ni como trapos? —La sonrisa chulesca se mantuvo mientras veía venir a Nashford hasta él. Este se inclinó lo suficiente como para poder hablarle al oído, aunque utilizó un tono lo bastante alto como para que los otros tres pudieran oírle.

—Bueno, Stembland, nosotros podemos permitirnos comprar una docena más antes de que acabe el día. Y te aseguro que ninguna mujer terminará pagando la cuenta a la mañana siguiente. —Rian no supo qué fue lo más humillante, si la verdad que contenían aquellas venenosas palabras, las estentóreas risas de esos malnacidos o la mirada fija e inexpresiva de su

esposa. En realidad sí lo sabía, pero fingió que no le importaba cuando salió a grandes zancadas de allí.

—Venga, Rian, ¿no vas a echar una mano, hombre? ¡Es tu casa! ¡Al menos lo era antes de que Alexia te comprara! ¿Porque la casa venía con el lote, no?

—Las risas continuaron, aún cuando hacía un buen rato que había desaparecido por la puerta principal, pero la salida de Darius sin duda había sido brillante.

—Sois... —Alexia pareció que no encontraba las palabras para expresarse —graciosísimos —admitió con una carcajada suave. Javerston frunció el ceño.

—Se supone que vosotras tendríais que echarnos el freno, no animarnos.

—Es verdad, así pierde toda la gracia. —Estuvo de acuerdo el vizconde. Los tres compartieron una mirada pesarosa durante unos silenciosos segundos.

—¡Qué va! Solo con recordar la mirada en plan matadora del lechuguino ese me vuelvo a mondar de la risa —dijo Nash, ofreciéndoles una imitación perfecta de *la mirada*—. ¡Creí que le saldría humo por las orejas!

—Habría estado bien. Aunque te estás volviendo muy vengativa, cuñadita.

—Tengo motivos, ¿no crees? Y ser objeto de unas cuantas burlas no es para morir.

—Claro que no. —Le dio la razón, porque en verdad ese miserable se merecía mucho más—. Bien, entonces, ¿qué tal si nos cambiamos y nos ponemos con ese tejado?

—Javerston Lucian de Alaisder, ¿ahora resulta que tienes problemas económicos?

—Bueno, cariño... De ser así sé que nunca podría recurrir a ti. —Ella se quedó boquiabierta ante eso—. Tú, pobrecita mía, ya tienes bastante con cargar con un mantenido. —Un nuevo coro de risas acompañó su broma.

—Idiota. Voy a subir yo también, nos vemos en unos minutos. —Ante eso la hilaridad cesó de golpe, y se enfrentó a tres rostros adustos.

—Ni siquiera vas a acercarte a esa escalera. —Lo meditó un momento. Ya sabía que no le permitirían llegar al ático, encaramarse a una de las altas ventanas y llegar al tejado a través de la larga escalera que tendrían que subir hasta allí. Lo que tenía que valorar era si merecía la pena enfrentarse a ellos por eso o manejarlo desde otro ángulo.

—Pero podré ayudar en otras cosas, ¿no? Este va a ser mi hogar. —Lo de poner ojillos nunca había sido su fuerte, aunque por experiencia sabía que tenía un don para parecer dulce y angelical, y enamorar al espectador, la cuestión era si Javo se lo tragaría. Él se limitó a estudiarla con semblante inexpresivo durante un minuto entero, y Alexia supo que su cerebro estaba trabajando a toda velocidad.

—Ve a cambiarte —accedió. Se dio la vuelta, casi echando a correr, puesto que ella tardaría mucho más que ellos en estar lista. Entonces recordó algo y se detuvo.

—¿Por qué os ha dado a todos por llamarme por ese horrible apodo? —Fue Darius el que contestó, la viva estampa de la maleficencia hecha hombre, con su enorme sonrisa pecadora y sus ojos brillantes de júbilo.

—Porque a él le sienta fatal. Y eso es muy divertido. —Todos asintieron como muestra de su conformidad. Ella dejó escapar una risueña carcajada que fue transportada por la brisa hasta el piso superior, donde un hombre furioso y atormentado espiaba escondido tras las cortinas como si fuera un vulgar mirón.

La puerta se abrió con bastante ímpetu y rebeló a un hombre despeinado y cabreado, que miraba a los otros seis ocupantes de la planta, también en el vano de sus puertas, con cara de pocos amigos.

—¿Qué diablos es eso? —preguntó Javerston entre dientes, porque si alzaba un poco más la voz, seguramente se pondría a gritar. Era *vox populi* a qué le gustaba dedicarse a esas horas del día, y tenía todo que ver con la

sensual mujer que apareció a su espalda, lidiando con el broche de su pendiente.

—No lo sé, pero no debiera ser legar dar martillazos a estas horas. Por cierto, ¿qué hora es? —preguntó Nashford con ojos somnolientos.

—Apenas las siete —masculló Dem, que no acostumbraba levantarse antes de las diez, si no era por una razón de vida o muerte. La ceja de su amigo se levantó de golpe.

—Eso lo explica todo.

—¿Qué es *todo*? —gruñó Javo, cuyo humor no estaba para las cábalas mentales de aquel idiota.

—Que aún no me he acostado. —Todos se le quedaron mirando fijo, ante lo cual se limitó a encogerse de hombros con despreocupación.

—Me he sentado en la cama a quitarme los zapatos y supongo que me he quedado traspuesto un par de minutos sin llegar a tumbarme.

—¿Eso es posible? —murmuró Darius al oído de Demian. Este movió la cabeza en un gesto que denotaba exasperación.

—En su caso sí. —Hizo un gesto a las damas para que les precedieran, obviamente en busca de la causa de los ruidos, aunque en vista de que hubo una sola habitación que se mantuvo cerrada a cal y canto y en la que no se escuchaba ningún tipo de movimiento, no había que ser muy avisgado para aventurar una hipótesis.

—¿En qué cama has dormido hoy, Nash? —lo interrogó Javerston en un susurro en cuanto las mujeres estuvieron lo bastante lejos, ocupadas en su propia conversación. Una sonrisa bobalicona se instaló en el rostro del aludido, lo que causó un par de resoplidos.

—En una mullidita y calentita. Esa niña tenía unos pechos cremosos y grandes, y unos muslos suaves y firmes... Y su delicada flor desprendía un néctar dulce como...

—Ya. Nos hacemos una idea, jodido bastardo.

—Llevamos aquí seis días, ¿te has dejado alguna moza sin probar? —Quiso

saber Dar, aunque sus ojos brillaban de diversión porque todos conocían los muchos vicios del marqués, y las mujeres, sin duda alguna, ocupaban el primer lugar de la lista.

—Claro, el ama de llaves y la cocinera, sin ir más lejos. —Demian se atragantó y estuvo tosiendo un buen rato, mientras Javo le palmeaba la espalda con fuerza, sin quitarle la vista de encima a Nash.

—Esas dos son más viejas que tu madre. —Adujo con cara de circunstancias.

—Y probablemente que su abuela. —Acotó el duque cuando consiguió recuperarse.

—¿Y? Perdí mi virginidad con una mujer de la edad de mi madre, y os aseguro que esa señora me enseñó cosas con las que incluso ahora se me pone dura al recordarlas. —Dejó escapar una divertida carcajada ante las expresiones de sus amigos, que parecían patidifusos.

—Vamos, Nash, estas son bastante feas.

—Mira que me habéis salido remilgados. ¿Es que os pasáis toda la faena mirándolas a los ojos como tórtolos enamoriscados?

—Por el amor de Dios, ¿tú no tienes criterio? ¿Te vale cualquier cosa que tenga un agujero? —le gruñó Demian, que incluso siendo un libertino de tomo y lomo elegía a sus amantes con extremo celo.

—Ya vale. Te está provocando. Y no sé por qué. Sabéis tan bien como yo que es famoso por los escándalos que monta al refregarle a la sociedad a su cohorte de atrevidas y deslumbrantes queridas.

—Eso no significa que si la necesidad aprieta no coja lo que tenga más a mano, muchacho —le aseguró al marqués, riéndose del escalofrío de repulsión de los otros dos—. En cuanto a tu anterior comentario, tienes razón, sin dormir y con el estómago vacío, estoy de un humor de perros, y qué mejor desahogo que meterme con el bueno de Sambbler. Hay que reconocer que toda esa altivez ducal da mucho juego.

—Ten cuidado, no vaya a darte una patada en el culo que te mande

derechito a la cama de esas dos cacatúas para que las satisfagas a la vez — amenazó ante las risas de los otros tres y un temblor de miedo, en esa ocasión del todo cierto, del consumado seductor de Nashford.

Darian sentía el sudor corriéndole por la espalda a pesar del frío que hacía y de estar en mangas de camisa. Llevaba al menos media hora aporreando el tejado, y por primera vez en días se sentía conectado a algo, parte de su hogar, de su gente. Aquellos malnacidos, los verdaderos intrusos, estaban quitándole hasta eso.

Se detuvo a descansar un momento, el cual aprovechó para admitir que no estaba siendo justo. Habían ido a ayudar. Podría ser que él hubiera preferido que le dieran el dinero y hacerlo todo a su modo. Era su casa, joder, había nacido en la habitación que ocupaba Alexia, y las personas que trabajaban allí eran su responsabilidad.

Pero el bastardo de Rólagh se había encargado de hacerle pagar por sus errores. Porque admitía que había cometido unos cuantos, y todos tenían que ver con su esposa. En ese momento ella tenía la sartén por el mango, y él era un mero pelele en sus manos. Aquello hería su hombría como nunca nada lo había hecho, pero se lo merecía. Darius había dado en el clavo, Alexandria lo había comprado, le gustase o no, y debía estarle agradecido; porque sin ella, con el tiempo —muy poco tiempo—, habría acabado pidiendo en la calle y habría perdido Bland Horse.

Aún podía hacerlo. Recordaba a la perfección la conversación que habían tenido durante el viaje cuando le había explicado que la propiedad necesitaba reparaciones, y los criados cobrar los sueldos atrasados, y le había preguntado qué pensaba hacer al respecto. Ella le había mirado con fijeza durante un buen rato para asegurarse después que tomaría las medidas oportunas para reacondicionar la casa y el resto de instalaciones en cuanto se hiciera una idea de cuáles eran las necesidades, además de hacerse cargo de los salarios pendientes.

—¿Y las caballerizas? —había preguntado en un susurro quedo, aterrado

como pocas veces en su vida por unas pocas pero vitales palabras. La joven había permanecido con la vista clavada en la ventana, en completo silencio —. Dría. —Al fin se había girado hacia él, su semblante una máscara inexpugnable.

—No lo sé.

Desde entonces no se había molestado en ir a conocer las cuabras, ni en aclararle su decisión sobre ellas. Y sin el efectivo correspondiente estas se hundirían en cuestión de meses, tal vez semanas. Quizá lo mereciera, por cabrón egoísta, pero haría lo imposible por evitarlo, incluso suplicarle de rodillas a su vengativa esposa, si con eso conseguía salvar a sus amados animales.

—¿Qué demonios estás haciendo a estas infames horas, Stembland? —gritó Javo malhumorado. Rian se sobresaltó, y un instante después asomó la cabeza y descubrió a los cuatro hombres en idéntica postura, con los brazos cruzados sobre el pecho y un profundo ceño ensombreciendo sus rostros.

—¡Buenos días! ¡Qué madrugadores! ¡Si llego a saber que os levantáis tan temprano os habría esperado para desayunar! —Nashford puso un pie en el primer peldaño, dispuesto a subir.

—Dejádmelo a mí. Cinco minutos y lo bajo suavemente. —Javerston tuvo que sujetarle del brazo para evitar que cumpliera su amenaza.

—No he gozado aún de mi mujer, estoy sin desayunar, y parece que ese desgraciado va a amenizarnos el día con su agradable presencia. No me jodas, Nash, que son solo las siete de la mañana y ya quiero descuartizar a alguien. —El aludido soltó un suspiro tan largo y apenado que varios de ellos sonrieron, comprendiéndolo a la perfección. El conde era tan fácil de detestar.

—¡Contestando a tu pregunta, Rólagh, ese tejado vuestro no me convencía, así que lo estoy desmontando para...!

—Ya subo yo. —Terció el marqués, cuyos ojos, en ese momento casi negros, brillaron con la promesa de una muerte lenta y dolorosa. Hicieron falta los tres para evitar que ascendiera hasta su presa, e incluso hubo que

taparle la boca a fin de evitar que las mujeres, que se habían quedado en el ático esperando saber qué ocurría, escucharan el escándalo que estaba organizando. Aunque seguro que las carcajadas de Stembland llegarían hasta ellas.

—¡Sois tan simples! ¡Sobre todo tú, señorita. Ya en Oxford no me costaba nada sacarte de tus casillas! ¡Tranquilos, muchachos, todo sigue en su sitio!

—¿Entonces qué cojones estás haciendo ahí desde hace un rato? —preguntó Darius. Rian no contestó de inmediato, y cuando lo hizo pareció que le arrancaban un diente por lo ácido de su respuesta.

—¡Ayudar!

—¿Ha dicho...?

—Habrà sido el viento, que ha distorsionado las palabras —contestó el vizconde a la pregunta de Nash.

—Joder, será mejor que subamos a ver qué está tramando. Que alguien vaya a decirle a las damas que hoy empezaremos pronto. —Nadie discutió, sino que se limitaron a subir uno tras otro en silencio, rezando por tener el privilegio de ser el primero en partirle la cara a ese idiota.

Capítulo 6

Rian se masajeó la parte baja de la espalda y se enderezó cuanto pudo, a la vez que se esforzaba en tragarse el gemido lastimero de pura agonía que aquel estiramiento de músculos trajo consigo.

Los últimos cinco días habían sido una tortura, y en más de un sentido, aunque en ese momento era el extenuante trabajo físico el que apenas le permitía dar un paso más. Se secó el sudor de la cara y observó con disimulo a los cuatro hombres que trabajaban sin descanso a su lado, que parecían frescos como una lechuga, y maldijo por lo bajo, furioso.

Él se ejercitaba de manera regular: practicaba boxeo y esgrima —los dos deportes de moda entre los caballeros adinerados—, daba buenas cabalgatas a diario, tanto allí como en la ciudad, practicaba tiro con arco y, cuando le era posible, hacía escalada, casi siempre solo, porque sus amistades consideraban que estaba loco por encaramarse a una montaña con apenas unas cuerdas que lo salvaran de una caída mortal. Pero aquellas pocas experiencias le hacían sentirse vivo, desconectado de una realidad que a menudo le resultaba fea, opresiva y llena de recuerdos que prefería olvidar. O enterrar tan profundo que no pudieran encontrar el camino de vuelta a su conciencia.

Escuchó el crujido de su hombro al rotarlo para desentumecerlo y gruñó fastidiado, con la vista fija en aquellos cuatro que no parecían acusar el cansancio de la misma forma que él. Llevaban nueve días trabajando de sol a sol, en perfecta sintonía entre ellos, la mayor parte del tiempo sin detenerse

más que para hacer las pertinentes comidas a instancias de las mujeres, aunque en algún que otro momento hacían una pausa para beber agua, y aprovechaban para tomarse el pelo, contarse bromas subidas de tono o meterse los unos con los otros. Parecían más niños grandes que hombres hechos y derechos, y Darian sentía una envidia tremenda.

Él tenía amigos, por supuesto, algunos muy buenos, como Marcus, pero su relación nunca había sido tan estrecha como la de ellos. Tan solo con Darius había sentido ese tipo de conexión, y lo había echado todo a perder al poner sus ojos en Alexandria.

Desvió la mirada con un nudo en el pecho y la dejó resbalar hacia el paisaje que se extendía ante él. Lo embargó la misma impresión que cuando regresara de las caballerizas, tras los cuatro días que había permanecido recluido allí. Se había marchado porque necesitaba poner distancia con su mujer o acabaría haciendo alguna tontería, como acorralarla en algún pasillo y no parar de embestirla hasta que se saciara de ella, con seguridad dos o tres semanas más tarde. Siempre la había deseado, desde que pusiera sus ojos en ella por primera vez, y ese apetito había ido aumentando con cada negativa por su parte a pertenecerle, como un cavernícola bárbaro y primitivo, con sus instintos animales a flor de piel, queriendo únicamente aferrarla de los pelos y arrastrarla hasta su oscura cueva para demostrarle quién mandaba de verdad allí. Dios sabía que tenía hasta el correspondiente garrote, listo para la función.

El grito de uno de los trabajadores lo sacó de su ensimismamiento y se centró de nuevo en los cambios operados en la finca. Era sorprendente lo que habían conseguido en tan poco tiempo, claro que el dinero conseguía milagros, se recordó con sarcasmo, sintiéndose indigno y usado, como una puta vieja y gastada. «No tienes por qué, tú has propiciado esta situación. La única víctima es Alexia, así que deja que sea ella la que se envuelva en los jirones de su dignidad y se revuelque en la autocompasión».

Apretó los dientes y observó la reluciente fachada de piedra de aquel suave

color amarillo al que no podría ponerle nombre ni bajo tortura, y cuyo color no veía desde su adolescencia. También todos los alrededores se habían saneado, dejando tan solo la tierra, y aunque el aspecto era un tanto desolador, pronto se llenaría de color con las asombrosas ideas de Sambbler, que según había descubierto era todo un portento en jardinería.

El día anterior habían terminado de reparar el tejado y podían respirar tranquilos, sabiendo que por primera vez en años no tendrían que llenar los suelos de cubos y barreños que recogieran las goteras. Incluso era posible que el sempiterno olor a humedad que impregnaba la casa desapareciera de una vez.

Y Darius deambulaba por la mansión, con Mara pisándole los talones cargada con un fajo de papeles —ya que la había nombrado su ayudante— divirtiéndose de lo lindo. Su labor era volver a decorar todo el interior, y estaba tan entusiasmado que casi se le había olvidado que para llevar a cabo esa hercúlea tarea tendría que pasar allí varios meses, dado lo enorme que era aquella casa.

—¿Holgazaneando, Stembland? —Se giró hacia el duque, que lo observaba con una expresión risueña en el rostro, como si supiera con exactitud todo lo que había estado pensando.

—Evaluaba la calidad de tu trabajo. —La carcajada sarcástica no se hizo esperar.

—Oh, ¿y qué te parece? ¿Cómo ves de firme mi mástil? —preguntó con voz guasona mientras con un gesto casual se pasaba la mano por el frente del pantalón. Rian estudió con detenimiento el poste nuevo que sujetaba la cuadra, consciente de las miradas expectantes del resto del Club, así como del par de mozos que les ayudaban.

—Lo veo un tanto torcido —aseveró muy serio.

—¡Así tiene que ser, amigo! —contestó el rubiales con una carcajada que fue secundada por todos. Rian sonrió, y por primera vez sintió que formaba parte de aquel exclusivo grupo.

Alexandria entró en el comedor para darse casi de bruces con su marido. Consiguió sentarse en su sitio sin mostrar sorpresa, aunque lo siguió por debajo de las pestañas, preguntándose qué demonios hacía allí si nunca comía con la familia.

—Quisiera comentaros algo. —Todos los rostros se volvieron hacia Javerston, que había esperado a que terminaran de servir el primer plato para hablar—. Le he pedido a Stembland que se reuniera con nosotros, ya que este tema también le incumbe. —Un silencio expectante llenaba la habitación, mientras aguardaban el resto de la explicación—. Antes de salir de Londres recibimos una invitación para asistir al baile de los marqueses de Ventrone. —Alexia y Mara intercambiaron una mirada extrañada ante el curioso comentario.

—No cabe duda de que las tarjetas para eventos similares formarán una pequeña montaña en tu mesa, tanto a tu nombre como al de Lusía —mencionó la mayor de las Sant Montieue, sin saber qué más decir.

—Por supuesto —concedió, amable—. La cuestión es que este será uno de los eventos más importantes de la temporada. La marquesa está emparentada con la familia real griega, y se espera la asistencia de alguno de sus miembros, lo que está generando una gran expectación en torno a esa noche. Me tomé la licencia de comprobar si vosotros también habíais recibido la codiciada invitación y en efecto, parece que sois dignos de tan distinguido honor. Aunque si tuviera que apostar diría que si estáis en la lista se debe más al tufillo a inmoralidad que todavía desprendéis. —La risilla traviesa de Amarantha consiguió un profundo ceño de desaprobación de su hermana, que se acentuó cuando pilló la sonrisa descarada de Javo.

—Estoy segura de que toda esta cháchara intrascendente tiene un fin. —Le lanzó mientras echaba una mirada rápida hacia los demás, que seguían comiendo sin inmutarse, hasta que recayó en Darian, que permanecía arrellanado en su silla, observándola.

—El *fin* es determinar la importancia de asistir a esa fiesta. —La cabeza

rubia giró despacio hacia él, y sus ojos color miel mostraban esa mezcla de confusión, enfado, e incredulidad que ya se esperaba.

—¿Qué...? ¿Quiénes? —Su mirada fija fue respuesta suficiente—. ¿Para qué diantres quieres que vayamos a ese baile? ¿No te has dado cuenta de que estamos en medio de un lío espantoso? —Con seguridad ella no escuchó rechinar los dientes de su esposo ante su poco acertada expresión, pero sus compañeros de mesa sí lo hicieron, para su gran regocijo.

—Es por el escándalo, Alexia —susurró Mara, no por vergüenza, sino por la presencia del conde. La muchacha era dulce e inteligente, pero muy tímida e introvertida con los extraños. La aludida alzó las manos, exasperada.

—¿Cuál de ellos?

—Mira que eres difícil, muchacha. El último —explicó Darius—. Ahora deja que Javo termine o nos va a dar la cena sentados aquí. ¿Por favor? —suplicó batiendo las pestañas en un gesto entre cómico y encantador. La joven suspiró con pesadez y con un movimiento de la mano le pidió a su cuñado que continuara, el cual asintió en dirección a su amigo como señal de agradecimiento.

—Aunque intentamos frenar las murmuraciones sobre lo que ocurrió en la sala de exposiciones, que el enlace se celebrara dos días después, sin la publicación de las amonestaciones, solo ha contribuido a agitar el avispero. Y el que a la mañana siguiente dejarais el panorama social por tiempo indefinido no contribuye a vuestra causa, precisamente.

—Desconocía que tuviéramos una causa —masculló ella entre dientes.

—Vamos, Alex, no seas necia. Esta boda se organizó con un propósito. El de evitar tu ruina al haber sido encontrados en una situación comprometida. Si ahora permitimos que las malas lenguas comiencen a elucubrar sobre las razones de vuestra escapada, sin desvelar el verdadero motivo de que estéis aquí, no tendrán piedad, os destrozarán vivos. Y empezarán contando los días para ver crecer tu vientre. —Alexandria sintió que se ponía del color de las amapolas ante la franqueza de Demian, pero no se dejó acobardar.

—Pues se llevarán un buen chasco.

—O no. La naturaleza es caprichosa, y estas cosas ocurren cuando menos te lo esperas —comentó su cuñado con una espléndida sonrisa mientras entrelazaba los dedos con los de su esposa, embarazada de dos meses y tres semanas. Ailena suspiró rendida ante la mirada abrasadora del marqués, que prometía toda clase de placeres si ella aceptaba. Tan solo precisaba un parpadeo por su parte, ya que él estaba dispuesto y firme las veinticuatro horas del día.

—Subid al dormitorio, que aquí hay niños —refunfuñó el duque, sin percatarse de la expresión furiosa de Amarantha. Claro que cuando el guapo rubio se giró y le guiñó el ojo con picardía, demostró que sabía con claridad lo que estaba pensando. Alexia no podía desenlazar su mirada de la de su marido, que no había abierto la boca desde que tomara asiento en la cabecera de la mesa. Ambos estaban pensando lo mismo, era bastante difícil que hubiera un heredero en camino si no habían vuelto a rozarse desde la tarde que abocó a ese sucedáneo de matrimonio. Alcanzó a ver cómo la pareja de tórtolos se separaba con renuencia y se concentró en la conversación.

—Sigo sin entender por qué es tan importante que asistamos a esa fiesta. Es demasiado pronto para demostrarles a esos idiotas que no me casé *esperando*.

—Pero vuestra presencia en el baile les hará ver que no hay problemas en el paraíso, sobre todo si les demostráis lo enamorados y felices que estáis. —La cabeza femenina se alzó con los ojos desorbitados.

—No —dijo con firmeza. Pero la determinación no fue lo único que todos los comensales detectaron en aquella palabra, también la dureza, la rabia, incluso el frío ártico del rencor que seguía quemándola por dentro y que trataba de ocultar a toda costa.

—Tendrás que hacerlo, pequeña —coincidió Darius con voz suave pero firme.

—¡Maldita sea, decid que estamos en España de luna de miel! ¡Me da igual lo que os tengáis que inventar, pero no voy a fingir que lo amo! —gritó,

señalando a su esposo. Este se limitó a coger su copa de vino y a dar un sorbo, sin quitarle la vista de encima. Alexia quería subirse a la mesa y arrojarse encima; y si pudiera arrancarle los ojos en el proceso, esa noche dormiría con una sonrisa de felicidad en los labios. No podía soportar su estoicismo, y mucho menos que permaneciera allí callado, como si aquello no fuera con él.

—Todo el mundo sabe que estáis aquí, Alex, remodelando la mansión a gusto de la nueva condesa de Stembland.

—Ahí lo tenéis —exclamó con un deje de victoria—. Por eso dejamos Londres, para acondicionar Bland Park. A fin de cuentas, la llegada de una esposa conlleva cambios, y mi magnánimo marido ha accedido a llevar a cabo todos mis caprichos. —Las últimas palabras se le atascaron en la garganta, sin embargo consiguió decirlas sin asfixiarse. Cualquiera cosa con tal de evitar los planes de su cuñado.

—Una bonita historia —concedió este—. Pero aún así se hace imperativo que asistáis al baile de mañana por la noche.

—¿Mañana? —jadeó. Él se limitó a asentir y esperó a que lo asimilara todo. Claro que con aquella Sant Montieu nunca nada era fácil, como demostró girándose furibunda hacia su marido.

—¿No vas a abrir esa boca, maldito? Porque normalmente no tienes ningún problema en hacerle saber al mundo con todo lujo de detalles lo que pasa por tu cabeza, sin filtros ni educación alguna. —Darian observó sus ojos furiosos, las mejillas rojas como dos fresas y la respiración acelerada, y pensó en lo espléndida que era, tan fiera como el mar embravecido.

—Da la casualidad de que estoy de acuerdo con ellos. —Unos cuantos gruñidos le hicieron saber la opinión general de los presentes a su comentario—. A mí tampoco me gusta un pelo —les aseguró con una sonrisa sarcástica—. Pero entiendo la importancia de aparentar cierta armonía y complicidad entre nosotros. Como han expuesto los demás, sin una romántica historia detrás de nuestra apresurada boda, solo queda la confirmación de un ardiente

romance anterior a los votos para alimentar la sed de morbo y chismorreos de esas hienas que conforman nuestra sociedad. Y personalmente detestaría que mis congéneres descubrieran los verdaderos motivos por los que buscaba esposa. —Terminó, arrastrando las palabras de la última frase casi con pereza, como si en verdad le diera igual si esa posibilidad se materializaba o no. Alexia respiró hondo, en un esfuerzo titánico por seguir sentada y no salir disparada de allí, no sin antes mandarles a todos al demonio. Sintió la pequeña mano de su hermana menor deslizándose sobre la suya por debajo de la mesa, ofreciendo consuelo y tranquilidad con ese gesto tan sencillo. Buscó los ojos cobalto de Lusía, que ya la estaban esperando, y con el apoyo de las dos personas que más quería en el mundo, se sintió mucho más tranquila y equilibrada.

—No será nada fácil fingir que me tienes loca de amor. —Casi le escupió.

—Por el contrario, querida, nadie podrá dudar que soy tu esclavo —le replicó el conde con mordacidad.

Darian escuchó el característico repiquetear de los tacones de las mujeres y se giró. Se quedó mirando embobado a su esposa, parada en lo alto de la escalera mientras se ajustaba uno de los guantes. La había visto así de engalanada en innumerables ocasiones, mientras iba a la caza y captura de una novia rica, y siempre lo había dejado sin aliento su belleza deslumbrante, fresca y sin artificios. Ella brillaba por sí sola, sin necesidad de costosas joyas ni de ropas extravagantes o llamativas, como hacían la mayoría de sus conocidas.

El vestido que había elegido para esa noche era sencillo, casi simple, pero elegante y perfecto para ella. El profundo verde de la seda que se ajustaba a sus rotundas formas de mujer lo cautivó, obligándolo a obviar a las otras tres mujeres que la acompañaban. No obstante, la impresionante gargantilla de esmeraldas que reposaba en su cuello, así como los pendientes en forma de

lágrima y el bonito anillo haciendo juego lo desconcertaron tanto que no fue capaz de quitarles la vista de encima.

—Ahora que estáis casados se supone que tendría que usar las joyas familiares —explicó Javerston ante su evidente confusión. Un dolor lacerante le atravesó el pecho, pero no permitió que nadie lo advirtiera.

—No hay joyas familiares. Mi padre las vendió hace años. Lo que mi madre llevaba eran baratijas sin ningún valor. —Aquella deshonrosa confesión le molestó mucho menos que la sombra de lástima que asomó a los ojos ámbar de Alexandria.

—Bien, estas son las primeras de la nueva colección Stembland. — Sentenció el marqués. Rian deseaba gritarles cuál de ellos las había pagado, si su esposa o él, pero no dejaría que vieran cuánto le molestaba aquello. Y como se giró hacia la puerta no pudo ver la cara de sorpresa de la propia Alexia, que suponía que las carísimas piezas eran un préstamo para esa noche.

—Se hace tarde. ¿Nos vamos? Si mi mujer se ve capaz de moverse con todo ese peso encima, por supuesto. En caso contrario, que alguien la cargue hasta el coche. —Nadie le contestó. Habría sido difícil, puesto que ya había salido al frío exterior, sin esperarles.

Darian se terminó su quinto *brandy* de la noche, sin dejar de seguir los movimientos de su esposa por la pista de baile. Aunque su compañero era Darius no pudo conseguir que su cuerpo se destensara, ni tragarse el sentimiento de posesión que lo atenazaba siempre que otro macho se le acercaba. Sabía que era ridículo, sobre todo viniendo de un hombre que se había acostado con media Inglaterra —la femenina, se sobrentendía—, y que nunca había deseado nada de una mujer, salvo un gratificante revolcón.

Sin embargo, aparte de ese revolcón por el que a esas alturas mataría, ansiaba su compañía, su risa, sus bromas, incluso su acidez. Y en ese

momento su cuerpo grácil y flexible entre sus brazos, en esa danza lenta y sensual.

—Ese semblante amenazador no es sinónimo de felicidad conyugal. En especial si va dirigido hacia tu flamante esposa y tu mejor amigo. —Por el rabillo del ojo captó el vaso lleno del marqués, que casualmente bebía lo mismo que él, y con toda la tranquilidad del mundo se lo arrebató de la mano. Mientras lo degustaba pensó que debía de empezar a caerle bien al hombre, porque salvo un alzamiento de ceja, su imprudente y maleducado acto no había suscitado más reacción por su parte—. ¿Seis? —se limitó a preguntar mientras estudiaba a la concurrencia, sin ninguna inflexión en la voz, que fue lo que quizá más le molestó, que no lo juzgara. Se giró hacia él.

—¿Qué eres, mi padre?

—No, ese infeliz murió. En un terrible accidente que también se llevó a la condesa, despeñados por un barranco. ¿Verdad? —Aquella última palabra, convertida en pregunta por simple educación, contenía demasiada duda para el gusto de Rian. También los ojos marrones que lo estudiaban sin parpadear, como si esperara alguna reacción por su parte a su desagradable comentario. Se sintió expuesto ante esa mirada implacable, dura y exigente, que parecía querer entrar en su alma con o sin su consentimiento, para enterarse de cuanto quería saber. De repente, un olor metálico impregnó sus fosas nasales y se tambaleó ligeramente, mareado.

—Discúlpame. —Se excusó antes de salir casi corriendo de allí.

Alexia balanceaba con pereza su copa de champán por encima de la barandilla de piedra donde estaba apoyada sin mucha elegancia. Por suerte se había resguardado de las miradas curiosas en un recodo de la amplia terraza, protegida además por un enorme árbol plantado en una maceta casi tan alta como ella, así que podía permitirse dejar las maneras finas y dignas de una dama y relajarse por un instante.

Se lo merecía, después de llevar más de tres horas haciéndose pasar por la radiante esposa del immaculado conde de Stembland, uno de los calaveras más famosos de Londres, perseguido y perseguidor, a partes iguales, pero siempre con una mujer rondando a su alrededor, en ese momento reconvertido en hombre casero por obra y milagro de Cupido.

Le dio un pequeño sorbo a la espumosa bebida para tragar la hiel que tal imagen le produjo, nada más alejada de la realidad, no obstante según todos tan necesaria para seguir dentro de la sociedad en la que vivían.

Por ella podían irse al infierno, odiaba las normas restrictivas a las que estaba sometida, la estrechez de miras de la gente, su insulsa vida, que la destinaba a casarse y tener hijos, a llevarse bien con su esposo, si tenía suerte. Ni siquiera podía contar con eso, no con Darian como marido.

Suspiró, y hasta a ella le pareció un sonido triste, hastiado y plagado de deseos insatisfechos. No había hueco en ese mundo para alguien como ella, y esa certeza la asustaba, porque sentía que no tenía ningún sitio al que aferrarse, nadie que realmente la comprendiera.

El sonido de pasos que se acercaban la sacó de sus desoladoras cavilaciones, y se pertrechó más en el pequeño y resguardado escondite.

—¿Estás seguro? Hace unos meses me dijiste que ese caballo era uno de tus mejores sementales y que esperabas que aumentara tus cuabras en los próximos años, dándote unos potros fantásticos, y ahora me sueltas que piensas subastarlo mañana en Tattersall.

—Las cosas cambian. —Se escuchó la profunda voz de Darian, con lo que Alexia se quedó inmóvil—. En verdad pienso todo eso, pero creo que si vendo uno de mis mejores caballos en una puja pública entre la flor y nata de la sociedad, el nombre de las cuabras se dará a conocer de forma más rápida. —El marqués de Trasslen le observó con seriedad durante unos tensos segundos antes de expresar lo que en realidad le preocupaba.

—¿Tienes algún problema? —preguntó dubitativo Marcus. Y ahí estaba, la primera sombra de la desconfianza. Las palabras problemas económicos

flotaron en el aire como el aliento que salía de sus bocas en forma de neblina condensada debido al frío. Alexia apenas lo notaba, tan solo cubierta con el chal, pendiente de aquella conversación privada.

—Ninguno. Se trata de negocios, nada más —afirmó tajante.

—¿Me lo dirías si fuera así? —Rian estuvo a punto de contestarle mal, pero se frenó a tiempo. Vio la preocupación sincera en los ojos de Mac y suspiró para sí. Le quedaban pocos amigos, y que les importara lo suficiente como para ofrecerle dinero aún menos, porque estaba convencido de que lo haría apenas admitiera que estaba en la ruina. Se obligó a sonreír y aparentar normalidad.

—Por supuesto que sí. ¿No te lo cuento todo?

—Bueno, no todo, o no habría terminado enterándome por los periódicos sensacionalistas de que te habías casado, con la pichona Sant Montieu, nada menos.

—Eso fue un calentón —dijo, quitándole importancia, ya que ante él no tenía intención de fingir que estaba locamente enamorado de su mujer.

—¿Entonces los rumores son ciertos? —le preguntó con la boca abierta del asombro.

—¿Cuáles? He escuchado de todo a lo largo de la noche.

—Que la convertiste en tu amante hace meses, y que como eres un picha brava has terminado dejándola embarazada, así que la familia, trabuco en mano, te invitó con mucha amabilidad a postrarte frente al altar. ¿De ahí que no me invitaras? —Las suaves risas del conde hicieron aparecer una sonrisa en los labios de Trassen, que lo observaba entre divertido y exasperado, esperando una respuesta. Al final, ya serio de nuevo, se limitó a encogerse de hombros, mirando al lejano horizonte.

—Algo parecido. Solo que no fue mi querida, ni hay bebé en camino. —Sus ojos regresaron al marqués, y eran dos pozos profundos de autocensura y desprecio—. No me porté bien con ella.

—Pero lo arreglaste. —Le excusó. Una sonrisa sesgada, llena de ironía,

curvó su boca durante unos efímeros instantes.

—Sí.

—¿Por qué no volvemos a la fiesta? Hace un frío del demonio aquí fuera, y tu esposa se estará preguntado dónde te has metido.

—Seguro que sí, pero necesito unos minutos más. El aire enrarecido de ahí dentro me asfixia. Entra tú, te sigo en un momento.

—En realidad no me importa helarme los huevos contigo, compañero. Incluso podría aprovechar para fumarme un puro...

—En serio. Necesito un segundo para mí. Me reuniré contigo enseguida.

—Está bien. Ahora que has salido de escena los restantes libertinos tocamos a más piezas para cada uno. Iré a cobrarme las mías o corro el riesgo de que los otros depredadores me las roben.

—Anda vete, *lobo feroz*. —La carcajada de su amigo se escuchó con claridad hasta que desapareció de la terraza y se internó en la jungla que representaba aquel atiborrado salón. Rólagh había tenido razón, el principito griego había aparecido media hora antes, imperdonablemente tarde según las normas establecidas, pero gracias a su real presencia el baile sería la mayor atracción de la temporada, como lo atestiguaba la casa a reventar de gente.

Se giró hacia la barandilla y apoyó los codos, mientras se preguntaba si volver a entrar a por una copa, a poder ser doble. En ese momento se bebería hasta los orinales de los huéspedes. Por si tener al puñetero de Javerston husmeando sobre la muerte de sus padres no fuera ya suficiente malo, también tenía que bregar con las incipientes sospechas de Marcus sobre la solidez de su economía. Y al día siguiente debería vender a Cultor, uno de los caballos que más amaba, pero por el que más le ofrecerían en la subasta.

Necesitaba ese dinero para no perder las caballerizas. Debía pagar a los trabajadores, las medicinas, la comida de los animales y el sinfín de gastos que conllevaba mantenerlas en funcionamiento. Había ido deshaciéndose de forma paulatina de los potros, y con ello logró no perder su sueño. Se juró que conseguiría no tocar a las yeguas y los sementales, que se sacrificaría él y

se casaría con quien fuera con tal de que dispusiera de un monedero lo bastante grande como para que pudiera cuidar de todo, incluidos sus preciados caballos.

Sin embargo había terminado encadenado a una muchacha feroz y atrevida que controlaba con mano de hierro su propio dinero y que detestaba Bland Horse casi tanto como a él mismo.

Descargó el puño sobre la lisa y dura superficie de piedra de la baranda, sin preocuparse por el dolor que le subió desde la mano hasta el hombro.

Alexia lo miraba en silencio, abrazada a sí misma y temblando, y no era por la baja temperatura que se había adueñado de la noche. Ver a aquel hombre fuerte y orgulloso con las manos apoyadas contra la roca, los hombros caídos y la cabeza inclinada hacia delante, en actitud de derrota, la impactó de veras. Nunca había visto así a Darian, y ser testigo de su angustia le aclaró lo que las cuerdas significaban para él.

Aquello tendría que alegrarla, a fin de cuentas era justo que si ella era infeliz en aquel matrimonio obligado, él sufriera de igual modo, y qué mejor manera que perdiendo lo único que le importaba. Sin embargo sentía una pena enorme aplastándole el corazón mientras sus ojos devoraban al hombre taciturno y solitario que regresó al salón con paso cansado.

—Así que es aquí donde te escondes. —Alexia dio un pequeño respingo ante la sugerente voz a su espalda. Sintió la caliente prenda posarse con suavidad sobre sus hombros y supo que se trataba de su chaqueta. El familiar y varonil aroma de su colonia impregnaba la tela y, en ese momento, sus fosas nasales. Se giró hacia él, y en contra de sí misma no tardó en sumergirse en aquellos ojos verdes que tanto la fascinaban, enmarcados por los distintos tonos del mismo color que llenaban el invernadero.

—No me estoy ocultando. Pero admito que necesitaba un respiro, la mandíbula se me estaba desencajando de tanto sonreír.

—¿Tan malo está siendo? —preguntó con voz suave. Le miró sorprendida.

—¿Para ti no? —Su encogimiento de hombros la desconcertó aún más que una educada negativa, aunque entre ellos sobrasen las frases corteses.

—Todo se sobrelleva mejor si lo ves como una opereta. Tú eres el actor principal y le estás ofreciendo a un público entusiasta lo que quiere, un espectáculo de primera. El truco está en no tomártelo como algo personal. Entonces no te afecta, y puedes salir ileso de casi cualquier cosa. —En efecto, aquella parrafada le salió perfecta, sin inflexión alguna en la voz, como si de verdad la hubiera practicado como parte de un papel.

—Tu vida debe ser muy hueca y solitaria. —Las palabras salieron sin querer, pero se negó a arrepentirse, porque era lo que pensaba. Una sonrisa cínica apareció en los labios masculinos.

—En absoluto. Tengo todo lo que quiero. Excepto tu dinero —admitió con un brillo metálico en los ojos, duros como el acero.

—Tanto esfuerzo para nada... —Se burló, acicateada en su orgullo—. Te sentirás de lo más frustrado, ¿verdad? —La mirada esmeralda se entrecerró mientras buscaba sus labios. Después de unos segundos bajó con agónica lentitud hasta sus senos, que de repente sintió grandes y pesados, y se quedó allí enganchada. Le vio morderse el labio inferior mientras daba un paso hacia ella, y notó que le sobraba la chaqueta. Se quedaría tan solo con las horquillas si él se lo insinuase.

—No lo sabes bien —contestó.

Alzó la mano y acarició su carnosa boca con el pulgar, en un gesto erótico y posesivo que la dejó paralizada de expectativa. Un segundo después estaba rodeada por sus brazos y era besada a conciencia por uno de los más expertos seductores de Inglaterra. Se dejó cautivar por su lengua avasalladora, y fue conquistada con una maestría digna de admiración, entre lametones y respiraciones ahogadas, mezclando alientos, acariciándose con frenesí, alimentando la pasión del otro con cada suspiro de placer que escapaba de sus bocas hambrientas.

Alexia gimió cuando notó los dientes apretando con suavidad su pezón, apenas consciente de la ráfaga de frío que rozó su carne desnuda. Instantes después, apoyó sus pequeñas manos en aquel pecho duro y caliente, empujándole. Se detuvo en el acto y, aunque tardó unos segundos en dejar de devorar su boca, al final se separó lo suficiente para mirarla. Sus ojos eran salvajes, voraces y hablaban de lo deseoso que estaba de darse un festín con ella.

Aquella idea la asustó, porque le recordó la noche en que perdió la virginidad, el dolor, la humillación y lo poco satisfactorio que fue todo. Los besos y las caricias eran agradables, pero no le gustaba el resto, y sabía que él no se contentaría si no lo tenía todo.

—No —susurró. Las manos masculinas cayeron a los costados, soltándola. La mirada se tornó sombría y su mandíbula se quedó rígida del enfado.

—¿Un himen roto y has perdido tu legendario valor, *Doña Intrépida*? —Le soltó con sarcasmo, demostrando que sabía leerla demasiado bien. Los ojos ambarinos se abrieron de golpe al escuchar el estúpido apodo, que la transportó de inmediato a otro tiempo, otro lugar, casi otra vida, sin percatarse de que se había quedado sola en el oscuro y helado invernadero.

Capítulo 7

España, meses antes...

Encontró una piedra de buen tamaño incrustada en la pata derecha, de ahí que la yegua cojeara. Con un suspiro de fastidio, miró por encima de su hombro en dirección al pueblo que acababa de dejar y calculó que estaría a unos dos kilómetros. Su casa quedaba un poco más lejos, pero la montura no sufriría si ella iba a pie y hacían el camino despacio. No le apetecía nada volver a pedir ayuda cuando en la propiedad tenían personal muy cualificado para solucionar ese pequeño percance. Lo malo era que a ese ritmo tardarían un buen rato en llegar, y en una hora se haría de noche.

Iba rumiando sobre su mala suerte cuando escuchó el sonido de cascos y ruedas, que anunciaban la llegada de posible auxilio. Se giró y dejó salir otro suspiro, esa vez de alivio, al ver el precioso carruaje que se acercaba y que se detuvo a su lado un momento después.

La alegría se evaporó de golpe cuando descubrió a su ocupante, que se bajó con agilidad y se digirió hacia ella con presteza.

—*Milady* —saludó tocándose el ala del sombrero antes de agacharse y cargarla sobre su hombro. Su grito de sorpresa e indignación se escuchó por todo el camino, desierto como estaba, antes de que se pusiera a retorcerse como una fiera.

—¡Suélteme! ¿Me oye? ¡Maldita sea, suélteme! —El asombro inicial por su extraño comportamiento dio paso con rapidez a una rabia candente. Golpeó

su enorme espalda con todas sus fuerzas, a la vez que le pateaba los fuertes muslos con sus botas de montar, sin pensar en que podría caerse. Se quedó sin aliento cuando se vio tirada como un fardo sobre el asiento de piel, pero de inmediato giró sobre sí misma y se aferró al picaporte de la puerta que tenía al lado. Un segundo después, una tenaza de hierro se incrustó en su cintura y la arrastró contra el duro cuerpo de aquel miserable, que la alejó de inmediato de su única vía de escape. Los fuertes brazos masculinos la apretaron contra sí, a la vez que la subían a su regazo, dejándole apenas aliento para coger pequeñas bocanadas de aire.

—¡Vámonos! —gritó al cochero, estrechando su abrazo frente a los esfuerzos de la joven por desasirse, sin inmutarse cuando le arañó las manos e intentó noquearlo de un cabezazo que esquivó por muy poco—. Tranquilízate, fiera, no pienso liberarte.

—En nombre de Dios, ¿qué está haciendo? —jadeó.

—Tomando la decisión por los dos —se limitó a contestar. Alexia permaneció callada, sin entenderlo. Entonces se quedó rígida entre sus brazos, cuando las palabras cobraron sentido entre la bruma de sus caóticos pensamientos. Se giró muy despacio hacia él —lo que el apretado nudo corredizo de sus músculos de acero le permitió—, y sus ojos ámbar, en ese momento casi vomitando fuego, se clavaron en los suyos como estacas llameantes.

—¿Me está secuestrando? —La frase contenía una carga tan grande de repulsión, censura y desprecio que Darian sintió un ligero sobresalto. Se repuso de inmediato, y una sonrisa ladina y arrogante asomó a sus labios como primera respuesta.

—Por supuesto que no. Voy a llevarte a casa. Aunque antes vamos a pasar a ver a un conocido mío que da la casualidad de que tiene facultad de celebrar bodas, rápidas e íntimas. Y antes de eso, es muy posible que nos detengamos a hacer noche en una pequeña posada con cierta tendencia a estar bastante llena, con lo que supongo que deberemos compartir la habitación, e incluso la

cama, puesto que los dormitorios son bastante pequeños y exiguos de muebles... —El brillo de aquellos diabólicos ojos la obligó a tragar con fuerza, con una imagen mental de lo que la esperaba en las próximas horas si no hacía algo para remediarlo.

—No voy a casarme contigo —le aseguró, dejando a un lado las formalidades que en ese momento parecían sobrar.

—Ya lo veremos —la contradijo, manteniendo esa aplastante seguridad que formaba una parte intrínseca de su personalidad. No le contestó, sería como darse cabezazos contra una pared, y debía estar atenta por si se daba el momento idóneo para escapar, por lo que se mantuvo callada, sopesando todas las posibilidades que se le ocurrieron. Esperando—. Estás muy callada. Y estoy convencido de que eso no es bueno —dijo él al cabo de más de una hora de recorrido.

—¿Todas las mujeres con las que tratas son unas cotorras? —La profunda risa masculina reverberó en todo su cuerpo, dado que seguía sentada encima de él.

—Estoy seguro de que no te pareces a ninguna mujer que yo conozca.

—¿Y eso es bueno o malo? —Pareció sopesarlo, porque se quedó pensativo durante un rato. O eso le pareció a la joven, ya que se negó a girarse para mirarle.

—Extraño. Nunca sé por dónde vas a salirme. Y eso me mantiene a la expectativa.

—¿Por qué yo?

—¿Humm? —preguntó sin comprender a qué se refería.

—Hay un montón de jovencitas recién salidas del colegio deseando pescar a un conde. Sin ir más lejos, aquella noche en mi casa te podría haber presentado a una docena que literalmente babeaban por ti. ¿Por me has elegido a mí para amargarme la vida con tu mera existencia? —Aquella sonrisa repleta de pecado y poder contenido volvió a aflorar, y esa vez la impactó de lleno porque, tonta de ella, le estaba prestando toda su atención.

—Porque me vuelves loco, *Doña Intrépida*. —Las cejas femeninas se alzaron ante el apodo —una mezcla de broma e insulto—, cuyo fondo hacía referencia al tratamiento que en ese país se les daba a ciertos nobles.

—¿Raptada y vilipendiada? ¿Te ha dicho alguien que eres todo un caballero?

—No, nunca.

—Quizá sea el momento de preguntarse por qué.

Darian se lanzó a por su boca. De inmediato ella se echó hacia atrás, en claro rechazo, pero él mantuvo un brazo alrededor de su cintura, y con la otra mano sujetó su barbilla, obligándola a aceptar su beso posesivo y carnal. Las sensaciones se derramaron a través de sus terminaciones nerviosas como fuego líquido en cuanto su lengua tocó la suya, concedora, exigente, provocativa. Sintió la palma caliente sobre su seno desnudo, y una ráfaga de miedo e inquietud se instaló en su vientre ante aquel contacto desconocido, pero aquellos sabrosos labios que daban tanto como reclamaban no le permitieron ni un segundo de duda, asolando su boca sin descanso hasta que se dejó hacer con un gemido estrangulado, tan necesitada de esas caricias que solo un instante antes había temido, que sin ser consciente de ello apretó con la suya la mano masculina sobre el dolorido montículo. Un gruñido bajo, gutural y agónico surgió de la garganta masculina ante aquel inesperado gesto, y con la osadía y falta de modales que le caracterizaban, deslizó los largos dedos a lo largo del muslo, arrastrando la pesada falda de terciopelo y las enaguas con él, para dejar la satinada piel al descubierto, perfecta y lista para más caricias subyugantes. Y estas llegaron con prontitud, en forma de aleteos de mariposa sobre su carne rosada y ardiente, que comenzó a llover gotas de rocío en respuesta, dejándola nerviosa, azorada, y necesitada. Y durante ese breve interludio, por inexplicable que pudiera resultar, Alexandria olvidó quiénes eran, dónde estaban y lo que ambos tramaban. Hasta que el conde habló y lo estropeó todo.

—Porque es mucho más divertido comportarse como un sinvergüenza —

susurró en su oído antes de incorporarse y mirarla a los ojos, el triunfo y la burla brillando en las profundidades de las gemas esmeraldas más bonitas que jamás hubiera visto. Se quedó sin habla. Lo único que pudo hacer fue observarlo, mientras sentía el rubor del tormento más absoluto extendiéndose por su rostro y descender por su cuello y mucho más abajo.

—Suéltame. Apenas puedo respirar. —Rogó que la creyera. Porque si no se separaba de ella en ese preciso instante, sabía que su parte más salvaje y temeraria tomaría el control y allí ocurriría una desgracia. Darian la estudió durante interminables minutos, como si evaluara la situación y las posibles alternativas, y pareció que llegaba a la misma conclusión porque aquellas bandas de acero cedieron unos milímetros.

—No vas a hacer ninguna tontería. —No fue una pregunta, y por poco se carcajeó en su cara. Ese idiota no la conocía en absoluto.

—Me estoy mareando —comentó en cambio, respirando entre jadeos para darle mayor credibilidad.

Él siguió observándola con desconfianza durante otro buen rato antes de aflojar su agarre para finalmente soltarla. Con una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir se escabulló de entre sus muslos y se sentó en el asiento de enfrente, y esa vez no tuvo que fingir que intentaba no ahogarse. Estaba tan nerviosa que temía desmayarse. Esa era su oportunidad para escapar, y no podía desaprovecharla. Debía encontrar el momento justo para intentarlo, y nada, ni el bastardo sentado a su lado, ni el desafortunado incidente que acababan de protagonizar, debía desviarla de su objetivo. Miro a través de la ventanilla la noche cerrada que pasaba como un borrón debido a la endemoniada velocidad que su secuestrador exigía que llevaran, y se cuestionó cómo narices iba a conseguir salir de ese coche sin partirse la crisma.

Tres horas después, mientras fingía dormir, seguía haciéndose la misma

pregunta, cada vez más intranquila, segura de que muy pronto llegarían a esa posada donde él pensaba sellar su destino, deshonorándola para no dejarle otra opción más que celebrar ese dichoso enlace.

Aquello no iba a ocurrir. Aunque consiguiera arrebatarse su honra no tenía ninguna intención de aceptar los designios de ese miserable déspota que parecía haberse encaprichado de ella desde el momento en que sus miradas se cruzaron, pocas semanas atrás. Y se juró que en esa ocasión le costaría sudor y sangre acercarse a su virginidad. Sobre todo sangre.

El carruaje comenzó a ir más despacio y todo su cuerpo se puso en tensión. Darian abrió la trampilla superior y rezongó cuando escuchó al cochero que tenía necesidades imperiosas que no podía seguir postergando por más tiempo. Sabía que la estaba observando con ojos de halcón, por lo que siguió haciéndose la dormida, con el corazón galopando en su pecho y el sonido de los latidos resonándole en las sienes. Tenía que hacer algo y tenía que hacerlo entonces, porque era probable que aquella fuera su única oportunidad de escapar, pero estaba petrificada en su asiento, con los músculos agarrotados y la mente en blanco.

Lo sintió removerse a su lado, como si de un momento a otro fuera a ponerse a gritarle a su hombre que se diera prisa, y lo primero que se le ocurrió fue murmurar incoherencias en voz baja, procurando que pareciera que estaba soñando. Dejó escapar su nombre, a sabiendas de que tenía toda su atención, y cuando sintió su calor corporal a escasos centímetros de su pecho contuvo la respiración. «Ahora o nunca».

El empujón lo pilló desprevenido, absorto como estaba en la largura de sus pestañas, en la increíble suavidad de su piel de alabastro, en el brillo lujurioso de su pelo del color del trigo, en el afrodisíaco perfume que desprendía su cuerpo... Sacudió la cabeza, en un intento por no recordar el intenso y embriagador aroma a hembra impregnado en sus dedos desde que la había acariciado, y que no había podido resistirse a oler a ratos durante el viaje, pero ya era tarde. Cuando quiso reaccionar, la muy lagarta se había lanzado

hacia la puerta y estaba fuera, en la negra noche, corriendo como una gacela que sabía que disponía de unos cuantos segundos antes de que el león la atrapara.

A su pesar, una sonrisa de anticipación se dibujó en sus labios, disfrutando de la cacería. Sin duda alguna ese demonio de mujer iba a ser un trofeo magnífico en su cama, y aunque mucho se temía que esa guerra entre ellos no había hecho más que empezar, tenía la sensación de que la iba a disfrutar de principio a fin.

Con una maldición se lanzó a por ella, y apenas tardó dos minutos en darle alcance, puesto que sus zancadas eran mucho más largas y carecía de las voluminosas faldas que entorpecían sus movimientos. Agarró su brazo con fuerza y la obligó a darse la vuelta, la sonrisa aún tironeando de su boca.

El dolor desgarrador en su muslo izquierdo le nubló la vista, aunque alcanzó a ver los ojos ámbar abiertos de par en par, asustados como los de un conejillo, mientras se alejaba de él despacio, caminando hacia atrás.

Bajó la mirada hasta dar con la pequeña empuñadura de plata, tan incongruente, clavada en la carne con saña, y sus incrédulos ojos regresaron a ella.

—Maldita zorra... —acusó cuando cayó de rodillas en la tierra, a causa de la debilidad que la gran pérdida de sangre le estaba provocando. A lo lejos se escucharon los gritos del cochero, y Alexia no esperó más. Se dio la vuelta y corrió como no lo había hecho nunca. Para salvar su honra, su estilo de vida, su independencia, su mundo entero. Pero sobre todo, corrió para olvidarse de unos ojos verdes tristes y traicionados, que no dejaban de acusarla, como si realmente hubiera hecho algo horrible.

En el presente...

—Creo que un último baile con mi bella esposa sería el colofón de la noche, ¿no estáis de acuerdo?

—Por supuesto. —Aceptó Sambbler con una sonrisa, consciente de la cantidad de miradas puestas en ellos. Alexandria mantuvo la máscara de corderita enamorada que se había colocado cuando llegara, aunque no supo cuánto tiempo más lograría mantenerla, y aceptó la mano de su marido, reprimiendo el escalofrío que ese simple contacto le produjo.

—Ya estamos terminando —dijo, pareciendo leer sus pensamientos. Ella lo miró a los ojos y leyó preocupación—. ¿Estás bien?

—Todo lo bien que cabría esperarse —contestó en tono seco.

—La situación no es tan mala, Dría. Estás casada con un conde cuyo linaje es excelente. No quiero parecer presuntuoso, pero soy joven, estoy sano y me considero un hombre atractivo. Al menos eso afirma la población femenina. Y te garantizo que soy un amante complaciente que se toma su tiempo para satisfacer a su pareja.

—Habría podido pasar sin conocer ese último detalle —aclaró, ruborizada.

—Al contrario, creo que es el más te interesa. Entiendo que después de nuestro desastroso comienzo en el terreno físico tengas reticencias en ese sentido, pero espero que tengas presente que esta situación no podrá mantenerse por mucho más tiempo.

—¿Qué quieres decir?

—Que te deseo. Y que ese deseo me achicharra vivo cada momento del día. Que te he dado espacio, porque sé que lo necesitabas, pero no puedo vivir eternamente en el celibato. —La miró con intensidad durante unos segundos—. Tendrás que decidir si quieres un marido en tu casa y en tu cama o solo un título que ponerle a tu nombre, porque no viviré como un puñetero monje. —El mensaje estaba claro. O se entregaba a él o buscaría a otras que sustituyeran su lado de la cama. Y aunque la idea de volver a pasar por lo mismo del carruaje no la atraía en lo más mínimo, pensar en que compartiera su cuerpo con cualquier otra mujer destrozaba su corazón.

—¿Me serás fiel? —Quiso saber, aún a riesgo de que se riera de ella. La mirada verde recorrió su rostro con pereza, se entretuvo en sus labios, y bajó

con deliberada lentitud por su escote hasta la plenitud de sus pechos, expuestos sin pudor por aquel vestido ajustado como una segunda piel. Darian sabía que aparte del acto en sí, su mayor temor era si se cansaría de ella. Y era una pregunta difícil, puesto que de entre las muchas y variadas queridas de las que había disfrutado a lo largo de su dilatada carrera como conquistador, ninguna le había atraído lo suficiente como para querer conservarla más de una o dos semanas a lo sumo. Hasta Alexia. Aquella rubia desobediente y colérica lo tenía hechizado, casi domado, y los pocos momentos de pasión compartidos le habían dejado ver que no tendría suficiente con unos pocos escarceos, por muy fogosos y satisfactorios que fuesen.

—De ti depende. —Su expresión fue todo un poema, y casi se echó a reír en su cara—. Tengo intención de complacerte en el lecho, esposa, pero a cambio espero que tú también te esfuerces en satisfacerme. —Su preciosa boca se abrió de golpe, muerta de vergüenza y asombro.

—¿Qué...?

—Para acostarme con un pescado frío no te necesito. En cualquier burdel puedo encontrar a un muchacha deseosa de mis favores. Te quiero dispuesta, no, deseosa de gozar del sexo conmigo. Solo así renunciaré a las demás por ti.

—Yo... no sé cómo hacerlo... —intentó explicar.

—Estaré encantado de enseñártelo. —Y era cierto. Se sorprendió a sí mismo con aquella afirmación, puesto que siempre había preferido a mujeres experimentadas, que no precisaban tanto tiempo ni paciencia. Y sin embargo, quería formar parte de todo el proceso de aprendizaje de su esposa. La idea lo excitó, y supo que ella se había percatado de su estado, porque se le agrandaron los ojos y se le aceleró la respiración. La música terminó, y con una sonrisa torcida la soltó—. Salvada por la campana.

Alexandria se había enamorado. Lo supo en el mismo instante en que pisó Bland Horse a la mañana siguiente. Se giró para enfrentarse a su cuñado y sintió la tentación de borrarle de un buen tortazo esa sonrisa sabionda, como si durante todo ese tiempo hubiera sabido un secreto que ella desconociera.

Porque de ser así, se lo había ocultado hasta esa mañana, cuando se había empeinado en que los acompañara a conocer las caballerizas. Podría haberle dicho que su insistencia no era necesaria, que tras la conversación que había escuchado a escondidas en la terraza durante la fiesta de los Ventrone había tomado la decisión de comprobar por sí misma el estado de la propiedad, pero prefirió que pensara que sus dotes de persuasión seguían siendo infalibles.

Sus ojos absorbieron cada detalle, desde los enormes establos, los amplios corrales circulares, las numerosas parcelas valladas, los peones enfrascados en sus tareas, los infinitos prados verdes, hasta aquellos hermosos equinos dispersos por todas partes, como los evidentes dueños del lugar que eran.

—¿Te apetece echar un vistazo más de cerca?—le susurró Javo, con la pizca de malicia suficiente como para sacarle una sonrisa, mientras la expectativa iba extendiéndose por su organismo como una potente droga. Lo miró, y no hizo falta nada más para que supiera la respuesta. Siempre tan caballeroso le ofreció el brazo, dispuesto a acompañarla al interior de uno de los edificios de madera.

—Javerston, me gustaría que vieras esto. —Ambos se giraron hacia Demian, que parecía intrigado por algo que sostenía uno de los trabajadores.

—Anda, ve. Podré aguantar mi curiosidad otro minuto o dos.

—¿Seguro? Para no querer ni acercarte por aquí ahora pareces bastante ansiosa por verlo y tocarlo todo. —Se burló. No le hizo mucho caso. Javo era Javo, y además lo que decía era cierto.

—Conseguiré contenerme —aseguró cruzándose de brazos en actitud relajada mientras cabeceaba hacia el duque. Su acompañante soltó una carcajada y se dirigió hacia este.

—No te metas en líos, *señorita Intrépida*. Regresaré en un momento. —La sonrisa se esfumó nada más escuchar ese horrible mote, tan parecido al que le pusiera el propio Darian tiempo atrás, y le dio la espalda para que no se diera cuenta de cuánto le había afectado.

Pensar en su marido le recordó su última conversación, la misma que la había mantenido despierta el resto de la noche, y para la que aún no tenía respuesta. No le quería cerca de otras mujeres, eso era lo único que tenía claro, pero el precio a pagar, compartir su lecho y hacerlo con entusiasmo, además... No estaba muy segura de poder conseguirlo, y no solo porque se le antojaba una actividad desagradable e insatisfactoria, también porque después de todo lo que habían vivido juntos, y de terminar viéndose obligada a casarse con él, no se sentía capaz de semejante hipocresía. «¿Entonces estás dispuesta a cedérselo a las otras, que no tendrán reparos en turnarse para hacerlo feliz?», le preguntó su conciencia, siempre tan oportuna. Le dio un puntapié a una de las piedras del camino, mientras rumiaba aquel enorme problema.

Se preguntó, para dejarlo atrás de momento, si Rian habría sacado ya a subasta a su caballo. La noche anterior había comprobado cuánto significaban para él esos prados, los simples edificios, cada cercado, las personas que dependían de su trabajo y, por encima de todo, los bellos animales que vivían allí. Y lo que le dolía perder uno solo de ellos.

Un fuerte estruendo, como de algo haciéndose pedazos, la sacó de golpe de sus cavilaciones. Paralizada, contempló cómo la gruesa puerta de uno de los establos se hacía añicos como si fuera de papel, y del interior de este emergía un inmenso caballo, negro como la noche y totalmente encabritado. Apenas pudo registrar el hecho de que de sus riendas, enganchado por el pie, llevaba arrastrando a un muchacho, que gritaba desahogado pidiendo auxilio. Solo tenía ojos para el animal, que corría directo hacia ella, como si pensara pasarle por encima como castigo por atreverse a interponerse en su camino.

—¡Alexia! —El grito angustiada de Javerston le dio una nota más de

realidad a aquella terrible escena, donde su vida pendía de un hilo o, para ser más exactos, de la voluntad de un caballo enloquecido.

No se movió, no habría servido de mucho a esas alturas. Se limitó a mantenerse firme en su sitio y a no parpadear frente a la mirada enfurecida de aquellos ojos negros, inclementes en su rabia. Y cuando aquel poderoso animal se levantó en dos patas, a punto de aplastarla con su peso, su último pensamiento fue para sus hermanas, a las que quería con locura. Después, solo sintió un dolor cegador en el hombro, a pesar de saber que apenas la había rozado con el casco al bajar al suelo. Atisbó de reojo que alguien se le acercaba a toda velocidad y giró la cabeza en su dirección.

Vio a Darian a unos quince metros, que jadeaba por la carrera. Levantó el brazo herido con un esfuerzo sobrehumano, en un movimiento suave y pausado para no asustar más al caballo, pidiéndole en silencio que no siguiera avanzando. Él se detuvo patinando, y durante unos segundos que parecieron pasar con una lentitud sobrenatural, se miraron a los ojos como no lo habían hecho hasta entonces. Alexia se sorprendió al encontrar en los suyos impotencia, enfado, determinación y pánico. Pero deshizo el contacto casi de inmediato, concentrándose en el magnífico ejemplar que tenía ante sí, que le respiraba en la cara, con aquellos ojos negros clavados en ella.

—Suéltate con mucha suavidad y aléjate lo más despacio que puedas. Si le enfadas de nuevo, ambos estaremos perdidos —le susurró al mozo, que permanecía acurrucado en el suelo con los ojos cerrados. No lo miró mientras lo hacía, sino que mantuvo su atención fija en el pura sangre, no obstante sintió que el chico obedecía, moviéndose con cautela. Segundos después comenzó a retroceder de espaldas, arrastrándose por la arena, y el caballo comenzó a cocear el suelo, nervioso—. Vamos, precioso, no lo necesitamos para nada. Deja que se marche. —El animal volvió a observarla, atento a su voz dulce y calmada, y permitió que aquel infeliz escapara—. Eso es. Eres un chico listo, además de muy guapo. Ahora, cuéntame qué te han hecho para ponerte tan furioso.

Darian estaba a punto de tragarse el corazón, que se le había subido hasta la garganta, del miedo. Nunca en toda su vida había estado tan acojonado como en ese momento, y recordar el instante en que escuchó el estallido de la puerta y descubrió a Lucifer a punto de arrollar a Alexia... Sabía que nunca llegaría a tiempo, y aún así había echado a correr como un loco, con el único pensamiento de quitarla de la trayectoria de ese demente caballo suyo.

Tendría que haberlo sacrificado hacía mucho tiempo. Fue una locura haberlo conservado. Pero cuando lo encontró tirado en el camino, sangrando por una docena de heridas profundas, no pudo seguir viaje como si nada y olvidarse de aquel pobre animal que sufría en silencio. Era un ser tan hermoso, a todas luces un pura sangre con un linaje excepcional, y había que estar muy desequilibrado o ser capaz de una gran crueldad para haberse ensañado así con el látigo.

Tampoco fue capaz de pegarle un tiro y acabar con su sufrimiento, así que terminó sentado a su lado, en aquel recóndito y frío paraje dejado de la mano de Dios, compartiendo una exigua manta con un caballo moribundo, mientras su cochero iba a por una carreta para poderlo transportar hasta Bland Horse.

Las heridas físicas cicatrizaron, y con mucho tiempo y cuidados terminaron desapareciendo. Las otras, las que el ojo humano no veía, suponía que seguían en carne viva, porque aquel cabrón era irascible, malvado y agresivo como ningún otro caballo que conociera. Había destrozado su box más veces de las que era capaz de recordar, había lesionado a la mayoría de sus hombres, se había escapado, como esa mañana, en innumerables ocasiones, y era incapaz de llevar a cabo su función en las caballerizas, la de semental, porque era impensable dejar que se acercara a las yeguas en celo. Y entonces ocurría aquello.

Todos sus músculos le compelián a moverse, a acercarse a Alexia y ponerla a salvo, pero por extraordinario que pudiera resultar, lo que fuera que le estuviera diciendo, estaba resultando. Estaba demasiado lejos para escucharla, además ella apenas susurraba, y desde su posición no podía leerle

los labios. No obstante, Lucifer, el nombre que sus trabajadores le habían puesto a los pocos días de llegar allí, se mantenía inmóvil, como si estuviera en trance.

Con todo el sigilo del que fue capaz, comenzó a desplazarse hacia la izquierda, de modo que tuviera una mejor panorámica de su mujer. Cuando lo consiguió se fijó en sus labios y parpadeó varias veces, no muy seguro de haber entendido bien. Su señora esposa estaba conversando con un equino de más de media tonelada de peso como si tal cosa. Bien, conversar quizá no fuera lo más correcto para expresarlo, porque era obvio que solo hablaba ella.

Buscó a Rólagh con la mirada y recibió un encogimiento de hombros a su pregunta silenciosa, aunque pudo percibir su obvia preocupación, así como los puños apretados a los costados de su cuerpo. En cuanto al resto del maldito Club, estaban dispersos por los alrededores, listos para entrar en acción en cuanto se diera la oportunidad, al igual que ellos.

Fue entonces cuando la oyó cantar. A la incredulidad se le sumó el asombro. Era la primera vez que la escuchaba, y tuvo que agudizar el oído para captar las suaves y frescas notas que la distancia emborronaba. Se vio impelido a acercarse, y sus pies se movieron por voluntad propia, de forma imperceptible al principio, más rápidos y osados después.

Lucifer resopló y golpeó la tierra con los cascos, avisando de que se había percatado de la invasión y no le gustaba. Rian se quedó estático, ahogada hasta la respiración, mientras Alexia seguía entonando aquella delicada melodía con una voz pura y sedosa que lo hizo suspirar. Cantaba como los ángeles, y no le extrañó que el maldito caballo pareciera embelesado. Él estaba a punto de postrarse a sus pies.

La canción acabó, y cuando quiso darse cuenta, la muy idiota tenía las riendas en la mano y daba la impresión de que fuera a acariciar el morro de esa bestia. Se lanzó a por ella.

—Por el amor de Dios, Darian. Quédate donde estás —exigió a pesar de no levantar la voz, cuando de nuevo Lucifer se puso nervioso ante su

proximidad, golpeando su brazo herido con la cabeza.

—Y una mierda. —Rechinó los dientes cuando vio su mueca de dolor, y dio otro paso más hacia ella—. Aléjate de él despacio. No tengas miedo, cariño. Te prometo que no dejaré que te haga daño. —La joven se volvió lo suficiente como para enfrentarlo, la sorpresa pintada en sus facciones con todos los colores. Eso lo detuvo. ¿Acaso pensaba que no haría lo humanamente posible por sacarla ilesa de aquella situación?

—Por una vez hazte a un lado y déjame hacerlo a mi manera.

—Maldita sea...

—*Confía en mí* —pidió. Cerró los ojos, tragándose otra palabrota, esa vez mucho más explícita. Él no confiaba en nadie más que en sí mismo. ¿Crear en su esposa? ¿Cuando además aquella fe ciega podía suponer su muerte? Cuando volvió a abrirlos pilló su sonrisilla presumida, como si conociera la lucha interna que estaba llevándose a cabo en su interior y se supiera ganadora de antemano. Si aquella descarada salía de esa iba a disfrutar de lo lindo retorciendo su precioso pescuezo—. Vamos, amor, es hora de que regreses a tu sitio. Me aseguraré de que tienes comida y agua antes de dejarte descansar, ¿de acuerdo? —Un tropel de hombres, entre los que se encontraban sus invitados, los seguía de cerca, al menos todo lo cerca que se atrevían sin molestar al pura sangre. Entraron después de ellos al establo y observaron atónitos cómo este permitía, manso como un corderito, que una muchacha mucho más bajita que él le guiara hasta uno de los box, puesto que había vuelto a destrozar el suyo, y después de cerciorarse de que disponía de todas las comodidades del mundo, lo dejara allí, no sin antes dedicarle unas cuantas carantoñas y un montón de frases sin sentido.

—Milord —Rian dejó de contemplar a su mujer y centró su atención en el peón que le hablaba—, ¿acaba de llamar... *amor*... a Lucifer? —La verdad era que no sabía si llorar o reír, pero como en ese momento *Doña Intrépida* se hallaba al otro lado de la puerta de madera donde se alojaba esa mole de músculos y furia descontrolada, se decantaba por la segunda opción, así que

dejó que los nervios que le atenazaban el estómago se aflojaran un tanto y soltó una risa inquieta.

—Increíble pero cierto.

Capítulo 8

Rian observó el ir y venir de la condesa por toda la propiedad desde la ventana de su oficina del segundo piso. Le dio un largo sorbo a su café mientras sus ojos la seguían a través del entramado de edificios hasta que se detuvo en la parcela donde estaban las yeguas con sus potrillos. Las cuatro mujeres, como era de esperar, se entretuvieron acariciando a las mamás y jugando con los pequeños, mientras los hombres esperaban pacientes tras ellas. Después de un rato, Alexandria se adelantó del brazo de Rólagh, seguramente estarían decidiendo en qué gastar su dote, pensó malhumorado, consciente de que había muy pocas probabilidades de que las caballerizas estuvieran en su lista, aunque fuera en un lugar muy remoto.

Golpeó la cabeza con fuerza contra el cristal, sin dejar de darle vueltas a la eterna pregunta. ¿Cómo conseguir financiación para mantener Bland Horse a flote? Y la respuesta era siempre la misma. Un silencio opresivo y amenazador, que le constreñía el pecho hasta casi asfixiarlo.

Lo había perdido casi todo en el camino y había fingido que no le importaba, que podía continuar sin ello. Pero el montón de cercados ya no tan blancos ni tan rectos, árboles centenarios que hablaban de orgullo y terquedad, kilómetros de pastos verdes que representaban la libertad y el coraje, construcciones necesitadas de unas manos de barniz a falta de una solución mejor, hombres buenos, leales y honestos —de los que apenas le quedaban unos cuantos, los pocos que había podido conservar sin pagarles

realmente un sueldo— y sus escasos caballos —tan hermosos y nobles, que nunca pedían nada a cambio— conformaban la razón de su existencia. Solo había una cosa en su puñetera vida que le importara más que las cuadras. E incluso su bienestar dependía de estas.

Lo de Tattersall supondría un parche temporal. La subasta, como había pronosticado, había empezado bien, y Cultor estaba alcanzando un precio nada desdeñable. Entonces, cuando habían estado a punto de cerrar la operación, un nuevo pujante había ofrecido una cifra ridícula, dejando a la muchedumbre reunida boquiabierta. Nadie más se había atrevido a competir con él, por lo que había terminado quedándose con el caballo. Había tenido que aceptar un buen número de felicitaciones, y hasta un par de caballeros se habían parado a hablar con él, interesados en sus cuadras. Pero cuando había querido encontrarse con el comprador no había rastro de él, y le había embargado la tristeza al pensar que no tendría la oportunidad de despedirse de su semental.

Se había reunido con su jefe de cuadras, que había mostrado una sonrisa desdentada, sin duda calculando cuánto tiempo podrían subsistir con el dinero recaudado. No obstante, le había sorprendido bastante cuando le había contado que el misterioso comprador había hecho efectivo el pago, pero que de momento quería mantener a Cultor en Bland Horse, y aunque sus razones —que en ese momento no disponía de espacio en sus propias cuadras y que tenía pensado realizar un largo viaje que lo mantendría lejos del país por tiempo indefinido, con lo que prefería que el caballo se quedara en un lugar conocido— no lo habían convencido demasiado, le había alegrado tanto poder llevárselo consigo que había preferido no buscarle tres pies al gato.

Volvió a su mesa y dejó caer los papeles que llevaba en la mano sin ningún cuidado, aún dándole vueltas a la impactante escena de un rato antes. Lo que había ocurrido no tenía sentido. Por Dios que agradecía que su mujer estuviera sana y salva en lugar de aplastada bajo los cascos de un caballo sin control, pero no podía comprender por qué no había sucedido eso último.

¿Cómo había conseguido esa cosita pequeña y suave salvarse con unas palabras dulzonas y una canción de amor? Era inconcebible.

Se dejó caer en su desgastado sillón de piel, haciendo una mueca cuando uno de los muelles se le incrustó en una parte sensible de su anatomía. Hacía tiempo que necesitaba sustituirlo, pero el poco dinero que entraba —casi todo procedente de las mesas de juego, donde a veces la suerte le sonreía— tenía mejores sitios a los que ir que a un sillón nuevo.

Casi de inmediato se levantó de un salto, seguro de que cuanto más tiempo le dejara a su despierta e inteligente mujercita sin exigirle una explicación, más fácil le sería a ella buscarse una excusa que justificara aquel extraño suceso. Y aunque fuera un redomado hipócrita, quería la verdad.

No supo muy bien por qué, pero encontrarla bajo el abrigo de un gran roble, rodeada por la pareja de ariscos setter, así como del nervioso pointer, que en raras ocasiones sociabilizaban con los humanos, salvo que quisieran comer, no le sorprendió.

Los sabuesos le detectaron de inmediato, y aparte de levantar sus cabezas del suelo no hicieron mucho más, puesto que allí todos, personas y animales por igual, entendían quién era el amo del lugar, del que dependía su seguridad y subsistencia.

Alexia no abrió los ojos, no obstante supo que también se había percatado de su presencia, porque su cuerpo se puso rígido y la expresión apacible de su rostro se evaporó de golpe.

—Hace frío para que estés sentada en el suelo.

—Estoy bien —le dijo, aún sin mirarle. Él sí la observaba, aprovechándose de uno de los pocos momentos en que podía hacerlo. Nunca dejaba de maravillarse de su hermosura, por mucho que hubiera disfrutado de infinidad de beldades. Ella las superaba a todas y se apoderaba de su atención con una facilidad pasmosa, incapacitándole para ninguna otra. A veces una de sus

risas bastaba, otras una pequeña porción de piel. En ocasiones, solo tener conciencia de que se encontraba en la misma habitación que él. Maldita fuera, incluso la perspectiva de verla, de encontrársela en cualquier parte, era suficiente para que nada más importara. Odiaba esa sensación de esperanza que sentía en el fondo de su pecho desde que la conociera. El poder que tenía sobre él. Y sin embargo nunca se sentía más vivo que cuando su pequeña esposa andaba cerca. Por eso se quedó callado, poco dispuesto a que aquellos momentos de paz con ella acabaran. Porque mucho se temía que cuando le preguntara qué demonios había ocurrido con Lucifer, los altos e infranqueables muros que engullían su relación se levantarían de inmediato—. Solo dilo. —Las suaves palabras de la joven lo sorprendieron, porque parecieron responder a sus pensamientos. La miró y se sumergió en la miel derretida de sus ojos, que lo estudiaban con cierto brillo divertido, como si en realidad supiera lo que pensaba—. Has venido a buscarme por un motivo. Bien, aquí estoy.

—No termino de entender lo que pasó antes —admitió con voz grave, queriendo, necesitando que se lo explicase.

—¿Quieres decir con tu caballo? —asintió, y ella dejó escapar un suspiro, como si siempre hubiese sabido que aquel momento llegaría. Desvió la vista hacia la vasta extensión de campo de su derecha y acarició el morro de Yago, el setter macho, cuando apoyó la cabeza sobre su regazo, parecía que dándole ánimos para su confesión—. Me llevo bien con los animales —comentó sin inflexión en la voz. El perro, como si quisiera reforzar sus palabras, se frotó contra la palma de su pequeña mano. Darian observó sorprendido que casi jadeaba de gusto, consciente de que nunca, en los cinco años que hacía que lo tenía, le había permitido a nadie hacer algo igual, aunque le hubiera engatusado con alguna golosina de la cocina. Ante su silencio, la muchacha buscó su mirada y le permitió ver su escepticismo.

—Lucifer no te perdonó la vida porque le cayeras bien. —Alexandria sintió un escalofrío recorriéndole el cuerpo, y no fue por el chirriante sarcasmo del

comentario de su marido. La horrible imagen de aquel enorme y furioso semental corriendo desbocado hacia ella con la obvia intención de pasarle por encima aún seguía fresca en su memoria, y el continuo dolor de su hombro le recordaba que se había salvado por los pelos.

—No, lo hizo porque es un alma noble y buena. —La carcajada estentórea le hizo rechinar los dientes, no obstante se obligó a mantenerse serena y hasta despreocupada.

—Eres mucho más ingenua de lo que pensaba, querida.

—Es de suponer. He terminado casada contigo. —Todo rastro de diversión se esfumó del atractivo semblante de su esposo, que la miró con los ojos entrecerrados.

—Acepto mi culpa. Aunque aún estoy esperando a que tú admitas tu parte de responsabilidad. —La cabeza femenina giró con rapidez hacia él, con una expresión furiosa e indignada.

—¿Qué? ¿Pretendes hacerme responsable de tus canalladas? ¡Menuda desfachatez la suya, señor! —La joven se levantó hecha un basilisco, dispuesta a marcharse y dejarlo allí plantado, pero como el tornado que era se giró de nuevo hacia su marido, encarándolo con los brazos en jarras—. Me secuestraste, quisiste obligarme a casarme contigo en condiciones muy feas, me has estado incordiando durante meses a pesar de mis continuos rechazos, me robaste la virginidad, y como todo eso no fue suficiente para apoderarte de mi dote, ¡me colocaste en una situación comprometida para terminar frente al altar! —terminó gritándole a escasos dos centímetros de su cara, perdida la compostura, mientras enumeraba la larga lista de sus pecados. Estaba harta de callarse, de fingir que el cambio radical que había sufrido su vida no la afectaba, como tampoco tener que convivir con ese estúpido cada día. Se sentía furiosa, dolida, desorientada, y con ganas de hacer sangre. Y aquella mezcla emocional era muy peligrosa para alguien tan volátil como Alexia. Apenas fue consciente de que Rian la cogía por los antebrazos y la alzaba hacia él, apretándola contra su pecho.

—Tranquilízate —pidió antes de aplastar sus labios contra los rosados y carnosos de ella, y zambullirse de lleno en aquella dulce cavidad que lo emborrachaba de placer. En su interior escuchó un grito profundo de victoria, consciente de cuánto había añorado besarla, abrazarla, tocarla. Sentir su cuerpo menudo y lleno de curvas lo había puesto duro en cuestión de segundos, sí, pero también lo estimulaba en otros sentidos, que nada tenían que ver con el sexo. Aquello lo ponía nervioso, pero si no lo analizaba demasiado podía disfrutar de ella sin demasiados problemas. Alcanzó a oír, por encima del clamor de su propio corazón, su gemido suave y lastimoso, como si estuviera sintiendo algo a medio camino entre lo desconocido y lo divino, y gruñó en respuesta, profundizando el beso, haciéndolo más carnal, más voraz, como su apetito por ella. Quería comérsela, desde esa boca de pecado, hasta los dedos de los pies. Jugó con su lengua, entrelazándola a la suya en un baile rápido y descarado, tomando cuanto podía porque estaba seguro de que la tregua terminaría pronto. Minutos después, no obstante, fue él mismo el que, con toda la pena del mundo, se apartó lo suficiente como para poder observarla. Había ido allí con un objetivo, y no permitiría que unos labios suaves y dispuestos lo desviarán de su propósito—. Asumo mi parte en esta fea historia. Y es una parte muy grande, Alexia. Pero no serías justa si no reconocieras que en aquel coche, tus actos, junto con tus omisiones, contribuyeron a que aquel desafortunado incidente tuviera lugar. Llámalo como quieras —se apresuró a decir, cuando la vio coger aire para responderle, apenas recuperada del ataque a sus sentidos—, aunque la esencia sigue siendo la misma. Me estás castigando por algo que sucedió instigado por ti. Y te repito, por última vez, que lo que ocurrió en la sala de exposiciones no fue una encerrona. —Se dijo que ese beso largo y lento fue para no escuchar sus probables quejas, sin embargo se quedó tan atrapado en él como su mujer, y cuando se separaron, ambos jadeaban—. Ahora dime qué pasó con Lucifer —pidió con suavidad. La joven parpadeó desconcertada antes de suspirar y dar un par de pasos hacia atrás. Rian también suspiró, pero

para sí mismo, y la dejó ir, soltando su cuerpo exuberante y tibio, y viendo cómo se apoyaba contra el tronco del árbol. Alexandria lo miró con intensidad mientras sus anteriores palabras le daban vueltas en la cabeza en un torbellino de preguntas y respuestas. Decidió dejar pasar el tema por el momento, para analizarlo cuando estuviera a solas y darle en cambio lo que quería, ya que lo conocía lo suficiente como para saber que no cejaría hasta que se lo contara. Pero era difícil.

—Tengo una... conexión con los animales.

—No vuelvas con eso, Dria —exigió, enfadado.

—¿Quieres saberlo o no? —Después de un minuto en silencio sin dejar de observarla, le hizo una reverencia, mitad burlona, mitad condescendiente. Se obligó a respirar hondo antes de continuar—. Es como un vínculo. En ambos sentidos.

—¿Pretendes decirme que les lees la mente... o algo así, y ellos a ti? —Alexia sabía que él estaba aguantándose las ganas de echarse a reír por pura fuerza de voluntad. Le dedicó su mejor mirada fulminadora, una que Darian leyó perfectamente como «tú eres idiota, ¿verdad?»—. No es eso, ¿no? —La muchacha alzó los brazos al cielo, al tiempo que ponía los ojos en blanco.

—Por supuesto que no es *eso*. ¿Aún crees en hadas y ogros, Rian? —Se burló entonces ella, encantada con su ceño fruncido.

—¿Qué narices significan entonces todas esas sandeces de las conexiones y los vínculos? —gruñó, a punto de zarandearla a causa de la frustración.

—Es solo... eso. Un nexo entre ellos y yo... Algo especial que ambos sentimos. Una especie de comunión, de lazo. —Advirtió en su mirada la incompreensión y supo que cuanto más intentaba explicárselo más confuso se sentía él. ¿Cómo hacérselo entender?—. ¿No has conocido a alguien y has pensado que no hacían falta las palabras entre vosotros? ¿Qué una mirada bastaba para entenderos? ¿Para saber lo que el otro pensaba? ¿Nunca has estado tan unido a otro ser humano que has sentido una conexión invisible que os unía? ¿Algo especial y único que te calmaba, te daba fuerzas y

esperanza? ¿Puede que incluso te hiciera reír cuando en realidad querías llorar? —terminó preguntándole en un susurro. Darian la miraba sin atreverse a parpadear, perdido en el calor de la luz ámbar de esos ojos hipnotizadores. Nada se movía en aquel trozo de claro, incluso los tres perros parecían haberse quedado estáticos. Tan solo existían ellos dos, observándose con una intensidad abrumadora, respirando grandes bocanadas de aire, con sus pechos a punto de colapsar por la enormidad de unos sentimientos que ninguno estaba preparado para asimilar.

—No. —Escuchó la joven, que notó un pinchazo rápido y fugaz en el tórax, justo en el centro de su corazón, antes de rehacer su capazón interior, ese que le permitía mostrar una imagen decidida y agresiva al mundo. Se separó del tronco con un pequeño empujón.

—Entonces esta conversación no tiene sentido. Nunca lo entenderás. —Su marido la cogió de la muñeca cuando intentó pasar por su lado, haciendo que se detuviera.

—¿Desde cuándo? —El pesado suspiro casi le arrancó una sonrisa, pero la retuvo a tiempo, seguro de que no le sentaría nada bien que se riera en su cara de su exasperación.

—Siempre. Mis hermanas jugaban con muñecas y yo andaba perdida en los establos, en el bosque, o en cualquier lugar donde hubiera animales. Me daba igual que fueran pequeños o enormes, gatos, perros, conejos, vacas, serpientes... —Dejó escapar una carcajada ante su cara de espanto—. De niña era bastante temeraria —explicó, sin darse cuenta de los repetidos parpadeos de incredulidad de su marido ante lo absurdo de aquel comentario—. Al principio, a la gente le sorprendía encontrarme siempre rodeada de bichos, pero no les quedó más remedio que acostumbrarse.

—¿Simplemente te ponías a charlar con ellos? —preguntó, sin acabar de asimilarlo. Ella sonrió, segura de que estaba recordando la escena con su pura sangre.

—Hablabas, jugabas. Cantabas...

—Ya. Eso. —Por su tono monocorde y su semblante adusto no fue capaz de averiguar su opinión sobre aquel tema en particular y descubrió que por primera vez lo que pensara de su tan alabado *talento* le importaba de verdad.

—A la gente parece gustarle —admitió en un susurro quedo, tan bajo que tuvo que inclinarse para poder escucharla.

—Dría, cantas como un ruiseñor.

—Tampoco exageres —contradijo, roja como un tomate. La vena malvada de Rian se activó de golpe, y cogiéndola por la cintura la acercó a él.

—Tu voz es lo más bonito que he escuchado jamás. ¿Y sabes qué? Me encantaría que me hicieras una actuación privada mientras te tengo debajo de mí, desnuda y caliente. Sí. —Terminó, pegándose a ella hasta que ya no pudo pasar ni el aire entre ellos—. Eso sería muy excitante. —Y antes de que su esposa fuera capaz de reaccionar y mandarle al demonio con una de sus frases demoledoras, o peor aún, hacer efectiva de una buena vez su amenaza de incapacitarle como hombre, volvió a apoderarse de su boca y se la comió a besos, convencido de que aquella arma era mucho más efectiva que cualquier ocurrente disertación que pudiera concebir.

—Bonita estampa, ¿no creéis? —preguntó Lena desde cierta distancia, sin perderse detalle de la escena, y sin sentirse avergonzada por ello, tampoco.

—No puede decirse que las Sant Montie no seáis muchachas fogosas.

—¡Elora! —la regañó la marquesa, con una mirada intencionada hacia Mara. La dama de compañía se encogió de hombros con delicadeza.

—Ya verás cuando crezca y se enamore —sentenció, seguido de un guiño pícaro para la menor de las hermanas, que se sonrojó con un bonito tono rosado que contrastaba vívidamente con su pálida piel. La jovencita se quedó callada, aunque ladeó la cabeza para seguir observando a la pareja feliz, al menos mientras duraran aquellos besazos de infarto, se dijo con tristeza.

—No me negareis que lo que sucedió con ese maldito caballo no fue una de las cosas más extrañas que habéis presenciado —adujo Javerston, que aún no se había quitado el miedo del cuerpo, tras casi haber visto a su menuda

cuñada bajo los cascos del enorme semental. Su esposa lo miró en silencio durante unos instantes, en sus ojos cobalto bailaba una duda que se esfumó casi de inmediato. Posó una mano en su vientre aún liso, una costumbre que había tomado sin darse cuenta cuando tenía que afrontar algún momento de cierta trascendencia, y la que le quedaba libre la apoyó en el brazo del guapo marqués, induciéndolo a caminar con ella.

—Hace algún tiempo, querido, te dije que la voz de Alexia no era su don especial...

El silencio instaurado en la sala ocupada por las cuatro mujeres se rompía por el incesante golpeteo de los martillos, los estridentes gritos de los trabajadores, el molesto sonido de las sierras cortando sin descanso o el constante arrastrar de objetos pesados por el antaño caro y lustroso suelo de madera.

Las damas no recaían en tales incomodidades acústicas, ya que tras dos semanas de soportarlas desde el alba hasta el anochecer, se habían acostumbrado al ruido y a la presencia de extraños por toda la propiedad. Por eso se habían refugiado en aquella femenina y cálida estancia, terminada a marchas forzadas, en la que Darius se había esmerado para que se sintieran cómodas y relajadas.

—Yo quiero una más. —Elora levantó la vista de sus cartas y se inclinó para ofrecerle a Lena la que necesitaba, puesto que era ella la que repartía. Observó al resto, que confirmaron que estaban servidas. Mostraron sus respectivas manos y Alexia soltó una carcajada cuando comprobó que había vuelto a ganar.

—Maldita sea, ¿cuántas van ya? —refunfuñó la dama de compañía, que mantenía el puesto para no atentar contra su orgullo, porque todos sabían que a esas alturas era un miembro más de la familia y no una mera empleada.

—No te hagas mala sangre. —Intentó consolarla la marquesa, aunque ella

misma mostraba un profundo ceño de disgusto enmarcando sus preciosos ojos azules—. Ya sabes... Afortunada en el juego... —La aludida siguió amontonando sus magras ganancias, sin inmutarse por la alusión al desastroso estado de su matrimonio.

—Teniendo en cuenta que me casé obligada, no necesitas mucho poder de observación para discernir que la casa no es la única que hace aguas, so mendruga.

—Hay que reconocer que no ocurrió en la mejor de las circunstancias. Pero ese detalle no es nada que no pueda solucionarse con un camisón sugerente y un poco de creatividad. Y estoy segura de que a tu marido le sobra imaginación. Amarantha Sant Montie, hace rato que te tapaste los oídos, ¿no es así? —le preguntó a su hermana pequeña sin quitarle la vista de encima a la rubia ruborosa que no paraba de colocar su dinero en ordenados montoncitos.

—Por supuesto que n... —empezó a contestar Mara, pero se detuvo a media frase ante el leve gesto de Lena. El silencio se extendió por la habitación, y podría jurarse que corrió veloz por toda la casa, porque ni los martillos, ni las voces de los hombres, ni las sierras ni el más leve sonido del aire llegó hasta allí, como si todo el mundo estuviera pendiente de aquella conversación. Al menos las tres mujeres sentadas alrededor de la mesa lo estaban. Al fin, Alexia reunió el valor necesario para alzar la mirada y las enfrentó.

—No tengo ni idea de cuánta imaginación tiene mi esposo en la cama — admitió en un susurro bajo y dolido. Los ojos de sus interlocutoras se abrieron con asombro, antes de que sus mandíbulas chocaran contra el fino damasco del mantel amarillo pálido.

—Mara, vete a dar un paseo.

—No me apetece.

—Pídele a la cocinera un trozo del pastel de grosellas de anoche, entonces.

—No tengo hambre.

—¡Pues escribe un libro! —ordenó, perdida la paciencia.

—¡De eso, nada! ¡Pienso quedarme y averiguar qué pasa con estos dos, que andan como el perro y el gato todo el santo día! ¡Y entretanto quizá me entere de algo que merezca la pena, que me tratáis como si fuera una cría! —Todas las cabezas se giraron hacia ella, y aunque se sintió acobardada, se mantuvo firme—. Yo no soy como vosotras. No tengo vuestra labia, vuestro empuje ni vuestro desparpajo. No sé enfrentarme a la sociedad como si quisiera comerme el mundo, como hace Alexandria, ni conquistar lo que quiero a base de tesón y coraje, como tú, Lusía. A mí me falta arrojo, pasión, vitalidad. Solo soy un ratoncillo de campo, tímido y asustadizo, al que no le gusta ser el centro de atención, y que es más feliz entre tinteros, papeles y libros, que en una sala de té, o en un salón de baile. Así que decidme, ¿dónde voy a aprender los secretillos de alcoba que tanto os gusta ir aireando, ahora que ando a la caza de un marido? —Las tres se la quedaron mirando, a la vez que se preguntaban si era consciente de la intensa emoción que había demostrado al hablarles, contradiciéndose a sí misma.

—Que yo sepa, la única cama que arde cada noche es la de tu hermana —volvió a decir Alexia, esa vez con los dientes apretados, por tener que repetirse. La aludida dejó de fulminar a la pequeña de la familia, puesto que con diecisiete años y sin madre que la guiara en ese camino, solo quedaban ellas dos para tomar aquellas decisiones, y se concentró en cambio en los ojos color miel.

—La envidia es muy mala, Alex.

—¿Queréis dejar de llamarme todos así? Ese estúpido apodo ni siquiera era adecuado cuando éramos crías —adujo ligeramente irritada—. En cuanto a tu ridícula afirmación, déjame informarte de que soy yo la que mantiene seco el pozo. —La risita divertida de Elora mientras volvía a repartir las obligó a prestarle atención.

—Era de imaginar. —Se limitó a señalar. Terminó de dar las cartas y echó un vistazo rápido a las suyas antes de observar a la condesa con interés—. La cuestión es, ¿por qué? —Por supuesto aquella pregunta trajo consigo un

nuevo y nada bienvenido silencio, al menos para la protagonista de la mañana, que sintió cómo los colores subían por su cuello y se instalaban en sus aristocráticos pómulos.

—¿Porque me da la gana?

—No cueela, cielo. Inténtalo otra vez.

—Lena, la maternidad te está volviendo insoportable —se quejó de mal humor.

—Al contrario. La maternidad me sienta de maravilla. Tú estás insoportable. Y ahora todas entendemos la razón. —Las otras dos asintieron, mostrando su conformidad. La joven las contempló con fijeza, sin entender el comentario.

—Dejemos el tema —dijo con firmeza. Con un gesto pidió dos cartas y rezó porque por una vez la hicieran caso.

—¿Habéis vuelto a tener intimidad desde aquella primera noche? —Sus ojos volaron a los de Ailena, que la esperaban cálidos y comprensivos. Se le formó un nudo en la garganta, reflejo de la opresión que sentía en el pecho, y se le hizo difícil mantenerle la mirada.

—No —admitió en un susurro quedo.

—¿Tan terrible fue, Alexia? —preguntó Mara también en voz muy baja, como si así la lastimara menos. Su respuesta tardó bastante rato en llegar, y cuando lo hizo, venía con una suave y triste sonrisa como compañera.

—Claro que no. —Y lo decía de verdad. En aquel momento se había sorprendido, indignado y ofuscado. Los nervios de no entender lo que estaba ocurriendo, sumados a su confusión por una excitación que no había sentido hasta entonces, al dolor de aquella primera vez, a la rabia por la pérdida de su virginidad, y como broche final, el tener que soportar que ese bruto le pidiera en matrimonio de nuevo, en otro rastrero intento por apoderarse de su dote, habían hecho que magnificara aquel acontecimiento y lo convirtiera en un obstáculo insuperable. Mentiría si dijera que no sentía algo de aprensión por compartir la cama de su esposo, porque si bien no había sido algo trágico,

tampoco había resultado agradable, pero para bien o para mal estaban casados. Y aunque nunca le perdonaría que por su culpa hubiera tenido que verse forzada a contraer ese matrimonio, tampoco deseaba empezarlo empujándole a los brazos de otras mujeres.

—Cariño, estoy convencida de que aquello no volverá a pasar. —La mirada de incertidumbre y recelo de la muchacha le partió el corazón a la marquesa, que dejó las cartas sobre la mesa y estiró el brazo para coger su mano—. Hacer el amor con un hombre puede ser muy placentero, siempre que los dos lo deseéis y os entreguéis el uno al otro sin reservas. —La beldad morena se giró de golpe hacia la Sant Montieu más joven, aquella que se las daba de tímida y recatada—. ¿Estás tomando notas?

—Es que... se me va a olvidar. Y esto es material de primera. —Se miraron unas a otras, incrédulas.

—¿De qué os extrañáis? Es Amarantha —explicó Elora con una risilla, que fue seguida por la de las demás un segundo después. Aquello pareció distender el ambiente, y continuaron la partida inacabada, que terminó con una nueva victoria de Alexandria, la cual no podía parar de vanagloriarse de su buena fortuna.

—¿No estarás haciendo trampas, verdad? No es posible que tengas tanta suerte.

—¿Disculpa? Debería lavarte la boca con jabón por atreverte a decir semejante... —Los pesados pasos en el pasillo las hicieron callarse. De inmediato, cuatro pares de manos recogieron a toda prisa sus ganancias, las cuales escondieron bajo sus traseros como si se hubieran puesto de acuerdo. Apenas les dio tiempo a acomodarse de nuevo en sus asientos mientras Mara repartía, cuando la puerta se abrió y Darius, Demian, Javerston y Darian hicieron su entrada.

—Buenos días —saludó Javo a su esposa antes de cogerla por la nuca y devorarla en un beso exigente e incendiario, poco apropiado para disfrutarlo en público. Aunque a ninguno de los dos pareció importarles, porque

siguieron entregándose al momento como si estuvieran solos en aquella sala, hasta que con un último mordisco sobre su labio inferior, la dejó ir, para quedarse de pie a su lado, con la mano sobre su hombro.

—Buenos días a ti también, esposo —graznó Lena, a pesar de haberse despedido de él tan solo un par de horas antes, después de haber compartido un rato de sublime placer entre sus brazos. Como estaba alisándose unas inexistentes arrugas de su falda se perdió la sonrisa presumida del marqués, sin embargo el resto de los presentes sí la vio, y tuvieron que hacer verdaderos esfuerzos para evitar exteriorizar su diversión frente a la cara de éxtasis de la joven.

—¿Cuál es la apuesta? —indagó él con indiferencia.

—Solo estamos pasando el rato —respondió Ailena en el mismo tono. Las mujeres se revolviéron nerviosas cuando Javerston fue a por una silla, ya que Dem y Rian habían ocupado las restantes, mientras que Dar se había arrellanado en uno de los sillones cercanos, y la colocó a la izquierda de su mujer.

—¿Cuánto? —se limitó a preguntar, sin alterar la voz. De hecho siguió utilizando ese matiz suave que parecía reservar solo para ella, a la vez que pasaba un brazo por encima del respaldo para enredar los dedos entre los mechones sueltos del femenino recogido.

—Lo suficiente para hacerlo interesante —admitió con cierto enfado. Cuatro suspiros y cuatro manos con un fajo de billetes apretujados se alzaron sobre la mesa. Varias risillas masculinas circularon por la sala, y un solo ceño, sorprendido y amenazante. La mirada verde se cruzó con la marrón oscuro.

—¿Tú apruebas esto? —Alexandria sintió que hervía de rabia, y antes de pensarlo ya tenía un buen número de réplicas en la punta de la lengua.

—Mi mujer y mis cuñadas son lo bastante inteligentes como para pensar por sí mismas. Y si has creído por un momento que su sexo va a limitar en lo más mínimo su libertad, tanto de expresión como de movimientos, te advierto

que te vas a llevar un buen chasco. Además, no creo que tenga que recordarte que cuentan con sus propios fondos, los cuales cada una maneja como se le antoja. —A Alexia le habría gustado defenderse sola, pero tuvo que admitir que el marido de su hermana lo había hecho bastante bien.

—No es correcto que las mujeres apuesten; y si llegara a saberse, sus reputaciones saldrían bastante mal paradas —rezongó el conde, seguro de que llevaba la razón.

—Tampoco lo es que un caballero, por muy cazafortunas que se haya vuelto, secuestre a una dama de buena familia para forzarla a contraer matrimonio, destruyendo así su buen nombre y sus merecidos sueños —argumentó Darius con una mirada colérica.

—Las señoras saben hasta donde exponerse, y nosotros nos encargamos de protegerlas —terció Javerston, consciente de que no era prudente tocar aquel tema en ese momento.

—¿Pero por qué? ¿Para qué correr riesgos innecesarios solo por un poco de emoción? ¿No habéis sido objeto ya de suficientes escándalos en la familia? ¿Tenéis que mimarlas tanto? ¿No veis que piensan que pueden hacer lo que quieran?

—Es que pueden hacer lo que quieran —afirmó Demian seguro. Rian se sobresaltó y lo miró asombrado.

—Estoy orgulloso de mi mujer. Lo que hace, lo que piensa, lo que siente, forma parte de ella misma. Y es al todo que conforma, a la Ailena con la que convivo a diario, con la que me levanto cada mañana, a la que amo más que a mi vida. Aprecio el tesoro que tengo a mi lado y doy gracias por haberla encontrado. No todo el mundo puede decir lo mismo. —Un silencio denso y pesado secundó sus palabras, que parecieron flotar en el aire mientras los dos hombres se observaban con intensidad. Darian fue consciente de la pequeña mano que subió hasta encontrar la más grande y morena del marqués, apretándola como muestra de apoyo y gratitud, y sintió un tironcito en el alma. Maldijo a aquella maldita familia, creada a base de sangre, amor y

amistad, de la que él se sentía tan ajeno.

—¿Estás insinuando que no valoro a mi esposa? —Quiso borrar de una buena vez esa sonrisa presuntuosa que llevaba molestándole días, pero Alexia eligió ese momento para levantarse y se giró para mirarla por primera vez desde que se sentara.

—Es exactamente lo que Javo está diciendo. —Su voz de acero no fue nada en comparación con las llamas anaranjadas que lamían su mirada enfurecida. Y sin embargo, cuando salió de la estancia, lo hizo con tranquilidad y elegancia, como si le aburriese estar allí. Se quedó mirando al vacío durante un par de segundos, pero antes de pensar en dar la orden a su cuerpo, ya sabía que iba a seguirla. Cuando llegó a la puerta de cristal que daba a lo que algún día Sambbler prometía sería un jardín espectacular, ella ya llevaba un buen trecho recorrido. Suspiró con pesadez, sopesando si dejarla ir.

—Desde la primera vez que te vi, devorándola con aquella mirada de depredador, supe que no serías bueno para ella. —Rian bajó la vista al suelo y captó parte de la falda gris perla con diminutas flores moradas—. En este momento, sin embargo, creo que eres justo lo que mi hermana necesita. —Los ojos masculinos subieron con rapidez hasta los cobalto, entre sorprendido e impresionado—. No lo estropees ahora. —La mujer se acercó a él, como si quisiera contarle un secreto. No le quedó más remedio que agacharse, porque ella no debía medir más de un metro sesenta y cinco, por lo que le llevaba sus buenos veinticinco centímetros—. Porque si ella no te destripa, ten por seguro que yo lo haré. Y no necesitaré la ayuda de Rólagh. —Darian se incorporó muy despacio, con la mirada fija en la de su cuñada, llena de un brillo respetuoso que por la sonrisa de la dama, supo interpretar a la perfección.

Capítulo 9

Alexandria escuchó el leve pero inconfundible sonido del picaporte y le dio la espalda al ventanal desde donde había estado observando el cielo plagado de estrellas, segura de que no podía tratarse de su criada, puesto que se había despedido de ella hasta el día siguiente tan solo diez minutos antes.

Sus ojos se abrieron con sorpresa cuando la puerta que se abrió fue la del dormitorio del conde, y la alta figura de su marido se recortó contra el resplandor anaranjado de las llamas, confiriéndole un aspecto soberbio e intimidante con su batín de seda granate y sus pantalones negros y holgados. Pasó sin pedir permiso, como si fuera el dueño de todo, derrochando seguridad y aplomo donde a ella le faltaba el aliento y le temblaban las piernas. No se lo demostraría, pero no lo esperaba, y ese desconocimiento la colocaba en una posición de inferioridad que detestaba.

La mirada masculina la recorrió de la cabeza a los pies, reparando sin duda en que iba descalza, a juzgar por la breve pausa que hizo al llegar al suelo, y volvió a subir con una lentitud enloquecedora, para terminar clavada en sus ojos.

—Te imaginaba con un anodino camisón blanco de algodón cerrado hasta el cuello por un apretado lazo. Algo poco apetitoso, basto y castrante. —Las palabras fueron duras, pero no la afectaron. Sabía que era hermosa, y aunque en ocasiones le había parecido más una maldición que algo bueno, en ese momento esa conciencia la ayudó a enfrentarse a su marido.

—Es el regalo de bodas de mi hermana. En realidad se empeñó en encargarme una colección entera de ropa para dormir.

—¿Y es toda... así? —preguntó, gesticulando hacia el sugerente camisón de gasa y fino encaje en tono dorado, que combinaba a la perfección con el color de sus ojos.

—Más o menos. —La ceja masculina se alzó con curiosidad.

—¿Qué significa eso?

—Que algunos de los atuendos son bastante atrevidos —confesó con la barbilla alzada, mientras fingía que no notaba que tenía las mejillas encendidas de rubor. Rian se tragó una sonrisa, preguntándose por el aspecto de aquellas prendas, puesto que la telita con la que estaba cubierta su señora, bastante transparente donde no había encaje, le estaba haciendo la boca agua, forzándolo a fantasear con lo que esta ocultaba de forma estratégica. Agradeció en silencio a la marquesa por su buen gusto, y aunque a regañadientes, al pelma de su marido, pues se apostaría algo a que la elección de lencería se debía más a una imposición de este último. Como fuera, excitado por la sensual visión de su esposa, que parecía envuelta en aquella creación pensada para enloquecer a un hombre a base de promesas y deseo insatisfecho, se acercó a ella dispuesto a obtener lo que había ido a buscar.

—Quiero una respuesta, Dría. —No era necesario que aclarase a qué se refería, ya que desde el mismo momento en que lo vio entrar en su habitación supo por qué estaba allí, no obstante eso no hizo que su corazón bombeara más despacio, o que, aún en contra de su voluntad, cierta ansiedad se instalara en su pecho, provocándole un leve mareo. Respiró hondo, sabiendo que la decisión la había tomado horas antes, y que lo único que tenía que hacer era ponerla en palabras.

—Está bien. —Maldijo para sí cuando estas salieron débiles y atropelladas, y se forzó a mostrarse como la mujer segura de sí misma que era habitualmente—. Seremos marido y mujer en ese aspecto de nuestro matrimonio. —Los ojos masculinos se entrecerraron ante la connotación de

aquella frase, pero reconociendo la importancia de aquella negociación lo dejó pasar.

—Entonces vamos a la cama.

—¿Ahora? —No había que ser muy espabilado para detectar la aprensión en aquella mirada color miel, y la fuerte palabrota que cruzó la mente de Darian no se acercó ni de lejos a lo que estaba sintiendo. Deseaba a su esposa, dudaba que hubiera ansiado a una mujer tanto y durante tanto tiempo, estaba caliente, eufórico una vez que había llegado el ansiado momento, e impaciente por tenerla entre sus brazos, por rozar su piel de alabastro. Y los nervios virginales de ella, causados por aquella desastrosa primera vez que no terminaron de culminar, se le antojaban de lo más inoportunos. Su parte racional la entendía, sin embargo en ese instante dominaba su cuerpo, y los largos días de abstinencia forzosa estaban pasando factura, dejando solo esa otra porción de él, la más animal y primitiva, que por norma primaba en su vida sexual, y a la que solía dar rienda suelta con total libertad. Pero aquella jovencita atrevida y disparatada que lo miraba con timidez y recelo no solo era su mujer, sino que de algún modo que aún no comprendía se había colado lo suficiente en su vida como para aceptar casarse con ella sin el beneficio de su dinero. Todavía tenía que asimilar eso y ponerle un nombre, solo que seguía sin estar preparado. Lo que sí sabía era que no quería seguir fallándole, y debía empezar demostrándole que el sexo era algo bueno y placentero.

—¿Durante cuánto tiempo más piensas seguir negándote? —preguntó con voz dulce.

—Hasta este momento, supongo —le contestó, malhumorada. Él sonrió, encantado de ver que el fuego volvía. La prefería mil veces revoltosa como un polvorín que asustada. Estaba descubriendo que no soportaba que tuviese miedo. Sobre todo de él. Llegó hasta ella con pasos lentos y la alzó en brazos, sin reaccionar a su jadeo de sorpresa. La depositó con cuidado sobre la cama y buscó su boca, perdido en un segundo en aquella ambrosía, dulce como los

melocotones. Ella era dúctil y exquisita, y cuando la cogió de la cintura y la sintió temblar, algo turbio y desconocido se removió en su interior.

—¿Tienes frío? —susurró sobre sus labios, acaparándolos de nuevo en un apasionado beso que duró largos minutos. Cuando se permitió soltarla, los ojos dorados estaban vidriosos, en una expresión que contenía tanto desconcierto como anhelo.

—Un poco —murmuró ella, ya que no pensaba admitir que se sentía en llamas tras un único beso.

—Yo te calentaré —aseguró en tono arrogante, un segundo antes de cubrir su pecho con la mano y sentir toda esa exuberancia rebotándole entre los dedos. «Despacio», se dijo, cuando lo único que quería era rasgar esa insignificante barrera y tener completo acceso a ella. Siguió besándola mientras arrastraba la poca tela que cubría aquellos encantadores senos, pero cuando los tuvo libres, bajó la cabeza y lamió el pezón, grande y rosado, como si fuera un banquete y él no hubiera comido en días. El gemido desgarrado que escapó de la garganta femenina lo puso más duro que las columnas que sujetaban la cama, y fue un acicate más para esmerarse a fondo con aquellas preciosidades, primero una, después la otra, mientras esos sonidos celestiales le regalaban los oídos minuto a minuto. Tiró despacio de la fina gasa hacia arriba, dejando sus piernas a la vista, mientras se dedicaba en cuerpo y alma a darle placer con la boca, procurando que no se percatara de que sus ávidas manos resbalaban por sus muslos en un ascenso planificado; pero cuando sus dedos alcanzaron el ansiado triángulo, caliente y mojado, la tensión volvió a apoderarse de aquel cuerpecito lleno de curvas—. Dios, estás excitada. —Apoyó la frente en la suya, en un intento por calmar los desaforados latidos de su corazón—. Esta vez no habrá dolor, te lo prometo. —Alexia buscó su mirada, y ya no fue capaz de escapar del brillo de aquellas hermosas esmeraldas que la observaban con seriedad y sin ese cinismo que acostumbraba a usar como un arma arrojadiza, siempre bajo la premisa de no hacer prisioneros. En su lugar, la preocupación y la lujuria

asomaban sin recato a sus ojos, y fue ese momento tan especial, tan único entre ellos, que la convenció de que debía dejar el miedo a un lado y lanzarse de cabeza a aquella faceta de su matrimonio.

—Entonces enséñame qué tengo que hacer para que esto sea más satisfactorio para ambos. —La cara de absoluto asombro de su marido bien valía la vergüenza de haber soltado aquella barbaridad, pero era hora de que la antigua Alexandria regresara de donde diantres se hubiera retirado a descansar desde que aceptara aquella farsa de boda y retomara el control de su vida, y qué mejor instante que el presente, cuando iba a entregarle su cuerpo por primera vez a un hombre.

—No te preocupes por eso, *Doña Intrépida*, las paredes de este caserío aguantarán... por los pelos. La que no sé si podrá con tanto placer eres tú. —Entonces fue el turno de la joven de quedarse anonadada, aunque a una parte de ella, que mantuvo a buen recaudo muy dentro de sí, le encantó aquella chulería y ese aire juguetón que le estaba dando a la situación, que en cierto modo ayudaba a calmarla.

—Detesto que me llames a... —El beso, cargado de deseo y de intenciones morbosas, la obligó a callarse, como era la intención de ese miserable. Aunque lo perdonó pronto, subyugada por su pericia y su paciencia, consciente de que se tomaba su tiempo para saborearla, para tranquilizarla, para cautivarla. Y se sentía subyugada, pensó minutos después, cuando aquella mano grande y caliente se colocó de nuevo entre sus muslos y ella los abrió sin necesidad de que se lo pidiera, disfrutando en medio de suspiros entrecortados de las caricias irreverentes, diestras y osadas.

—Te quiero desnuda —susurró en su oído antes de introducirle la lengua y provocarle un temblor por todo el cuerpo, que disparó pequeños escalofríos de deleite a través de cada una de sus terminaciones nerviosas y le causó piel de gallina. La suave risa masculina la obligó a sonreír, porque aquel sonido grave y voluptuoso era todo un lujo para el oído, por las pocas ocasiones en que hacía acto de presencia, y permitió que tirara de la fina gasa y la dejara

desnuda. El tiempo pareció detenerse mientras esperaba con el corazón en un puño a que aquel opresivo silencio se rompiera de cualquiera forma, nerviosa y excitada, pero cuando los ojos masculinos subieron hasta su rostro, tragó saliva con dificultad. Aquella mirada verde intenso parecía decir: «Voy a comerte viva, y lo mejor es que te va a gustar», y ella estaba deseando que comenzara—. Un hombre fantasea demasiadas veces a lo largo de su vida sobre cómo sería la mujer de sus sueños. —Los dedos se movieron con infinito cuidado por su clavícula, casi con veneración—. No hay fantasía erótica que pueda compararse contigo. Eres tan hermosa que no pareces real.

—Estoy aquí —confirmó, abrumada por su declaración.

—Sí, y eres toda mía. Las horas que dure la noche, al menos —se apresuró a añadir, al ver que iba a objetar. Volvió a apropiarse de sus labios, a robarle el pensamiento y la razón, y cuando se separó de ella lloriqueó, confundida y enfurruñada—. Solo voy a desvestirme. Me muero por sentir tu piel contra la mía, por absorber tu calor, por disfrutar de tu suavidad. —Alexia contuvo la respiración cuando soltó la lazada del batín y este se abrió en dos, mostrando un pecho esculpido en mármol dorado, y cuando cayó al suelo sin cuidado y pudo apreciar los marcados pectorales, los definidos abdominales y la estrecha cintura por la que se perdía la fina línea de vello rubio. Intentó volver a tragar, pero le fue imposible con la garganta seca—. Tengo que quitarme el resto para poder llevar esto a buen puerto —advirtió él con una sonrisa malvada a la vez que la miraba divertido, seguro que conociendo cada uno de sus pensamientos.

—Adelante. Por mí no te reprimas. —Lo animó, con una pose de seguridad y desparpajo que no sentía en absoluto, sobre todo cuando la última prenda resbaló con un susurro sensual hasta el suelo y aquella impresionante visión de fuerza y poder quedó expuesta. Lo más cerca que había estado de un hombre desnudo había sido en las galerías de arte, y bastó una ojeada rápida al esbelto y perfecto cuerpo de su esposo para saber que aquellas figuras que tanto le habían llamado la atención en el pasado eran unas pésimas

recreaciones de lo que en ese momento tenía enfrente. Claro, que hasta ella, en su inexperiencia, sabía que como ese ejemplar no existían muchos.

—Por las largas miradas que me echas, el rubor de tus mejillas, tu respiración entrecortada y esa lengüecita juguetona que no para de humedecer tus labios, ¿debo entender que te gusta lo que ves? —La voz de Rian se escuchaba ronca y oscura, en un reflejo perfecto del pecado que él mismo representaba. Buscó su mirada, que parecía quemarla allí donde la tocaba, y se dejó llevar por aquel impulso que desconocía de dónde nacía, pero que a menudo la empujaba a hacer locuras de las que a veces terminaba arrepintiéndose.

—Me fascina —admitió en voz alta y clara, sin dejarse intimidar por la ceja que se alzó en respuesta—. Lo que me pregunto es si sabrás qué hacer con ello. —La carcajada masculina se alzó en el silencio de la noche, mientras el conde se le echaba encima y la cubría con su duro cuerpo, tan caliente que pensó que se fundirían en uno solo. Toda pretensión de broma se esfumó, y la mirada más bonita que Alexia hubiera visto jamás impactó con la suya.

—¿Sabes el tiempo que hace que ansío este momento? —Muchos pensamientos pasaron por su cabeza en unos cuantos instantes, desde los verdaderos motivos por los que se había casado con ella a los amargos enfrentamientos por su negativa a que aquella boda se celebrara. Y, entremedias, siempre esa pasión arrolladora que se desataba entre ellos, que no necesitaba más que una chispa para prender, que crecía como un fuego incontrolable en cuestión de segundos sin que ninguno de los dos pudiera impedirlo. Asintió.

—Supongo que más o menos el mismo que yo. —Los ojos masculinos refulgieron, y pudo apreciar el placer, el orgullo y la humildad en su expresión asombrada. Lo había sorprendido con su sinceridad. Incluso ella estaba anonadada. Aquellos labios tentadores y lujuriosos la marcaron con una sucesión de besos abrasadores mientras que sus manos se movieron con suavidad por todo su cuerpo, causando estragos a sus sentidos, mareándola de

placer, el cual se filtró por cada poro de su piel y la emborrachó de sensaciones apenas conocidas. Sintió los lametazos de su lengua acariciando con parsimonia sus sensibles pezones, la succión de su boca cuando se endurecieron casi de forma dolorosa, los tirones provocados por sus dientes, que la obligaron a gritar, nerviosa y anhelante. Y por supuesto estuvo pendiente en todo momento de la mano que reposaba en su cadera y que fue resbalando casi con pereza hacia el interior de su muslo hasta encontrar el centro de su femineidad, que para su bochorno estaba tan mojado que los dedos resbalaron sin dificultad entre los pliegues cerrados como los pétalos de una flor. Se tensó ante el gruñido grave que salió de la garganta de su marido, pensando que le molestaba aquella humedad, y sin saber qué hacer para detenerla.

—No hay nada más erótico que impregnarte del rocío de tu dama, y saber que eres tú el que ha provocado su excitación. —La angustia desapareció de golpe, y volvió a sentirse maleable entre sus brazos. Un espléndido gemido salió de sus labios cuando un dedo largo se introdujo con cuidado en su interior, que se volvió más intenso al sentir como su clítoris —una parte de ella de la cual desconocía su función— era frotado en pequeños círculos que consiguieron subir su temperatura hasta que creyó que explotaría. Todo aquello le pareció demasiado, aquella tensión que iba acumulándose entre sus piernas, el increíble gozo que le estaba proporcionando y la exquisitez que suponía sentir su boca sobre sus pechos. Necesitaba un momento para asimilarlo, pero al parecer él no estaba dispuesto a concedérselo, porque al primer dedo le siguió un segundo, que introducía muy profundos, para luego sacarlos con lentitud y volver a comenzar en una dulce agonía, mientras su pulgar seguía concentrándose en ese punto tan sensible que enviaba descargas eléctricas al resto de su cuerpo. Sintió el primer estremecimiento como el preludio de una experiencia única y sublime, y un instante después se escuchó gritar el nombre de su esposo entre espasmos y delirios de placer, segura de que ya nada volvería a ser lo mismo. Cuando pudo volver a la

realidad de la habitación en la que se encontraban abrió los ojos, para encontrarse una mirada cargada de ternura, comprensión y anhelo, en un rostro cincelado en granito, seguro que a causa de esa misma ansia que no se molestaba en ocultar.

—Enséñame a complacerte. —Decir aquellas palabras fue sencillo, lo difícil iba a ser recoger el guante que le había arrojado a aquel hombre arrogante y curado de espanto. Lo supo en cuanto la maldita frase salió de su boca y la engreída sonrisa masculina se perfiló en aquellos anchos y sensuales labios. Rian ladeó la cabeza mientras la estudiaba, su expresión dando a entender que estaba valorando el ofrecimiento.

—¿Qué estarías dispuesta a hacer para satisfacerme? —Por supuesto el dichoso sonrojo volvió a hacer acto de presencia, sin embargo le mantuvo la mirada, sabiendo que los cobardes nunca conseguían grandes cosas de la vida.

—Lo que tú quieras, Darian. —El conde la observó, consciente de que estaba mostrando su mejor cara de póquer, aquella que no desvelaba ninguno de sus pensamientos, como que se moría por estar dentro de la estrecha y cálida gruta de su esposa, que no podía esperar ni un segundo más para empalarla con su rígida y necesitada verga, o que no tenía ni puta idea de cómo iba a conseguir no partirla en dos con sus salvajes embestidas. No recordaba haber estado tan duro nunca, ni tan necesitado de correrse, y que se ofreciera a cualquier cosa por hacerlo disfrutar lo había vuelto loco de necesidad. Por supuesto no podía aceptar su increíble invitación. Estaba tan excitado que dudaba que fuera a durar mucho entre sus tersos muslos abiertos, así que las cosas que su calenturienta mente estaba conjurando a raíz de la insinuante frase de su esposa amenazaban con un memorable orgasmo antes de comenzar la faena. Era lo que tenía llevar más de un mes buscándola en cada puñetera fiesta como si se tratara de un imán, en lugar de dedicarse a elegir una rica heredera que lo alejara de la pobreza de una buena vez, para terminar casado con la mujer más hermosa de Londres, que lo seducía con la

furia asesina de sus ojos color miel, con la tentación de unos labios carnosos que parecían prohibidos solo para él, con la promesa de las delicias de su cuerpo, apenas escondido en las creaciones de alguna modista de reconocido prestigio, con mucho arte y buen gusto. Aunque lo que más le atraía de ella era, con diferencia, su desparpajo, su soberbia, su alegría, su valentía y su inconsciencia. Todo aquel conjunto, sin duda, lo había atrapado—. Te lo estás pensando mucho. —«Estoy tranquilizándome, bonita, para no lanzarme sobre ti y desahogarme sin más». En lugar de decírselo sonrió, en efecto, más calmado, y la besó despacio, dulce, tentador. Alzó la mano hacia su pecho, frotando el pezón entre el índice y el pulgar, y con la otra trazó una línea invisible desde el hinchado clítoris hasta su entrada, comprobando que estaba más que preparada para él. Sin poder demorarlo más se cogió el miembro y lo rozó varias veces contra los mojados pliegues, sintiéndose desfallecer con los suaves gemidos femeninos que con aquel gesto provocó. Comenzó a penetrarla despacio, consciente de que a todos los efectos aquella era su primera vez, y necesitando que la sombra de aquella nefasta experiencia de semanas atrás se disolviera entre el calor de sus cuerpos, seguro de que podía crear nuevos recuerdos sobre aquellas sábanas bordadas con flores amarillas que ella jamás olvidara. Cerró los ojos con fuerza, maravillado ante el increíble placer que significaba sentirse abrazado por aquella ardiente humedad que lo absorbía poco a poco, sin dificultad, ya que estaba preparada en todos los sentidos. Notó los pies femeninos apoyándose en sus nalgas y la miró, quedándose absorto en la expresión extasiada de la joven, que se mordía el labio inferior con fuerza para evitar exteriorizar el maremágnum de emociones. La imagen era subyugante.

—Quiero oírte. —Los ojos femeninos se abrieron de golpe, con una mezcla de pasión y desconcierto de lo más encantadora—. Quiero que grites hasta que el último residente de esta casa se haya enterado de que por fin somos marido y mujer. —Ella lo observó con fijeza durante unos segundos, para sonreírle después como si hubiera dicho algo muy gracioso.

—¿Tú gritas? —La carcajada masculina fue tan intensa que consiguió que terminara anclado hasta lo más profundo en su interior. Las risas cesaron, y se perdieron en la mirada del otro.

—Nunca —aseguró antes de bajar la cabeza y apoderarse de su boca. Le hizo el amor despacio, con toda la intención de que durara, porque aquello que estaban sintiendo era demasiado bueno para que acabara.

—Rian... —suplicó Alexia, mientras le clavaba los talones con insistencia en los glúteos, pidiendo algo a lo que no sabía ponerle nombre. La ignoró, y en su lugar le entregó sus estocadas más lánguidas y pausadas, sus besos más largos y sinceros, sus miradas más tiernas y sentidas. No hubo un rincón de su cuerpo que no adorara, con su aliento, con su boca, con su lengua, con sus dientes, con su nariz, con sus dedos, con sus manos. Creyó morir cuando ella le arañó con saña la espalda en medio de su frenesí erótico, y más cuando alzó las caderas para salir al encuentro de sus embestidas, más rápidas y profundas según se acercaba el clímax de ambos, y fingió no darse cuenta de sus propios gemidos de éxtasis, esos que había asegurado que no emitiría. La sintió tensarse como la cuerda de un violín, y supo que la esperada liberación estaba allí, al alcance de su mano.

—Sí, gatita... Hazme feliz.—Salió de ella casi por completo, dejando tan solo la ancha cabeza dentro, y con un fuerte empujón la llenó de nuevo, haciéndola gritar y llegar a un orgasmo largo e intenso que la dejó desmadejada entre sus brazos. Darian continuó su asalto, borracho de placer, hasta que un rugido grave y ronco, como el de un animal llamando a su compañera, nació de su constreñida garganta. Un momento después rodaba hacia un lado para no aplastar a la joven, o eso fue lo que se dijo, cuando la realidad de lo que habían vivido entre esas sábanas revueltas se le echó encima.

—Darian.

—¿Sí?

—¿Esto es lo que quieres? —«Esta jodida pregunta ahora no», pensó

instantes antes de quitarse el brazo que le cubría los ojos y enfrentarse a su esposa, sentada en la cama con la sábana por la cintura y los gloriosos pechos erguidos apuntándole sin misericordia. Y volvió a repetirse las cinco palabras en silencio. ¿Deseaba acostarse con Alexia dónde, cuándo y cómo le apeteciera? ¿Quería disfrutar de su cuerpo núbil y complaciente muchas noches como aquella? ¿Compartir aquel tipo de extraña intimidad con ella?

—Al menos dos veces al día.

—¿Qué coño haces encima de ese puto caballo? —El furioso grito al otro lado del cercado la sobresaltó tanto que dio un enorme brinco, que molestó al ya de por sí arisco y asustadizo animal, el cual comenzó a corcovear con nerviosismo. La joven agarró las riendas con fuerza y afianzó los muslos a los musculosos costados, previniendo que intentara derribarla, mientras observaba al inconsciente de su marido acercarse a la carrera y sortear la alta valla de un increíble salto.

—¡Maldita sea, Rian, utiliza la cabeza que te ha dado Dios y quédate donde estás! —Había tanta dulzura en su tono, que por un momento pensó que había entendido mal sus palabras, pero bastó una ojeada a esos ojazos enfurecidos para echar por tierra sus suposiciones. La joven tardó unos instantes más en conseguir controlarlo, a base de palabras suaves, tiernos elogios y blandas caricias, que para sorpresa y desconcierto del conde consiguieron sosegar a la bestia que normalmente habitaba dentro de su purasangre. Claro que hasta él se sentía bastante manso tras pasarse esos minutos escuchando su voz serena y acaramelada, a solo un paso de convertirse en melodía. Y descubrió que era ese timbre tan especial y único, que ella acentuaba cuando trataba con el semental o que estaba del todo presente cuando cantaba, lo que apaciguaba a Lucifer, además de esa extraña e invisible conexión que nadie más podía sentir, pero que se presentía, como la llegada de la lluvia o el calor provocado por una sonrisa.

—Bájate de una vez —le ordenó entre dientes cuando no pudo soportar por más tiempo la tensión de verla sobre el lomo de aquel maldito loco que podía alzarse sobre dos patas en cualquier instante, o lanzarse en una endemoniada carrera y conseguir que esa tonta acabara con el cuello roto.

—Aún no. Vamos a dar un par de vueltas alrededor del cercado, para que se familiarice tanto con el terreno como conmi...

—Como no te apartes de ese animal, te voy a dar una zurra en ese redondo y prieto culo tuyo que se te van a quitar las ganas de plantarlo sobre mi caballo para toda la vida, *señora* —añadió en el último momento, al percatarse de la expresión pasmada de su mujer, supuso que en ningún momento impresionada por la amenaza, sino por su grosero lenguaje.

—Eres un descarado. Y un ordinario —confirmó con la barbilla bien alta, como una reina le reprocharía a un lacayo de la más baja estofa.

—Pero eso ya lo sabías, Dría. Te recuerdo que ya has visto mi peor cara, y que aún así no has puesto reparos en restregarte contra mí a la menor oportunidad. *Varias veces*. —La mandíbula femenina se abrió de forma desmesurada, para instantes después cerrarse hasta el punto del dolor. Lucifer bufó y pateó el suelo, notando el ánimo de su jinete—. Cuidado —advirtió el conde con cautela.

—Tal vez el que debiera preocuparse eres tú. —La sutil amenaza llegó junto al pecho del purasangre, que avanzó en línea recta hacia él, acicateado por las rodillas de la joven. Darian dio varios pasos hacia atrás para no ser arrollado por ellos y se detuvo cuando el caballo dejó de empujarlo. Su mirada ceñuda buscó la de su esposa, que sonreía victoriosa, como si la que lo hubiera forzado a retroceder hubiera sido ella a base de fuerza bruta.

—No volveré a advertírtelo.

—Puedes gastar tanta saliva como quieras, Stembland. Me ha costado mucho tiempo y esfuerzo que aceptara que le colocara el bocado y la silla, y no voy a darlo por terminado nada más empezar por tu desproporcionado instinto protector.

—¿Desproporcionado instinto protector? La madre que te...

—¡Apártate! —Y no le quedó más remedio que hacerlo, porque aquella maldita loca con la que se había casado se lanzó hacia él montada en media tonelada de músculos muy dispuesta a pasarle por encima. La maldijo durante cinco minutos, y después pasó al francés, porque algo tenía que hacer mientras ella daba vueltas por el dichoso cercado a todo galope, riendo como una niña cuando le pasaban rozando casi por milímetros. Al final, admitiendo su derrota y sin querer pensar en que en cualquier momento ese infernal caballo suyo podía matarla en una caída sin sentido, se subió a la cerca y los observó desde allí, sintiendo cómo su furia iba aumentando con cada vuelta que sumaban y ella se exponía a un accidente, solo por su tozudez y su imparable sed de aventuras. Cuando al fin se detuvo, unos metros más lejos, se bajó de un salto y esperó a que lo alcanzara, tirando de las flojas riendas, con una sonrisa enorme pintada en el rostro y la respiración irregular por el ejercicio. En aquel momento la odió. La odió por el miedo que le había obligado a soportar, por ser una imprudente sin necesidad, por enfrentársele por una simple cuestión de principios. Pero sobre todo la odió por hacerle sentir. Ella fue a decirle algo, pero no se lo permitió.

—Eres una estúpida. —La boca femenina se cerró, y aquel gesto se llevó la exuberante sonrisa que lucía.

—¿Ah, sí? —preguntó con voz átona, una sombra de acero brillando entre la miel de sus ojos.

—Te has arriesgado a que te desmontara. Podrías haber muerto. ¿No fue suficiente con el susto del otro día para que entiendas que este caballo es peligroso?

—¿Estabas alarmado por mí, milord? —Se burló con un exagerado batir de pestañas mientras hacía un puchero con la boca. Darian la cogió del brazo con brusquedad y la atrajo hacia él, impasible ante la inquietud del caballo.

—No me pongas a prueba, Alexandria. Te aseguro que el resultado podría llegar a sorprenderte. Y no de manera positiva.

—Nunca he esperado demasiado de ti, así que nada de lo hagas me decepcionará mucho más de lo que ya lo has hecho. De todos modos, *cariño*, ten presente que si yo muero, como mi marido debieras ser mi heredero directo, y las ciento cincuenta mil libras de mi dote podrían pasar a tus necesitadas arcas. Es posible que Javerston no haya cubierto esa eventualidad. —No bien hubo terminado de decir aquella estupidez sintió la explosión de dolor en el pómulo izquierdo. La cabeza se le giró hacia el lado contrario del impacto y gimió, dolorida. Cuando fue capaz de enfocar la mirada de nuevo vio a Darius sujetando el brazo de su marido y a este mirándola con los ojos agrandados de espanto, como si no pudiera creerse que de verdad la hubiera abofeteado. Se había merecido el golpe, aunque aquello no hacía que doliera menos, física y emocionalmente.

—Dría, yo...

—Basta, Luc. —Reconvino al semental, que reaccionaba a la tensión reinante en el ambiente tirando con fuerza de las riendas, mostrando signos de encabritarse—. Su señoría se divierte comportándose como el miserable que es, pero no me lo tomo como algo personal, trata a todo el mundo como si fuera basura. —Y dicho eso se marchó en dirección a las cuadras, como si aquel bofetón no le hubiera lastimado más el corazón que la tierna piel de su mejilla.

Capítulo 10

Los ojos ámbar se enfrentaron a los marrones a través del cristal de la ventana, sin que una palabra saliese de sus labios durante bastante rato. El hombre permaneció tras ella, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón y una expresión grave e intensa que no era habitual en él.

—Me encanta lo que has conseguido en esta habitación. —No se volvió a mirarle, sino que retuvo sus ojos reflejados en el vidrio—. Es como si hubieras entendido perfectamente mis gustos, mis necesidades, y les hubieras dado forma.

—Puede que se me dé bien analizar a la gente y saber lo que precisa. O quizá solo tengo buen gusto.

—Una mezcla de todo, me temo.

—¿Te temes? —preguntó con un deje de ironía en la voz.

—Sí. Eso, junto con tus otras muchas cualidades, te hacen casi perfecto. — La carcajada masculina provocó una suave sonrisa en los labios de la joven, que no se sentía con ánimos de mucho más.

—He llamado antes de entrar en tu dormitorio. Más de una vez. —Se giró y le encaró.

—No te he escuchado, Darius. Estaba... distraída.

—Supongo con qué. O con quién. —Pasó por delante de ella y se detuvo junto a la ventana, mirando la vasta superficie de jardín que se extendía a sus pies. Aún estaba a medio terminar, pero ya empezaba a vislumbrarse la

majestuosidad que ofrecería en algún momento. «Demian y sus portentosas manos para las plantas», pensó con una mueca sardónica, conocedor de la de especulaciones que circulaban por los salones de la alta sociedad acerca de los motivos que podría tener el rico y carismático par del reino para dedicarse a algo tan femenino como cuidar de un puñado de flores, muy consciente también de que él era víctima de los mismos prejuicios por parte de sus piadosos congéneres, por tener una afición tan atípica entre hombres como la decoración de interiores. Su otro pasatiempo, la escultura, lo llevaban algo mejor, considerándolo otra salida de tono típica del excéntrico que muchos le consideraban. Claro que tener una fuente con una pareja desnuda abrazándose apasionadamente en pleno jardín de su casa de Londres no ayudaba mucho a que le vieran con ojos más amistosos. Y que aquella dichosa estatua fuera producto de una puñetera apuesta en una noche con mucho alcohol tampoco minimizaba el hecho. Pero tanto a Dem como a él les importaba una mierda la opinión de toda aquella gentuza. A ellos les bastaba con sentirse bien con lo que hacían. Y con hacer felices a las personas que les importaban. Como las que vivían en aquella casa. Se volvió para quedar frente a la pequeña fierecilla a la que tanto admiraba, sin poder evitar fijarse en la marca rojiza de su mejilla, perfectamente visible en aquella piel de porcelana. Se acercó despacio, y con mucho cuidado pasó la punta de los dedos por la zona magullada—. No logro discernir qué lo ha convertido en el desgraciado que vemos cada día, pero ese no es el hombre al que yo consideraba mi mejor amigo. —La declaración fue apenas un susurro, aún más débil que la caricia que mantenía en su pómulo, y sin embargo el dolor y la rabia se escucharon más fuertes que cualquier grito, oprimiendo el corazón de la joven.

—No ha sido nada, Dar, apenas una cachetada. Y me la merecía. Puedo ser realmente odiosa cuando me lo propongo. —La mano masculina abandonó su rostro, mientras su expresión se volvía pétrea.

—A una mujer no se la golpea. Ni fuerte ni flojo. Bajo ninguna circunstancia. —Se mesó el pelo, presa de la frustración, y la miró con dureza

—. Cuando te vi con ese maldito caballo me pusiste los pelos de punta, y puedo entender que Rian quisiera matarte. —Se quedó callado, observándola, como si sopesara lo que iba a decir—. En realidad te pegó porque estaba desbordado. Lo sabes, ¿verdad?

—¿Qué? —Fue lo único que pudo decir, sin entenderle. Mucho menos cuando una enorme y sardónica sonrisa se extendió por sus bien delineados labios.

—Le haces sentir demasiado. —Darius pudo ver en su mirada confundida que estaba tan perdida como aparentaba. Porque *lady* Alexandria Sant Montiuie sin duda tenía sus defectos, pero la falta de sinceridad no era uno de ellos. Aquella muchacha era oro puro, y si Darian no era capaz de verlo, y mucho menos de valorarlo, era un completo imbécil—. Incertidumbre, celos, ansia, descontrol, rabia, miedo, deseo, posesión, todas son emociones desconocidas para él, que además no querría sentir. Le desestabilizas en todos y cada uno de los aspectos de su vida, y eso lo cabrea muchísimo, porque estás poniendo todo su mundo patas arriba. Aunque nada de eso justifica su forma de actuar contigo. Ni en el pasado, ni ahora.

—Te equivocas. No siente nada por mí, solo está rabioso porque no puede tocar mi dinero.

—Al principio sí. Pero se casó contigo de todos modos, ¿verdad? — Escuchar aquello ralentizó los latidos de su corazón hasta casi detenerlo.

—Espera, ¿qué significa eso?

—Que él ya sabía que no tendría acceso a tu succulenta dote cuando dio el *sí, quiero*. —Soltó con una mueca de complacencia ante su evidente estupefacción.

Darian se hallaba de nuevo sentado en uno de los travesaños del cercado, observando absorto a la mujer que cabalgaba en círculos sobre el brioso e intratable semental negro que nunca antes se había dejado montar por nadie,

ni siquiera por él mismo. Jinete y caballo se complementaban a la perfección, en una sucesión de movimientos fluidos y elegantes, como si conformaran un solo ser, único e indivisible. Aquel equilibrio habría sido impensable semanas atrás, días siquiera, y sin embargo, mirándoles en ese momento, pareciera que la armonía y la conexión existentes entre ellos había estado allí desde siempre.

—Cuesta creerlo, ¿no es cierto? —No tuvo que girarse para saber quién era. El pequeño agujijón que le pinchó el corazón, y que sin embargo le dolió como el envite de un elefante, fue aviso suficiente de que su antaño amigo se encontraba tras él.

—Aún espero que la tire al suelo de un momento a otro —se atrevió a confesar, ya que no había podido pensar en otra cosa desde que llegara y la viera a través de la ventana de su despacho. A decir verdad, tenía el cuerpo tan tenso, preparado para salir corriendo si eso llegaba a suceder, que le dolían todos los músculos.

—Te aseguro que no va a ocurrir. Tiene a esa bestia comiendo de su pequeña mano de hierro. En realidad se ha hecho con toda tu cuadra. —La noticia no le sorprendió. Ella tenía ese poder, el de embaucar a las personas con sus grandes ojos color miel, su deslumbrante sonrisa y su descaradas órdenes que no se molestaba en hacer parecer peticiones. Era pura vida, ardiente fuego e inquebrantable voluntad envueltos en unas exquisitas formas de mujer. Y en los quince días que llevaba fuera, *su* cuadra parecía otra. Apenas había puesto un pie dentro había comprobado que los cercados habían sido sustituidos por otros nuevos de un blanco tan níveo que hacía daño a los ojos, las construcciones se habían reparado y pintado, se había comprado material nuevo y los peones, bastantes más de los que había cuando se fue, lucían ropa nueva y silbaban y reían, contentos, como si pudieran oler la esperanza impregnada en el ambiente—. Es una mujer sorprendente —comentó Dar con cierto deje de admiración en su voz, como si le leyera el pensamiento. Aquello le molestó, aunque sabía que era por

completo merecido. Los cambios operados en las caballerizas en aquellos pocos días eran impresionantes, y tenía muy claro quién era la causante de todos y cada uno de ellos, pero el vizconde respetaba a muy poca gente, y era obvio que su esposa se encontraba entre las afortunadas. Se mantuvo en silencio, absorto en la joven vestida de verde que volaba sobre el caballo, con su larga y sedosa melena rubia ondeando al viento—. ¿Dónde has estado? — No se molestó en fingir que la grosera cuestión le molestaba. En otro tiempo la confianza entre ellos permitía cualquier pregunta, y él la habría contestado con toda naturalidad.

—Solucionando unos asuntos. —Omitió por supuesto que llevaba dos semanas apalancado en las mesas de juego de diferentes tugurios, apostando al todo por el todo, con el fin de sacar lo suficiente como para seguir tirando con su sueño unos meses más. Suspiró para sí, sin mostrar el cansancio que lo aquejaba. Y todo para nada. Porque su entrometida y muy capacitada condesa se había encargado de solucionar sus problemas. Despilfarrando dinero y contactos familiares con la misma facilidad con la que prodigaba encanto en los salones de baile de las mejores casas de Londres. «Ese dinero que derrocha sin límite en *tus* propiedades es suyo», tuvo que recordarse con los dientes apretados.

—Pues, de haber estado aquí, habrías tenido algo que decir en la elección de tus nuevos caballos. —Rian sintió el chasquido de su propio cuello al girarse con rapidez hacia su interlocutor.

—¿Qué quieres decir?

—Estoy convencido de que te haces una idea bastante exacta —contestó Dar sin ocultar cuánto estaba disfrutando de la situación que él mismo había creado, mirada furibunda del conde incluida.

—Dime que esa estúpida no ha ampliado las caballerizas sin mi consentimiento —exigió con la voz convertida casi en un gruñido.

—Pero, Stembland, ¿aún crees que hay algo en este mundo a lo que tu mujercita no se atreva? —preguntó con una sonrisa irónica, señalando con la

cabeza al frente. Cuando Darian se volvió se encontró con los ojos ámbar de su esposa fijos en él, mientras corría como un demonio en dirección a...

Apenas le dio tiempo a registrar el pensamiento y a abrir la boca para advertirla, cuando caballo y jinete saltaron por encima del alto cercado, rozando la madera con los cascos traseros. La cristalina risa femenina, mientras se alejaba a todo galope, se mezcló con la de su antiguo amigo, que le dio una fuerte palmada en el hombro antes de marcharse, casi enjugándose las lágrimas de regocijo de los ojos.

Él, en cambio, se quedó allí unos minutos más, incapaz de moverse, casi sin respirar, sabiendo que cualquier movimiento por su parte despertaría a la bestia que se moría por devorar a la frágil gacela que acababa de escapar de allí por los pelos.

Las enormes puertas de madera chocaron contra la pared con estruendo, y acto seguido se escucharon los lentos pasos de unas botas resonando contra el suelo.

—¡Alexia! —La aludida se sobresaltó y terminó tirando el cepillo al suelo —. ¡Sal de una puñetera vez, mujer, o te juro por Dios que desmontaré este sitio hasta que dé contigo! —La joven tragó con esfuerzo. La furia de su marido era tan tangible que le extrañaba que no hubiera incendiado los establos, y aunque se lo esperaba, la verdad era que estaba un poco nerviosa. Sopesó durante unos instantes seguir ocultándose en el box de Luc, pero el momento de cobardía le duró poco. Acarició el morro del caballo para tranquilizarlo y sin más salió al pasillo central, donde se encontró los llameantes y mortales ojos de Darian esperándola.

—Así que has decidido regresar.

—No a tiempo, por lo que veo. —Alexandria levantó una ceja, en gesto interrogante.

—¿Humm?

—¿Con qué autoridad has comprado más caballos?

—¿Con la que da el dinero? —Rian dio un paso hacia su mujer, pero se detuvo de inmediato, muy posiblemente recordando la última vez que perdiera los estribos con ella.

—No aquí. Esto es mío.

—Y si mal no recuerdo me pediste ayuda. —La mandíbula masculina se puso rígida.

—Te pedí dinero para mantenerlo a flote, no que te inmiscuyeras en el funcionamiento de la propiedad.

—No puedes tener lo uno sin lo otro, Rian, sobre todo si no estás aquí para tomar esas decisiones que tanto reclamas. —Le echó en cara en voz baja y suave.

—¡Bland Horse es todo cuanto me queda, maldita niña malcriada! ¡Y no permitiré que ni tú ni tus amigotes me lo quitéis, ni que echéis a perder el trabajo y el sacrificio de años!

—Nadie ha hecho eso. Hemos acometido las reparaciones más urgentes, contratado al personal indispensable para el tamaño de estas instalaciones y arreglado, o sustituido, el material necesario. La compra de los animales surgió de repente. Nash se enteró de una importante subasta en Tattersall, algo relacionado con un marqués que se había arruinado en una sola noche jugando a las cartas y que necesitaba vender sus caballos con rapidez. —Darian se la quedó mirando con la boca abierta. Había estado presente en aquella mesa de juego. Por suerte se había retirado a tiempo de la partida, consciente de que su mano no era lo bastante buena como para ganar, pero el marqués de Noritatte, un sesentón pasado de copas, se había dejado engañar por las frases empalagosas del bonachón de lord Prissmann, que en realidad le acicateaba sin parar para que siguiera bebiendo y apostando cada vez más fuerte, hasta que el pobre diablo había terminado perdiendo hasta la camisa. Él había sentido arcadas del proceder de aquel bastardo, pero eso no había evitado que a la noche siguiente regresara al tugurio con ganas de desplumar

a algún incauto, aunque nunca hasta aquel extremo. Había aprendido una dura lección con su mujer que no pensaba repetir. Y mientras tanto, su jodida esposa había estado haciéndose con la caballeriza del marqués, que dicho fuera de paso, era una de las más reputadas del país.

—¿Tienes los sementales de Noritatte? —preguntó en un susurro, solo para cerciorarse. Ella asintió.

—Y las yeguas. Y todos y cada uno de sus potrillos. Incluso hemos contratado al jefe de cuadras y a cinco de los mozos más experimentados. — Rian sintió que se mareaba. La emoción y la euforia se entremezclaron y comenzaron a correr por sus venas a una velocidad vertiginosa. Y lo que sentía debió de reflejarse en su expresión, porque una lenta sonrisa se dibujó en los preciosos labios de su esposa—. ¿Quieres verlos? —preguntó con picardía. Se acercó despacio a ella, disfrutando de los leves signos de agitación que le produjo su cercanía, como el leve parpadeo de sorpresa o la respiración agitada que precedió a los pequeños dientes que mordisquearon con nerviosismo su labio inferior. La agarró por la cintura y la presionó contra él, para que notara lo que le provocaba.

—¿Cómo consigues que todo brille a tu alrededor? ¿Qué parezca mejor y más intenso? —murmuró a escasos centímetros de su boca, muy consciente de ella como mujer. No le permitió responder, tenía demasiadas ganas de saborearla, después de los días que habían permanecido separados, y se zambulló en su interior húmedo y siempre cautivador como si de un oasis se tratara. No quería racionalizar que durante el tiempo que había estado fuera no había dejado de pensar en ella ni un segundo, que se había filtrado en su torrente sanguíneo como si de un potente narcótico se tratara, y que aunque había tenido múltiples ofertas para calentarle la cama durante todas y cada una de esas noches, las había rechazado todas, con la imagen de esos ojos color miel siempre presente, que se había apropiado de sus sueños nocturnos y lo habían despertado con sudores fríos y una erección de mil demonios—. Eres exquisita —gimió en su oído, instantes antes de meterse el lóbulo de su

oreja en la boca y succionarlo con fuerza, encantado con el estremecimiento que se apoderó del cuerpo de la joven.

—Rian... —La mano masculina aferró un puñado de terciopelo y tiró de él hacia arriba, desnudando el suave y firme muslo.

—Y yo que pensaba que habría que rescatar a la dama de las fauces de su fiero marido...

—Lárgate, Sambbler —escupió Darian apenas con un gruñido. Los ojos de ambos hombres se encontraron por encima de la cabeza de Alexandria, cuando el duque dejó de estudiarse las uñas. Su mirada burlona impactó de lleno en el estómago de su anfitrión, que se moría por partirle la cara y borrar ese gesto socarrón y prepotente, como si se hubiera comido al canario.

—Bueno, es que tengo que consultar unos detalles referentes al jardín con tu encantadora esposa.

—Hazlo en otro momento, maldita sea.

—Es que son unos detalles *muy* importantes. —Insistió el otro con gesto inocente. Y a un león no le pegaba nada ponerse a jugar con un tierno y rechonchito cervatillo, cuando en su naturaleza solo estaba devorarlo.

—Si no te largas...

—Hombre, si su señoría se ha dignado honrarnos con su presencia.

—El que faltaba —masculló Rian sin molestarse en bajar la voz.

—¿Te has cansado de conquistar Londres?

—No, Nash, es que ya tiene los bolsillos llenos. —Javo pasó por delante del conde y le susurró al pasar—. De momento. —La risilla maliciosa de Tresmaine tensó todos los músculos del cuerpo de Darian, pero la mirada alerta y especulativa de Alexia, antes de que su cuñado la besara en la mejilla, lo hizo hervir de rabia—. Te estaba buscando, cariño. Uno de los sementales de Noritatte tiene una infección importante en una de las patas que me preocupa, y ese medicucho no sabe distinguir su cabeza del culo. —La muchacha escondió una sonrisa ante la descripción de las habilidades del veterinario de su marido, aunque no sirvió de nada, porque este se dio la

vuelta, hecho una furia.

—¡Seritton!

—¿Milord? —Se escuchó a lo lejos.

—¿Dónde está ese puñetero caballo? —Todos le observaron atravesar el establo a grandes zancadas, su rabia siguiéndole como una gran lengua de fuego. Una vez que desapareció de la vista, Alexia se giró hacia ellos, con los brazos cruzados y los ojos entrecerrados.

—¿Por qué seguís atacándole sin piedad?

—El muchacho lo pide a gritos —explicó Dem sin remordimientos. Nashford asintió, demostrando su acuerdo.

—Reconozco que es divertido. —Javerston hizo una mueca ante la expresión enfadada de la joven—. Tiene que reaccionar, cielo, o a tu matrimonio le quedan apenas dos vales. —El hombre apretó los dientes ante el evidente gesto de dolor que se reflejó en la mirada ámbar, sobre todo cuando el idiota de Tresmaine alzó la mano con un único dedo alzado. Aún así no suavizó sus palabras. Como el excelente hombre de negocios por el que se lo conocía, era un experto poniendo al adversario contra las cuerdas—. O explota o se adapta. Y más vale que sea lo segundo, porque el negro no le queda bien a tu piel de alabastro. —La mujer lo estudió durante un minuto sin decir palabra. Después se acercó a él y, alzándose de puntillas, le dio un beso en la mejilla. Hizo lo mismo con los otros dos caballeros presentes, que la observaban con sendos ceños fruncidos.

—No cambiéis nunca, por favor. —Tardó dos minutos en encontrar a su marido, que según le dijo el jefe de cuadras había examinado al animal herido y había salido por la puerta de atrás. Tenía la espalda apoyada contra el edificio y la cabeza alzada hacia el cielo, aunque sus ojos permanecían cerrados. Parecía cansado, como si llevara el peso del mundo encima de sus hombros—. ¿Cómo está el caballo?

—¿No has ido a comprobarlo por ti misma? Con lo que te gusta controlarlo todo y a todos —contestó sin mirarla. Aquella vez no dejó que le afectara su

respuesta cortante, similar a las que repartía a diario, duras e hirientes. En ese momento lo vio como a un hombre herido que se defendía con las palabras, porque a menudo estas tenían el poder de alejar a la gente con más efectividad que los puños, y dejaban una huella imperecedera.

—Solo he cuidado de tu sueño mientras has estado ausente —le dijo en voz muy baja. Él bajó la cabeza para observarla, y aunque fingió que su respuesta no lo afectaba, detectó la sombra de la curiosidad en los iris verdes. «Este es uno de esos momentos en los que no debes hacer caso al descontrolado impulso que a veces se apodera de ti y te empuja a hacer locuras, y mantenerte a unos buenos tres metros del borde del precipicio», se dijo con el corazón desbocado, perdida en aquella mirada profunda e hipnótica. «No saltes, no saltes, no saltes...»—. También es importante para mí. —Darian se separó de la construcción y se acercó despacio, casi sofocándola con su varonil presencia. La estudió durante mucho tiempo en silencio, como si quisiera encontrar algo en ella que estaba seguro de que no obtendría con una simple pregunta.

—¿Qué quieres decir?

—Esto, Bland Horse —explicó, abarcando con las manos cuanto les rodeaba, segura de que no le permitiría salir airosa de aquella situación sin contárselo todo. Y a fin de cuentas, ¿qué sentido tenía esconderlo?

—¿Y por qué iba a serlo? —Quiso saber, confundido.

—Porque por fin encuentro algo por lo que quiero luchar —se atrevió a confesar, por primera vez asustada ante algo. Porque de repente comprendió lo valioso que era para ella aquel pedazo de tierra, y todo lo que contenía. Y no quería perderlo—. Antes me has llamado malcriada, y no podías estar más equivocado. He llevado la vida que siempre han planificado para mí, incluso me casé para conformar a mi familia y a los dictados de la sociedad, pero siempre me ha faltado algo, algo que me hiciera sentir útil, necesitada. Plena. Y tus caballerizas me aportan los retos y las satisfacciones que necesito. —Rian la miraba absorto, sin salir de su asombro.

—¿Quieres trabajar aquí? ¿Adiestrando caballos? —preguntó, porque no estaba seguro de haberla comprendido. Su mujer levantó la barbilla en ese ángulo imposible de mantener y lo miró con fiereza.

—Sí.

—Pero...

—Soy buena. Sé lo que hago. Quizá mis métodos no sean muy ortodoxos y me falten todos tus años de experiencia, sin embargo obtengo resultados. Pregunta a tus hombres. —Rian pensó que estaba preciosa cuando se ponía arisca. Y no hacía falta que fuera en busca de esas respuestas, Seritton ya le había cantado las hazañas de *milady* mientras examinaba al semental. Prácticamente le había jurado amor eterno, y el buen hombre tenía más de sesenta años.

—Rólagh tiene razón. Esa pata no tiene buen aspecto. —Los ojos de la joven se iluminaron al comprender lo que aquellas simples palabras significaban, mientras que una deslumbrante sonrisa, más preciosa y espléndida que el mismo sol, se dibujaba en sus labios—. Lo que sí que no voy a tolerarle...

—Verdaderamente no fue una buena elección —dijo. Ambos sabían que se refería al miserable matasanos que rondaba la propiedad borracho como una cuba cuando tenían suerte, inconsciente en algún rincón sin determinar, sumido en los vapores del alcohol la mayoría de las veces.

—Fue todo lo que me pude permitir —admitió el hombre con la vista de nuevo clavada en el cielo.

—¿De ahí el comentario de Javo? —Quiso saber ella. El conde se metió las manos en los bolsillos, y su intensa mirada verde la atravesó igual que un rayo.

—Siempre quieres saber demasiado.

Después de aquello las cosas cambiaron en Bland Park. Darian aceptó la

propuesta de su esposa de colaborar en el funcionamiento de las caballerizas, y se hizo habitual verles a ambos entrenando a los caballos, atendiendo a las yeguas, jugando con los potros, e incluso repartiendo heno o limpiando los boxes.

El conde se dijo que lo hacía por agradecimiento, porque era la fortuna de ella la que mantenía en marcha aquello, y porque había conseguido unos ejemplares dignos del mismísimo rey en la subasta. Fiel a su instinto de supervivencia, hizo oídos sordos a su conciencia, que le insistía sin piedad en que no era su continua presencia en la propiedad, ni sus extraños pero incuestionables conocimientos sobre los animales, ni el buen ambiente de trabajo, de repente mucho más cómodo y cálido, lo que le gustaba de tenerla allí. Aunque aquel convencimiento se diluyó un tanto mientras la veía paseando por el jardín en compañía de sus hermanas y Elora, y admiraba su esbelta y curvilínea figura envuelta en un vestido del color de los melocotones a juego con una chaquetilla corta y entallada. Estaba para comérsela, pensó, imaginando que le quitaba hasta la última prenda en la intimidad de su dormitorio, a pesar de haber disfrutado de sus muchos encantos hacía menos de dos horas, sin ser consciente de la mirada hambrienta con la que la seguía, ni de la sonrisa tierna instalada en su rostro.

—¿Eres feliz? —Alexia dejó de leer la lista de suministros que el jefe de cuadras le había entregado para su aprobación y miró a Lena. Después sus ojos se posaron durante un segundo en Mara y Elora, que hablaban sobre las reformas que Darius estaba llevando a cabo en la sala de baile, y terminaron perdiéndose en los bosques de abetos y robles.

—No puedo quejarme. —El bufido exasperado de su hermana la escoció, pero no permitió que resultara evidente.

—Esa no es la respuesta que deseo.

—Entonces dime las palabras que quieres y te las repetiré una por una.

—A veces es tan frustrante tratar contigo... —se quejó la joven, enfadada.

—Es que no sé qué decirte —admitió en voz baja. Los segundos se extendieron sin que ninguna de las dos dijera nada, y al fin Alexia volvió la cabeza para mirarla. Para su sorpresa, solo encontró amor y comprensión en los ojos cobalto, como si el torbellino de emociones que se agitaba en su interior sin orden ni concierto fuera algo demasiado obvio para ella—. Todo va bien. Este sitio es maravilloso, y cuando termine la remodelación ninguna otra mansión podrá comparársele.

—Es cierto. Es sorprendente lo que ese hombre ha conseguido hacer en tan solo dos meses. Está claro que si por un revés de la vida lo pierde todo, nunca pasará hambre. —La beldad rubia dejó escapar una risita. Imaginó a su amigo como el decorador de la flor y nata de Inglaterra, haciendo caso omiso a las indicaciones de reyes y duques para seguir siempre su propio criterio y dejarles encantados con el resultado, aunque enfurruñados.

—El vizconde Crassdanl siempre caerá de pie. —Estuvo de acuerdo. La mirada fija de su hermana le dijo que esperaba que reanudara la conversación. Suspiró—. Lo que quiero decir es que me encanta estar aquí, y que descubrir las cuadras ha sido lo mejor que me ha pasado nunca. Tú sabes que siempre he tenido una afinidad especial con los animales, y poder trabajar con ellos me hace sentir bien. Me he dado cuenta de que mi vida anterior no me llenaba, Lusi.

—Lo sé, cariño. De ahí que siempre te hayas revuelto contra todo y contra todos. —La joven la miró, asombrada por sus palabras—. Tú siempre has querido más, Alex. No sabías conformarte con lo que la vida te deparaba, con las estrictas reglas de la sociedad, con tu papel de mujer sumisa y complaciente. Tú querías ser un hombre, disponer de su libertad de acción, de su poder ilimitado, de sus ansias por conquistar. Al fin y al cabo tenías su empuje, su coraje, su valentía, su misma necesidad de comerte el mundo. —Cogió su mano por encima de la mesa y la apretó—. Vivir con papá fue más duro para ti que para nosotras, porque su tiranía te obligaba a reprimirte para

evitarnos problemas. —Alexia inspiró con fuerza, consciente de las miradas fijas de las otras dos mujeres, que hacía rato que habían dejado de hablar. A veces odiaba formar parte de una familia tan unida, que se quería tanto. A la sombra de esa terraza no existían los secretos, no había nadie que no supiese todos y cada uno de los pensamientos de las otras personas que ocupaban la mesa. Y tampoco ninguna de ellas se rendiría jamás sin estar segura de que las otras tres eran felices y estaban a salvo de todo peligro.

—Aquello ocurrió hace mucho tiempo —dijo, a pesar de que apenas había sucedido unos meses atrás.

—Por supuesto —terció Ailena, porque todas estaban de acuerdo en mantener cerrada esa puerta—. Lo que me sorprende es que entre los muchos cambios que has tenido en tu vida últimamente, no hayas mencionado a tu flamante marido.

—Lo has notado, ¿verdad? —preguntó con una mueca de fastidio, que fue seguida de una sonrisa por parte de su interlocutora, reflejada en las caras de las otras damas presentes.

—Como para no hacerlo —comentó Amarantha, enfrascada como siempre en sus escritos, que desde su sitio podía ver que llenaban ya varias hojas.

—No he intentado tirarme a su cuello en los últimos dos días, así que podría decirse que nuestro matrimonio va viento en popa. —La carcajada de la dama de compañía hizo sonreír al resto, incluida la propia Alexandria.

—Vamos, de un tiempo a esta parte todo es sonrisas y miel entre vosotros... Si solo hay que ver el tiempo que pasáis encerrados en vuestro dormitorio. —La joven se atragantó con la limonada que estaba bebiendo y, cuando se recuperó del ataque de tos, miró furibunda a Elora.

—¿Has oído hablar de la discreción?

—Sí, ¿y tú? —le retrucó cruzándose de brazos—. La pared de mi habitación es la misma que la tuya. —Alexandria miró horrorizada a Lena, quien asintió con vehemencia antes de contestar.

—Uno nunca cree que sus gritos puedan escucharse. Siempre son los de las

demás...

—Ay, Dios, mi vida íntima expuesta frente a mi familia... —Entrecerró los ojos—. ¿Qué estás escribiendo ahí, Mara?

—Oh, nada... Solo tomo unas notas...

—¿Sobre esta conversación?

—Bueno, es imperativo que no cometa los mismos errores que vosotras... —Aquella zona del jardín se quedó en silencio, roto solo por el trinar de los pájaros. La más joven de las Sant Montieu levantó la vista de su apretujada letra y se encontró tres pares de ojos observándola con incredulidad—. Tengo una memoria excelente. —Afirmó, mientras dejaba la pluma y enlazaba las manos entre sí, mirándolas con candidez, indiferente a sus ceños fruncidos.

—Es obvio que vuestra relación por fin se ha encauzado —admitió Elora—. Y aunque la desaparición de la frustración sexual de Stembland ha ayudado considerablemente a que eso suceda, estaréis de acuerdo conmigo en que los cambios van mucho más allá. —Alexia volvió a perder su mirada en los altos y centenarios árboles de enfrente, consciente de las miradas de su familia sobre ella, sabiendo que esperaban una respuesta por su parte. Una que no podía darles, porque no se atrevía a enfrentarse a sí misma para llegar hasta ella. Sí, las cosas habían mejorado mucho entre ellos durante el último mes, tanto que a veces le costaba creerlo. Darian parecía otro hombre, era atento, complaciente y amistoso. Le consultaba los asuntos de Bland Horse y la felicitaba por sus logros, fascinado por ese vínculo invisible que tenía con los animales. Se mostraba menos arisco con su familia y amigos, e incluso parecía más tranquilo con la cuestión del dinero. Y todas y cada una de las noches la buscaba, con pasión y descaro, para reclamar sus derechos. Y durante aquellas horas hasta el alba, nada salvo ellos dos importaba. Eran solo un hombre y una mujer que se necesitaban con desesperación y anhelo, que se amaban en el silencio y la tranquilidad del anochecer, que disfrutaban del placer de sus cuerpos y se solazaban en brazos del otro. Y sin embargo, inexplicablemente, todo aquello no era suficiente. Ailena tenía razón. Ella

siempre quería más.

—El problema radica, Elo —explicó la marquesa, sacándola de su reflexión—, en que mi hermana pretende el corazón del dragón. —Y ahí estaba. Una simple frase que resumía lo que se había negado a admitir incluso ante sí misma. Solo que no tenía nada de simple. Se enfrentó a su hermana consciente de la inquietud que mostraban sus propios ojos.

—¿Lo quieres, Alexia? —preguntó Mara en tono dulce. Inspiró con fuerza, mientras sentía reverberar las palabras en su cabeza, como si se negaran a marcharse.

—No lo sé —terminó admitiendo, con los hombros caídos.

—¿Es por eso que no le has dicho que esperas un hijo suyo? —La joven jadeó ante la rotunda afirmación de Lena. Después miró a las otras dos y no vio ningún signo de sorpresa.

—¿Lo sabíais?

—Pues claro. Te recuerdo que yo también estoy embarazada. Reconozco los síntomas. —La beldad morena puso los ojos en blanco ante su expresión de extrañeza—. Náuseas, cansancio, necesidad de dormir, aumento del apetito...

—Además, Nancy es una chismosa —explicó Amarantha para regocijo de Elora—. A tu doncella le faltó tiempo para contarnos que no te había venido la menstruación cuando debía.

—Eso también —acordó la marquesa con una sonrisa.

—¿Y por qué no me habéis mencionado nada?

—Porque queríamos que nos lo contaras tú, cielo.

—Yo... no esperaba que ocurriera tan pronto. Estoy un tanto sobrecogida aún. Lo siento. Sois lo más importante para mí, no quise haceros a un lado.

—Y no lo has hecho. Entendemos tu necesidad de guardarlo para ti durante un tiempo.

—Gracias.

—¿Y a él, cuándo vas a decírselo? —preguntó Elora con mirada seria.

—Eso supondrá un problema.

—¿Por qué? ¿Darian no quiere tener herederos?

—La verdad es que nunca hemos hablado de ello. Me refiero a que cuando se entere querrá que abandone todo lo relacionado con Bland Horse. —La joven se levantó y caminó hasta el borde de la terraza, con la vista fija en el horizonte, en dirección a las caballerizas. Por supuesto, no se veían desde la mansión, pero podía visualizarlas como si se encontrara allí en ese momento. De hecho, las sentía correr por sus venas, como si formaran parte de ella. Se giró hacia las mujeres—. Y no voy a consentírselo.

—Alexandria... —comenzó Lena, sabiendo a dónde conduciría aquello.

—No pienso pasarme la vida dos pasos por detrás de mi marido, siempre a sus órdenes, esperando que tenga a bien velar por mi seguridad y el bienestar de mis hijos. Soy inteligente, autosuficiente, y si se niega a que continúe en las cuadras, abriré otras por mi cuenta.

—Acabáis de enterrar el hacha de guerra. No creo que sea buena idea volver a iniciar los enfrentamientos —terció Elora, en un intento por calmar a la muchacha, lo cual sabía por experiencia que nunca era fácil—. Además, en tu estado, es normal que quiera que te cuides... —Se calló cuando los fieros ojos ámbar la perforaron.

—Alex. —La aludida se giró hacia la marquesa, dispuesta a rebatir también sus argumentos—. ¿Y si esperas a ver qué te dice Rian? Puede que su respuesta te sorprenda.

Darian sentía un nudo en el estómago del tamaño de su puño. Aún seguía estático en el jardín, a un par de pasos de adentrarse en la terraza, con Dar a su izquierda, mudo como una estatua, posiblemente disfrutando como un enano de su visible turbación. Cogió una gran bocanada de aire, para tranquilizarse, pero sobre todo para tener algo que hacer, algo aparte de entrar en ese espacio repleto de mujeres y ponerse a gritar como un energúmeno.

Porque gritar era lo único que le permitiría no pensar. Notó un movimiento casi imperceptible a su lado y miró al vizconde de soslayo.

—Felicidades. Supongo —le susurró con el ceño fruncido. La verdad era que agradecía que no le rebozara por la cara toda aquella situación.

—¿Tú crees? —preguntó con una mueca.

—¿Deseas ese hijo? —le preguntó a cambio. No tuvo que pensarlo. Las palabras salieron por sí solas con la fuerza de una bala disparada a bocajarro, aunque las dijera en un murmullo.

—Más que nada en el mundo. —Darius sí sonrió entonces y, por primera vez en mucho tiempo, puso su mano sobre su hombro y apretó, un gesto amistoso que realmente había echado de menos.

—Si te paras a pensar en lo que ella ha dicho, sabrás lo que tienes que hacer.

Capítulo 11

El hombre de pelo rubio oscuro reclinado en la valla admiraba cómo la mujer, con una suave orden, conseguía que la a menudo irritable yegua levantara la pata delantera por encima del pecho y comenzara un ligero trote. Los movimientos estaban tan sincronizados y eran ejecutados con tal perfección, que Darian siempre sentía una ligera opresión en el corazón cuando contemplaba una escena como aquella. Y saber que era su esposa la que había adiestrado a aquel animal en particular, lo llenaba de orgullo.

—¿Te lo ha contado ya? —Se giró y apoyó el brazo derecho en la parte superior del cercado, sonriendo con desenfado.

—¿Después de todo este tiempo vas a jugar al amigo fraternal y comprensivo? —La cara del vizconde se volvió roja y mostró toda la rabia que había estado conteniendo durante aquellos meses.

—Faltaste a tu honor y a tu nombre, y no te detuviste hasta arruinar a una muchacha inocente y de excelente reputación. —Le echó en cara con furia, a pesar de no ser la primera vez que hacía aquellas acusaciones.

—No tan excelente —se vio obligado a recordarle, más por pura maldad que por otra cosa.

—Cabrón arrogante... No hay nada que justifique lo que hiciste.

—Perder todo lo que tienes sería una gran excusa. Y ser asediado por los prestamistas y los tenderos, no tener con qué pagar a tu gente, verte obligado a desprenderte de las cosas que han pertenecido a tu familia durante

generaciones, fingir que vives a lo grande mientras no tienes ni un penique en el bolsillo, sentir el miedo clavándosete en las tripas, esperando el momento en que todo explote y la gente que te llama amigo te escupa al pasar. Y el hambre. El hambre siempre es importante. —La voz se le había ido endureciendo según enumeraba cada nueva adversidad. Y sin embargo, se mantenía sereno, como si no estuviera hablando del punto de ruptura de su hasta entonces cómoda e irreflexiva existencia.

—¿Cómo pudiste permitir que el conde llegara a esos extremos? —preguntó Darius con voz queda.

—Ignorancia, estupidez, soberbia, despreocupación... Hay tantas razones... —La mirada de Darian se perdió en la figura grácil de su mujer, que seguía inconsciente de la presencia de los dos hombres a pocos metros de ella—. No hay más ciego que el que no quiere ver. —Se giró de nuevo hacia su interlocutor, el dolor y la frustración marcando sus facciones—. Y a veces, cuando al fin abres los ojos, ya es demasiado tarde para recuperar tu vida.

—Pudiste haberme pedido ayuda. —Rian esbozó una sonrisa triste, detectando perfectamente la nota herida que subyacía bajo las palabras.

—¿Y qué querías que hiciera? ¿Contarte que estaba en la más absoluta de las miserias y suplicarte que me prestaras una ingente cantidad de dinero que nunca sería capaz de devolverte?

—Sí. —La fuerza de aquella única sílaba lo obligó a retroceder un paso. Lo miró, horrorizado, porque aquello que le ofrecía era impensable, y porque acababa de comprender que había perdido mucho más de lo que pensaba.

—Yo nunca te hubiera pedido algo así.

—¿Y sin embargo fuiste capaz de secuestrar a una dama de buena familia de las puertas de su casa para obligarla de la forma más rastrera a casarse contigo con el único fin de apoderarte de su fortuna? ¿Fuiste capaz de forzarla en circunstancias poco claras para asegurarte su esquivo «sí»? ¿Y fuiste más que capaz de destruir su honra públicamente en un último intento de envolverla en las redes del matrimonio y no separarte de su cuantioso

monedero?

—¡No la conocía! ¡Y habría hecho cualquier cosa por salvar lo poco que quedaba de mi mundo! ¡Por Solett! —La expresión de Dar se suavizó en cuanto aquel nombre salió de sus labios. Entonces una risa pura y cristalina llegó hasta ellos, y su mirada se vio atraída por la joven rubia que acariciaba el morro de la yegua blanca mientras le daba alguna chuchería por seguir todas sus instrucciones.

—Bien, ahora es tu mujer. Has comprendido que es una joya de incalculable valor. Y va a darte un hijo. ¿Qué piensas hacer al respecto? —Darian se pasó las manos por el pelo, desordenándolo, mientras intentaba recomponer sus defensas.

—¿Es necesario que haga algo? —El vizconde lo miró con intensidad, y una sombra de pena que el conde detestó en el instante en que la reconoció como tal asomó a sus ojos marrones.

—Si no lo sabes, es que eres idiota. —Rian lo vio marcharse con una sensación agrídulce, pues aunque la distancia insalvable que se había instalado entre ellos desde que fijara su objetivo en la mayor de los Sant Montiué parecía haberse reducido algo durante el tiempo que llevaban conviviendo en Bland Park, y apostaba que aquella última media hora también había contribuido a ablandar el corazoncito de su otrora amigo, sentía que la confianza inquebrantable que este tenía depositada en él había desaparecido para siempre. Dejó escapar un suspiro, lo único que se permitiría como muestra de pesar y duelo por las cosas a las que había asumido que tendría que renunciar para conseguir un bien mayor.

—Estás muy meditabundo. ¿No te gusta cómo lo está haciendo Sheyla? ¿O soy yo? —Levantó la vista y se enfrentó a los preciosos ojos color miel, en los que se apreciaba un brillo de diversión que le devolvió el buen humor al instante. No quería que su esposa fuera una de esas pérdidas irreparables de las que se arrepentiría toda su vida.

—Las dos estáis dando un buen espectáculo. —La ceja femenina se alzó

con sorpresa e insolencia, como era su intención.

—¿Y eso?

—La elegancia y el arte siempre son dignos de ver —aclaró, disimulando una sonrisa al percatarse del rubor de placer en sus mejillas provocado por los elogios.

—Oh. Gracias. Aunque aún le queda bastante para que esté lista.

—Tendrás que pasársela a alguien para que termine con su adiestramiento —comentó con naturalidad, observando cómo el animal parecía tranquilo después del ejercicio. Ella frunció el ceño, con la mirada también puesta en la preciosa yegua.

—¿Y eso por qué? —Darian se giró hacia su esposa, apoyándose de lado en la valla.

—Porque no vas a querer que esté sin entrenamiento hasta que nazca el bebé. —Alexia se volvió hacia él con un jadeo ahogado, los ojos enormes en un rostro blanco como la cera.

—Tú... lo sabes...

—Tú... no me lo has contado.

—Precisamente por esto. —Adujo ella, señalando al animal. Su marido abrió la boca, incrédulo.

—Ni siquiera tú puedes pretender seguir montando caballos sin adiestrar estando embarazada.

—No voy a consentir que me recluyas en casa como una inválida. ¡Me iré a otra caballeriza, si es necesario! —De dos zancadas Rian se plantó a su lado y, cogiéndola por los brazos, la pegó a él. Su mirada furiosa luchó contra la encolerizada de su mujer.

—Sí, ya he oído de tus grandes planes de largarte por tu cuenta si no consigues salirte con la tuya... —Un breve vistazo a su succulenta boca y todo estuvo perdido. Se zambulló en ella preso del enfado, la decepción y la amargura. Pero también porque no podía pasar mucho tiempo separado de ella. Su lengua recorrió cada recoveco de aquella gruta oscura y salvaje,

como su dueña, la saboreó con ansia y desenfreno, con cierta dureza también, y el lastimero gemido que salió de la garganta femenina solo sirvió para avivar una necesidad que nunca se consumía. Lamió sus carnosos labios, esa vez muy despacio, como si se despidiera de una amante complaciente, y se separó lo justo como para disfrutar de su mirada embelesada—. ¿Quieres saber por qué te elegí a ti? —La sintió tensarse en el mismo momento en que pronunció las palabras, pero era una reacción esperada—. Te escogí porque rompías con la monotonía, porque llamabas mi atención como una llama a la polilla, porque eras la más rebelde, bravucona, orgullosa, atrevida, presuntuosa, arrogante y locuela jovencita con la que me había encontrado jamás, y me volvías loco cada vez que nos veíamos. Porque me provocabas dolor de cabeza, y corría como un tonto a por más. Porque eras un escándalo andante, cuando yo necesitaba discreción y silencio, y no me importaba nada con tal de tenerte. Porque habiendo disfrutado de tantas mujeres, eras tú la que quería tener cada noche en mi cama. Porque estaba seguro de que podría buscar durante años, y nunca encontraría a nadie como tú. Te elegí porque ninguna otra me provocaba nada de eso. —Alexia estaba muda, quizá por primera vez en su vida, demasiado estupefacta para hacer algo más que mirarlo fijamente—. No quiero dominarte, Dría, pero el bienestar de ese niño y el tuyo, ahora mismo, son mis prioridades.

—No voy a... —Intentó ella, en voz baja y débil, todavía impresionada.

—Se acabó el montar hasta después del parto —la interrumpió—. Y tendrás que ir disminuyendo tus funciones según vaya avanzando el embarazo. No te lo estoy ordenando —le dijo, cuando vio su expresión—. Sabes que es lo que hay que hacer. Y no te he dicho que no puedas seguir con tu trabajo, solo que aminoras y que no os pongáis en riesgo. Pero te aseguro que si una sola vez cometes una estupidez por tu desmedida sed de libertad, tomaré cartas en el asunto. Y no te gustará, Dría —avisó. El matrimonio se mantuvo la mirada durante mucho tiempo, en una batalla silenciosa de voluntades de acero. Después de un rato la joven asintió, y su esposo se tragó una sonrisa

complacida, sabiendo cuánto le había costado aquella concesión. Al fin y al cabo, era una cuestión de principios para ella negarle cualquier cosa—. ¿Tenemos un trato, condesa?

—Lo tenemos, conde.

—Tengo por costumbre sellar mis pactos con un beso. Los considero sin validez en caso contrario. —La ceja femenina se alzó ante la sonrisa descarada y canalla del hombre.

—Cállate y bésame, tonto.

—Por fin solos. —A pesar del nudo que tenía en la garganta, Alexia esbozó una sonrisa ante la voz casi cantarina de su marido, repleta de tanto alborozo como de esa socarronería tan típica suya.

—Pues yo voy a echarlos mucho de menos —comentó compungida—. Me había habituado a tenerlos por aquí.

—¿En serio uno puede acostumbrarse a... *eso*? —preguntó con incredulidad, cabeceando hacia la media docena de coches que se alejaban en dirección a Londres. La joven le propinó un codazo en las costillas y se rió cuando él fingió un daño mucho mayor al que le había ocasionado. Aprovechando su distracción, la agarró por la cintura y la estrechó contra su cuerpo, olisqueando su cuello con deliberada lentitud—. Lo mejor de quedarnos solos en este mausoleo es que ya no tendremos que recluirnos en nuestro dormitorio para hacer el amor. Se me antoja algo del todo irresistible estrenar cada habitación de la casa. Y no tengo que recordarte la cantidad de dependencias que hay... —Alexandria soltó una carcajada e intentó escabullirse del apretado abrazo, aunque este se cerró aún más fuerte en torno a ella.

—Tenemos más criados que en el palacio de Buckingham, así que lo de ir deambulando por los pasillos como Dios nos trajo al mundo no me parece muy factible. —Darian se quedó repentinamente quieto, aunque seguía sin

soltarla. Ella alzó la cabeza para encontrar su mirada esmeralda y se quedó sin aliento ante la pasión descarnada que reflejaba.

—¿Quieres que lo probemos? —preguntó con la voz enronquecida.

—Estás loco —susurró, nerviosa y anhelante, aún en contra de su voluntad.

—Estoy excitado —contradijo—. Como siempre que estoy contigo. Y ahora mismo solo puedo pensar en tenerte desnuda y oírte gritar, me da igual dónde.

—Darian, pero si estuvimos juntos hace... —Miró por encima de su hombro para echarle un vistazo al reloj de pie que había en el vestíbulo, y abrió los ojos con incredulidad—, una hora y media. —El conde asintió con solemnidad a la vez que fruncía el ceño.

—¿Es mucho trote en tu estado? —El bufido, a mitad de camino entre el desdén y la risa, provocó una sonrisa ladeada en el hombre, que sin previo aviso la cogió en brazos y se dirigió hacia las escaleras a grandes zancadas.

—¿Qué estás haciendo? —rezongó, aunque a la queja le faltaba mucho peso y ambos lo sabían.

—Celebrar las delicias de la intimidad. Y en consideración a tu delicada condición, y a ese pudor que tanto me fascina, volveremos a nuestro dormitorio, donde escucharé esos maulliditos tan sugerentes que siempre profieres desde la magnífica cama. Espero que sepas valorar mi constante preocupación por tu bienestar y comodidad, querida —comentó, muy serio, según abría la puerta y casi se daban de bruces con la criada, que estaba a punto de salir con un montón de ropa sucia entre los brazos—. Humm, no hay nada como disfrutar de mi esposa a media mañana entre sábanas frescas y perfumadas —le explicó a su mujer en tono íntimo y susurrante antes de alzar la mirada y fijarla en la sirvienta, para terminar guiñándole un ojo con descaro. Ni siquiera esperó a que terminara de salir corriendo, escandalizada y roja como un tomate, antes de echarse a reír como un crío.

—¡Darian! —lo regañó, aunque tuvo que morderse el carrillo por dentro para no imitarle.

—¿Qué? Solo he dicho la verdad. Y que conste que he sido bueno, tu otra alternativa de pasearnos desnudos por la casa mientras inauguramos el resto de habitaciones era más de mi estilo.

—Mi... —La lengua masculina en busca de sus húmedos secretos le impidió continuar con sus quejas. Cuando se separó de ella, no tenía ni idea de qué era lo que había querido reivindicar—. No más palabras. Ahora quiero hacerte mía. —La depositó con cuidado sobre la cama recién hecha, y volvió a apoderarse de sus labios en un beso hambriento, tan cargado de promesas que Alexia se sintió mojada en un abrir y cerrar de ojos, necesitada de las atenciones que solo su marido podía brindarle.

Rian era un hombre indómito, apasionado y generoso en la intimidad, y no había nada que le pareciera prohibido, vergonzoso o demasiado atrevido. Como tirar con fuerza y prisa de sus faldas, subiéndolas hasta su cintura, y enterrar la cabeza entre sus muslos, gruñendo de satisfacción cuando la encontró mojada y temblorosa.

Se apresuró a desvestirla, y tardó aún menos en desnudarse él, disfrutando de la expresión ansiosa de la joven. Acto seguido volvió a su posición inicial y, sin permitirle un respiro, la lamió despacio y a conciencia, procurando alargar el momento tanto como le fuera posible, incluso cuando ella tironeó de su pelo, nerviosa y acalorada, suplicando en silencio que le diera aquello que tanto necesitaba. Sonrió para sí, encantado de poder domar a la fierecilla aunque fuera durante unos breves instantes, consciente de que cuando se recuperaba se lo haría pagar caro. Y también de que estaría más que dispuesto a sufragar cualquier precio que ella le impusiera.

La sintió tensarse y espació las pasadas de su lengua, provocando que casi le arrancara los mechones que tenía enredados entre los dedos. Y entonces, el pequeño y dúctil cuerpo se estremeció, y el gemido gutural, música celestial para sus oídos, rompió la calma de la mañana, recordándoles que estaban vivos, que aquel momento era suyo, y que aún quedaban horas para el almuerzo.

—No me has esperado —susurró contra su boca, antes de besarla con pasión. Alexia le devolvió el beso, cargado de anhelo y gratitud, sin guardarse nada de sí misma.

—Como si me hubieras dado opción.

—Ya sabes la regla de oro de todo caballero, querida. Las mujeres y los niños primero. —La carcajada de su mujer provocó que una sonrisa traicionera asomara a sus labios. La permitió salir mientras se colocaba en su entrada—. ¿Seguimos? —Ella lo miró con ojos chispeantes y alzó las caderas hacia él, sin inmutarse por la ceja que se alzó en respuesta.

—Por favor —aceptó. La sensación de tenerle dentro, grande, grueso, y ardiente, se le antojó tan indescriptible y única como siempre, y no pudo evitar soltar un suspiro que a todas luces sonó a rendición. Procuró no pensar en ello y disfrutar de aquel acto de entrega mutua, de confianza extrema y de belleza terrenal. Los movimientos suaves de la pelvis masculina la encendieron de nuevo, y se lanzó a su boca como si estuviera sedienta.

—Despacio, pequeña. Quiero que dure.

—Y yo te necesito... —La lengua en su oreja, hurgando con descaro, se llevó la última brizna de su autocontrol, a la vez que provocó que media docena de escalofríos bajaran por su espalda hasta sus testículos.

—Joder... —Agarró sus nalgas, la alzó contra él y embistió su cuerpo con desesperación—. Maldita seas, Dría. Siempre es como tú quieres...

—Ohhh... —jadeó la joven entre una acometida y otra—. Supongo que te estás quejando, ¿no?

—Por supuesto. Lo estoy pasando realmente mal... —Alexia se aferró a su marido mientras gritaba su nombre, sintiendo que todo su ser se fragmentaba ante la fuerza de su orgasmo. Un momento después Darian la siguió, emitiendo un gruñido bronco y tensándose a su alrededor. Cuando pudo calmarse, la pegó a su cuerpo y acarició distraído su larga y sedosa melena—. La próxima vez yo decidiré cómo haremos el amor.

—Me parece bien. Que no se te olvide, marido. —Los labios masculinos

bajaron por su cuello, mientras una de sus manos se aventuraba entre sus muslos.

—Lo estoy recordando, esposa...

Alexia se deslizaba por las escaleras como si levitara. Se sentía ilusionada, pletórica... feliz. Y sabía que el causante de su estado de ánimo estaba en alguna parte de la casa. Esos meses de golpes constantes, de interminables obras, de extraños entrando y saliendo a todas horas habían tenido una finalidad, devolverle el lustre y el esplendor a aquella magnífica propiedad. Pero también, entre todos, familia y amigos, habían construido los pilares de la relación entre su marido y ella, aquellos que terminarían fortaleciéndose con el paso del tiempo y harían de ese un matrimonio duradero y sólido. Y quizá el amor llegaría cuando menos lo esperaran, deseó, frotándose el liso vientre.

Escuchó la voz de Rian en el vestíbulo, y con una sonrisa se dispuso a bajar los últimos escalones.

—Gracias, Porlan. Eso será todo. —Con un pie en el último peldaño lo vio abrir un sobre y empezar a leer su contenido. Su rostro no tardó en convertirse en piedra, y su mandíbula se quedó rígida de tanto apretarla entre sí. Se mantuvo allí, al pie de la escalera, sopesando si acercarse, pero la expresión cada vez más cerrada y oscura de su rostro la obligó a quedarse donde estaba. Cuando terminó de leer la carta, la estrujó con fuerza, haciéndola una bola, y levantó la cabeza, encontrando su mirada extrañada. Darian fabricó una sonrisa que no se creyó y caminó hacia ella, guardándose las hojas aplastadas en su tenso puño, en el bolsillo de la chaqueta—. Cariño, estás aquí.

—¿Me querías en algún otro sitio? —Él frunció el ceño más si cabía.

—No. Claro que no. ¿Has dormido bien?

—Poco —admitió con una sonrisa pícaro, a la que Rian respondió con otra

más deslucida, y hasta tensa—. ¿Ocurre algo?

—En absoluto. —Enfrentarse a su mirada directa, fría e implacable, y saber que la estaba engañando, le produjo un dolor sordo en el corazón, no obstante se obligó a permanecer indiferente, sintiendo un sudor frío bajando por su espalda, mientras mantenía la sonrisa congelada en el rostro—. Pero voy a tener que ausentarme unos días.

—Ya veo —se limitó a decir. Se giró para marcharse, sin embargo la mano masculina sobre su brazo le impidió alejarse.

—Solo son negocios, Dría. Algo inesperado que me obliga a ir a Londres. Volveré antes de que te des cuenta. —Ella bajó la mirada a esa mano, que lentamente se soltó, y cayó inerte al lado de su cuerpo.

—Bien —fue lo único que dijo antes de dejarlo solo en el enorme vestíbulo.

«Si me caigo del caballo y me rompo la crisma será solo culpa mía», se repitió por enésima vez en lo que llevaba de recorrido. Había partido con bastante prisa, sin apenas disponer de tiempo para preparar lo más básico, pero salir tras su marido era primordial, si quería enterarse de adónde se dirigía. Había dicho Londres, y aunque se creía esa parte de la historia, era una ciudad muy grande para encontrarlo sin más datos.

Como la idea de seguirlo lo bastante cerca como para no perderlo era irrisoria, se le había ocurrido otra, no menos estrafalaria, tenía que admitir. Soltó una risita complacida al recordar su travesura, y el monumental enfado de Darian cuando la herradura suelta terminara de caerse y tuviera que detenerse en alguna de las casas vecinas a pedir ayuda. Eso le proporcionaría el tiempo necesario para esperarlo en la casa de la ciudad, y poder seguirlo desde allí hasta su destino final. No quiso ponerse a pensar en lo que haría si no pasaba por la mansión primero, porque entonces no le quedaría más remedio que darse la vuelta.

El viaje fue largo y tedioso, sobre todo porque su cuerpo se empecinaba en

recordarle que estaba esperando un hijo, y aunque quería cabalgar como una posesa para evitar que ese rastrero y mentiroso judas la alcanzara, debía tomárselo con más calma, aunque dudaba que él opinara que se estuviese cuidando, habida cuenta de cómo se comía los kilómetros.

La ciudad apareció ante ella igual que un oasis, y suspiró aliviada. Ya no le quedaban fuerzas en el cuerpo. Apenas pudo ordenarle a la yegua que llegara hasta la verja de la casa, y casi se quedó dormida encima de la montura durante las dos horas que tuvo que esperar a que apareciera. Pero cuando lo vio, escondida en el estrecho y oscuro pasillo entre dos de las más lujosas viviendas del acaudalado barrio, se espabiló enseguida, segura de que faltaba poco para enterarse de qué era lo que había afectado tanto a Rian al leer esa dichosa carta.

En efecto, treinta minutos más tarde volvió a salir, pero esa vez utilizando uno de los carruajes. Lo siguió a cierta distancia, con el corazón atronándole de incertidumbre, sin reparar por dónde iban. Cuando se detuvo frente a una elegante fachada de piedra blanca hizo otro tanto, cuidando que no la viera si le daba por mirar en su dirección.

La puerta lacada en negro se abrió pocos segundos después de que él llamara, como si hubieran estado observando tras las cortinas de alguna de las habitaciones y lo hubieran visto llegar. Y cuando la mujer morena, joven y preciosa, se echó en brazos de Darian, el impacto fue tan grande que se tambaleó sobre el caballo. Tuvo que sujetarse con las dos manos a la silla y respirar hondo, y aún así un ligero mareo se apoderó de ella, haciendo que el mundo girara descontrolado a su alrededor y que el contorno de su visión se emborronara, aunque no lo suficiente como para no darse cuenta de que ese hijo de puta estaba correspondiendo al abrazo en plena calle.

Para el momento en que la puerta finalmente se cerró tras ellos, una rabia hirviente y espesa, como nunca en su vida había sentido, le recorría el cuerpo entre fuertes espasmos.

Rian espoleó a Trislott, con la esperanza de llegar a casa antes de que Alexia se hubiera acostado. Necesitaba verla, oler su característico aroma de mujer, saber cómo había pasado esos pocos días en que habían estado separados, acariciar su vientre para comprobar si al fin había crecido algo, hacerle el amor despacio y por mucho rato.

Apenas esperó a que el caballo frenara para bajarse de un salto y recorrió a grandes zancadas la distancia que lo separaba de la entrada. La puerta, por supuesto, se abrió sin que tocara el tirador, y entró como una tromba en el vestíbulo casi a oscuras.

—Señoría... —Se dio la vuelta con impaciencia.

—¿Porlan?

—Verá, milord, la señora...

—Sí, ¿dónde está la señora? —preguntó con irritación, mirando el final de las altas escaleras, como si pudiera conjurarla por pura fuerza de voluntad.

—Ella... no está. —La dura mirada verde se clavó en el hombrecillo enjuto que llevaba al menos treinta años trabajando para su familia.

—¿Qué estás tratando de decirme?

—*Lady Stembland* se marchó el mismo día que usted. No se encuentra en la casa —se vio obligado a añadir el mayordomo ante el examen estupefacto de su señor.

—¿Dejó dicho dónde iba? —Nada en su tono dejaba traslucir la vorágine de emociones de las que era presa, su imagen impasible rota tan solo por una abultada vena en el cuello, a punto de estallar.

—No. —Le dio la espalda, decidido a encerrarse en su estudio, donde la provisión de las bebidas era más abundante—. Pero ha recibido una carta. Del marqués de Rólagh. —Aquello, por supuesto, lo hizo girarse de inmediato.

Sus ojos siguieron la dirección de la mano enguantada, y se quedaron mirando la puñetera carta durante interminables minutos, dudando si cogerla o simplemente mandarla quemar. Estaba seguro de que no le iba a gustar lo

que encontrara dentro, pero la agonía de no saber lo estaba matando.

Con una blasfemia que hizo enrojecer al pobre Porlan, aferró el sobre con violencia y arremetió contra la puerta de su estudio, sin detenerse hasta que llegó al mueble repleto de botellas de distintas tonalidades. Sin pensárselo mucho eligió una, le daba igual lo que contuviera, solo necesitaba anestesiarse antes de enfrentarse a lo que pusiera en aquella maldita carta, y después de servirse una generosa copa la bebió del tirón. La rellenó sin darse cuenta, mientras observaba el sobre con el emblema del marqués, como si fuera una serpiente venenosa.

Se dirigió al escritorio y se tiró en el sillón, dejando la bebida a su derecha, cerca, por si acaso. Rompió el lacre e inspiró hondo, después de mirar de reojo el contenido ambarino de su vaso.

Mi buen amigo Stembland,

Ya sabía yo que terminarías jodiéndolo todo. Reconozco que has tardado más de lo que esperaba, les debo diez libras a Nashford y a Demian. Dar no quiso jugar, dijo que era como robarle los caramelos a un niño, y que le hacía sentirse un malnacido.

Supongo que a estas alturas lo tienes claro, pero me proporciona un inmenso placer restregarte que tu mujercita te ha abandonado. Ojalá estuviera allí para verte la cara de idiota, pero tengo que quedarme aquí, cuidando de cierta joven rubia embarazada. Sin mencionar a la morena, también en estado de buena esperanza. Tanta hormona revolucionada me supera, la verdad.

Te aconsejo que te quedes en tu nueva casa y no aparezcas por aquí, porque le he prometido a mi mujer que si veo tu fea cara dispararé a matar. Alexia ni se ha molestado en mencionarte, después del fiasco que has montado.

En fin, me gustaría mucho seguir con este agradable monólogo, pero las damas —y esta casa está atiborrada de ellas— me reclaman con preocupante asiduidad. Creo que echaré mano de todo el Club de los

Seductores para poder descansar un poco de tanto ajetreo. Empiezo a sentirme viejo.

Te diría que te vaya bien, pero no preveo que eso vaya a ocurrir.

Au revoir.

J L D A

«Actualmente, el mejor amigo de tu mujer».

Darian se quedó con la vista clavada en la escasa media página que sujetaba con fuerza en la mano, sin ver en realidad lo que había escrito. Las palabras se arremolinaban en su cerebro sin encontrarle ningún sentido, a pesar de estar esforzándose por desenmarañar aquel galimatías.

¿Por qué lo había abandonado Dría? Todo iba bien entre ellos antes de marcharse a Londres. La última noche juntos había sido... «maravillosa», la palabra acudió a su mente con la velocidad de un rayo. «Admítelo, amigo, esa mujer te tiene comiendo de su mano». Desechó esa ridiculez sin considerarla siquiera, porque se parecía demasiado a los lloriqueos de un idiota enamorado, y él no creía en esas tonterías románticas tan propias de su esposa. Presa de la frustración y la ira, dio un puñetazo contra la mesa, y buena parte del líquido se derramó sobre la madera y le salpicó la chaqueta. Ni se inmutó. Siguió mirando la carta, seguro de una sola cosa.

Iba a enterarse de qué iba toda aquella broma.

Y después traería de vuelta a su rebelde esposa. De los pelos si era necesario.

El asustado mayordomo se echó hacia atrás de forma apresurada antes de que el caballero, a todas luces descontrolado y furioso, lo arrollara sin contemplaciones.

—Se...

—¡Alexandria! —Darian se quedó quieto un momento en medio del

opulento vestíbulo, atento a cualquier señal que delatara la presencia de su mujer. Después, comenzó a andar, sin importarle que tuviera que registrar la casa, habitación por habitación.

—Sabía que todo este escándalo tenía que ver contigo. Me olía a mierda de caballo desde mi despacho. —El conde se giró en redondo para encararse con el dueño de la mansión, que lo miraba con profundo desprecio apoyado en el quicio de una de las puertas.

—Entrégame lo que quiero y no tendrás que verme más que otro par de minutos, como mucho.

—Tu esposa no es una propiedad, como una de tus yeguas.

—Y aún así vendrá conmigo. —La sonrisa burlona de su interlocutor le hizo rechinar los dientes.

—¿Lo hará?

—No sé de qué va todo esto, pero... —Un ruido a sus espaldas, proveniente de las escaleras, lo distrajo. Se dio la vuelta, con la esperanza de que fuera ella, sin embargo trastabilló hacia atrás un par de pasos ante lo que sus ojos le mostraban, y su mente no conseguía aceptar—. ¿Solett? ¿Qué... estás haciendo aquí? —musitó, sobrecogido.

—Rian. —La joven se echó en sus brazos, y él los ciñó en torno a su suave cuerpo, tan familiar y a la vez tan ajeno—. Qué raro verte tan pronto.

—Sí, qué raro —comentó el metomentodo del marqués, separándose de la puerta y acercándose a ellos—. Sobre todo porque hemos convivido varios meses y no te has preocupado de tu hermana ni una sola vez.

—No te metas en esto, Rólagh —avisó en tono acerado.

—¿O qué?

—O no te gustarán nada las consecuencias. —Los dos se miraron desafiantes, la tela de sus chaquetas a medida casi rozándose.

—Si no me falla la memoria, y no me falla, la última vez que tú y yo medimos nuestras fuerzas, terminaste hecho unos zorros, tirado en el suelo y rodeado de tu propia sangre.

—En esa ocasión, no me defendí, porque merecía cada uno de tus golpes. Pero ten por seguro que esta vez recibirás más de los que conseguirás encajar.

—Jajaja. Sigue soñando, Stembland. ¿O quieres que lo comprobemos?

—Si insistes...

—Basta. —Los dos hombres se giraron en dirección a la voz, solo para constatar que las dos mujeres, una rubia y la otra morena, parecían bastante enfadadas por su despliegue de hombría.

—Cielo, solo estoy honrando la promesa que te hice. Este patán ha profanado mi casa con su tufo a jamelgo. —Darian dedicó una mirada reprobadora a su hermana antes de registrar que la leve risita había partido de ella. Se guardó su estupefacción para sí mientras se enfrentaba a las damas.

—Señoras...

—Déjate de tonterías, Rian —le soltó Ailena sin contemplaciones—. Estoy muy furiosa contigo. Y aún más decepcionada.

—¿Por qué? —se sintió impelido a preguntar, ya que no entendía nada de aquella situación.

—¿Por qué? Tú...

—Lusi. Por favor, dejadnos solos. —La aludida estudió a su hermana mayor durante un minuto entero en completo silencio antes de asentir.

—Vamos, Solett, es un buen momento para pedir el té.

—Pero...

—Después podrás verlo. Supongo que tendré que soportarlo un rato más.

—Muy generoso por tu parte, cuñada —comentó él con acidez.

—Dadas las circunstancias debieras estarme agradecido, sí. —La mirada dolida de la joven le escoció más que cualquier insulto de su marido, sobre todo porque no sabía qué había hecho para merecerla—. Javerston, tú también tomarás té.

—Ni hablar. —El bufido exasperado de la dama no pareció impresionar a nadie, mucho menos al hombre moreno de ojos marrones que la miraba con porte altivo desde su más de metro noventa, sin un solo parpadeo. Y sin

embargo, la leve sonrisa divertida que acompañaba a ese escrutinio y el brillo cariñoso de su mirada era todo lo que se necesitaba para saber que aquel individuo, a menudo controlador y despiadado, haría cualquier cosa que ella le pidiera—. Pienso quedarme a cuidar de Alex.

—Alexandria no necesita dos gallitos en día de pelea, sino cantarle las cuarenta a su marido. Así que haz el favor de acompañarme. Me duele aquí —se quejó, señalándose la parte baja de la espalda. Su marido se acercó a ella de inmediato.

—¿Dónde? —Los tres se marcharon mientras las quejas de la marquesa iban apagándose. El silencio se apoderó del vestíbulo y se convirtió en algo denso y oscuro alrededor de las dos personas restantes. Alexia levantó la cabeza y enfrentó la mirada enfadada e interrogante de su esposo.

—No debiste haber venido.

—¿Qué? —preguntó sin poder creerlo—. ¿De verdad pensaste siquiera por un instante que podías abandonarme con una simple carta del cretino de tu cuñado y que lo aceptaría sin más? ¿Que no querría saber los motivos? —Se detuvo un segundo, con la vista clavada en su vientre—. ¿Que no lucharía por mi hijo?

—Yo no... —La cogió entre sus brazos, privándola de la oportunidad de seguir hablando, de pensar.

—Eres mi esposa. Hasta que la muerte nos separe. Ese hijo que llevas en tu seno es mío. No voy a hacerme a un lado caballerosamente solo porque tú hayas decidido que se acabó. Al menos no sin saber por qué. —La joven le propinó un fuerte empujón y Darian permitió que escapara de su agarre.

—Maldito desgraciado. Sabes muy bien por qué. Ahora márchate. Y no te molestes en volver. No cambiaré de opinión.

—Estás muy equivocada si piensas que voy a consentir que mi hermana y tú... —La estentórea carcajada lo obligó a callarse, aunque le costó un triunfo y molerse las muelas.

—¿Consentirme? ¿Tú? ¿En qué mundo se encuentran esas dos palabras

juntas? —Él fue hacia ella.

—Estás yendo demasiado lejos con esta charada...

—No estoy jugando, Darian. Solett y yo nos quedaremos aquí, al menos hasta que ella se recupere. —Las facciones del hombre se convirtieron en piedra en cuestión de un segundo.

—¿Qué quieres decir?

—Sé que no está bien...

—Por supuesto que no está bien. Lleva así meses. Sufre de tristeza y depresión agudas, por eso la mantengo alejada de la sociedad, para que no la despedacen.

—Pero tenerla aislada no le conviene. En los escasos días que lleva aquí ha mejorado mucho. Ha hablado un poco, incluso ha sonreído. Si no fuera por esas terribles pesadillas... —Rian dio un paso atrás, su rostro blanco como la cera.

—¿De qué hablas?

—De sus sueños. Son... espeluznantes. Tan reales, tan terroríficos. La afectan tanto...

—¿Sabes con qué sueña? —le preguntó en un mero susurro.

—No, ella no es capaz de hablar aún de ello, y lo que dice no tiene sentido para mí, pero espero que confíe en nosotros pronto. Estoy segura de que si se deshace de esa carga, empezará a recuperarse. Darian, ¿te encuentras bien?

—Sí, ¿por qué lo preguntas?

—Estás... pálido, y parece que hayas visto un fantasma.

—No digas tonterías. Puede que esté un poco cansado, al fin y al cabo llevo días a lomos de un caballo, primero encargándome de los negocios y después tras la estela de mi díscola esposa. —Las palabras contenían tanta amargura como cólera reprimida, y a pesar de su propio enfado, la joven sintió cierta tristeza por aquello del pudo ser y no fue.

—Rian...

—Déjalo, ¿quieres? A decir verdad, me has hecho un favor. —Ella lo miró

extrañada—. Me temo que en esa visita a Londres he disfrutado de todo lo que la ciudad me ha brindado. —Alexia se lo quedó mirando fijo, sin reacción aparente—. Entiendes lo que quiero decir, ¿verdad, querida?

—Me hago una idea. —Él se acercó, pegó su cuerpo grande y caliente al suyo, y le susurró al oído.

—No me vale con que te hagas una idea. Ella es perfecta, dentro y fuera de la cama, pero dentro el placer que me brinda es tan sublime que no consigo controlar mi erección durante todo el puñetero día. —Dicho eso se separó muy despacio, sus traidores ojos verdes evaluándola en todo momento.

—¿Y qué estás haciendo aquí? —exigió saber, orgullosa del tono de indiferencia y frío desdén que logró imprimir a su voz. La ruda carcajada masculina se clavó en su corazón, pero también consiguió ocultarle eso.

—Ningún hombre aprecia que su esposa lo abandone, pero ya que estamos en este punto, me pareció apropiado que lo supieras todo, por si cambiases de opinión y decidieras regresar...

—Eso no ocurrirá nunca. Se acabó, ¿me oyes? Cualquier cosa que pudiera existir entre nosotros ha muerto. Prepárate para las habladurías, porque no tardarán en correr como la pólvora.

—Contigo por medio es seguro. El escándalo te pisa los talones, querida. Solo era cuestión de tiempo que te alcanzara.

—A mí no me preocupa. Pero ¿y al conde de Stembland? —Los pasos que se acercaban al vestíbulo impidieron que este contestara a aquella última pulla. *Lady Rólagh* e *Isolett* aparecieron cogidas del brazo, y la imagen de su hermana con una suave sonrisa en los labios y aquella sorprendente chispa de vida iluminando sus ojos verdes le paralizó el corazón durante unos segundos. Su razón de existir, aquella pequeña niña triste y perdida, se acercó a él, lo abrazó con fuerza, y el aire volvió a entrar en sus pulmones.

—¿Vas a volver a marcharte? —Darian levantó la cabeza y sus ojos se encontraron con los ámbar de su mujer, que no mostraban más que empatía y ternura hacia la muchacha apretujada contra él.

—No, esta vez no. —Solett se separó lo suficiente como para poder mirarlo a la cara.

—¿Te quedas aquí, con nosotros? —Negó con la cabeza, aunque suavizó el gesto con una sonrisa.

—No cariño, me alojaré en nuestra casa. —La miró, serio—. ¿Quieres quedarte aquí, Sol? —Aquel apelativo cariñoso, que apenas utilizaba ya porque era demasiado mayor y la avergonzaba, palabras textuales de ella, les hizo sonreír a ambos.

—No quiero que te enfades. Me gusta estar aquí, con ellas. Me recuerdan... —Su hermana se mordió el labio mientras un rictus de dolor se adueñaba de su rostro—. Y Javo me agrada. Me cuida, pero también me... empuja, con suavidad y cuidado, aunque siempre con una meta en mente.

—¿La de que te caigas? —preguntó con rabia.

—La de que reaccione. La de que deje de estar perdida, la de que no permita que el pasado me venza. Él está decidido a que sea yo quien gane esta batalla. —Rian la miraba descompuesto, con un nudo tan grande en la garganta que apenas podía respirar. Tragó con fuerza y alzó la vista hacia las otras dos damas, constatando que se hallaban lo bastante alejadas como para no poder escucharlos.

—Nunca habíamos hablado de esto.

—Porque no podía. Ni tú tampoco. Por eso necesito quedarme aquí. Ellos... me ayudan, son especiales, diferentes. Y el resto del Club de los Seductores también. —El gruñido masculino la obligó a sonreír.

—No irás a enamorarte de ninguno, ¿verdad?

—Claro que no, son todos demasiado viejos para mí. —La carcajada de su hermano resonó en el amplio y desnudo vestíbulo, y subió por el hueco de la escalera.

—Esa es mi niña. ¿En serio te gusta Rólagh? —preguntó con voz incrédula.

—¡Estás abusando de mi hospitalidad, voy a llamar a los perros! —El grito del marqués se escuchó con claridad desde algún punto no muy lejano de la

casa, como si estuviera cómodamente arrellanado, por si hiciera falta su presencia. Aquello lo molestó, pero también lo reconfortó que cuidara tanto de las mujeres.

—Tengo que irme, princesa. —Ella asintió y besó su mejilla.

—Esperaré tu visita.

—No dudes que será pronto —le prometió en voz alta, aunque sus ojos estaban fijos en Ailena. Esta suspiró.

—Supongo que tendré que tolerarte, por el bien de Solett, pero no esperes más que una fría cortesía por mi parte. La traición no es bienvenida en mi casa, y tú has cometido el peor de los engaños. —Después de esas acaloradas palabras se dio la vuelta y se marchó. Su hermana le dio otro apresurado beso y, diciéndole adiós con la mano, salió corriendo tras ella. Cuando se perdió de vista sus ojos buscaron a su esposa, que permanecía callada, observándole.

—¿De qué demonios iba todo eso? —Quiso saber, haciendo un gesto hacia el lugar por el que había desaparecido la morena hecha un obelisco. Pensó que no iba a contestarle, pues los minutos se sucedieron en completo silencio mientras esa mirada del color de la miel clara, implacable e indescifrable, se clavaba en la suya como un puñal en pleno corazón.

—Supongo que es su modo de llamarte al orden por tener una continua erección a causa de otra mujer que no es tu esposa. —Alexia permitió que una sonrisa de suficiencia a florera ante la cara de asombro de él—. Sí, querido, mi hermana, como el resto de nosotros, estábamos al tanto de que eres un perro infiel. Ahora sal de mi casa antes de que te una patada en tu sarnoso culo. —Darian se limitó a mirarla, sin abrir la boca, y no pudo más—. ¡Fuera! —Y solo cuando la puerta se cerró con extrema suavidad tras el conde de Stembland, ella se dejó caer al suelo y permitió que el primero de muchos gemidos de pura agonía rasgaran el aire, abrazada a la criatura que comenzaba a crecer en su interior, sintiéndose sola y rota.

Capítulo 12

Alzó la botella y la llevó una vez más a su boca, sin importarle que el abrasivo líquido resbalara por sus labios y le manchara la arrugada camisa blanca.

Estaba muy borracho, y esa era la mejor noticia de los últimos dos días, desde que saliera de aquella puñetera casa y su mundo comenzara a derrumbarse. Volvió a echar otro trago, esa vez más largo, con la esperanza de que consiguiera lo que las anteriores botellas no habían podido. Anestesiarlo, sumirlo en tal sopor que no fuera capaz de abrir la puerta que después de tanto tiempo vislumbraba entreabierta. Él la había mantenido cerrada a cal y canto, esforzándose porque no escapara ningún fantasma, pero una muchachita, con su dulzura y su generosidad, y ayudada por su séquito de estúpidos amigos, iban a destruir ese condenado trozo de madera como si de simple papel se tratara.

Juró por lo bajo, había que ver de lo que era capaz la jodida bondad. Se pasó la mano por el pelo, y casi estrelló la botella contra la pared cuando se dio cuenta de que le temblaba.

Tenía miedo. Incluso podía olerlo. La noticia de su ruina económica sería una mera reseña en comparación con lo que tenía guardado bajo la alfombra. Y la llave para airearlo a los cuatro vientos la tenía Solett. ¿Por qué Amelia no le había dicho que seguía sufriendo pesadillas cada noche?

Dejó caer la cabeza contra el frío cristal de la ventana, sin sentir el fuerte

impacto contra su frente. Alexia podía descubrirlo todo si entendía lo que su asustada hermana balbucía perdida en aquellos atroces sueños, por eso se había inventado la estúpida excusa de la amante solícita y aceptado la separación, porque cuando todo estallara a su alrededor —y estaba claro que tarde o temprano lo haría—, no la quería a su lado. Deseaba que para ese entonces la alta sociedad la hubiera desvinculado por completo de él, para lo cual la historia de su abandono por infidelidad le venía de perlas. Así había una probabilidad de que su basura no la salpicara, que esa vez, el enorme escándalo que él iba a protagonizar apenas la rozara. No quería arrastrarla con él en su caída, no de nuevo. Ya le había hecho bastante daño en el pasado, y en esa ocasión se juró que pasara lo que pasara, la mantendría al margen de su mugre. A ella y a su hijo.

El dolor que llegó con aquel pensamiento lo obligó a doblarse en dos, incapaz de aceptar por un momento que la estampa que su cerebro se empeñaba en conjurar, la de una familia tirada en el suelo de la terraza, disfrutando de una apacible y cálida tarde de verano, jugando con muñecos de madera, no fuera a hacerse realidad.

Pero aquel sacrificio era necesario para mantenerlos a salvo. Y no había nada, *nada*, que no estuviera dispuesto a hacer por proteger a los suyos.

Se terminó la botella de un trago y tanteó en la oscuridad, en busca de una base donde dejarla. El estruendo de cristales rotos anunció que no lo había conseguido, y que había bebido demasiado. Dejó escapar una carcajada rabiosa y cargada de desprecio. Qué distinto sería todo si su propio padre hubiera pensado como él, primero en ellos, y no solo en su propio placer personal.

Su mirada se perdió en las sombras alargadas que la luna llena dejaba entrever ahí y allá, y su mente embebida en alcohol se retrotrajo a otra noche, tiempo atrás, concretamente casi diez meses antes...

Se bajó furioso del caballo y maldijo cuando casi se cayó de boca en el duro suelo, a las puertas de la casa de sus padres. Estaba muy borracho,

aún más cansado, y sin un penique en el bolsillo. Y era esa última razón por la que se hallaba en Bland Park a las dos de la madrugada, en estado de embriaguez y de pésimo humor. Se había pasado la noche en un garito de mala muerte, acicateado por la peor pandilla de jaraneros y delincuentes, que resultaba que eran sus mejores amigos, jugando partida tras partida de póquer. Y perdiéndolas todas. El resultado, claro estaba, era que se había fundido su asignación del mes. Y la del siguiente también.

Así que allí estaba, con el orgullo machacado, igualito que su hígado, tras haber tenido que fortalecerse con varias botellas de brandy para la desagradable tarea que tenía por delante. Pedirle dinero al conde.

Detestaba pedirle nada a su padre, pero si no quería morir de hambre los próximos dos meses no le quedaba más remedio que arrastrarse y suplicar. Al fin y al cabo se lo había buscado él solito. Y aunque no le importara pasar necesidades durante un tiempo, nunca pondría en peligro las caballerizas.

Aquel pensamiento reforzó su decisión, y con un cuadro de hombros bastante patético, ya que prácticamente iba zigzagueando por el camino de entrada, se acercó a la puerta, la cual no se abrió antes de llegar, como ocurría siempre. Esperó unos segundos, con el ceño fruncido, y cuando fue evidente que aquel milagro que daba por hecho esa vez no ocurriría, rezongó y utilizó el tirador.

Un minuto después, buscaba sus llaves en sus numerosos bolsillos, jurando por lo bajo y preguntándose si conseguiría reconocerlas en caso de encontrarlas.

«¡Ajá!», se felicitó con el manojito en la mano, segundos antes de desinflarse, porque a saber cuál de todas era la de la puerta principal. Le llevó tres minutos dar con ella, y cuando se abrió, estaba más que enfurruñado. «La paga. Piensa que necesitas el dinero», se recordó, parado en medio del vestíbulo, mientras sus ojos se adaptaban a la

oscuridad reinante.

No se escuchaba un solo ruido, y se imaginó que estarían todos durmiendo. Lo mejor sería esperar a la mañana para abordar al viejo, pero quería zanjar ese asunto cuanto antes, a primera hora quería ir a Tattersall a elegir una yegua de cría y necesitaba tener resuelto aquello, así que subió la larga escalera hacia el dormitorio principal y se quedó en el umbral, vacilante, frente a la puerta abierta de par en par. El vello de la nuca se le erizó sin razón aparente, mientras el corazón aumentó sus latidos hasta que creyó que le explotaría en el pecho. Estaba oscuro, y el silencio seguía inundándolo todo, y sin embargo la sensación de fatalidad, de eminente desastre, se le atascaba en la garganta como una gran bola de fuego que le quemaba por dentro.

No fue consciente de adentrarse en la habitación, pero cuando quiso darse cuenta estaba al lado de la gran cama de sus padres, con la respiración tan alterada que tuvo que aferrarse a una de las gruesas columnas de madera para no dejarse vencer por el mareo. Porque aquel característico olor metálico que se le había metido en la nariz nada más entrar lo estaba torturando, igual que las cortinas echadas de la cama. Alzó una mano, que le temblaba descontrolada, y comenzó a correrlas muy despacio. Los ojos se le abrieron con incredulidad y horror, y el damasco dorado y ocre comenzó a caer, mientras sus dedos, cerrados como garras en torno a él, tiraban con fuerza y lo arrancaban de sus sujeciones.

—Mamá... —Apenas un susurro estrangulado, lo único que su dolorida laringe le permitió. Las piernas le cedieron, y cayó de rodillas al suelo, sin entender cómo su dulce y amada madre lo miraba desde unos ojos espantados y sin vida, con un cuchillo clavado en el corazón, la mejor y más pura parte de ella. Observó hipnotizado la sangre que había manado de la herida, y que había empapado la tela blanca de su casto camisón de algodón, y permaneció así, ahogado por las lágrimas, sin poder

recobrase, durante interminables minutos, permitiendo que aquella agonía lo consumiera, le arrebatara la poca cordura que le quedaba.

Un débil ruido lo obligó a parpadear, pero no quiso reaccionar, deseaba seguir inmune a lo que ocurría a su alrededor, como si así pudiera fingir que aquella pequeña punzada que se filtraba en su conciencia no llamaba su atención. No gritaba lo suficientemente alto como para que se la escuchara entre el tumulto y el caos de su dolor y su tormento, que apenas dejaba espacio para el raciocinio. Miró una vez más el rostro transfigurado de la mujer que le había dado la vida y que lo había amado como nunca nadie más lo haría, y se limpió la cara con la manga de la chaqueta.

Y la difusa idea cristalizó.

Se levantó con torpeza y echó a correr como si su vida dependiera de ello.

«Por favor, por favor, por favor...» suplicaba en silencio mientras se acercaba a su destino. «Te lo ruego, Dios mío, no permitas que ella también...».

Abrió la puerta de una patada, y la imagen que lo recibió le cortó la respiración. Sin tiempo para calibrar la situación se abalanzó sobre su padre, que a horcajadas sobre su hermana de quince años, sostenía un puñal por encima de su cabeza, preparado para hacerle lo mismo que a la condesa.

Los dos hombres cayeron de la cama y rodaron por el suelo, luchando por el control del arma. Darian no estaba en la mejor de las condiciones, con litros y litros de alcohol fluyendo por sus venas y un incipiente estado de shock apoderándose de su colapsado cerebro, pero no podía permitir que el conde lo venciera, porque supondría la muerte de Solett y la suya.

Con el rabillo del ojo detectó movimiento en la cama, y esa distracción sirvió para que Marlon lo empujara con violencia contra una de las cuatro columnas. La cabeza le estalló de dolor, y se tambaleó, aturdido,

antes de caer al suelo, con la visión borrosa y las arcadas amenazando con obligarlo a vomitar. No vio venir el golpe, pero el impacto del fuerte y duro cuerpo de su padre contra él, derribándolo, le vació el pecho de aire, y antes de poder coger más, vio el cuchillo sobre su rostro, a escasos centímetros de su cuello. Levantó los brazos e intentó con todas sus fuerzas detener el avance de la hoja, que se acercaba inexorable a su destino, mientras los ojos de su del conde, desesperados y negros en su obsesión, lo miraban impertérritos.

—Padre... —gimió apenas sin voz, en un intento por llegar hasta él, sin entender aún qué estaba pasando. Un deje de humanidad surgió de entre las profundidades de esa mirada muerta y perturbada, mostrando un dolor agudo y una agonía sin límite.

—No hay otra opción... —aseguró con la voz rota, a la vez que hacía fuerza con todo su cuerpo para descargar el golpe mortal, aquel que acabaría con la vida de su primogénito.

Darian pensó que aquello sería el final, estaba al borde del desmayo, y ni siquiera con el pensamiento de que al caer él, su hermana sería la siguiente, pudo encontrar las energías para contrarrestar el impacto del arma. Y con un suspiro derrotado esperó la puñalada.

Sin embargo lo que sintió fue el peso muerto del cuerpo de su padre al caerle encima, y durante unos breves segundos, se conformó con quedarse allí, con los ojos cerrados y respirando con dificultad, medio aplastado por los más de noventa kilos inertes sobre él. Después se obligó a reaccionar, se lo quitó de encima, y su mirada recayó de inmediato en la pequeña figura vestida de blanco con los ojos desorbitados de terror. Y en el enorme atizador de hierro que aferraba entre sus diminutas manos, del que escurrían pequeñas gotas de sangre, cuyo color parecía negro en la oscuridad de la habitación.

Se levantó con mucho esfuerzo, y trastabillando se acercó a la figura pálida e inmóvil, que lo observó con una mezcla insana de pánico,

incomprensión, rabia, vulnerabilidad y vacío. Y fue aquel vacío, que nunca hasta entonces había estado en la expresión de esa exuberante mirada, lo que más le impactó.

—Solett...

Darian cogió otra botella, lanzó el tapón hacia atrás y dio un trago largo, agradecido de la quemazón que sintió en todo el recorrido del maldito líquido. Era *whisky*, y aunque prefería con mucho el *brandy*, si hubiera sido matarratas se lo hubiera tragado igual.

Esa noche necesitaba anestesiarse, calmar el dolor agónico que traían consigo los recuerdos. Y conseguir sobrevivir al día siguiente. Por Solett, por él mismo, suponía.

Intentó volver a cerrar la puerta de los recuerdos, cauterizar las heridas y pasar página, pero supo que esa noche sería imposible. Aún podía ver los perturbados ojos de su hermana, tan repletos de horror y trauma, fijos en él, con una muda pregunta para la que no tenía respuesta.

Descubrir que el servicio tenía la noche libre había sido la única buena noticia del día, y después de asegurarse de que Isolett estaba todo lo bien que podía esperarse dadas las circunstancias, metió a sus padres en uno de los carruajes, subió a la muchacha al pescante con él, y salieron de la ciudad intentando pasar desapercibidos. Era tarde, y se camuflaron bien con sus ropas oscuras, cubiertos con las capuchas de sus capas, y amparados en la bendita niebla que nunca parecía desaparecer del todo en Londres.

Darian no se detuvo hasta que casi cayeron por aquel dichoso barranco, y aún así permanecieron durante un tiempo interminable mirando el vacío, sin atreverse a bajar, ni a terminar la tarea que habían ido a realizar. Los pensamientos pasaban por sus mentes sin terminar de plasmarse, porque si lo hicieran estas podrían romperse, dañarse para siempre a causa de la conmoción y el pavor.

Miró a la joven a su lado, que no había dicho una palabra ni derramado una sola lágrima desde que irrumpiera en su habitación, horas antes. La luz de la luna arrancaba destellos plateados a su pelo rubio, suelto y enmarañado, y sus ojos verdes, normalmente del color del jade, estaban opacos y sin vida, y tan oscuros que parecían negros. Los tenía fijos en él, pensando, casi con seguridad, que cuanto más tardaran en marcharse de allí, más posibilidades había de que aquella locura les estallara en la cara.

Se bajó de un salto y, agarrado a la madera noble, esperó a que el mundo se estabilizara. Su nivel de alcohol en sangre había disminuido bajo tanta adrenalina y con el correr de las horas, sin embargo el agotamiento le estaba pasando factura. Le pidió a Solett que no se moviera de allí y abrió la puerta. Había envuelto los cuerpos con sábanas, y aún así la visión le afectó, pero no se entretuvo más, primero cargó al conde hasta el borde del precipicio y, sin pensar en lo que estaba haciendo, lo dejó caer.

Ni siquiera esperó a oír el ruido sordo que anunciase que había llegado al fondo para tener a su madre en brazos. Se detuvo, mirando hacia abajo. La garganta le dolía horrores. «Mamá, perdóname. Por no haberte salvado. Por no ofrecerte un entierro digno. Por no decirte cuánto te amaba». Las palabras hicieron un agujero en su corazón, que supo que jamás podría ser cauterizado. Sintió la sal de sus lágrimas en los labios, y la silenciosa presencia de su hermana a su lado. No la miró. No podía soportar la desolación, reflejo de la suya, impregnada en sus grandes ojos.

Con un suspiro abrió los brazos solo un poco y dejó resbalar el cuerpo frío e inerte de la mujer más importante de los Stembland, que salía de sus vidas sin la espléndida sonrisa que siempre mostrara al mundo.

—Darian...

Estrelló el puño contra la ventana con toda la virulencia de sus emociones.

No se inmutó cuando el cristal se hizo añicos, ni siquiera al sentir la sangre corriendo entre sus nudillos. El dolor era bienvenido, necesitado incluso. Le hacía sentirse vivo, menos espectador de la opereta de su propia vida, como si tuviera el poder sobre algo.

Como si el susurro angustiado de su hermanita no siguiera corroyéndole por dentro...

Desde aquella noche, su dicharachero duendecillo, rebosante de alegría e inocencia, era tan vulnerable como un bebé. Una pálida sombra, escondida entre capas y capas de miedo y confusión. De dolor también. Ella, al igual que él mismo, echaba terriblemente de menos a su madre. E incluso intuía que al hijo de puta del conde. Solett era consciente de la atrocidad que ese monstruo había cometido, y de lo que le hubiera hecho si él no se hubiera presentado en la mansión en el momento justo, pero lo había perdido todo en una sola noche, y en su desaliento e impotencia, se aferraba a sus recuerdos, a la imagen de familia feliz, y a la seguridad que aquello le reportaba.

Fue después de fingir que el carruaje se había despeñado, días después a decir verdad, que Darian pudo entender lo que había ocurrido esa noche. Y la verdad llegó con los primeros acreedores, y con la visita del abogado de la familia, cuando la fea realidad de las finanzas del condado le fue desvelada. El cabronazo de su padre se lo había gastado todo, *todo*, en una sucesión de partidas de cartas, putas caras, queridas avariciosas, drogas y alcohol. Toda la riqueza familiar, conseguida a base del esfuerzo de generaciones, dilapidada en cuestión de unos pocos años por un solo hombre.

No había dejado nada para ellos. Y supuso que al final se sintió como el miserable que era, hundido y avergonzado. Con seguridad enajenado. No había otra explicación para asesinar a su esposa e intentar hacerle lo mismo a su adorable hija. Entendía que había querido ahorrarles la vergüenza, el estigma de ser señaladas en la calle, vilipendiadas por sus hasta entonces iguales, quizá incluso la perspectiva de terminar en las garras de algún crápula sin escrúpulos, pero ninguna consecuencia era lo bastante fea y

sórdida para justificar sus actos. Él las habría protegido, de cualquier amenaza, ante cualquiera que hubiera osado tocarlas de algún modo.

Jamás, jamás, le perdonaría por eso. Ni por herir tan profundamente a su hermana. Había salvado a Solett de la muerte, pero no había conseguido salvarla de la oscuridad de aquella noche. Su inocencia se había perdido, su fe en el mundo, su sentido de la seguridad y el bienestar. Su increíble pureza se había manchado con la crueldad del ser humano, y vivía sumida en un hermetismo autoimpuesto, tan frágil y asustada que cualquier cosa podría romperla. Y con aquella fractura saldría a la luz su macabro secreto.

No podía consentirlo. Fue por eso que permitió que se quedara con los Rólagh, porque cualquiera con ojos en la cara podía darse cuenta de que estaba mejor con ellos, que esa familia que se había hundido en el escándalo por la misma razón que él tenía algo especial que curaba el alma de su hermana. Y eso era suficiente para él.

Se miró la mano y estiró los dedos, haciendo una mueca de dolor. Con un suspiro vertió un buen chorro del caro *whisky* sobre las heridas y dejó escapar un siseo ante la quemazón. Hizo caso omiso a la enorme mancha que la bebida y la sangre dejaron en la exquisita alfombra, y se llevó la botella a los labios, se empapó la garganta y deseó que su mente quedara igualmente encharcada.

No quería pensar, no quería sentir. No quería, sobre todas las cosas, ver los ojos color miel claro que lo acosaban en ese momento.

La había dejado allí por las pesadillas de Solett. Porque tenía miedo de lo que pudiese averiguar en los próximos días, de lo que pensara de él a continuación, de lo que hiciera con esa información... Así que, pasmado por la sorpresa ante las acusaciones de infidelidad, se había tragado la rabia y la indignación, y había secundado la historia con sus propios detalles crueles, para que la orgullosa de su mujer no le perdonara nunca. Para mantenerla lejos y a salvo de su mierda.

Aquel desastre era suyo, y se colocaría el atizador en sus propias manos de

ser necesario. Él cargaría con todas las consecuencias, y conseguiría que su familia estuviera fuera de peligro.

Se juró que cumpliría aquella promesa a costa de cualquier sacrificio.

—Mírales. Parecen dos pobres diablos, tristes y alicaídos el uno sin el otro. Podría echarme a llorar. —Nashford soltó una carcajada ante las malvadas palabras del marqués y, tapándose la boca con el puño, saludó con la cabeza a la pareja de afectadas cacatúas que lo miraron con reprobación al pasar junto a ellos.

—Cualquiera lo diría, con esa cohorte de admiradores babosos alrededor de tu cuñada.

—Pero si hurgas un poco en esos preciosos ojos ámbar, verás la verdad que esconde con desesperación. —Alzó su aristocrática ceja en respuesta a la de su amigo, que esperaba el resto de la explicación—. Está enamorada de él, la muy tonta.

—¿Es tonta por querer a su marido? —preguntó, sin cuestionarse el verdadero quid del asunto.

—En absoluto. Aunque no puedo entender qué ve en ese malnacido. Lo verdaderamente gracioso es que ella no sabe reconocer lo que siente. —Sintió los ojos de Nash fijos en él, pero siguió mirando a la joven rodeada de hombres de todas las edades y naturalezas. Allí había jovenzuelos imberbes deslumbrados por su belleza y supuesto candor, y desalmados calaveras que sabían reconocer a la mujer osada y sensual tenían al lado.

—Sí, les pasa a muchos. —Javo le lanzó una penetrante mirada antes de desplazarla por la sala y fijarla en el hombre alto y orgulloso que no le quitaba ojo a Alexia desde la columna donde estaba apoyado, copa en mano, con evidentes ganas de matar a alguien. Probablemente a todos aquellos idiotas que no entendían que estaban jugándose el cuello—. Los rumores ya han empezado a correr. —No era necesario preguntar, ambos sabían a qué se

refería.

—Es normal. Lleva dos semanas viviendo con nosotros, con su esposo a pocas calles de distancia. Y para colmo de males, la pequeña Solett aparece en escena y también se muda a Rólagh House. Lo raro sería que no saliera en los periódicos.

—En dos ayer y en tres más esta mañana, sin mencionar los de días anteriores. Incluso hay una caricatura insinuando cierta historia de desviación sexual del conde. Muy buena, por cierto. —Ambos se giraron para ver llegar a Sambbler, que portaba dos vasos con *brandy* y otro con coñac para él.

—Va a ser todo un escándalo —confirmó Tresmaine.

—Y todo un espectáculo. Lo mejor sería sentarse a una distancia prudencial y ver cómo se desarrolla el drama, por desgracia somos parte activa de la obra, y nos va a salpicar. —La suave risa de Javerston, no por ser suave, resultó menos perversa.

—¿Qué? —preguntó Dem, conociéndolo bien.

—¿Lasier no es amigo tuyo? —Su interlocutor buscó entre el enorme gentío, ayudado por su más de metro noventa de altura, y divisó al rico, guapo y carismático duque pegado a las faldas de la dama sobre la que estaban hablando. Sonrió con diversión, antes de asentir.

—Sí. Un tipo bastante cabrón con las mujeres: jóvenes, maduras, solteras, casadas... Pero quitando ese defectillo de carácter, se parece bastante a nosotros. —El fuerte carraspeo de Nashford atrajo la atención de los otros dos.

—Bueno, en eso también se parece a nosotros —señaló, sin mostrar ni una pizca de vergüenza. Lo ignoraron, y volvieron a interesarse en el par del reino que competía por ganarse los favores de la condesa.

—Estupendo. Dile que saque a Alex a bailar. —Nash giró el cuello hacia Javo con rapidez. Incluso se escuchó el desagradable chasquido que produjo el rápido movimiento.

Demian, en cambio, sonrió con afectación antes de atravesar el salón,

sorteando con habilidad la marea humana de cuerpos que abarrotaba la fiesta. El marqués no había dicho que aquel sinvergüenza invitara a la mayor de las Sant Montieue a bailar, porque todos ellos sabían que recibiría un rotundo no como respuesta a la respetuosa petición. Pero Dem estaba seguro de que Lasier sabría cómo conseguir acabar en la pista. El Club se encargaría después de que ese vals fuera lo único de lo que disfrutara el duque de la beldad rubia.

Si no lo hacía el maridito despechado, por supuesto, al que vio echando humo por la nariz, recostado en la misma columna de antes. Se preguntó si la estabilidad de la casa correría peligro en caso de que abandonara su puesto para ir a rescatar a su mujer de las garras del despiadado libertino. Supuso que lo descubrirían muy pronto.

En efecto, cinco minutos después, el conde se separaba con un empujón de su apoyo y salía disparado hacia la pareja, que se deslizaba con elegancia por el suelo recién lustrado para la ocasión entre risas y miradas divertidas.

—¿Me permite? —El hombre y la mujer se giraron lo justo para ver al recién llegado, que los observaba inmóvil y en apariencia impertérito.

—Preferiría que no.

—Pues yo preferiría que quitara sus manos de mi esposa, si no quiere que le rompa los dedos uno a uno.

—¡Darian! —le reprochó una indignadísima Alexia, y la regañina le supo a hiel.

—No se preocupe, querida, el despliegue de posesividad de su marido es muy comprensible. Es usted demasiado hermosa y encantadora como para no revolotear a su alrededor, marcando el territorio e impidiendo que otros depredadores intenten obtener un poco de su dulce y afrodisiaco néctar. — Rian apretó los puños y se perdió en los únicos ojos que habían sido capaces de privarle del sueño, de robarle el aliento, de acelerar el latido de su corazón. Aquellos profundos pozos de suave color miel le gritaban en silencio que no hiciera caso a las estúpidas palabras de ese bastardo, formuladas para

enfurecerle. Pero era muy difícil pasar por alto el insulto, principalmente dirigido hacia ella. Y adjetivos como «querida», «hermosa», «encantadora», «dulce» o «afrodisíaco» restallaban en su mente como un inclemente látigo azotando la carne de su espalda.

—Stembland no necesita *revolotear* en torno a mí, porque sabe que mi corazón y todo lo que soy está junto a él, en todo momento, lord Lasier. Mi... néctar le pertenece solo a él, por lo que le ruego nos permita disfrutar de este baile. Siempre me ha encantado bailar el vals con mi esposo. —La mirada oscura del duque se llenó de admiración mientras una lenta sonrisa, a medio camino entre la mordacidad y la amargura, se dibujaba en su boca.

—Por supuesto, *milady*. —La soltó despacio y le dedicó una reverencia perfecta antes de marcharse, sin prestar atención al conde, que la cogió entre sus brazos con un movimiento fluido y la llevó por la atestada pista sin dificultad. Durante un minuto se limitaron a disfrutar de la danza, cada uno sumido en sus propios pensamientos, hasta que Alexia levantó la cabeza y se encontró la mirada verde fija en ella.

—Lo que has dicho...

—Puede que vivamos separados, pero ningún crápula de tres al cuarto va a sentirse con derecho de ridiculizarte. —La expresión del hombre denotaba una clara sorpresa, y ella sabía por qué—. ¿Acaso creíste que no supe reconocer lo que era desde el principio?

—¿Entonces por qué aceptaste bailar con él?

—Bueno, siempre me he sentido atraída por ese tipo de hombres. Hubo un momento en que sopesé elegir a alguno de ellos como marido.

—Recuerdo esa época —gruñó, apretando los brazos en torno a su flexible cuerpo, mientras recordaba sus escapadas de fiestas como aquella, siempre en compañía de indeseables como Lasier o él mismo—. ¿Por qué? ¿Los hombres buenos y fieles son demasiado aburridos para ti?

—Los que yo conocía, sí. —Rian buscó su mirada, pero la joven observaba al frente, como si estuviera perdida en algún lugar muy lejos de allí. De él—.

Supongo que buscaba a alguien como Javo...

—¿Rólagh? —preguntó, anonadado y muerto de celos. Vio la femenina sonrisa, y le pareció una de las más hermosas que le había contemplado nunca.

—Nunca he sido testigo de un amor como el suyo. El de mi hermana y Javerston —explicó—. No puedo decir que fuera un camino de rosas, llegar a hoy tuvo un coste muy alto, sin embargo sé que ellos lo pagarían otras diez veces por estar juntos. Y también sé —continuó, clavando sus impresionantes y fieros ojos en él—, que si Javo no hubiera sido un calavera impenitente, un mujeriego sin conciencia, un miembro del Club de los Seductores, Ailena no habría encontrado a su hombre perfecto. Probablemente se habría casado, sí, pero su vida no sería ni la mitad de plena e intensa como lo es ahora. Ni conocería el amor.

—Qué palabra tan tonta —se vio obligado a señalar, aunque hasta él pudo apreciar que cada vez que lo hacía había menos convicción en su voz—. Solo una mujer podría darle tanta importancia a algo tan efímero y descontrolado como los sentimientos.

—Me gusta ser descontrolada. —El bufido masculino no se hizo esperar.

—Eso es más que evidente.

—Y si es amor verdadero durará para siempre.

—Amor verdadero... ¿Pero tú te estás escuchando? Parece sacado de uno de los libruchos de tu hermana. —Alexandria intentó soltarse, pero no se lo permitió.

—Que tú tengas el corazón muerto no significa que los demás no soñemos con vivir una gran pasión. Algunos queremos rozar a otro ser humano, sentir la alegría de compartirlo todo con alguien especial, ser cómplices en la aventura de la vida.

—¿De dónde has sacado todas esas estupideces? —preguntó con voz áspera y gruesa.

—De aquí —contestó, señalándose el corazón—. Y no pienso aceptar

menos. No te escandalices tanto, Stembland... Siempre he sabido que tú no eras ese hombre.

Darian se quedó mirando la espalda de la osada y siempre imprevisible mujer que lo había dejado plantado en medio de la pista de baile, dudando entre ir tras ella o cogerse la borrachera del siglo, o lo que era lo mismo, terminar como la noche anterior, y la anterior, y la anterior...

—¿Has tenido noticias de Valmian? —preguntó Javerston desde la terraza, donde se habían acomodado para que su amigo se fumara un cigarro. Sus ojos siguieron primero a la belleza rubia que abandonaba el salón hecha una fiera, y segundos más tarde a su atormentado marido, que parecía un buque mercante a punto de embestir a todo el que se encontrara en su camino, tras la estela de la joven. Con una risilla socarrona se giró hacia el duque.

—Le he escrito, pero no me ha contestado.

—¿Tú le has escrito?

—Sé hacerlo. —La mirada del marqués podía interpretarse a la perfección, y quería decir: «¿En serio?»—. Puedo romperte esa boca. También sé hacer eso. —Javo se cruzó de brazos mientras se apoyaba en el marco de la puerta.

—No he visto a ninguno de tus amigos en la puerta. —Demian esbozó una lenta sonrisa, y con parsimonia encogió un hombro para quitarse la ajustada chaqueta de gala.

—Haya paz —terció Nash, llegando hasta ellos—. He visto al idiota de Stembland olisqueando el bajo del vestido de Alex. —Los otros dos hombres se miraron con fijeza durante un segundo antes de sonreírse con camaradería, olvidado el incidente.

—Patético, ¿verdad?

—Quién le ha visto y quién le ve. Os apuesto a que en un mes vuelven a estar la mar de juntitos. —Nashford miró a Javerston como si le hubieran salido dos cabezas.

—¿Después de los cuernos que tiene la pobre? —Los otros dos hicieron un gesto negativo, consternados.

—Es que nunca se entera de nada —afirmó el rubio.

—Tanto tiempo con la cara metida entre... —Rólagh saludó con formalidad a dos caballeros que disfrutaban de sendos puros.

—¿Qué? —preguntó el aludido sin ofenderse por la broma a su costa, que por otra parte era cierta.

—Esa mujer lleva meses cuidando de su hermana —se limitó a exponer Dem, como si hablara con alguien lento de entendederas.

—¿Y? No sería el primero que se lía con la institutriz. —Se exasperó Tresmaine, haciendo un rápido recuento mental de con cuántas niñeras de sus amistades se había acostado.

—¿Me crees tan tonto? —preguntó finalmente el marqués, perdida la actitud de divertida indiferencia. El cambio fue drástico. Parecía un león a punto de comerse a su presa.

— ¿Ya has tirado de esa madeja?

—Sí. Está limpio. Esa jovencita solo se encargaba de su pupila. Con una abnegación envidiable, hay que reconocerlo.

—¿Y la escena que presencié Alexia?

—La señorita Mitchels es prima segunda de los Stembland. —Una rubísima ceja se alzó ante esa inesperada información. Echó un vistazo a Demian, y ante la inexpresividad de su rostro, supo que estaba al corriente de todo.

—¿Y por qué coño estáis permitiendo que ella piense que su marido le es infiel? —Javo dejó escapar un suspiro y tendió la mano hacia el duque, que después de observarlo durante unos segundos sacó su pitillera y se la ofreció. Nash supo entonces que aquello era serio. Su amigo no fumaba, solo sentía esa necesidad cuando algo iba muy mal. Aquel hábito había comenzado tras conocer a Ailena Sant Montieue, y no había precisado recurrir a él desde que lograran superar todos los obstáculos —los que la vida les había puesto, y los que ellos mismos habían creado— y consiguieran ser asquerosamente felices.

—Porque algo apesta desde el principio en la vida de Stembland, y su esposa va a ayudarnos a averiguar qué.

—Te recuerdo que esa mujer a la que estás pensando utilizar es la hermana de tu señora.

—El recordatorio no es en absoluto necesario. Conozco a todos los personajes de esta charada, y aunque me cabrea tener que hacerlo de esta forma, pienso desenmascarar a mi cuñadito de la forma que sea. Lo único que quiero saber es si contamos contigo o no. —Nash estudió a Sambbler con el ceño fruncido.

—¿Estás de acuerdo con esto?

—Javo sabe lo que se hace. —Pareció que eso era todo lo que iba a decir, pero tras un momento continuó—. Creo que muy en el fondo ese payaso es un buen tipo, aunque también presiento que oculta algo. Y no es solo el futuro y la reputación de Alexandria lo que está en juego, sino el de toda la familia.

—Me vale con eso entonces —determinó.

—A mí también —sentenció Darius tras ellos.

Capítulo 13

La risa cantarina que lo recibió nada más entrar en la terraza cerrada por cristales desde el suelo al techo le cortó la respiración. Hacía demasiado tiempo que no escuchaba ese bello sonido, y casi había perdido la esperanza de volver a hacerlo.

Su hermana, aún sonriente y con los ojos chispeantes, alzó la cabeza y de un salto se levantó, corrió hacia él y se lanzó a sus brazos.

—¡Rian! —El hombre besó su coronilla y aspiró el característico aroma de la joven.

—Hola, pequeña.

—¿Quieres un café? —Ofreció con una mirada dulce. Darian echó un vistazo a las otras cuatro damas presentes, que no parecían tan amistosas ni contentas de tenerle allí.

—Helen, pon una taza para el conde. —Accedió la marquesa, aunque su tono hubiera podido cortar la gruesa superficie de cristal de la mesa que ocupaban. Como era un hombre valiente, se sentó en la silla de hierro forjado que había libre a su lado, frente a su esposa, y agradeció con una sonrisa a la criada cuando le sirvió la bebida, caliente y oscura, apenas manchada de leche, como a él le gustaba, siguiendo las directrices de Solett.

—¿De qué te reías tanto, pillina?

—Oh, eso. Nos han invitado unos días al campo y mis nuevas amigas, aquí presentes, piensan que puedo aprovechar para ir entrenándome en el singular

arte de la seducción. —Darian escupió el trago de café que estaba bebiéndose, el cual no le había sabido tan amargo en su vida, y frunció el ceño cuando vio que Alexia se echaba hacia atrás y miraba su vestido, que gracias a Dios se había salvado de la lluvia marrón.

—¿¡Qué!?! —bramó, dándose cuenta de que estaba a un paso de ponerse a gritar. Escuchó una risilla, y barrió la mesa en busca de su dueña, pero las cuatro puñeteras mujeres mostraban una expresión serena y contenida, lo que no impidió que las fulminara con una mirada furiosa.

—Bueno, ya tengo dieciséis años. Tendré que aprender esas cosas para cuando empiece a buscar marido. —El gruñido que salió de la garganta masculina pareció el de un peligroso león a punto de atacar.

—¿Qué le habéis hecho a mi niña? —Esa vez su voz fue un mero susurro, temeroso de que si se dejaba ir, las estrangulara a todas.

—Airearla un poco, que la tenías en el siglo pasado. —Los ojos verdes se enfrentaron a los ámbar, y la batalla que se desarrolló en aquel campo fue implacable.

—Alexia...

—Mírala. —Darian se giró hacia Ailena, que le señalaba a su hermana con una mano—. Y dime lo que ves. —No hacía falta ser muy inteligente para saber lo que quería decir. El cambio operado en ella era tan evidente, tan drástico, que casi parecían dos personas diferentes. La palidez habitual de su rostro, la opacidad de su mirada, la expresión ausente y la eterna tristeza habían desaparecido como por arte de magia, siendo sustituidas por la alegría, la ilusión, la risa y el calor. El color había vuelto a sus lozanas mejillas, y sus ojos mostraban una vida que apenas estaba comenzando. Sabía a qué era debida aquella metamorfosis, o más bien a quiénes, y jamás en su mísera existencia podría pagarles por devolverle a su hermanita. Por sacarla del abismo. Supo que su cuñada sabía que lo entendía, porque durante un instante su mirada se ablandó, y la fina línea de sus labios, formada en cuanto él había aparecido, se convirtió en una minúscula sonrisa de ánimo, que no tardó en

desaparecer, recordándole su situación.

—Veo a una mocosa a la que le estáis metiendo ideas en la cabeza que no me gustan nada. —Alcanzó a ver la expresión herida de su hermana antes de que bajara los ojos, y se maldijo en silencio por su falta de tacto.

—Eres un perfecto idiota. —Le recriminó su mujer. No le contestó, porque se merecía mucho más. Aquella jovencita sentada a su lado podía parecer otra, y quizá lo fuera, pero en el fondo, en lo más profundo de su ser, seguía siendo la muchacha tierna y sensible que él amaba por encima de todas las cosas.

—Solett... Siempre serás mi niña. Dará igual que tengas cuarenta años y cinco hijos robustos a tu alrededor. Tú... serás mi pequeña mientras viva. — Los preciosos ojos esmeralda se posaron sobre el conde cuajados de lágrimas, aquellas que Darian detestaba ver, y aún más provocar.

—Pero estoy creciendo, Rian —susurró ella.

—Lo sé, es solo que me cuesta aceptarlo. Dame algo de tiempo para hacerme a la idea, ¿de acuerdo? —La preciosa sonrisa de la muchacha le calentó el corazón—. ¿Quieres que demos un paseo por el jardín? Podrías cortar unas flores para tu habitación y contarme de qué va todo eso de la reunión campestre.

Las cuatro mujeres los vieron marcharse, cogidos del brazo y cuchicheando entre risas, como solo dos hermanos que se adoraban podían hacer.

—Es difícil aborrecerle. —Las miradas convergieron en Elora, que untaba una generosa ración de mantequilla en su tostada.

—Claro, tú puedes entrar por esa puerta sin tener que hacer malabares con los dichosos cue...

—Ejem...

—Cuernos es una palabra muy extendida hoy en día. Y mi vocabulario más amplio de lo que suponéis —aclaró Mara con una mirada torcida para su hermana mediana.

—¿Pero vosotras os dais cuenta de cómo la mira? —preguntó la dama de

compañía, refiriéndose a la rubia del grupo, que se envaró en su silla.

—¿Qué? —Quiso saber Alexia, cuando los ojos de las otras tres coincidieron en ella, con una suave sonrisa tironeando de sus labios.

—Que tu conde bebe los vientos por ti, cariño —explicó la marquesa.

—¿Por eso se está acostando con la institutriz de su hermana? —Ladró entre dientes, procurando mantener encerrados la furia, el dolor y el sentimiento de traición que golpeaban con fuerza cada vez que se permitía pensar en ello.

—No sé, quizá todo tenga una explicación.

—¿La infidelidad puede justificarse, Amarantha? —La pequeña de las Sant Montie no se amedrentó ante la ira hirviente de la siempre aguerrida y arisca condesa, a pesar de que en el mundo exterior no era nada valiente.

—En ocasiones sí, pero no creo que tu marido te engañe. Es demasiado obvio que le importas, y no buscaría fuera lo que tiene en abundancia en casa.

—Por el amor de Dios —se quejó la joven, con los brazos alzados, como si pidiera paciencia—. Tienes que dejar de leer esas novelas románticas durante una temporada. Como dice Stembland, te están comiendo el cerebro.

—Humm. Dile que voy a dejar de defenderlo —murmuró, indignada.

—¿Tú no piensas igual que ellas, verdad? — le preguntó a Lusía.

—A decir verdad —repuso esta, fijando sus preciosos ojos cobalto en los suyos—, estoy convencida de que la historia de la amante es una patraña de tu marido para mantenerte lejos de él.

—Disculpe, *milady*, pero el señor desea verla.

—¿El señor? —preguntó, levantando los dedos de las teclas del piano y girándose hacia el lacayo.

—Sí, ejem... Lord Stembland.

—¿Aún sigue aquí? —Una expresión contrariada cruzó su rostro—. ¿Lo han invitado a comer?

—No sabría decirle. —El largo y sufrido suspiro se escuchó en la espaciosa sala antes de que asintiera.

—Hazle pasar, por favor. —Miró sus manos, tan blancas sobre las teclas negras, y detestó comprobar que temblaban ligeramente.

—¿Por qué no acabas la pieza? Tu voz se escuchaba desde el pasillo, y era... hermoso.

—Porque no te lo mereces. —Aquella afirmación le dolió. Y mucho. Porque encerraba una verdad indiscutible.

—No, supongo que no.

—¿Qué quieres, Darian?

—Hablar sobre esa invitación al campo.

—¿Sí? ¿Qué ocurre con ella?

—Solett me ha dicho que el anfitrión es Lasier. —Alexia se tragó la carcajada que pugnaba por escapársele.

—Lo es —se limitó a señalar, muy consciente de la reacción que provocaría, la cual no tardó en llegar.

—¡Joder, Dría! ¿En qué cojones estás pensando? Ese hombre es un calavera de la peor calaña, y lo mismo puede decirse de sus amigos, que por supuesto irán a la maldita reunión...

—Y familias de renombre, como los Rólagh. No es más que una salida al campo, como cualquiera de las que se celebran a diario.

—Pero tú sabes perfectamente por qué te ha invitado el duque, ¿verdad?

—Nos ha invitado a todos, Rian. —La mirada esmeralda le dijo con claridad lo que pensaba de su respuesta. Si los demás estaban invitados era porque ella estaba incluida en el lote. De pronto, esos ojos se abrieron, como si hubiera caído en algo.

—¿También a mí? —La expresión de espanto de su mujer casi le hizo sonreír, si no fuera porque en realidad era ofensiva.

—No pensarás asistir. —La observó durante largo rato en silencio, como si se enfrentara a un problema de gran transcendencia.

—Ya veremos.

Y por supuesto, fue. Apenas puso un pie en la propiedad de Angus Beltran Mesner, duque de Lasier, se topó con su marido, que bajaba de la planta donde todos tenían asignadas sus habitaciones.

—¿Qué demonios haces aquí? —le exigió, encabritada como una de las purasangres sin domar que tenían en casa. Darian la admiró, como la joya sin pulir que era, aunque se rehízo interiormente sin que se notara lo que sentía en su fachada de hombre vivido.

—Descansar unos días del ajetreo de Londres. ¿No es eso lo que ofrece el campo? —La mirada femenina se alzó hacia el final de las escaleras.

—Dime, ¿te has traído a tu amante para no... morirte de aburrimiento? ¿Tendré que sentarme frente a ella en la cena? ¿Jugaremos juntas a las charadas después de los postres? Espera —dijo, tocándose en labio inferior, como si sopesara una repentina idea—, ¿compartiremos cama los tres? —Los dos escucharon el rechinar de dientes, y Darian maldijo no ser capaz de controlarse delante de ella.

—¿Nunca te cansas de ser una arpía? Debe ser agotador.

—Tiene sus momentos, no creas. Como ahora, me siento francamente bien.

—Pues disfrútalo, cariño. —Pasó por delante de ella, en dirección al salón —. A todo esto...

—¿Sí? —preguntó, batiendo las pestañas hasta que casi formó un remolino a su alrededor.

—Mi *amante* está a solo dos puertas de tu dormitorio.

—¡Se la ha traído aquí, maldita sea! ¡Delante de mis narices! ¡Si casi nos pasamos las medias por el balcón! —La joven recorría de un lado a otro su habitación, mientras tres pares de ojos la seguían a duras penas, entre

divertidas y escandalizadas.

—Pero a ti, tu marido te importa un rábano. Fueron sus palabras textuales esta mañana durante el viaje, ¿verdad? —Elora pidió la opinión de las otras, que se apresuraron a asentir, mientras miraban muy serias a la rubia, que se había detenido en mitad de la estancia, con los brazos en jarras y una expresión asesina.

—Por supuesto que no. Pero es indignante que se haya presentado con su querida, y que la tenga instalada... —Hizo un gesto con la mano, incapaz de expresar con palabras lo que sentía al saber a la pequeña beldad morena a pocos pasos de allí.

—Sí, cielo, nos hacemos una idea de tus sentimientos —comentó Ailena, mirándose las uñas.

—De todos ellos —adujo Mara, con cara de circunstancias.

—Os aseguro que no queréis verme enfadada. —De verdad parecía que fuera a echar espuma por la boca, y las tres mujeres sabían bien por qué. Los negros celos habían hecho presa en la joven y no iban a soltarla en todo el tiempo que durara su estancia en la residencia del honorable duque de Lasier.

—Voy a echar un vistazo, a ver si me encuentro a la parejita feliz. —La menuda pelirroja se levantó de un salto de la cama y fue directa a la puerta. Alexia la alcanzó en dos zancadas y la retuvo del brazo.

—De ningún modo. No voy a dar la impresión de que me interesa en lo más mínimo esa mujerzuela. Así que mantente lejos de ellos. Todas —advirtió en voz baja y letal. El resto alzó las manos como si fueran corderitos inocentes, aunque en un segundo estaban de pie y corriendo pasaban por delante de ella. Elora abrió y se escabulló hacia el pasillo la primera, seguida de cerca por Lena, ambas con las faldas subidas por encima de las rodillas, mientras se escuchaba sus escandalosas risas alejándose.

—¡Te lo contaremos todo, hermanita, te lo prometo! —Alexandria se quedó en medio del dormitorio, paralizada de la impresión de ver a la digna y poderosa marquesa de Rólagh perdiendo la compostura en una casa repleta de

la flor y nata de la alta sociedad londinense. Ni siquiera fue consciente de que Amarantha se soltaba de sus dedos flácidos y seguía la estela de aquellas locas.

Un buen rato después suspiró, con los hombros caídos, y encerrada en su habitación miró los campos verdes que se extendían hasta donde alcanzaba la vista, perdida en sus pensamientos.

Se acarició el vientre y pensó en la difícil decisión que había tomado. Criar a un hijo sola en los tiempos que corrían era un suicidio social, un auténtico escándalo. De hecho, el mayor que había protagonizado hasta el momento, y se le conocían unos cuantos. Pero ella era mucha mujer para compartir a su marido con otra, y jamás permitiría que él buscara satisfacción en otros brazos. Solo de pensarlo algo moría en su interior, una parte chiquitita y escondida, en la que procuraba no pensar, porque llevaba a un sitio al que no estaba muy segura de querer ir.

Los suaves golpes en la puerta la desviaron de aquella línea de pensamiento, que por otro lado no deseaba explorar, y con una última mirada al exterior se giró y admitió al visitante.

—Disculpe, *milady*, pero tengo orden de entregarle esto. —El lacayo esperó paciente a que leyera la breve nota. Solo tuvo que pensarlo un segundo.

—Mi respuesta es sí.

El templete de piedra blanca se hallaba bastante alejado de la mansión y, aunque de día era frecuente encontrarlo ocupado, a esas horas, en cambio, estaba desierto.

Alexia se acercó despacio, contenta de disfrutar de la apacible noche —a pesar del frío— y de los preciados momentos a solas. Después de los meses en Bland Park, había olvidado lo que significaban aquellas reuniones masivas, donde la intimidad era un lujo difícil de conseguir.

Lo vio en cuanto la luz de la luna se proyectó en su corto pelo y su oscura

figura, repantingado contra una de las doce columnas, mientras se fumaba un cigarro con parsimonia. Sonrió para sí, segura de que aquella fachada de hombre vivido y hastiado de todo era en realidad el propio hombre, sin más. Supo que la observaba, mientras llegaba hasta él, pero no cambió de postura, ni la ayudó a subir los tres escalones. En ese momento parecía haber perdido todo lustre de caballerosidad, a pesar de su lujosa ropa.

—En verdad creía que no vendría. —Fueron sus primeras palabras.

—¿Por eso me citó en este lugar? ¿Porque pensó que me asustaría y me quedaría en mi dormitorio?

—No. En realidad elegí este sitio porque si aceptaba estaríamos libres de las miradas indiscretas.

—Lord Lasier, creo que ha malinterpretado mi presencia aquí. No voy a traicionar a mi marido.

—Llámeme Angus. ¿Eso quiere decir que no tendremos una aventura ardiente y en extremo satisfactoria? —La masculina voz y el hermoso rostro mostraban tanta decepción, que no pudo evitar echarse a reír.

—Me temo que no. —El eco de sus palabras aún no se había borrado, cuando ya lo tenía encima, rodeándola con los brazos, su cálido aliento con olor a *whisky* acariciando sus labios. Su masculinidad era tan intensa que se mareó, razón por la cual no lo apartó de un empujón nada más tocarla.

—Me basta ese temor, Alexandria. Me lleva a pensar que es posible.

—¿Posible...? —preguntó con incredulidad, puesto que la soberbia de aquel hombre era inmensa.

—Tenerte —explicó antes de apropiarse de sus labios. Estuvo a punto de clavarle la rodilla de forma muy dolorosa en una parte clave de su anatomía, incluso de buscar su puñal por debajo de su falda y clavárselo con fuerza por su osadía. Pero las largas horas del día, en las que había tenido que aguantar con estoicismo compartir el mismo aire con la amante de Rian y verlos juntos, hablando, riendo, compartiendo una camaradería que nunca había existido entre ellos... Se aferró con fuerza a las solapas del abrigo del duque y

permitió que su lengua traviesa y exigente entrara en su boca, que asolara y conquistara, y el gemido bajo y profundo que escapó de su garganta y que enardeció al hombre fue el fruto de los esfuerzos de este por despertar su pasión. Reconoció que besaba bien, y que seguramente era un consumado seductor, pero a ella no iba a tentarla. De pronto los brazos que la sujetaban desaparecieron, y trastabilló hasta que consiguió estabilizarse.

—¡Apártese de ella, joder! —Alexia miró con horror cómo Darian se abalanzaba sobre el duque y le daba dos tremendos puñetazos antes de que el otro consiguiera calibrar la situación.

Pero su marido no se detuvo ahí, sino que le embistió con todo su peso, consiguiendo que ambos saltaran los escalones y cayeran al césped. Allí, montado a horcajas sobre Lasier, siguió machacándole sin piedad, sin inmutarse cuando su oponente, también experto luchador del gimnasio de Jackson, le encajó varios golpes.

Por fin salió de su estupor y corrió hacia ellos. Se agarró a la espalda de Rian e intentó frenarlo, ya que era el que más furioso estaba y no parecía que fuera a parar aquello.

En cuanto Darian sintió su menudo cuerpo sobre él se quedó inmóvil, temeroso de lastimarla. A favor del duque había que decir que también él se detuvo y esperó paciente a que su adversario se quitara de encima suyo, antes de levantar la mirada hacia la mujer.

—Lamento el espectáculo —se disculpó, a la vez que se limpiaba la sangre que se deslizaba por su barbilla.

—¿Usted está bien? —Se interesó la joven, perdiéndose la mirada furiosa y dolida de su esposo.

—Nada que no haya merecido la pena por disfrutar de sus encantos. —El rugido rabioso del conde antecedió a su embestida, que volvió a tumbar al distinguido par del reino sobre el césped. Darian parecía un jabalí imparable, y Alexandria no sabía qué hacer para detenerlo. A menos que...

El cuchillo se clavó en el suelo, a escasos dos centímetros de la cara de

ambos idiotas, con un pequeño y sordo ruido que consiguió su objetivo, dejarles paralizados por la sorpresa. Sus rostros, contorsionados por el horror y la más absoluta fascinación, se giraron hacia ella, que no fue capaz de controlar la risita nerviosa que subió por su garganta y terminó explotando en el silencio de la solitaria noche.

—¿Qué coño se propone? —preguntó Angus, perplejo ante su osadía y, por sus ojos desorbitados, su tamaña estupidez.

—Defender a su campeón —informó el otro entre dientes, seguro de que era el pellejo del duquecito el que intentaba salvar a toda costa. Se levantó y miró a su mujer con los ojos entrecerrados y la respiración resollante por la pelea, antes de acercarse muy despacio a ella, admirando en silencio la pose altanera y la mirada belicosa, aunque sabía que en ese momento su propia expresión daba miedo.

—Bonita arma. —La mirada femenina abandonó con cierto esfuerzo los ojos esmeralda y bajó hasta la mano extendida, que mostraba el pequeño cuchillo que momentos antes estuviera sujeto a su muslo, como una extensión más de este—. Empiezo a acostumbrarme a tus juguetes, pero preferiría que este no acabase incrustado en ninguna parte de mi anatomía. Si no te importa. —El jadeo estrangulado a sus espaldas los obligó a mirar en esa dirección, y la cara descompuesta de Lasier les dijo que aquella información bastaba para que se replantease la situación. En efecto, el hombre dio media vuelta y se marchó con evidente prisa. Los dos se echaron a reír en cuanto desapareció de su vista—. Me temo que has perdido un pretendiente.

—No era un gran pretendiente, si la visión de un cuchillito de nada le hacía saltar las lágrimas. —La carcajada de su marido arrancó una sonrisa espontánea por su parte, y para disimularlo sostuvo el puñal por el mango y le dio vueltas alrededor de sí mismo sobre su dedo índice, como si fuera una peonza. Solo cuando se percató del atronador silencio a su alrededor, levantó la vista para encontrarse la torva mirada de Darian sobre ella. El cuchillo se detuvo, ya que él lo había cogido al vuelo, sin dejar de observarla.

—Estoy seguro de que has practicado esto infinidad de veces a lo largo de tu vida, pero preferiría que no jugaras con armas delante de mí. Por favor —añadió, sabiendo que esas palabras serían las únicas que ella obedecería.

—Es tarde. Será mejor que me vaya a dormir.

—Vamos, te acompaño. —Quiso negarse. No quería pasar tiempo con él, sin embargo sabía que bajo ningún concepto la dejaría sola allí fuera, así que comenzó a caminar hacia la casa, que de repente le pareció mucho más lejos que cuando saliera en dirección al templete. El silencio se extendió entre ellos como un hiriente manto de acusaciones que ninguno se atrevió a romper, aunque la necesidad de hablar, de lanzarle al otro sus mutuas recriminaciones, casi les asfixiaba. La joven se permitió un enorme suspiro para sí misma cuando divisó los contornos de la sobria mansión y apresuró el paso, deseando llegar a la seguridad de su dormitorio. Los largos y fuertes dedos que se enroscaron entorno a su brazo paralizaron algo más que sus pies, aunque cuando se giró hacia su marido, sus ojos mostraban solo una pizca de curiosidad y bastante irritación—. Ese tipo de hombre no es bueno para ti, Dría. —La furia estalló en su interior como las olas embravecidas chocarían contra las rocas de un acantilado. Se soltó de un violento tirón, ajena a la mirada triste de él, y lo encaró, agotada y herida.

—Tú no tienes ni idea de lo que es bueno para mí —le escupió, pensando en todas aquellas noches en las que apenas había podido dormir debido al sentimiento de traición, a las mentiras que no había sabido ver, a la falsedad de un hombre que ella ya conocía, pero que había obviado por estúpida, porque era bonito vivir en un cuento de hadas por una vez en la vida. Y era en esos momentos de soledad, abrazada a la almohada, cuando las caricias compartidas, los besos descarados y compulsivos y el inconmensurable placer que había hallado entre sus brazos le parecían tan grotescos y falsos. Había veces, cuando ese recuerdo se le hacía insoportable, en que las arcadas la obligaban a correr hasta la bacinilla y soltar toda esa bilis, si no quería ahogarse en el dolor y la rabia.

—Él no —se limitó a reafirmar. Una sonrisa sesgada se dibujó en los labios femeninos antes de que se le acercara tanto que ni el aliento de ambos tenía adónde ir.

Aún había luces encendidas en la casa, en beneficio de los más reticentes a dar por terminado el día, por lo que Darian fue consciente de los ojos ámbar fijos en su boca, y cuando la joven se dejó caer contra él, se olvidó de respirar, deseando más que nada en el mundo borrar el milímetro que lo separaba de ella y devorarla como llevaba días soñando con hacer.

Escuchó el sonido, y sus músculos se tensaron en reacción. El botón de su pantalón había cedido con facilidad al filo del cuchillo, y la tela se abrió, empujada por una masculinidad hinchada y muy inquieta.

—¿Y quién sí? —le susurró mientras introducía su pequeña mano en la abertura y lo apretaba con fuerza, provocando que un gemido de placer escapara de su constreñida garganta—. ¿Tú?

—Yo nunca te utilizaría como tiene pensado hacerlo Lasier —aseguró, olvidándose de la charada que estaba representando con su prima. Aunque la mirada incrédula y furibunda de su esposa se la trajo a la mente de golpe.

—Escúchame bien, Stembland. Cualquier sinvergüenza de Inglaterra servirá para calentar mi cama. Siempre y cuando no seas tú.

Capítulo 14

—**E**stoy pensando viajar al extranjero. —Un silencio tan denso que casi era masticable envolvió la pequeña extensión de césped donde estaba reunida la familia. Javerston, sentado con informalidad sobre la manta a cuadros verdes y grises, mientras hablaba animadamente con Demian y Nahsford, se giró muy despacio para encararla.

—Pues vete quitándotelo de la cabeza, cielo.

—No es tu decisión, sino mía —insistió, como la rebelde que era. Los oscuros ojos, en ese momento casi negros, se achicaron mientras la estudiaban imperturbables.

—No quieres empezar esto, Alexia —avisó, aún cuando sabía que sus palabras solo servirían para acicatear a la muy insensata.

—¿Por qué quieres irte? —le preguntó Ailena. Miró furiosa a su marido, el cual sabía con exactitud lo que estaba pensando, pero no apartó la vista de la joven rubia.

—Necesito un cambio de aires.

—Lo que necesitas es una buena azotaina en ese precioso cul... —Las carcajadas de varios integrantes masculinos del grupo evitaron que se escuchase el resto de la frase del duque, que no se inmutó ante la mirada asesina de la joven en cuestión, a la que dedicó una sonrisa socarrona—. Tú lo que quieres es huir. Y eso no es propio de ti.

—No es cierto —aseguró. Pero sus palabras carecían de la convicción

habitual, y todos lo sabían.

—Estás intentando escapar de eso. —Los ojos ámbar siguieron con renuencia el movimiento de la mano de Darius, que señaló con disimulo a la pareja que reía despreocupada junto a otros invitados al pícnic que Lasier había organizado en una preciosa parcela de su propiedad. El contraste entre la belleza oscura de la menuda mujer y el pelo rubio oscuro, con reflejos más claros a la luz del sol, y la evidente fuerza de su guapo marido los convertían en la pareja perfecta.

—Voy a dar un pequeño paseo, necesito estirar las piernas.

—Te acompaño. Estar tanto tiempo sentada no me viene bien. —Javo se levantó con rapidez y ayudó a su esposa. El resto de las damas también se pusieron en pie y, como un pequeño regimiento de soldados, cerraron filas en torno a la mayor de las Sant Montieue y se alejaron por la pradera.

—¿Qué piensas? —preguntó Nash, que miraba lo mismo que él, a Stembland, que ya no se reía, sino que observaba muy serio la recta espalda de su mujer, como si hubiera sido plenamente consciente de ella en todo momento.

—Pienso —dijo Javerston, en un tono que denotaba burla y malignidad a un tiempo—, que ya es hora de apretarle las tuercas a mi cuñadito. Detesto que mi familia sufra. Y me voy a encargar de que ese cabrón pague por cada una de las lágrimas de Alex.

—¿Cuándo vuelves a Londres? —Darian mantuvo los brazos apoyados en la baranda de piedra, limitándose a echar una mirada divertida y cínica por encima del hombro.

—¿Esta es tu manera educada de invitarme a que me marche? —El otro soltó una carcajada mientras se acercaba.

—Cuando te *invite* a algo lo sabrás. Suponía más bien que a estas alturas ya estarías aburrido de tanto ciervo y críquet. —Rian sonrió ante la mención de

las dos actividades más frecuentes entre la variedad propuesta por el anfitrión.

—Al contrario. Me fascina el críquet. —La calculadora mirada del marqués lo evaluó sin compasión, haciéndolo sentir un tanto incómodo.

—Apuesto a que sí.

—¿Eso es todo? Hay una mujer preciosa esperándome ahí dentro. —Los blancos dientes de Javo brillaron tras su sonrisa burlona.

—Por favor —se despidió y señaló la puerta del salón. El conde pasó por su lado sin dignarse a mirarlo—. Una cosa más, Stembland. —El aludido suspiró de forma audible, para que supiera que estaba harto.

—¿Qué más se te ofrece, *señoría*?

—A mí nada. Pero sería conveniente que te apresuraras a despedirte de tu esposa, antes de que parta hacia paradero desconocido. Ya sabes —presionó sin clemencia, clavando el afilado estilete hasta tocar hueso—, hay tantos países lejanos donde una mujer con recursos puede decidir asentarse con su hijo...

La puerta se estrelló contra la pared, lo que produjo un estruendo que hizo a Alexia dar un respingo en la cama, donde se encontraba leyendo. Vio a su marido avanzar hacia ella, y por su expresión supo que estaba furibundo.

—Escúchame bien, porque no voy a repetírtelo —dijo parado a su lado, la tensión patente en cada uno de sus músculos, las manos convertidas en sendos puños a los costados de su cuerpo—. No vas a irte a ninguna parte, ni ahora ni nunca. —Lo miró en silencio, consciente de su rabia contenida y, a su pesar, admirada, excitada, y quizá un poco intimidada. Y sorprendida. La idea de marcharse había surgido en un arrebato de celos durante la salida campestre, y había tenido que desestimarla ante la terminante negativa de Javerston de permitirle dar dos pasos fuera de Rólagh House. Seguramente eso solo hubiera servido para que hiciera las maletas y comprara pasaje en el

primer barco que saliera del país, pero tanto sus hermanas, como Elora y Solett, habían terminado de convencerla de que huir no era la solución. Sí, Dem tenía razón. Solo quería escapar del dolor que le producía ver a esos dos juntos, sin embargo ella no era una cobarde.

—Con seguridad te complacería darme permiso para respirar, Rian... Pero a estas alturas ya deberías saber que te va a dar igual, porque siempre voy a hacer lo que me plazca, con o sin tus bendiciones. Ahora —continuó en tono aburrido—, sal de mi dormitorio. Y cierra la puerta, si es que no la has destrozado con tu mal humor. —La cama se hundió bajo el gran peso de él, y la joven gritó cuando se sentó a horcajadas sobre ella. Un segundo después su libro volaba por los aires, cuando el conde lo lanzó sin miramientos a su espalda, la mirada verde clavada en la suya.

—Esta interesante y graciosa conversación no ha terminado, querida. No hasta que te grabes en esa dura y fantasiosa cabecita tuya cada una de mis palabras. —Alexandria se revolvió bajo él e intentó arañarle la cara, pero no contaba con que su esposo ya se lo esperaba. Con rapidez apretó los muslos en torno a sus piernas, agarró sus muñecas con una de sus manos, y con la que le quedaba libre le cogió el mentón, obligándola a mirarlo—. Ahora que tengo toda tu atención, déjame decirte que repudiado o no, sigues siendo mi esposa, y el niño que llevas en tu vientre, mi heredero. Y me sorprende tu estupidez al pensar por un solo instante que permitiré que ambos os alejéis de mí.

—El bebé es mío hasta que dé a luz...

—Y una mierda, joder. —Los dedos se clavaron en la tierna carne de su cara, en una muestra de la ira que dominaba al hombre—. Es mi hijo, y velaré siempre por su bienestar. He aceptado que me dejes, pero no consentiré que te marches a vivir al extranjero.

—Intenta detenerme. —Lo retó, sin estar segura de cómo acabaría aquello, pero sin poder evitar acicatear a la bestia. Aquel hombre tenía un don para ponerla entre las cuerdas, y acorralada ella era imprevisible.

—Te encerraré en una habitación en Bland Park si me obligas a ello, Dría. Y cuando nazca el pequeño no tendrás más opción que claudicar.

—No serías capaz de quitármelo.

—No sabrás de lo que soy capaz hasta que me pongas a prueba. Pero por mi familia cometeré los actos más atroces que puedas imaginar. —Sus miradas se entrelazaron como dos sables preparados para un duelo, ninguno dispuesto a rendirse. Alexia intentó una vez más soltarse de aquellas tenazas de hierro, sin conseguir otro resultado que la frustración—. Dilo, Dría. ¡Dilo!

—¡Está bien! —gritó en medio de las lágrimas que se escurrían por sus pálidas mejillas—. ¡No iré a ninguna parte! —Nada cambió en el pétreo semblante del hombre, que continuó estudiándola con indiferencia.

—Quiero tu palabra.

—Lo prometo. —Entregó en un susurro rasgado. Las garras que la aprisionaban se soltaron de golpe, y el peso del cuerpo masculino desapareció en cuanto se bajó de la cama. La miró desde su más de metro noventa de altura con cierto aire de cansancio.

—Si faltas a tu juramento, te perseguiré hasta el mismísimo fin del mundo. Y ten por seguro que lamentarás que te haya encontrado.

La puerta, por extraño que pareciera, no solo cerró, sino que lo hizo de forma suave y silenciosa.

—¿Y ahora qué? —le preguntó Demian a Javo en voz baja mientras veían al conde dirigirse a su habitación. Nashford y Darius también lo miraron expectantes, muy seguros de que ese excelente hombre de negocios ya tenía un plan en marcha.

—Justo esta mañana le estaba diciendo a mi señora esposa cuánto echaba de menos Rolaréigh...

—Hombre, Stembland. Te hacíamos en... —El marqués se golpeó la sien con el dedo índice varias veces, como si estuviera meditándolo— España, a estas

alturas.

—Sois unos cabrones. He estado dando palos de ciego durante dos semanas —gruñó mientras se tiraba en uno de los sillones del estudio, reventado de ir de un lado para otro, en una búsqueda infructuosa, gracias a esos cuatro idiotas. Darius alzó una ceja ante la ausencia de enfado en el hombre, como cabría esperar después de lo que le habían hecho pasar—. A propósito, comprar los pasajes en el *Sant Leron* fue un golpe maestro. De inmediato pensé en tu propiedad gallega.

—Esa era la idea —admitió con una irritante sonrisa—. ¿Y cómo es que no estás disfrutando de la hospitalidad española?

—Bueno, no tardé mucho en descubrir que mi esposa no estaba en el barco, así que les pedí que me acercaran de nuevo al puerto.

—¿Así, sin más?

—No, con un poquito de persuasión. —Le hizo un gesto a Nash, que estaba sirviéndose una copa, y este, con una sonrisa torcida, le preparó otra—. De todos modos, cuñado, comprar los billetes de dos camarotes, uno para Alexia y su doncella, y otro para los escoltas... menudo despilfarro. —El otro se encogió de hombros, como si la cuestión careciera de importancia.

—El dinero está para gastarlo. Claro, que tú eso lo has olvidado, ¿verdad? —Aquel recordatorio de que era su mujer la que llevaba las finanzas del condado escoció como ácido en sus entrañas, porque a pesar del tiempo que llevaban casados, no había conseguido reconciliarse con la idea.

—¿Dónde está? —se limitó a preguntar.

—¿Quién sabe? Tu amazona podría haberse fugado a Alemania, Suiza o, incluso, a Noruega.

—No más juegos. Me lo estoy tomando con mucha calma, pero mi paciencia tiene un límite. —Por supuesto omitió la rabia asesina que lo había consumido durante su persecución por media Inglaterra, y que iba acrecentándose según pasaban los días sin encontrar ni rastro de su díscola esposa. Los cuatro hombres se miraron entre sí.

—Uy, qué miedo —dijo con voz temblorosa Demian, lo cual provocó las risas del resto. Darian apretó los dientes, pero no se molestó en moverse del cómodo sillón. Estaba molido, y entre el calorcillo de la chimenea y el abrasador *brandy* bajando despacio por su garganta, se sentía... casi a gusto entre esos retrasados. Aquello era de lo más inquietante, porque últimamente le ocurría con frecuencia. Y él los detestaba con toda su alma. Además sabía que el sentimiento era mutuo. Y sin embargo en esa sala se respiraba una clara sensación de camaradería, sin la evidente enemistad de tiempos pasados. Casi como si lo hubieran incluido en alguna especie de...

—Me estaba preguntando... —Los oscuros y cínicos ojos del marqués de Rólagh se clavaron en los suyos—, en ese exclusivo y afamado Club vuestro... ¿Se aceptan nuevos socios?

Aún se reía, camino de las caballerizas, recordando las miradas horrorizadas de tres de los miembros del mencionado Club de los Seductores, bautizado así, según las malas lenguas, por la propia esposa de Javerston, el cual le había observado con ojos entrecerrados y gesto impasible, mientras el resto despotricaba que ni muertos le dejarían ostentar semejante título.

En realidad le caían bien. Le había costado tragar mucha bilis, y una buena porción de su orgullo, admitirlo ante sí mismo, y ni bajo tortura lo reconocería delante de ellos, pero esos cuatro tenían buenas cualidades, eran líderes natos y se parecían demasiado a él como para no congeniar. Y para su sorpresa, después de Darius, era con Rólagh con quien sentía más afinidad. Por supuesto era un cabronazo de la cabeza a los pies, controlador, arrogante y manipulador donde los hubiera, pero su lealtad para con su familia y amigos, su sentido de la justicia y sus inexistentes escrúpulos a la hora de defender sus ideales lo hacían un amigo o enemigo —según el lado en el que se posicionara—, formidable.

La dulce y hechizante canción que se escuchó nada más abrir la puerta lo

detuvo en seco. Observó a la media docena de hombres que habían dejado sus quehaceres para deleitarse en la subyugante voz, y no pudo echarles nada en cara. Como él, estaban cautivados, y tan solo disfrutaban de lo extraordinario del momento.

Pasó entre ellos, lo que bastó para que salieran del trance en el que estaban sumidos y regresaran a su trabajo. Siguió la música, como si tiraran de él con unas riendas invisibles, como uno de los malditos sementales a los que ella adiestraba sin dificultad.

La vio en cuanto cruzó la puerta del box, y la estampa que encontró lo puso fuera de sí.

—¿Qué coño estás haciendo? —Ella dio un bote, y giró la cabeza en su dirección para lanzarle una mirada furiosa por encima del hombro, lo cual resultaba bastante gracioso en opinión de Rian, pues arrodillada en suelo, con los brazos metidos hasta los codos en el vientre de la embarazadísima yegua, y jadeando por el esfuerzo de lo que quisiera Dios que estuviera haciendo, su gesto perdía toda la fuerza que pretendía imprimirle.

—Intento que la madre y su potro sobrevivan al parto —explicó en el tono que utilizaría para dirigirse a un niño. Se cruzó de brazos mientras la observaba con enfado, sin poder evitar embeberse en su belleza que tanto había añorado durante esos días de ausencia.

—Pues yo prefiero salvar a mi hijo —contestó con voz dura.

—¿De qué demonios estás hablando? —Quiso saber, a todas luces sin entender nada.

—De que parece olvidar con mucha frecuencia que estás embarazada. De tres meses ya, Dría. Y no debieras dedicarte a esas tareas en tu estado. Me lo prometiste.

—¿Y qué pretendes que haga? ¿Dejarlos morir? —gritó, la indignación palpitando en cada una de sus palabras, más fuerte que los latidos de su agitado corazón.

—¿Dónde está el veterinario? —ladró con la misma fiereza que ella.

—¡Enfermo! ¡No puede moverse de la cama! ¡Así que tengo que hacerlo yo!

—¡Joder, en esa casa hay cuatro hombres fornidos que podrían encargarse de esto!

—¡Ellos no sabrían qué hacer! ¡Y no les he contado que ya está de parto! —La mirada incrédula de él chocó con la encolerizada de ella—. Y mientras discutimos esta preciosa mamá está debilitándose, y su pequeño también... —susurró, con un río de lágrimas encharcando sus preciosos ojos, que se negaba tercamente a derramar. Los segundos se sucedieron sin que ninguno moviera ficha, hasta que Darian dejó escapar un pesado suspiro y se movió, acercándose. Se quitó la chaqueta y la colgó de un gancho en la pared, después se arremangó hasta los codos y se agachó.

—Vamos a hacer esto juntos. Y después, embarazada y todo, voy a ponerte ese culo como un tomate, mujer.

Tres horas después seguían en el mismo sitio, pero todo había terminado. La yegua y su recién nacido, un precioso potrillo negro como la noche, estaban fuera, aireándose, mientras él acariciaba el cabello de su dormida esposa, acurrucada sobre él como una gatita satisfecha.

Apenas le había dado tiempo a lavarle las manos y la cara, llenas de sangre y restos, cuando ella había caído en los brazos de Morfeo. La miró en ese momento, tranquila y pacífica, tan diferente a la rebelde y guerrera muchacha a la que estaba acostumbrado. Parecía joven e inocente, y pensó que era muy probable que esa fuera en realidad la verdadera Alexia, la que se ocultaba tras aquel carácter de mil demonios, bajo la fachada de mujer arisca y difícil de dominar.

No dudaba de su valentía, de su coraje, de su lealtad y nobleza. Pero sabía que su vida no había sido fácil, y quizá todas aquellas púas que disparaba a diestro y siniestro fueran su método de defensa, de subsistir en un mundo

cruel y egoísta, junto a un padre tirano y manipulador al que hubiera deseado conocer para ajustar cuentas.

Se removió entre sus brazos, acercándose más a su calor, y regalándole una pequeña y tierna sonrisa antes de volver a relajarse. Sintió una oleada de ternura mientras la observaba, pensando en ella y en su hijo como en su nueva familia, una que nunca imaginó formar, y que en ese momento anhelaba.

La mirada ámbar, somnolienta y turbia, le pareció lo más hermoso que había visto en mucho tiempo.

—Voy a llevarte a la cama. Para que te eches la siesta, quiero decir — añadió algo incómodo ante los chispeantes ojos de su mujer, que había entendido el doble significado de la primera frase. Estos bajaron a sus labios, que tuvo que humedecer porque de repente se sintió nervioso y acalorado, como un jovencito ansioso.

—Cállate y bésame, tonto. —Las palabras susurradas con dulzura le hicieron gemir.

No era la primera vez que las decía. Pero le excitaron igual que en aquella ocasión. Bajó la cabeza y se apropió de sus labios, primero con delicadeza, saboreándola, en consideración al tiempo que llevaba sin disfrutarla, pero rápidamente el beso se hizo más carnal y su lengua se movió con frenesí dentro de la boca femenina, reclamando lo que era suyo, incitándola a seguirlo. Y como la mujer sensual que era, no tuvo problemas en hacerlo, al contrario, aquella descarada imprimió su propio ritmo, se sumergió en él, y entrelazó su lengua con la suya, volviéndolo loco.

Hasta que se detuvo de golpe. Gruñó de frustración cuando se separó, enfrentándose a sus acusadores ojos.

—No pares —exigió, cogiendo su nuca para buscar sus labios de nuevo. Pero su mujer se resistió, y como no quería lastimarla, aflojó el agarre—. ¿Qué ocurre?

—¿Has venido solo? —Rian entrecerró los ojos, sin saber muy bien a qué

venía aquella pregunta.

—¿Y con quién querías que viniera? —Pero mientras las palabras salían de su boca lo supo. Se tensó, en espera de la respuesta que destruiría no solo ese momento, sino todo lo que podían llegar a tener. Su nueva familia.

—Con tu amante de ojos negros y trasero respingón, por supuesto. ¿La has traído a mi casa?

—Tu casa es Bland Park.

—Ya no —le recordó con una sonrisa ponzoñosa. Rian detestaba esa idea. De hecho, si alguien tenía derecho sobre esa propiedad era ella, porque había sido su dinero el que la había reconstruido, el que la mantenía funcionando, el que daba de comer a su gente. Y su administrador le había comunicado que había dejado órdenes de sufragar cualquier gasto que se originara en Bland Horse, por lo que su mayor miedo, que las caballerizas se fueran a pique, se había esfumado.

—Dría...

—Tienes mi promesa de que me quedaré en el país. A cambio no te quiero cerca de mí.

—¿Qué?

—Mantente lejos, Darian. O te juro por Dios que no me encontrarás nunca.

Capítulo 15

Los horribles gritos se escucharon por toda la casa, como si de un eco siniestro se tratara.

Alexandria corrió descalza por el interminable pasillo, con las largas faldas de su camisón cogidas en sendos puños por encima de sus rodillas, tratando de llegar lo antes posible a la habitación de la que procedían los desgarradores sonidos.

Abrió la puerta de golpe y se precipitó al interior, iluminado solo por la luna, que dejaba ver la pequeña figura de la muchacha hecha un ovillo en la enorme cama, sollozando aterrada tras la pesadilla.

Se acercó despacio, indiferente a los pasos apresurados que llegaron tras ella, y con el corazón encogido de pena miró a la joven que no paraba de gemir abrazada a sí misma.

—Solett... —susurró, temerosa de que se rompiera aún más.

—No puedo... soportarlo... —dijo entre jadeos ahogados—. Por favor... ayúdame... —Despacio, Alexia se sentó a su lado.

—Solo es una pesadilla, cariño. Ya pasó.

—¡No! ¡Es real! ¿No lo entiendes? —Miró por encima de su hombro hacia la puerta, donde todos los ocupantes de la casa estaban hacinados. Sus ojos se encontraron con los de Javo, que le transmitieron un mensaje inequívoco. Uno que se resistía a acatar, porque algo le decía que todo cambiaría a partir de esa noche si lo hacía. Volvió a girarse hacia su cuñada, que temblaba como

una hoja.

—¿Quieres contármelo?

—No debo... Fue... terrible...

—Por eso debes sacarlo, cielo. Te está haciendo demasiado daño. Nunca podrás ser feliz con ello dentro.

—¿Feliz? Yo no merezco ser feliz.

—¿Por qué dices eso? Eres una de las personas más buenas e inocentes que conozco.

—No pensarás igual si te lo cuento. Me odiarás —aseguró con ansiedad.

—Escúchame bien. Te conozco. Y aunque no sé de lo que tienes tanto miedo, estoy absolutamente segura de que hubo un motivo de peso tras tus actos. Nada de lo que me digas hará que te quiera y te respete menos. ¿Lo entiendes? —Isolett asintió, los ojos agrandados de emoción y temor. Poco después se sentó sobre sus rodillas, las manos cogidas con fuerza entre sí. Alexia echó una mirada subrepticia para descubrir que estaban solas en el dormitorio y suspiró, agradecida. No creía que la muchacha pudiera sincerarse con todos ellos a la vez.

—Maté a mi padre después de que él asesinara a mamá. Y Darian se... aseguró de destruir las pruebas.

Alexandria barrió la habitación de un rápido vistazo antes de internarse en ella. Estaban todos allí, esparcidos por los sofás, unas con una reconstituyente taza de té en las manos, otros, con una igualmente vigorizante copa, como si no fueran las cuatro de la madrugada.

Todos alzaron la mirada cuando entró, y eran miradas cargadas de preocupación, graves y consternadas. Lusía dio unos golpecitos en el asiento, a su lado, y se dejó caer con pesadez.

Javo estaba de pie, en apariencia mirando la oscura noche a través de la ventana, sin embargo se acercó con rapidez y le sirvió un vaso de leche

caliente que aceptó agradecida. Estaba agotada, pero aquella conversación que tenían por delante no podía esperar a la mañana.

—¿Lo habéis escuchado todo?

—Todo —confirmó él, con la mandíbula tensa.

—¿Y? —preguntó tras un prolongado silencio.

—Menudo cabrón...

—Lo único que hizo fue defender a su familia. El daño ya estaba hecho, y no ganaban nada sacando a la luz esa terrible tragedia. Tenía que salvaguardar su buen nombre, para que su hermana tuviera una oportunidad, un futuro. Tú habrías hecho lo mismo por Dainara, o por cualquiera de nosotras.

—Javerston se refería al difunto conde, cariño, el cual esperamos que esté pudriéndose en el infierno —aclaró Darius con expresión burlona.

—Oh —se limitó a decir, viéndose reflejada en la mirada oscura de su cuñado, tan fija e inexpresiva que resultaba hipnotizante.

—Aunque considero que a tu marido le parecería todo un detalle saber que cuenta con tu lealtad. Deberías decírselo. —Los ojos ámbar se entrecerraron, y el marqués se tensó.

—Y tú tendrías que contarle a tu mujer que fumas a escondidas en el jardín aprovechando que se echa la siesta. —A él le dio un ataque de tos, y a su hermana una rabia tremenda enterarse de que había cogido ese vicio tan asqueroso, y no tuvo reparos en hacérselo saber en aquel preciso instante, delante de toda la familia.

—Lena, las Sant Montie sois peor que una plaga de langostas. Da gracias a que consigo sobrellevaros con un cigarro diario y no me he dado a la bebida. A estas alturas tendría el hígado hecho papilla. —Las tres hermanas se miraron durante un rato, sin decir nada. Al final, no les quedó más remedio que sonreír.

—Pues también es verdad —admitió la marquesa. Alexia se puso seria, sin poder olvidar que de lo que estaban hablando era de la vida de su esposo.

—Después de un suceso tan traumático, descubrir que todo estaba embargado y que no tenía más que deudas tuvo que suponer un varapalo tremendo para Darian.

—Mucha gracia no le tuvo que hacer —acordó Darius, que sentía una pena infinita por lo que había tenido que vivir su amigo en tan poco tiempo.

—Al final no va a ser tan mal tipo, ¿eh? —comentó Nash con una mueca.

—Siempre pensé... —empezó a decir Ailena, que se detuvo ante el gruñido de advertencia de Javo, para seguir un momento después, como si no le diera importancia—, que sería un candidato perfecto para ingresar en el Club de los Seductores, ¿no creéis, señoras?

El conde de Stembland entró como una tromba en su casa de Londres y tiró el sombrero y los guantes sobre el aparador de la entrada mientras pasaba por delante del mueble, sin detenerse.

—Milord...

—Ahora no, Arlan.

—Pero, señor...

—¡Ahora no! —gritó camino de su estudio, en el que se encerró sin vacilación. Con pasos rápidos se dirigió al mueble de las bebidas, destapó una botella de *brandy* y se llenó un vaso hasta el borde. Apenas tardó unos segundos en vaciarlo, por suerte la sensación de quemazón en sus entrañas duró más, aunque como el resto del alcohol que llevaba consumiendo durante todo el día, no estaba causando el efecto deseado. Inmunizarle frente al dolor.

—Es posible que quieras servirte otro. —Se giró con sorprendente rapidez hacia la voz, dado lo que había bebido, y pensó que era posible que a fin de cuentas sí estuviera borracho. La imagen de su esposa, preciosa y mirándole con algo parecido a la dulzura desde su sillón de piel, frente al enorme escritorio de caoba, se le antojaba sin duda un síntoma de embriaguez—. Estoy segura de que en unos minutos lo vas a necesitar. —Como no dejaba de

mirarla con cara de imbécil, le señaló el vaso vacío con la cabeza. Lo observó durante un instante, como si fuera la primera vez que lo que veía, y después, muy despacio, lo dejó sobre el mueble.

—¿Qué haces aquí?

—Creí haberte escuchado decir que esta era mi casa.

—Y lo es. Pero si la memoria no me falla —y por su tono era obvio que estaba dando a entender que no era así—, consideras que tu hogar está en otra parte. Así que mi pregunta sigue siendo válida. ¿A qué has venido? —Alexia ladeó la cabeza mientras lo estudiaba, como si se enfrentara a un rompecabezas muy complicado.

—A mirarte a los ojos. —La extrañeza que se reflejó en ellos le partió el corazón, porque sabía que había tenido que endurecerse y hacerse un maestro de la mentira y la supervivencia—. A enfrentarme al hombre cuyo padre asesinó a su madre y tuvo que encubrir que su hermanita pequeña lo matara a él en defensa propia. Y que después se deshizo de los cuerpos para salvar lo que quedaba de su familia, su nombre, su prestigio, su herencia, su futuro y sus vidas. A eso he venido. —Su marido había ido poniéndose pálido según hablaba, hasta que toda la sangre abandonó su rostro. En ese momento, tuvo que buscar el apoyo del mueble a su espalda para no caerse, clavó los dedos en la madera, su respiración rápida e irregular—. Siéntate, Darian. —Le hizo caso, porque no se veía con fuerzas para seguir aquella conversación de pie. Apenas rozó la silla con la pierna, se dejó caer a plomo sobre ella, agarrándose la cabeza con fuerza, incapaz de asimilar la totalidad de consecuencias que aquello tendría sobre sus vidas. La mano sobre su hombro lo obligó a reaccionar, y alzó la mirada para encontrarse con los compasivos ojos fijos en él. Cerró los suyos, seguro de que no podría soportar su lástima—. Bebe. Te sentará bien. —Se fijó en que tenía un nuevo vaso entre las manos y se lo llevó por inercia a los labios. Le dio pequeños sorbos, en ese momento quería tener la mente despejada.

—¿Ha sido Solett? —preguntó, aunque sabía la respuesta. Nadie más que

ellos tres conocían aquel secreto, y tenía la absoluta certeza de que Martha no los había traicionado. Su prima amaba demasiado a su hermana, y era fiel como un collie.

—Sus pesadillas al fin la superaron. —Los ojos verdes se elevaron con preocupación.

—¿Ella está bien?

—Sí. Desahogarse es lo mejor que ha podido pasarle, porque esconder un acontecimiento tan traumático habría terminado por destruirla. —Rian se dejó caer contra el respaldo, agotado hasta la médula.

—Dios... En ese momento estaba tan rota que pensé que era lo mejor para ella. Ni me planteé internarla, y Martha estuvo de acuerdo. La cuidaba con devoción, siempre pendiente de sus necesidades. Si la hubieras visto al principio... ni siquiera hablaba. —El conde no se dio cuenta de la tormentosa mirada que le dedicaba su mujer ante la mención de la institutriz, aunque de haberlo hecho se habría evitado muchos problemas—. Solo ahora comprendo que fue un error. —No se molestó en ocultarle su preocupación, que en ese momento se centraba en esa niña con toda una vida por delante—. ¿Qué tenéis pensado hacer?

—Los Rólagh y las Sant Montie apoyamos a los nuestros, así que estáis a salvo, Stembland. —El silencio lo inundó todo y pareció comerse la amplia habitación, para dejar únicamente a sus dos ocupantes, que se medían como si se vieran por primera vez.

—¿Después de cuanto te he hecho, vas a ayudarnos?

—Entiendo los porqués, Darian. Y puedo decir que ahora que sé la historia completa conozco mejor al hombre con el que me casé. Por supuesto no todo es justificable —adujo con una sonrisa irónica—. El intento de secuestro, por ejemplo. Podrías haber elegido a otra heredera, cuando yo dije no.

—No quería a otra, Dría. Siempre fuiste tú. —Los ojos ámbar se abrieron, asombrados, y subieron hasta los esmeralda cuando él se levantó y se acercó a ella—. Desde el primer momento en que te conocí, y supe que jamás

respetarías ninguna regla ni convencionalismo. Que el mundo era demasiado pequeño para Alexandria Sant Montieue. Ese fue el instante en que deseé que fueras para mí. —Sus labios casi se tocaban, y la joven podía sentir la oscilación del pecho masculino rozando su propio corazón acelerado. Lo vio llegar, un movimiento imperceptible de acercamiento, lo suficiente para rozar su boca, y con un paso atrás rompió el leve contacto y el hechizo que los envolvía.

Supo que en los ojos de Darian dejaba incomprensión, dudas, dolor y una infinita pena, porque había podido verlas antes de dejarle plantado en medio del estudio.

Sin embargo, ella le escondió esas mismas emociones, bullendo sin control en sus iris color miel, junto con las lágrimas amargas que mojaron sus labios no besados.

El conde de Stembland entró en su club con el propósito de disfrutar de un succulento desayuno, mientras leía la prensa del día y socializaba lo menos posible en el proceso.

Nada más entrar en la espaciosa y confortable sala, supo que sus planes se habían ido al traste, justo cuando se encontró con cuatro pares de ojos estudiándole con diferentes grados de tolerancia.

—Joder —masculló, sus pies ralentizándose durante unos segundos, hasta que volvió a coger el paso. Por las sonrisas socarronas de aquellos idiotas, su maldición no había sido todo lo discreta que él hubiera deseado.

—Cuñado. Siéntate con nosotros, que queremos comentarte algo.

—Iba a desayunar. Quizá más tarde —propuso—. ¿O pensabais marcharos ya? —preguntó con un deje esperanzador en la voz, que provocó las risas de los demás.

—Estoy seguro de que se te va a quitar el apetito rápido. ¿Dos minutos? —consultó Darius a Nash, tras mirar su reloj.

—Cinco, que nos gusta irnos por las ramas. La misma cantidad de siempre.

—Estoy harto de que no tengáis nada mejor que hacer que apostar sobre mi vida —comentó Rian, a la vez que se sentaba y le hacía señas al camarero para que le sirviera al menos un café cargado para aguantar a esos pesados—. ¿Qué tripa se os ha roto ahora? Dría dice que vais a dejarnos en paz con el tema de mis padres —dijo en voz en baja, sin querer arriesgarse a que les escucharan.

—Y así es —confirmó Javerston, muy serio—. Ese secreto se irá a la tumba con todos nosotros. Puedes contar con ello. —El conde notó una enorme opresión en el pecho mientras miraba uno a uno a los cuatro hombres, que iban asintiendo ante su escrutinio. Se sintió humilde y muy honrado de estar sentado a su lado en ese momento, por mucho que hubiera pataleado minutos antes. Esos pares del reino eran, además, personas con una calidad humana inmensa—. Peeeeeero... —Se tensó, esperando la trampa que no había visto tender—. Resulta que las mujeres de la familia están empeñadas en que entres a formar parte del *ilustre y honorabilísimo Club de los Seductores...* del que todos los presentes somos miembros. —La boca abierta de par en par de Darian, y su expresión de absoluta incredulidad, eran todo un poema para el disfrute de sus acompañantes.

—¿De qué diablos estáis hablando?

—Quieren que te adoptemos —explicó Nash con su ligereza habitual.

—¿Como a un perrito? —preguntó Dem con guasa, ganándose una mirada torva de parte de Javo, quien se apresuró a reconducir la conversación.

—Estamos divagando. Lo que las damas pretenden es que te hagamos socio honorífico del Club.

—Lo cual supone un problema —aseveró Dar.

—Uno de los gordos. Porque yo no quiero formar parte de vuestro estúpido Club. —Ese comentario le valió una ceja alzada por parte de su cuñado y unos cuantos gruñidos de ofensa del resto.

—Hay quien mataría a su madre por ese honor. —Rian enfrentó la mirada

afilada de Rólagh sin pestañear.

—Pues ofrecédsele a ellos.

—Le voy a partir la cara a este payaso arrogante —avisó Tresmaine, cruzando un tobillo sobre la otra pierna y respirando profundo, como si aquello ayudara a tranquilizarlo. Javerston alzó la mano, pidiendo calma.

—Lo que verdaderamente tendría que importarte, cuñadito, es que nosotros no permitiríamos que ningún miembro de nuestro Club fuera infiel y dañara de manera intencional a su esposa, mucho menos si esta forma parte de la familia.

—¿Disculpa? —La cara de sorpresa del conde no inmutó a nadie.

—Que no puedes cornear a tu mujer con la institutriz, pazguato —lo ilustró Nashford.

—¡Yo no engaño a mi mujer! —rebatió todo lo rotundo que fue capaz, en susurros.

—Que no, dice... —le comentó Nash a Darius, entre codazos, con una sonrisa cómplice—. Pues ha estado rebozándosele por las narices durante semanas... Menuda hembra...

—Esa *hembra* —masculló entre dientes, casi moliéndosele de la rabia—, es mi prima, a la que adoro, pero no en el asqueroso sentido que estáis dando a entender. De hecho, si Dría no tuviese las riendas del dinero, ya le habría designado una cantidad para que buscara marido.

—Yo voto porque se la está beneficiando. ¿Cuánto...?

—¡Que no es mi amante! —rugió esa vez, lo que atrajo las miradas de la mitad de los ocupantes del salón hacia ellos.

—Ya. ¿Pero lo sabe Alexia?

Epílogo

—No debieras comer eso. Es muy fuerte en tu estado. —Alexandria levantó la mirada de su estofado de ternera con setas y pimientos que había sobrado de la cena de la noche anterior, y con el que se había levantado soñando, para fijarla en su fastidioso marido.

—Dime una cosa, ¿has olvidado que tienes una casa a pocas calles de aquí? Porque pasas más tiempo en Rólagh House que en tu recién restaurada mansión.

—No es mía en realidad, ya lo sabes. Le pertenece a Solett, y diste tu visto bueno a las obras, aunque no te hayas molestado en poner un pie allí para ver cómo ha quedado.

—Seguro que bien, se ha encargado Darius. ¿Algo más, o tienes intención de estropearme el desayuno? —La joven hizo una mueca desagradable cuando lo vio sentarse frente a ella, y suspiró con pesadez ante el gesto afirmativo que le hizo al lacayo ante su pregunta de si le ponía un plato.

—Quiero hablar contigo —dijo, cuando sus ojos se encontraron.

—Y yo quiero que me dejes en paz —arguyó ella con voz dura—. Esto no va a funcionar si te presentas cada rato, aquí o en cualquier acto al que acuda. Necesito espacio. Y sobre todo necesito que tú no estés.

—No puedo darte eso, Dría —afirmó en tono triste.

—Hay una alternativa, y pasa porque me marche lejos. ¿La prefieres?

—Sabes que no te dejaré.

—Y tú sabes que no te lo pediré. Simplemente un día abrirás los ojos y ya no estaré en tu mundo. —Rian tragó con fuerza, muy seguro de que sería capaz de desaparecer. Y dejarlo solo.

—Existe una tercera opción para nosotros. —Los ojos ámbar lo observaron con curiosidad... y cierto brillo de expectación.

—¿Ah, sí? ¿Cuál?

—Podemos ser felices juntos. Nuestro hijo, tú y yo.

—Parece... bonito. Si no fuera por tu morenita. Ya sabes, la del trasero respingón.

—Sé a quién te refieres —dijo con una sonrisa sesgada que estuvo tentada de borrarle de un buen bofetón—. A Martha, mi prima. —La muchacha comenzó a asentir, pero se detuvo de golpe.

—¿Qué... prima...?

—*Esa prima.*

—¿Te estás acostando con tu prima? —preguntó escandalizada.

—No me estoy acostando con nadie. Y créeme, eso es lo peor de todo. Estoy tan agarrotado que la tela de los pantalones es capaz de partírmela.

—¡Darian!

—¿¡Qué!?! ¡Estoy desesperado, joder! ¡No es saludable ni misericordioso mantener a un hombre en esta sequía por tanto tiempo! ¡Eres mala! —Ella lo miró impasible durante dos segundos antes de echarse a reír con ganas. La mirada asesina del conde se suavizó ante aquel sonido tan precioso, que tan poco había escuchado en los últimos tiempos—. Cariño, nunca ha habido nadie más que tú. —Alexandria se limpió los lagrimones, todavía sonriendo.

—¿Y por qué fingiste que sí?

—Tenía un miedo atroz de que descubrieras lo que ocurrió esa trágica noche, y pensé que cuando lo hicieras tú, o cualquiera de tus familiares, lo gritaríais a los cuatro vientos. Yo solo te quería lo más lejos posible de mí cuando todo estallara. No podía permitir que un escándalo de esa magnitud te salpicara. Y conociéndote, tu lealtad te habría hundido hasta el fondo con

nosotros, así que como ya tenías la idea preconcebida de que era mi amante, dejé que pensaras que era cierto, que me creyeras capaz de lo único que nunca me perdonarías.

—Una infidelidad —asintió, con los ojos embargados de pena.

—Y me esforcé por restregártela en la cara a cada oportunidad que surgía, para que me odiaras hasta el punto del no retorno.

—¿Y ella se prestó de buena gana?

—No, pero lo hizo por mí. No se lo tengas en cuenta, por favor, es una mujer buena y muy dulce. —Alexia pensó que tardaría bastante tiempo en conseguir que aquella joven le cayera simpática, aunque lo intentaría, también por él.

—Debiste dejar que tomara mis propias decisiones. —Le echó en cara.

—Lo sé, pero estaba confundido.

—¿Confundido?

—Hay algo más que debo confesarte. —Se levantó, rodeó la mesa y, apoyando una rodilla en el suelo, dijo en voz alta lo que su corazón llevaba gritando mucho tiempo—. Te amo. —Por la reacción de su esposa, que fue nula, no sabría decir si estaba estática de felicidad u horrorizada. Sintió un sudor frío recorriéndole la espalda, y los nervios, esos que desconocía tener, empezaron a comérselo vivo—. Cielo...

—Para, para. —Parpadeó, estupefacto.

—¿Disculpa?

—Tú no solo no crees en el amor. Te ríes del amor. Reniegas del amor. Desprecias el amor. Escupes en el amor...

—Sí, ejem... Lo he entendido, querida.

—No, espera... ¿Cuántas veces me has llamado ilusa, excéntrica y tonta por querer vivir mi propia historia de amor? ¿Y ahora vienes, te arrodillas y me dices...?

—Dios. —Enganchó su mano a la suave y tibia nuca femenina y de un pequeño tirón la atrajo hacia sí, apoderándose de su boca, en principio para

callarla de una vez, pero en unos segundos solo quería devorarla, perderse en su dulzura, tan única para él. Sin embargo la soltó y se separó, sonriendo con cariño cuando encontró sus ojos brumosos y soñadores—. Te amo —repitió, rezando para no obtener la misma respuesta de antes a la apertura en canal de su corazón.

—Y yo a ti —susurró, con la mirada más llena de adoración que Darian había visto nunca.

—¿De verdad? —preguntó, incapaz de creer que alguien tan puro, valiente y noble como su esposa pudiera quererle, sobre todo con las cosas que le había hecho en nombre de la codicia y el egoísmo.

—Supervivencia y abnegación —le rebatió Alexia, como si leyera sus dudas—. Eres el hombre más bueno que conozco, el más honrado, trabajador y leal. Cuidaste de todos, incluso cuando no tenías nada. E hiciste lo que tenías que hacer para subsistir, tú y los tuyos.

—No soy digno de ti. Pero si me dejas, no me alcanzará la vida para demostrarte que lo eres todo para mí —prometió con fervor.

—Eres justo el hombre que yo necesito —contradijo, sin creerse que se pudiera ser tan feliz.

—¿No os dije que la fiesta debía ser este fin de semana? ¿Qué para entonces ya estarían reconciliados y podríamos anunciar la llegada del nuevo bebé a la familia? —Se escuchó a Javerston muy ufano, que cedió el paso a Ailena antes de entrar en la sala de desayuno.

—Maldición, Javo, detesto que apuestes, nunca pierdes —se quejó Nash, que le entregó un grueso fajo de billetes con cara de malas pulgas. El aludido depositó el dinero en la mano extendida de su mujer con una sonrisa presumida.

—Compra algo bonito para nuestra sobrina. —Darius pasó por detrás de la pareja de tortolitos y mientras buscaba sitio palmeó el hombro de Rian.

—Has sido oficialmente adoptado, por cierto. —La mirada de ambos se encontró, y una comunicación silenciosa fluyó entre ellos, como si todo lo

que había ocurrido en aquellos meses se esfumara y volvieran a ser los grandes amigos de siempre.

—¿Sobrina? —le preguntó Darian a Alexia, que no parecía haber caído en la frase de Rólagh. Tresmaine y Valmian le guiñaron un ojo con expresión socarrona antes de atacar sus platos rebosantes de comida y perder todo su interés en él—. ¿Estas cosas se saben? —cuestionó a la habitación en general, ya que nadie parecía hacerle caso. Las hermanas, junto a Elora y Solett, levantaron un momento la mirada, algo molestas por tener que interrumpir su interesante conversación sobre la próxima salida de compras a las mejores y prestigiosas tiendas infantiles, y volvieron a retomarla sin dignarse a contestarle. Frustrado, se pasó la mano por el pelo, no muy seguro de querer tener algo que ver con todos esos locos. Entonces, sus ojos se cruzaron con los de su cuñado, que lo observaba con obvia diversión. «Bienvenido a mi familia», vocalizó el siempre carismático marqués en silencio, con la taza de café alzada en forma de brindis. Y supo que no quería pertenecer a ningún otro sitio. Incluso aunque lo obligaran a formar parte de ese estúpido Club.

—¿Ya te estás arrepintiendo? —El pequeño remolino de aire junto a su oído le produjo escalofríos de placer. Se giró para disfrutar de la dulzura de la miel, en unos ojos tan bonitos que cortaban el aliento.

—Dame cincuenta años. —La risa cristalina de su mujer provocó muchas sonrisas en aquella sala, aunque aquellos dos no eran conscientes más que el uno del otro.

—Cállate y bésame, tonto.

Si te ha gustado

Cállate y bésame

te recomendamos comenzar a leer

Mil veces tú

de *Ebony Clark*



Prólogo

Denbigh, Norte de Gales. 1886

El carruaje atravesó a gran velocidad los más de cien acres de bosques y jardines que rodeaban la sombría institución. El asilo Denbigh se alzaba en toda su magnificencia tras las dos imponentes columnas que custodiaban la verja de entrada. Era un edificio de inspiración Tudor, construido a mediados de siglo sobre los veinte acres concedidos por un donante anónimo, cuya identidad se conoció más tarde, siendo identificado como Joseph Abblet, de Llanber Hall. A la muerte de este, la propia viuda de Abblet, en memoria de su bienhechor esposo, había cedido generosamente el reloj que coronaba la torre principal del conjunto arquitectónico, concluyendo con esta acción el legado a los lunáticos de Gales. Aunque el proyecto inicial de construcción del sanatorio había sufrido toda suerte de desventuras, la providencial ayuda de varios benefactores, entre los que se contaba la propia reina Victoria, había hecho posible que se recaudasen las casi cinco mil libras que abrirían, por fin, las puertas del asilo Denbigh. En ese momento, las mismas puertas se abrían como si pretendieran engullir al recién llegado carruaje.

El coche alcanzó la verja y la atravesó, aminorando el ritmo a medida que la silueta fantasmal del asilo se dibujaba al acortar la distancia. Los caballos, dos percherones color marrón oscuro, se detuvieron abruptamente a un golpe de bastón en el techo del carruaje, inmovilizando el vehículo. Este se paró frente al portón de madera al que custodiaban altas y estrechas ventanas con pequeños paneles acristalados.

El ocupante descendió por el estribo, ordenando, con seco ademán, al criado que gobernaba a los equinos desde el pescante, que aguardase su regreso en el mismo lugar.

Golpeó la puerta con la empuñadura de plata del bastón, tres veces, tal y como habían acordado. Al momento, unos pasos apresurados al otro lado indicaron al recién llegado que todo marchaba según lo pactado. Le recibió un hombre robusto de papada temblorosa y nariz prominente cubierta de repugnantes tumores. Desprendía un hedor insoportable, una mezcla de mugre y sudor que, unida a su asqueroso aspecto, contribuía a que el personaje provocara una reacción de inmediato rechazo.

Pese a todo, lo acompañó durante el trayecto que se le antojaba interminable, ansioso por llegar cuanto antes al ala oeste de la residencia.

Se cubrió los labios con el pañuelo de seda púrpura, mientras avanzaba con paso firme por el interminable corredor que conducía a la última estancia. El hombre que le acompañaba no parecía afectado por el nauseabundo olor a miseria y humanidad perdida. Balanceaba rítmicamente el juego de llaves que pendía de su cinturón de cuero. Golpeaba con su vara de madera las puertas de las celdas que encontraban en el recorrido, solo por el placer de ver cómo alguien gritaba desde el otro lado para demostrar que seguía existiendo. Lo miraba y reía de forma perversa, consciente del poder que ejercía desde lo que el miserable consideraba su privilegiada posición, mostrando su dentadura negruzca donde faltaban las piezas principales.

Se detuvo finalmente frente a la puerta y repitió su mezquina acción, aporreando con más fuerza cuando recibió un sepulcral silencio como única respuesta.

—Aquí está. Este es el cabrón —dijo, asomando su horrible nariz por el minúsculo orificio que hacía las veces de hueco de ventilación y ventana, señalando con su dedo regordete al sujeto que permanecía sentado en el catre.

—Abra la puerta. Voy a hablar un momento con él.

El hombre negó con la cabeza.

—Ni hablar, amigo. Dijo que quería verlo y aquí lo tiene. No dijo nada de hablar con él.

—Necesito realizar algunas comprobaciones —insistió el otro con tono

autoritario.

—En ese caso, el precio acaba de subir. —Señaló con su vara el bolsillo del abrigo de su acompañante.

—¿Cuánto? —El tono era de infinita irritación y, aunque no se lo dijo, pensó en su interior lo fácil que sería llevárselo de todos modos con solo mover algunos hilos. Sin embargo, no era el momento de realizar alardes ni medir voluntades, y aquella rata no merecía el esfuerzo. Aún aguardaba la respuesta. El carcelero seguía meditando el precio, fiel a su condición de granuja ambicioso.

—Cincuenta libras.

El caballero se mostró sorprendido porque aquella sabandija se tuviera en tan alta estima sin saber siquiera a quién se enfrentaba e hizo ademán de volver sobre sus pasos.

El carcelero, temiendo que su negocio se fuera al traste, añadió rápidamente:

—Podrá llevárselo si ese es su deseo. Nadie echará de menos a esta escoria.

Aproximó el rostro al ventanuco y analizó con detenimiento la figura que se recortaba en la penumbra de la habitación: los hombros enjutos, la cabeza ligeramente inclinada sobre el pecho y el cabello largo cayéndole a ambos lados del rostro oculto por la conveniente lobreguez. Era una inversión arriesgada. Podían ser cincuenta libras por nada. Aunque, por otro lado, creía que existía la posibilidad de que sus sospechas fueran ciertas y si era así, cincuenta libras eran un precio irrisorio a cambio de algo tan valioso.

—De acuerdo. —Sacó del bolsillo interior el precio convenido y se lo lanzó con desprecio.

El otro se apresuró a guardar el botín en algún lugar de los sucios pantalones.

El aristócrata le apuntó con la cabeza de buitre plateada que coronaba su elegante bastón, clavándole la mirada antes de que el hombre seleccionara una de las llaves para introducirla en la cerradura.

—Pero si me engañas, no habrá una sola cloaca en el mundo donde puedas esconderte de mí.

Aquella amenaza bastó para que al miserable le temblasen los dedos mientras manipulaba la llave.

—Descuide, señor.

—Aparta de una maldita vez —dijo haciéndole a un lado con el bastón.

—¿Quiere que le acompañe, señor? Con estos bastardos nunca se sabe, podría ponerse violento en cualquier momento.

—¡Silencio! Pronto, necesito más luz.

El hombre se apresuró a proporcionarle una lámpara de gas que el visitante sujetó con su mano derecha.

Se adentró en la estancia y colocó el bastón perpendicularmente en la entrada, impidiendo que aquella sabandija avariciosa fuera testigo del encuentro.

—He dicho que apartes. Aquí termina la visita guiada.

—Como quiera, señor. Esperaré a unos pocos metros. —Se alejó a regañadientes, toda vez que su discreción había sido recompensada de manera muy conveniente.

Se acercó a la caricatura de hombre, que permanecía absorto en analizar la forma y mugre de sus pies descalzos. Su hálito era apenas perceptible; nada en el tenue movimiento de sus hombros al elevarse con cada aliento podría indicar que, bajo aquellas ropas ajadas y plagadas de piojos, existía un ser humano que seguía respirando pese a las míseras condiciones del lugar que constituía su hogar.

Echó una rápida ojeada a la estancia, reparando en el orín de las paredes. Observó la gotera que provenía del techo a punto de desplomarse y repiqueteaba, incesante, en el fondo de una cacerola oxidada donde aquel desdichado satisfacía sus necesidades más primitivas. Reprimió una arcada, cubriéndose nuevamente los labios con el pañuelo, y apartó de un puntapié a una rata enorme que se paseaba a sus anchas alrededor de los pies desnudos

del hombre impávido.

Después, su atención se centró en el extraño y silencioso inquilino de aquella pestilente habitación. Movi6 la luz frente a la mirada ausente del hombre y repar6 en los innumerables hematomas que poblaban su cara. El otro ni siquiera parpade6; se diría que ningún alma habitaba en el interior del ser al que aquella l6brega instituci6n había desprovisto de toda dignidad. Aun así, lo intent6 de nuevo, balance6 la lámpara despacio, esperando que el hombre saliera de forma milagrosa del trance en el que se encontraba. Nada una vez más. Sus esfuerzos por reanimarlo estaban resultando tan inútiles que casi se convenció de que acababa de realizar una pésima inversi6n. Sin embargo, justo cuando estaba a punto de abandonar su misi6n, algo llam6 su atenci6n poderosamente.

El hombre había ladeado el rostro hacia él y sonreía de un modo que podría helar los mismísimos infiernos. Repar6 enseguida en su oreja derecha. Al menos, en su oreja incompleta a la que faltaba el l6bulo y en cuyo lugar ahora había una cicatriz mal cosida. Pero no fue eso lo que le impresion6. Fue aquel rictus en sus labios, el repentino brillo de aquella mirada donde renacía la vida y la consciencia, devolviéndole oleadas de odio infinito... Apart6 la mirada de aquellos inquietantes ojos y, en ese momento, la vio. Allí estaba. La marca que buscaba, la que indicaba que lo que le habían contado podría ser cierto. Estaba casi seguro de que lo había encontrado.

De pronto, la presencia de aquellos otros internos, pobres bestias a quienes alguna vicisitud había privado de todo raciocinio, se manifestó de un modo escalofriante. Cientos de alaridos resonaron entre las paredes del viejo edificio, recordando los aullidos de una jauría de lobos furiosos y hambrientos a los que el destino ponía una presa en el camino.

Se acerc6 a la puerta, retir6 el bast6n que franqueaba la entrada y golpe6 el suelo con él repetidamente. Al instante, el gordinfl6n repugnante y la melodía insidiosa de su cintur6n donde pendían docenas de llaves, hicieron acto de presencia.

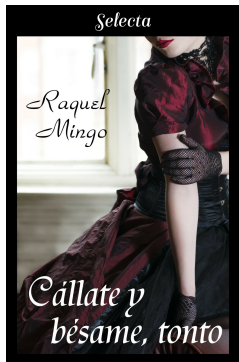
Señaló al hombre del jergón y asintió.

—Aséalo y tenlo listo mañana al anochecer. Un carruaje lo recogerá. Y escúchame bien, cerdo inmundo —Sus ojos eran dos piedras llameantes que podrían haberlo hecho arder como una tea de haberse prolongado durante más tiempo su mirada —. Ahora me pertenece. Si vuelves a ponerle la mano encima, responderás con tu vida. No lo olvides.

El mugriento no se atrevió a replicar. Con torpes reverencias, cerró nuevamente la celda de aislamiento y se despidió del insólito caballero.

En el exterior, el cielo tronó con fuerza. Las nubes, teñidas de un gris intenso, descargaron una lluvia torrencial que amenazó con tragarse para siempre aquel lugar infecto donde las almas morían presa de la desesperación.

Una mujer indomable, un hombre sin escrúpulos y el fuego incontrolable de su pasión siempre dispuesto a devorarlos.



—Creo que no he nacido en el siglo correcto. —Javerston soltó una sonora carcajada mientras señalaba con el dedo más allá de la propiedad.

—Allí fuera hay un hombre que sabrá valorar todas tus cualidades —aseguró confiado. Alexia miró hacia las verjas que daban a la calle.

—Sí, pero ¿lo encontraré?

Alexandria Sant Montieue es demasiado intrépida, rebelde y apasionada para su propio bien. Alocada y temeraria dirían algunos. Soberbia e inconsciente, le reprocharían otros. A solas, frente al espejo, ella solo ve a una joven que persigue un sueño imposible en la época en la que vive: encontrar el amor y ser feliz.

Por desgracia, llevar ciento cincuenta mil libras colgadas del cuello como si fueran un bonito collar de diamantes que complementara sus vestidos no ayuda nada a su causa, sino que atrae a lo peor del género masculino a postrarse a sus pies, en un intento por convencerla de que un batir de sus largas pestañas basta para enamorarlos, mientras que ellos cuentan mentalmente los billetes que su dote les reportará a sus mermadas rentas.

Darian Cronwell ha heredado el condado de Stembland tras la muerte de sus padres, pero en lugar del cuantioso patrimonio que tanto la sociedad como él mismo daban por sentado, solo es dueño de un montón de deudas y cientos de empleados descontentos. A la sociedad ha conseguido burlarla hasta ahora, aunque él no se engaña, si no quiere terminar pidiendo limosna en la calle tendrá que recurrir al manido recurso de casarse con una heredera. Y cuando conoce a la descarada, orgullosa y vibrante mujer de cabellos rubios y ojos de color miel tiene claro que en ella puede encontrar la solución a sus problemas económicos y una compañera sensual y atrevida que le caliente la cama.

Cuando parece que Rian ha conseguido todo lo que desea, su tempestuosa mujercita, la continua intervención de la familia política y los dichosos amigos de ambos, y el destino —esa arma de doble filo en cuanto te atreves a darle una oportunidad— pueden conseguir que haberse decidido por Alexia por encima del dinero haya sido la mayor equivocación de su vida.

—Sí, pero ¿lo encontraré?

Raquel Mingo Nací en Madrid. Tuve una infancia complicada y difícil, por lo que a menudo creaba mundos de fantasías con los que poder olvidar por un rato la fea realidad de la vida. Siendo muy joven escribí algunas historias cortas (todas de amor); de haber sido otras mis circunstancias podría haber dirigido mis pasos hacia la literatura mucho antes, pues descubrí las novelas románticas a los diecisiete años y quedé tan prendada de ellas que desde entonces no he parado de devorarlas en mis ratos libres. Actualmente, compagino un estresante trabajo de once horas, educar a un hijo en edad escolar, llevar una casa y encontrar tiempo para convertir un montón de ideas en algo hermoso con sentido y emoción, soñando con que llegue el día en que pueda dedicarme a ello en cuerpo y alma.

Edición en formato digital: diciembre de 2018

© 2018, Raquel Mingo

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17606-54-1

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Cállate y bésame

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Epílogo

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Raquel Mingo

Créditos